

neo 



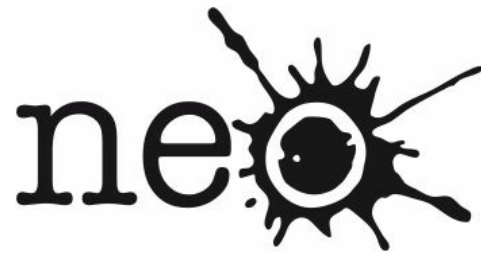
La pelirroja
Tarryn Fisher

La pelirroja

Tarryn Fisher

Traducción de Miguel Trujillo Fernández

**Plataforma
Editorial**



Título original: *Dirty Red*, originalmente publicado en inglés, en 2012

Primera edición en esta colección: enero de 2019

Copyright © 2012 by Tarryn Fisher

© de la traducción, Miguel Trujillo Hernández, 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17622-23-7

Diseño y realización de cubierta: Ariadna Oliver y Grafime

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Epílogo
Agradecimientos

Para Maryse Couturier Black y sus proxenetas literarias (Jenny Aspinall,
Patricia Nesbitt, Gitte Doherty y la grandiosa Rebecca Espinoza).

Gracias por cambiarme la vida.

Capítulo uno El presente

Miro fijamente a la criatura rosada que chilla entre mis brazos y siento un ataque de pánico.

El pánico se parece a un torbellino. Cobra vida en tu cerebro como un remolino y después gana velocidad mientras se extiende por el resto de tu cuerpo. Va dando vueltas y vueltas y hace que el corazón te vaya a mil por hora. Va dando vueltas y vueltas, se retuerce, te provoca náuseas y nudos en el estómago. Va dando vueltas y vueltas hasta golpear tus rodillas y las debilita antes de crear un pozo negro en los dedos de tus pies. Enroscas los dedos, respiras hondo unas cuantas veces y te aferras a un atisbo de cordura que pueda salvarte la vida antes de que el pánico pueda absorberte por completo.

Estos son mis diez primeros segundos de ser madre.

Se la entrego de nuevo a su padre.

—Tenemos que contratar a una niñera.

Me abanico con un ejemplar de la revista *Vogue* hasta que empieza a resultar demasiado pesado y entonces dejo que mi muñeca quede floja y la revista caiga al suelo.

—¿Me alcanzas la botella de Pellegrino?

Muevo los dedos en dirección a mi agua embotellada, que se encuentra fuera de mi alcance, y después vuelvo a descansar la cabeza contra la almohada plana típica de hospital. Los hechos son los siguientes: un ser humano acaba de salir de mi cuerpo después de haber crecido allí dentro durante nueve meses. Las similitudes parasitarias son suficientes para que me entren ganas de sujetar a un doctor por la bata y exigir que ate mis trompas de Falopio con un bonito lazo. Mi estómago, que ya he examinado, tiene el aspecto de un globo desinflado del color de la piel. Estoy cansada y dolorida. Como nadie me da el agua, abro un ojo. ¿No se supone que la gente debería estar desviviéndose por mí después de lo que acabo de hacer?

El bebé y su padre se encuentran frente a la ventana, enmarcados por la tenue luz de la tarde como un anuncio cursi del hospital. Lo único que necesitan es una frase breve y con gancho sobre el hospital para usarla como pie de foto del momento: «Comienza tu familia con nuestra familia».

Hago el esfuerzo de observarlos. Él la está acunando entre sus brazos, con la cabeza tan agachada que sus narices casi se tocan. Debería ser un momento tierno, pero la está mirando con tanto amor que siento unos celos que me oprimen un poco el corazón. Los celos tienen una mano fuerte de narices. Me retuerzo bajo su tacto, incómoda por permitir que hayan entrado.

¿Por qué no podía haber sido un niño? Ese ser..., mi hija. Una nueva oleada de decepción me hace presionar la cara contra la almohada para ocultar la escena que hay delante de mí. Dos horas antes, los doctores habían pronunciado la palabra «niña» y habían dejado su cuerpo azulado y cubierto de cosas pegajosas sobre mi pecho. Yo no había sabido qué hacer. Mi marido me estaba observando, así que había extendido una mano para tocarla. Pero, durante todo ese tiempo, la palabra «niña» me estaba aplastando el pecho como un elefante de mil toneladas.

«Niña.»

«Niña.»

«Niña.»

Voy a tener que compartir a mi marido con otra mujer..., una vez más.

—¿Cómo la vamos a llamar?

Ni siquiera me mira cuando habla. Pensaba que me habría ganado algo de contacto visual. ¡Mon Pied! Es como si yo ya fuera cosa del pasado.

No había elegido ningún nombre de niña: había estado completamente segura de que sería un niño. Se llamaría Charles Austin, por mi padre.

—No lo sé. ¿Alguna sugerencia?

Aliso las sábanas de mi cama y examino mis uñas. Un nombre es solo un nombre, ¿verdad? Yo ni siquiera utilizo el que me pusieron mis padres.

Él la mira durante un largo rato, con la mano por detrás de su cabeza. La niña ha dejado de agitar los puños de un lado a otro y se encuentra inmóvil y tranquila entre sus brazos. Conozco la sensación.

—Estella.

El nombre parece salir rodando de su lengua, como si hubiera estado esperando toda la vida para pronunciarlo. Levanto la cabeza de golpe: esperaba algo menos... antiguo. Arrugo la nariz.

—Suen a nombre de señora mayor.

—Es de un libro.

Caleb y sus libros.

—¿Cuál? Yo no leo, salvo que sean revistas, pero a lo mejor, si han hecho película, hay posibilidades de que la haya visto.

—*Grandes esperanzas*.

Entrecierro los ojos y noto que el estómago me da un vuelco. Tiene algo que ver con ella. Lo sé. Pero no verbalizo esos pensamientos. Soy demasiado lista para atraer la atención a mis inseguridades, así que me limito a encogerme como si nada y sonrío en su dirección.

—¿Por alguna razón específica? —pregunto con dulzura. Durante un minuto me da la impresión de que algo cruza su rostro, una sombra que desciende sobre sus ojos, como si estuviera viendo una película proyectada en sus ojos. Trago saliva con fuerza, porque conozco esa cara—. ¿Cariño...?

La película termina y entonces Caleb vuelve a mí.

—Siempre me ha gustado ese nombre. Tiene pinta de llamarse Estella.

Hay un temblor en su voz.

Para mí la niña tiene pinta de ser un hombre viejo y calvo, pero asiento con la cabeza. Soy incapaz de decirle que no a mi marido, así que parece que la niña está jodida.

Cuando Caleb se marcha a casa para darse una ducha, yo saco mi teléfono móvil de debajo de mi almohada y busco en Google a Estella de *Grandes esperanzas*.

En una página web dice que tiene una belleza encantadora, una personalidad desalmada y un complejo de superioridad. En otra pone que era la representación física de todo lo que Pip deseaba y no podía tener. Suelto el móvil y echo un vistazo a la cuna que se encuentra junto a mí. Caleb siempre lo hace todo con algún propósito. Me pregunto cuánto tiempo llevaría queriendo una niña. Me pregunto si durante los nueve meses que yo planeaba tener un niño él planeaba tener una niña.

No siento nada, ninguna de las cosas efusivas y maternales que me habían contado mis amigas sobre sus propios hijos. Siempre utilizaban palabras como «incondicional», «lo más grande», «el amor de mi vida». Entonces yo sonreía y asentía con la cabeza y almacenaba las palabras a fin de tener referencias para cuando tuviera mi propio hijo. Y ahora, aquí estoy, sin emoción alguna. Esas palabras no significan nada para mí. ¿Me habría sentido de forma diferente si fuera un niño? El bebé comienza a lloriquear, así que aprieto el botón para llamar a la enfermera.

—¿Necesitas ayuda?

Una enfermera de cincuenta y pico años con una bata de ositos entra de forma enérgica en la habitación. Observo su sonrisa de dientes separados y asiento con la cabeza.

—¿Podrías llevártela a la unidad de cuidado neonatal? Necesito dormir un poco.

Se lleva a Estella de la habitación y entonces suelto un suspiro de alivio. No se me va a dar bien esto. ¿En qué estaba pensando? Inspiro por la nariz y suelto el aire por la boca, tal como hago en mis clases de yoga.

Necesito un cigarrillo. Necesito un cigarrillo. Necesito matar a la mujer de la que mi marido está enamorado. Todo esto es culpa suya. Me quedé embarazada para amarrar al hombre con el que ya me había casado, pero una mujer no tendría que hacer eso: debería sentirse a salvo en su matrimonio. Por eso es por lo que te casas: para sentirte a salvo de todos los hombres que habían tratado de absorberte el alma. Yo había entregado mi alma a Caleb de forma voluntaria. Se la había ofrecido como el cordero de un sacrificio. Y ahora no solo iba a tener que competir con el recuerdo de otra mujer, sino con un bebé arrugado. Ya había empezado a mirarla a los ojos como si pudiera ver el Gran Cañón escondido entre los iris de la niña.

Suelto un suspiro y me hago un ovillo, coloco las rodillas por debajo de la barbilla y me sujeto los tobillos.

He hecho muchas cosas para quedarme con este hombre. He mentido y engañado. He sido *sexy* y sumisa, feroz y vulnerable. Lo he sido todo menos yo misma.

Ahora mismo es mío, pero yo nunca soy suficiente para él. Puedo sentirlo; lo veo en su forma de mirarme. Sus ojos siempre me están examinando, como buscando algo. No sé qué es lo que espera encontrar, pero ojalá lo hiciera. No puedo competir contra un bebé..., mi bebé.

Yo soy quien soy.

Mi nombre es Leah y voy a hacer lo que sea necesario para conservar a mi marido.

Capítulo dos

Después de cuarenta y ocho horas, me dan el alta del hospital. Caleb se queda conmigo mientras espero a que me dejen marcharme. Tiene a Estella en brazos y casi me siento celosa, salvo porque me está tocando de forma constante: una mano sobre mi brazo, el pulgar trazando círculos en el dorso de mi mano, los labios sobre mi sien. Su madre había venido antes, junto a su padrastro. Se habían quedado durante una hora y se habían turnado para tener al bebé en brazos antes de marcharse para comer con unos amigos. Me sentí aliviada cuando se fueron. Que hubiera gente dando vueltas a mi alrededor mientras mis pechos goteaban con lentitud me hacía retorcerme por la incomodidad. Habían traído una botella de *whisky* Bruichladdich para Caleb, una hucha de cerdito de Tiffany's para el bebé y un chándal de Gucci para mí. A pesar de su arrogancia, la mujer tiene un gusto excelente. Llevo el chándal ahora mismo y froto el tejido entre mis dedos mientras aguardo a que me lleven abajo en silla de ruedas.

—No puedo creerme que lo hayamos conseguido —dice Caleb por millonésima vez mientras baja la mirada hasta el bebé—. Lo hemos conseguido juntos.

Técnicamente, lo he conseguido yo. Es muy conveniente que los hombres puedan firmar con su nombre en estas pequeñas criaturas sin hacer mucho más que tener un orgasmo y montar una cuna. Extiende una mano y me tira del pelo de forma juguetona. Le dirijo una débil sonrisa; no puedo estar enfadada con él mucho tiempo. Es perfecto.

—Ha salido pelirrojo —dice, como si estuviera estableciendo su credibilidad como hija mía. Su pelo es rojizo, es cierto. A la pobre cría le espera una buena. No es fácil llevar bien el pelirrojo.

—¿Qué? ¿Esa pelusilla? Eso no es ni pelo —lo provooco.

Caleb se había traído una lujosa manta de color lavanda. No tengo ni idea de dónde la habrá sacado, porque la mayoría de las cosas que teníamos para el bebé eran verdes o blancas. Lo observo mientras la envuelve con ella tal como le han enseñado las enfermeras.

—¿Has llamado al servicio de niñeras? —pregunto con timidez. Se trata de un tema complicado entre nosotros, junto al de dar el pecho, que Caleb

apoya con fuerza mientras que a mí no podría importarme menos. Nuestro compromiso consiste en que yo bombee durante unos pocos meses y después me haga un aumento de pecho.

Caleb frunce el ceño. No sé si es por lo que acabo de decir o porque la manta le está dando problemas.

—No vamos a contratar a una niñera, Leah. —Odio todo esto. Caleb tiene un montón de ideas sobre cómo se supone que tienen que ser las cosas. Cualquiera juraría que fue criado por la puta Mary Poppins—. Tú misma dijiste que no ibas a volver al trabajo.

—Pero mis amigas... —comienzo, pero él me corta antes de que termine.

—Me da igual lo que esas descerebradas consentidas hagan con sus hijos. Tú eres su madre y vas a ser tú quien la críe, no una extraña.

Me muerdo el labio para no llorar. Por la expresión de su rostro, soy consciente de que no voy a ser quien gane esta batalla. Debería haberme dado cuenta de que alguien como Caleb Drake se planta con firmeza frente a lo que es suyo y muestra los dientes sin permitir que nadie lo toque.

—Es que no sé nada sobre cuidar bebés. Tan solo pensaba que podríamos tener a alguien que nos ayudara...

Empleo mi último recurso: ponerle morritos. Cuando le pongo morritos, en general, suele funcionar a mi favor.

—Ya nos las apañaremos —contesta con frialdad—. La mayoría de gente con hijos no tiene la opción de una niñera, se las apañan y ya está. Así que ya veremos.

Ya ha terminado de envolver a Estella con la manta. Entonces me la entrega y una enfermera entra para llevarme en silla de ruedas hasta el coche. Mantengo los ojos cerrados durante todo el camino, temerosa de mirarlo.

Cuando Caleb lleva mi nuevo «coche de mamá» hasta el bordillo, descubrimos que no puedes poner a un bebé envuelto en una manta en el asiento. Yo me habría puesto de mala leche de inmediato: cuando las cosas no salen como yo quiero, pierdo la cabeza. Pero, en lugar de eso, Caleb se ríe y le dice al bebé lo tonto que es mientras le quita la manta. La niña está profundamente dormida, pero él sigue hablando con ella. Es estúpido ver a un hombre adulto hablando de ese modo. Cuando el bebé está bien sujeto, Caleb me ayuda a entrar. Antes de cerrar la puerta, me da un beso en los labios con suavidad y yo cierro los ojos para saborearlo, disfrutando de su atención. Hay muy pocos besos que me hagan sentir conectada a él. Siempre está en alguna

otra parte..., con alguna otra persona. Si el bebé puede llegar a unirnos, entonces a lo mejor tenía razón al hacer lo que hice.

Es la primera vez que estoy dentro de mi coche nuevo, que Caleb recogió del concesionario esta mañana. Todas mis amigas tienen deportivos mucho menos caros, y el mío es el mejor. Parece como si fuera una sentencia de prisión de noventa mil dólares, a pesar de mi emoción inicial por tenerlo. Caleb señala cosas mientras conduce. Escucho con atención el sonido de su voz, pero no las palabras reales. No dejo de pensar en lo que hay en el asiento del coche.

Cuando llegamos a casa, Caleb saca a Estella de su asiento y la mete con cuidado en su nueva cuna. Ya ha empezado a llamarla Stella. Yo me quedo holgazaneando en mi diván favorito de nuestro enorme salón, pasando los canales de la televisión. Entonces Caleb me trae un extractor de leche y yo me encojo.

—La niña tiene que comer, a menos que quieras hacerlo de la forma tradicional...

Le arrebató el extractor y me pongo a trabajar.

Me siento como si fuera una vaca siendo ordeñada mientras la máquina zumba y vibra. ¿Cómo puede ser esto justo? Una mujer lleva dentro a un bebé durante cuarenta y dos extenuantes semanas solo para que después te enganchen a una máquina y te obliguen a alimentarlo. Caleb parece disfrutar de mi incomodidad; tiene un extraño sentido del humor. Siempre me está provocando y soltando alguna ocurrencia ingeniosa a las que yo a menudo no soy capaz de responder, pero ahora que me observa con esa sonrisita jugueteando en sus labios suelto una risita.

—Leah Smith —dice—. Madre.

Pongo los ojos en blanco. A él le gustan esas palabras, pero a mí me provocan palpitaciones. Cuando termino, hay una gran cantidad de leche de aspecto aguado en ambos biberones. Esperaba que él se encargara del resto, pero regresa con Estella entre sus brazos, que está gimoteando, y me la entrega. Esta es solo la tercera vez que la he tenido en brazos. Intento parecer natural para impresionar a Caleb, y parece funcionar, porque, cuando me entrega el biberón, me sonrío y me toca la cara.

Tal vez esta sea la clave: fingir que me encanta todo este asunto de la maternidad. A lo mejor eso es lo que necesita ver en mí. Bajo la mirada hasta la niña mientras ella succiona del biberón. Tiene los ojos cerrados y está haciendo unos ruidos horribles, como si estuviera medio muerta de hambre.

Esto no es tan terrible. Me relajo un poco y examino su rostro en busca de algún rastro de mí misma en ella. Caleb tenía razón: está claro que va a ser pelirroja. Por lo demás, se parece mucho a él, con sus labios gruesos y perfectamente definidos bajo una naricita extraña. Desde luego, está claro que va a ser guapa.

—¿Recuerdas que tengo un viaje de negocios el lunes? —me pregunta mientras se sienta frente a mí.

Levanto la cabeza de golpe y no hago nada por esconder el pánico de mi expresión. Caleb se marcha a menudo por viajes de trabajo, pero pensaba que se tomaría unas cuantas semanas libres para esperar a que me asentara.

—No puedes dejarme aquí.

Él pestañea con lentitud y toma un sorbo de algo que tiene en una copa.

—No quiero dejarla aquí todavía, Leah. Pero es que se ha adelantado. Nadie más puede ir, ya he tratado de encontrar a alguien. —Él se inclina hacia mí y me besa la palma de la mano—. Vas a estar bien. Tu madre va a venir el lunes, y ella podrá ayudarte. Yo solo estaré fuera tres días.

Quiero ponerme a llorar ante esta información. Mi madre es una adicta al drama, además de ser una narcisista insufrible. Un día con ella parece como si fuera una semana. Caleb ve la expresión en mi rostro y frunce el ceño.

—Lo está intentando, Leah..., ella quería venir. Tú sé paciente con ella y ya está.

Me muerdo el labio para evitar decir algo desagradable de verdad. Hay un lado malicioso en mí que a Caleb le resulta ofensivo, así que lo contengo cuando él está cerca. Pero, cuando no lo está, no paro de soltar mierda por la boca o lanzar cosas.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —refunfuño.

—Hazla eructar...

—¿Qué? —Estoy tan distraída por la inminente visita de mi madre que no me he dado cuenta de que Estella está medio ahogándose, con leche burbujeando entre sus labios rosados—. No sé cómo hacerlo.

Caleb se acerca, toma a la niña de entre mis brazos y la coloca contra su pecho. Le palmea la espalda con unos golpecitos cortos que se asemejan al latido de un corazón.

—Se quedará durante una semana.

Me doy la vuelta y escondo la cara en un cojín, con el culo elevado en el aire. Él me da una palmada en las nalgas y se ríe.

—No va a estar tan mal.

Aprieto los dientes.

—Nop.

Siento que el diván cede. Le echo un vistazo a través del pelo, que envuelve mi cara como si se tratara de una máscara roja. Caleb sujeta al bebé con una mano y utiliza la otra para despejarme el rostro y pasarme el pelo con delicadeza por encima del hombro.

—Mírame —dice. Yo lo hago y mantengo mi único ojo expuesto lejos del pequeño bulto que hay contra su pecho—. ¿Te encuentras bien?

Trago saliva.

—Sip.

Él frunce los labios y asiente con la cabeza.

—«Sip» y «nop». ¿Alguna vez te he dicho que solamente dices «nop» y «sip» cuando estás vulnerable?

Suelto un gruñido.

—No te pongas en plan *boy scout* psicoanalista.

Él se ríe y me acerca a él, de modo que me giro y me quedo tumbada de espaldas. Me encanta cuando juega conmigo. Antes ocurría mucho más a menudo, pero últimamente...

—No pasa nada, Pelirroja. Si me necesitas, me meto en un avión y vuelvo a casa.

Sonrío y asiento con la cabeza.

Pero se equivoca. No voy a estar bien. La última vez que vi a mi madre fue cuando llevaba meses embarazada. Vino en avión para la fiesta de celebración de mi embarazo y se quejó durante todo el trayecto en coche sobre el lugar horrible que habían escogido mis amigas.

—Es un salón de té, madre..., no es un bar.

En la fiesta, se negó a hablar con ninguno de los presentes y se quedó sentada en una esquina, enfurruñada porque nadie la había anunciado como la madre de la futura madre. Casi se originó una pelea de puñetazos con el dueño del salón de té, ya que no tenían miel brasileña orgánica. No he querido verla desde entonces.

Caleb (siempre dispuesto a perdonar, siempre comprensivo) me anima a mirar más allá de sus fallos y a ayudarla a entender cómo puede ser una madre mejor para mí. Es algo que me encanta de él, pero aprendí hace ya mucho tiempo que tratar de ser como él es algo que se encuentra fuera de mi alcance. Así que lo que hago es fingir que comprendo hacia dónde me está dirigiendo y después hago las cosas a mi manera, lo cual suele conllevar

alguna clase de actitud pasivo-agresiva.

Así que finjo estar de acuerdo con él con total sinceridad. Le prometo esforzarme con mi madre y después me retiro al piso superior para alejarme de él y del bebé ruidoso. Tengo tantas ganas de fumarme un cigarrillo que me quiero morir. Me dirijo hacia el cuarto de baño, me quito la ropa y entonces me miro larga y fijamente en el espejo. Afortunadamente, mi estómago se ha desinflado, así que con un par de kilos más podré volver a la normalidad. Ahora lo único que necesito es conseguir que mi vida vuelva a la normalidad.

Capítulo tres

Mi madre llega el lunes, tal como estaba previsto, y vamos todos al aeropuerto para recogerla. Caleb se siente receloso ante la idea de sacar al bebé en público tan pronto, pero lo convengo de que estará bien si no la sacamos del carrito. Estoy cansada de quedarme sentada en casa, cansada de dar biberones y cansada de fingir que un trozo de carne humana de tres kilos y medio es una monada. Además, quiero un zumo de Jamba Juice.

Estoy dando sorbitos a mi zumo y siguiendo a Caleb y el carrito por la zona de la recogida de equipajes cuando veo su repulsiva cabeza rubia bajando por la escalera mecánica. Lleva un traje de chaqueta y pantalón todo blanco. ¿Quién viaja todo de blanco? Nos saluda con la mano de forma efusiva y se acerca trotando para abrazar a Caleb y después a mí.

Se inclina sobre el carrito y se tapa la boca con la mano, como si estuviera exaltada por la emoción.

Dios, me están dando ganas de vomitar.

—Ooooh —canturrea—. Se parece a Caleb.

Y una mierda, vamos. Decidí hace un día que se parece a mí por completo. La niña tiene el pelo rojizo y suave y la cara en forma de corazón. Aun así, Caleb le dirige una amplia sonrisa y se sumergen en una conversación de cinco minutos sobre los hábitos de alimentación y de hacer caca de Estella. Me siento confusa ante el hecho de que sepa algo sobre bebés que comen y hacen caca, ya que mi hermana y yo fuimos criadas por una niñera. Tamborileo con el pie de forma impaciente sobre el horterero suelo alfombrado y miro con anhelo hacia la salida. Ahora que estoy aquí, tan solo quiero marcharme. ¿Por qué se me ocurrió que esto sería una buena idea?

Cuando la atención de Caleb se ve desviada por el bebé, mi madre me clava un dedo de forma acusadora en el estómago y niega con la cabeza. Meto barriga y miro a mi alrededor, me siento culpable. ¿Quién más se habrá dado cuenta? Sí, es cierto que he tenido un bebé hace solo tres días, pero estaba esforzándome por mantenerme bien erguida, por meter dentro la grasa de la barriga. Mi lapsus momentáneo me avergüenza y no puedo dejar de pensar en otra cosa durante el trayecto de vuelta a casa. Hago un pacto conmigo misma para dejar de comer hasta que recupere mi figura anterior.

Cuando llegamos, mi madre insiste en ocupar la habitación que hay junto a la de Estella, a pesar de que ya le había preparado la habitación de invitados, que es más grande.

—Madre, ¿cuál es el propósito de que te quedes en esta habitación? —le pregunto mientras Caleb deposita su maleta junto a la cama.

—Quiero ayudarte, Leah. Levantarme si me necesitas en mitad de la noche y todas esas cosas.

Mira a Caleb mientras pestañea y él le dirige una sonrisa. Me contengo para no poner los ojos en blanco.

Aunque finge estar embelesada con el bebé, yo sé que las cosas son muy distintas. Siempre se pone en plan cariñoso en público para dar buena imagen, pero cuando su audiencia desaparece, el amor también se va. Recuerdo cuando era niña y me acariciaba el pelo, me daba besos en la cara, me decía lo guapa que era..., siempre delante de sus amigos. En cuanto se marchaban, me mandaba de nuevo a mi habitación para que estudiara o practicara con el violín; básicamente me quitaba de su vista hasta la siguiente de sus actuaciones de «buena mamá».

—¿De verdad, madre? —digo entre dientes—. Y ¿cómo la vas a oír después de tomarte tus pastillas para dormir?

Su cara se llena de manchas rojas y Caleb me da un codazo en las costillas. Se supone que no debemos hablar sobre su adicción a los medicamentos para dormir.

—Esta noche no me las voy a tomar —contesta con decisión—. Voy a darle de comer para que puedas descansar.

Caleb le da un rápido abrazo lateral antes de que todos bajemos al piso inferior.

Observo a mi madre con sospecha desde mi taburete en la cocina mientras ella lleva a Estella por ahí y le canta canciones de musicales. Hablamos de cosas insustanciales, o más bien lo hacen ellos. Yo me dedico a toquetearme las puntas abiertas.

—Nos lo vamos a pasar de maravilla cuando papá se vaya —le dice mi madre al bebé mientras canturrea—. Mamá, tú y yo.

Caleb me lanza una mirada de advertencia antes de volver al piso superior para recoger las últimas cosas de su viaje. Yo me muero de ganas por hacer algún comentario sarcástico, pero recuerdo la promesa que le he hecho y contengo la lengua. Además, si quiere hacer el papel de abuela y ocuparse de todas las necesidades de Estella mientras mi marido no está, que

lo haga. Así me evitaría todas las molestias.

—Ha salido pelirroja —dice mi madre en cuanto Caleb se encuentra lo bastante lejos para no oírla.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Hace un chasquido con la nariz.

—Siempre imaginé que mis nietos serían morenos, como Charles.

—Pues no lo es —digo bruscamente—, porque es hija mía.

Me lanza una mirada por el rabillo del ojo.

—No seas tan susceptible, Johanna. No es propio de ti.

Siempre criticando. Estoy deseando que se vaya ya.

Pero entonces lo comprendo de golpe. Cuando se marche, no va a ser Caleb quien se quede en casa con el bebé. Voy a ser yo. Este viaje de negocios es solo el primero de muchos, en los que yo voy a tener que pasarme toda la noche despierta y limpiar... excrementos humanos y..., ay, Dios, bañarla. Casi me caigo del taburete. Necesito una niñera, tengo que hacer que Caleb ceda con esto y que comprenda lo mucho que necesito esa ayuda.

—Madre —comienzo de forma dulce..., casi demasiado dulce, porque me mira con las cejas alzadas—. Caleb no quiere que contratemos a una niñera —me quejo.

Tengo la esperanza de conseguir que se ponga de mi parte lo suficiente para hablar con él sobre el tema.

Sus ojos se dirigen con rapidez hacia la escalera por donde Caleb ha desaparecido hace solo unos momentos. Se pasa la lengua por los labios y yo me inclino hacia delante para escuchar mejor la perla de sabiduría que está a punto de impartir. Mi madre es una mujer con muchos recursos; le viene de estar casada con un manipulador controlador. Tuvo que aprender cómo salirse con la suya sin salirse con la suya.

Cuando Court tenía dieciocho años, quería ir a Europa con sus amigos, pero mi padre se había negado. Bueno, a decir verdad, nunca se negaba de forma verbal. Cortó el aire con la mano en cuanto las palabras salieron de su boca. EL CORTE. Era un suceso común en nuestra casa al estilo griego. ¿No le gustaba la cena? CORTE. ¿Había tenido un mal día en el trabajo y no quería que nadie le hablara? CORTE. ¿Leah se chocaba con su coche de cincuenta mil dólares por quinta vez? CORTE. Pero, después de todos los cortes, Court se fue a Europa.

«¿Recuerdas cuando eras niño y pobre? ¿Las ganas que tenías de ir de

viaje?» Mi madre.

«Sigue siendo una niña.» Mi padre.

«Es bueno para ella que vaya mientras todavía podemos controlarla. Podemos pagar el viaje, los hoteles y el viaje más seguro... Es mucho mejor eso a que vaya cuando tenga veintipico años y duerma en cualquier lugar de Francia.» Mi madre.

Mi padre odiaba a los franceses.

Se había quedado con aspecto pensativo: la lógica de mi madre resultaba atractiva. Lo reservó todo una semana después. Court estaba bajo una vigilancia cuidadosa y controlada, pero por narices que consiguió ir a Europa. Yo fui a un centro formativo superior. Me regaló un cuadro pequeño que le había comprado a un vendedor ambulante. Era de un paraguas rojo, suspendido bajo la lluvia como si una mano invisible lo estuviera sujetando. Yo supe de inmediato lo que estaba tratando de decirme en cuanto le quité el envoltorio. Había comenzado a llorar y ella me dio un beso en la mejilla.

—No llores, Lee. Para eso es este cuadro, ¿no?

Tras solo dos meses en Europa ya le había empezado a cambiar el acento.

Court es... era... alguien adorable. Quiero decir algo sobre ella, preguntarle a mi madre sobre su último novio, pero el tema aún es delicado.

—Lo que tu marido no sepa no va a hacerle ningún daño.

La voz de mi madre me devuelve de golpe a la tarea que tengo entre manos. ¿Eso es todo? La miro con cara inexpresiva. ¿Cómo se supone que tengo que traducir ese sinsentido en una ayuda a tiempo completo con el bebé?

—Leah, querida... Caleb se pasa mucho tiempo fuera por viajes de negocios, ¿verdad?

Comprendo lo que quiere decir y asiento lentamente con la cabeza, noto cómo se ensanchan mis ojos ante la posibilidad. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Contratar a alguien para que viniera y se ocupara del bebé en los días en que Caleb no esté en casa?

Mi madre es una experta en el arte del engaño. Una vez, antes de que Caleb y yo nos casáramos, nos tomamos un descanso por petición suya. Acababa de sufrir un terrible accidente de coche y padecía una gran pérdida de memoria debido a un golpe en la cabeza. Para mi horror absoluto, no era capaz de acordarse de mí. Recuerdo que pensé: «¿Cómo puede estar pasándome esto?». Estaba a punto de prometerme con el hombre de mis

sueños, y ahí estaba, mirándome como si fuera una perfecta desconocida.

Yo me había apresurado a recomponerme y decidí ser un apoyo para él hasta que recuperara su memoria. Tan solo era cuestión de tiempo que recordara lo mucho que quería estar conmigo y me pusiera en el dedo la enorme piedra de Tiffany's que había encontrado en el cajón de sus calcetines. Pero, en lugar de acercarse más a mí mientras esperábamos a que recuperara sus recuerdos, lo que hizo fue alejarse y optó por pasar más y más tiempo solo. Pronto anunció que estaba... quedando con otra chica, si es que «quedando» era la palabra correcta para las cosas turbias que estaban pasando y «chica» era la palabra correcta para la zorra astuta e inútil que casi me destruyó la vida. Llamé a mi madre de inmediato para informarla de lo que me había dicho.

—Síguelo —me aconsejó ella—. Averigua lo serio que es y haz que acabe con ella.

Había hecho exactamente eso: una tarde lo seguí hasta un complejo de apartamentos horterera en un barrio todavía más horterera. Los edificios en bloque estaban pintados de un brillante color salmón. Eché un vistazo al triste intento de decoración que no hacía nada por darle alegría al lugar y aparqué el coche a una manzana de distancia del Audi de Caleb. Estaba hecha un desastre emocional, pues sabía que probablemente vería a la chica. A través del retrovisor, lo observé mientras caminaba hasta la puerta delantera y llamaba con unos golpecitos. No había consultado ningún trozo de papel ni su móvil para encontrar el lugar: era como si supiera exactamente adónde ir. La puerta se abrió y, aunque no pude ver quién se encontraba al otro lado, sabía que tenía que ser ella, porque la cara de Caleb se iluminó de inmediato con una sonrisa que normalmente me dirigía a mí, seductora y *sexy*. Por Dios, ¿qué estaba pasando ahí?

Esperé durante varios minutos antes de salir del coche y acercarme a la puerta. Solo para asegurarme de que hacía lo correcto, le mandé un mensaje a mi madre, que respondió con un firme: «¡Entra ahí ahora mismo y sácalo antes de que haga alguna estupidez!».

El mensaje fue seguido unos pocos segundos después por una única palabra: «Llora».

Hice ambas cosas y Caleb se marchó de allí conmigo esa noche. Pero tan solo fue una victoria pasajera. La chica con la que estaba quedando era una antigua novia de la universidad. Sin que él ni yo lo supiéramos, estaba fingiendo que acababa de conocerlo, trataba de volver a meterse en su vida

para lograr otra ronda. Esto lo descubrí después de allanar su apartamento. Me fui derechita a la casa de Caleb aferrando las evidencias en el puño, lista para desvelar sus planes. Aquella chica solo podía traer problemas. Tendría que haber sabido desde el momento en que la vi por primera vez que no era solo algo casual con una chica nada sospechosa que acababa de conocer. Tardé algún tiempo en darme cuenta.

Caleb no estaba en casa cuando llegué. Entré de todos modos con una llave que él no sabía que tenía y examiné el desastre que había dejado atrás como si fuera del puto CSI. Era evidente que había preparado una cena para dos; todavía quedaba el inconfundible olor del bistec en los pasillos. ¿Habría estado esa chica ahí con él? Tenía ganas de vomitar. Encontré dos copas de vino en el salón y, llena de pánico, corrí hasta el dormitorio en busca de evidencias de que hubieran estado juntos. La cama estaba deshecha, pero no vi señales de sexo en ningún lugar de la habitación. De todos modos, ¿qué rastros podía dejar? Caleb nunca lo hacía; no usaba preservativos. Yo había empezado a tomar anticonceptivos poco después de que empezáramos a salir. Siempre decía que se le revolvía el estómago solo con verlos, así que no iba a encontrar ningún envoltorio tirado por ahí.

Solté un suspiro de alivio, fui hasta su cómoda y recorrí la parte posterior con las manos hasta encontrar la caja cuadrada de Tiffany's donde estaba mi anillo de compromiso. La abrí y sentí que las lágrimas brotaban de mis ojos. Había estado a punto de suceder. Estaba a punto de proponerme matrimonio cuando ese maldito accidente me borró de su memoria. Me merecía estar con él y llevar mi anillo de princesa con su diamante de dos quilates.

Me libré de ella. Durante un tiempo.

Después de dejar a Caleb en el aeropuerto, me voy de compras. Parece un tanto superficial, como si debiera sentirme culpable... pero no lo hago. Quiero sentir las sedas suaves bajo mis dedos. Decido que, como ya no llevo una pelota de baloncesto fijada a mi cintura, necesito un fondo de armario completamente nuevo.

Aparco mi nuevo deportivo en una plaza del centro comercial Gables y me voy derechita a la tienda Nordstrom. En el probador, desvío los ojos de mi barriga. Me siento bien al ponerme vestidos de cintura ajustada. Para cuando me dirijo hacia la salida, llevo tres mil dólares de ropa. Lo dejo todo en el asiento trasero y decido quedar con Katine para tomar algo.

—¿No le estás dando el pecho a la niña? —me pregunta al sentarse en el

asiento de al lado.

Me mira los pechos en expansión y toma una cereza de la bandeja de aperitivos del camarero. Yo me encojo de hombros.

—Utilizo un extractor de leche. ¿Qué pasa?

Sonríe en plan condescendiente mientras mordisquea su cereza. Katine se parece un poco a Donald Trump con bótox cuando se pone arrogante. Lamo la sal del borde de la copa de mi margarita y siento lástima por ella.

—Pues lo que pasa es que se supone que no puedes beber cuando estás dando el pecho.

Pongo los ojos en blanco.

—Tengo más que de sobra en el frigorífico de casa. Para cuando necesite volver a usar el extractor, el alcohol ya estará fuera de mi sistema.

Katine abre mucho los ojos, lo cual la hace parecer todavía más tonta de lo que debería parecer una rubia.

—¿Cómo está tu mami querida?

—Está vigilando a su nieta querida —respondo—. ¿Podríamos no hablar de eso?

Ella se encoge de hombros, como si de todos modos le diera absolutamente igual. Le pide un *gin-tonic* al camarero y se lo bebe entero con demasiada rapidez.

—¿Ya has vuelto a acostarte con Caleb?

Me encojo en mi asiento: Katine no tiene filtro alguno. Ella intenta echarle la culpa al hecho de que viene de una cultura diferente, pero ha vivido aquí desde antes de poder caminar. Hago un gesto para pedir otro margarita. El camarero es atractivo y por alguna razón no quiero que sepa que soy madre. Bajo la voz.

—Acabo de tener un bebé, Katine. Tienes que esperar por lo menos seis semanas.

—A mí me hicieron una cesárea —anuncia ella.

Por supuesto, eso ya lo sé. Katine me ha agasajado con la repugnante historia de su parto más de una docena de veces. Aparto la mirada, aburrída, pero sus siguientes palabras hacen que mi cabeza gire de golpe.

—Tu vagina se va a quedar ahora toda estirada e inútil.

Primero compruebo que el camarero no la haya oído y después entrecierro los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Pues de parir, obviamente. ¿Qué pasa? ¿Te pensabas que todo se iba a

quedar de golpe en su sitio? —Se ríe con una verdadera risa de hiena. Observo su garganta expuesta mientras ella inclina la cabeza hacia atrás. ¿Cuántas veces me habré preguntado cómo sería darle un bofetón a mi mejor amiga? Cuando se calma, suelta un suspiro dramático—. Dios, que estaba de broma, Leah. Tendrías que haberte visto la cara, era como si te hubiera dicho que se había muerto tu hija.

Jugueteo con la servilleta de mi copa. ¿Qué pasa si tiene razón? Me tiemblan los dedos de las ganas de sacar mi móvil para buscarlo en Google, así que hago unos ejercicios de contracción en los músculos pélvicos por si acaso.

¿Y si Caleb nota alguna diferencia? Comienzo a sudar solo de pensar en ello. Nuestra relación siempre había estado basada en el sexo. Nosotros éramos la pareja *sexy*, los que mantenían vivas las cosas mientras todos nuestros amigos se retiraban a una vida de sexo medio lúcido haciendo el misionero después de que los niños se fueran a dormir. Durante meses, al principio de nuestra relación, en su cara aparecía una expresión de alivio cuando llevaba la mano hacia mí y yo respondía. Jamás lo aparté, nunca quise hacerlo. Pero ahora tenía que plantearme la posibilidad de que tal vez fuera él quien me apartara.

Pido otra bebida.

Eso iba a causarme un montón de ansiedad nueva. Iba a tener que pedir una cita con mi terapeuta.

—Mira —dice Katine. Se inclina hacia mí y su perfume de vainilla demasiado dulce se cuela en el interior de mi nariz—. Las cosas cambian cuando tienes un bebé. Tu cuerpo cambia. La dinámica entre tu marido y tú cambia. Tienes que ser imaginativa y, por el amor de Dios, perder la grasa del embarazo..., y rápido.

Chasquea los dedos en dirección a un camarero y pide una cesta de patatas y calamares fritos.

Zorra.

Capítulo cuatro El pasado

Conocí a Caleb en la fiesta del vigésimo cuarto cumpleaños de Katine. Tuvo lugar en un yate, lo cual era significativamente mejor que el lugar de mi vigésimo cuarto cumpleaños, en uno de los clubs nocturnos pijos de South Beach. Yo había invitado a doscientas personas y ella a trescientas. Pero, dado que el cumpleaños de mi mejor amiga es cuatro meses después del mío, todos los años tiene la oportunidad de eclipsar el mío. De todos modos, lo considero un empate, porque yo soy más guapa y mi padre estaba doce puestos por encima del suyo en la lista de multimillonarios de Forbes.

Me había puesto un vestido de Lanvin de seda negra que había visto que Katine observaba la semana anterior, mientras estábamos de compras en Barney's. Sus caderas eran ligeramente demasiado anchas para el corte estrecho del vestido, así que me hice con él mientras ella no miraba y me lo compré. Por supuesto, ella me habría hecho lo mismo a mí.

Tras unas cuantas rondas con nuestros amigos, me dirigí hacia la barra para pedir otro martini. Entonces lo vi sentado en uno de los taburetes. Estaba de espaldas a mí, pero me di cuenta por la anchura de su espalda y por su corte de pelo de que iba a ser guapo. Me senté en el asiento libre que había junto a él y le lancé una mirada por el rabillo del ojo. Primero me fijé en la mandíbula fuerte. Se podrían partir nueces con esa mandíbula. Su nariz era un tanto extraña, pero no de una forma poco atractiva. El puente estaba curvado, como una ligera curva en la carretera. Resultaba elegante, tal como debería serlo un revólver viejo. Sus labios eran demasiado sensuales para un hombre. De no ser por esa nariz, esa nariz increíblemente elegante, su cara habría resultado demasiado hermosa.

Esperé unos cuantos minutos de cortesía para que me mirara. Por lo general no tenía que esforzarme demasiado para atraer la atención masculina, pero, como no me miró, me aclaré la garganta. Sus ojos, que habían estado concentrados en el televisor que había sobre la barra, giraron hacia mí con lentitud, como si yo fuera una molestia. Eran del color del jarabe de arce cuando lo sostienes bajo la luz. Esperé a que pusiera esa expresión afortunada que aparecía en la cara de todos los hombres cuando se encontraban con mi atención, pero no lo hizo.

—Me llamo Leah —dije al fin mientras le tendía la mano.

—Hola, Leah.

Me dirigió una especie de media sonrisa mientras me daba la mano y después volvió a girarse hacia el televisor como de forma despectiva. Sabía cómo eran los de su clase. Tenías que esforzarte con ganas para conseguir a los chicos que tenían sonrisas torcidas. Les gustaba la caza.

—¿De qué conoces a Katine? —pregunté, y de repente me sentí desesperada.

—¿A quién?

—Katine..., ¿la chica en cuya fiesta te has colado?

—Ah, Katine —dijo, y tomó un sorbo de su copa—. No la conozco.

Esperé a que me explicara que había venido con un amigo o con un pariente lejano a la fiesta, pero no me dio ninguna explicación. Decidí probar por una nueva ruta.

—¿Necesitas un *whisky* americano y una cerveza para acompañar ese *whisky* escocés?

Me miró por primera vez y pestañeó como si estuviera aclarando su visión.

—¿Esa es tu mejor frase para ligar? ¿La letra de una canción *country*?

Vi el atisbo de una sonrisa en sus ojos, así que sonreí animada.

—Oye, todos tenemos algún vicio, y el mío es la música *country*.

Me examinó durante un momento, recorrió mi pelo con los ojos y se detuvo en mis labios. Pasó los dedos por la condensación de su copa y recogió la humedad con la punta de sus dedos. Lo observé fascinada mientras utilizaba el pulgar para limpiarse la humedad de los dedos.

—Vale —dijo mientras se giraba hacia mí—. ¿Y qué otros vicios tienes?

Podría haber respondido «tú» en ese preciso momento y lugar.

—No, no —contesté, negué con la cabeza de forma seductora y me incliné hacia delante solo lo suficiente para que le echara un vistazo de mi escote—. Yo ya te he contado uno de los míos. Ahora es tu turno.

Él carraspeó y miró su vaso húmedo. Lo hizo girar con lentitud mientras me devolvía la mirada, como si estuviera decidiendo si merecía la pena o no continuar con la conversación. Después de una larga pausa, sus ojos se helaron y entonces dijo:

—Las mujeres venenosas.

Me eché hacia atrás en mi asiento, sobresaltada. Aquello era perfecto: mi puntuación era de diez en la escala venenosa. Si quería ponzoña, podía

insertársela directamente en el cuello.

Tomó un largo trago de su *whisky* mientras yo evaluaba la situación. Estaba claro que ese hombre acababa de jugar a esquivar balones emocionales con una profesional. Se estaba tomando una bebida muy fuerte y cara en la fiesta de un yate a la que preferiría no ir. A pesar del hecho de que le estaba ofreciendo mis encantos, con un vestido que dejaba muy poco a la imaginación, apenas me había mirado.

Por lo general, un hombre despechado no me asustaba. Podían proporcionar sexo apasionado y casual como consecuencia de su corazón roto. Tan solo veían las mejores cosas de ti, las cosas que les hacían recordar a días mejores con sus exnovias, te bañaban en cumplidos y se aferraban a ti agradecidos durante una semana o dos. Disfrutaba mucho de los hombres despechados, pero aquel era diferente. Aquel no se estaba cuestionando su valor como ser humano porque su relación había acabado. Se estaba cuestionando la cordura de la chica. Estaba tratando de averiguar en qué punto exacto habían empezado a torcerse las cosas.

Iba vestido de forma imaculada, sin intentarlo siquiera. Se vestía de esa forma por naturaleza, lo cual significaba que tenía dinero, y a mí me encanta el dinero. Reconocí la señal real del Rolex, el fino tejido de Armani, la facilidad con la que miraba al mundo. También reconocía su forma de dar las gracias cuando el camarero le rellenaba la bebida y, al oír que la pareja sentada al otro lado no dejaba de soltar tacos, hizo una mueca. Los hombres como él rara vez estaban solteros y me pregunté qué zorra estúpida lo habría dejado marchar. Fuera quien fuera, iba a borrarla de su memoria en un momento. ¿Por qué? Porque yo era lo mejor de lo mejor: un bombón Godiva, un coche Maserati, el perfecto diamante transparente. Podía mejorar la vida de cualquiera, especialmente la de ese hombre.

Con mi confianza recién encontrada en nuestra futura relación, le sonreí y crucé las piernas para que mi falda subiera por mi muslo.

—Vale —dije con lentitud—. Resulta que hoy es tu día de suerte.

—¿Y eso por qué?

Ni siquiera me había mirado las piernas. Solté un suspiro.

—Bueno, iba a decir algo en plan arrogante sobre lo venenosa que soy, pero creo que por la pinta que tienes necesitas un buen zumo de Jamba Juice o algo así. —Se echó a reír—. ¿Ves? Soy graciosa —bromeé.

—Sí —contestó con una sonrisa—. Un poco.

Envalentonada, bajé los codos hasta mis costados y giré el taburete para

quedar de cara a él. Mis rodillas estaban ahora tocando su muslo inferior y él no hizo ningún intento de apartarse.

Pringado.

—Pues bueno... —Saqué un estuche de cigarrillos nacarado de mi bolsito—. Este es mi otro vicio, ¿te importa? —Miró al cigarrillo en equilibrio entre mis labios y negó con la cabeza. Yo lo encendí e inhalé con un grácil movimiento que había llegado a perfeccionar—. Y ¿cómo te llamas, señor de los ojos tristes?

Su boca se crispó en las comisuras mientras sus cejas bailoteaban ligeramente hacia arriba.

—Caleb —contestó—. Caleb Drake.

Pensé en cómo me quedaría Drake de apellido y decidí que me gustaba. Solté una bocanada de humo en dirección al océano.

—Yo me llamo Leah... y, si juegas bien tus cartas, podría ser Leah Drake.

Alcé las cejas.

—Vaya. Vaya... —volvió a decir—. Eso casi resulta refrescante.

—¿No quería casarse contigo? —pregunté con empatía.

—No quería hacer muchas cosas —dijo, se tomó el resto de su *whisky* y se puso en pie. Era maravillosamente alto, seguro que alrededor del metro ochenta y cinco. Me situé mentalmente por debajo de su brazo.

Esperé a su siguiente movimiento. Hiciera lo que hiciera, era mío de todos modos. Pero entonces se agachó y me dio un beso en la mano. Me sentía confusa.

—Buenas noches, Leah —dijo.

Y entonces, para mi completo asombro, se marchó de allí.

Me sentía confusa.

Pensaba que teníamos química.

Pensé en él durante el día siguiente mientras soportaba mi resaca. ¿Quién era? ¿Por qué había ido a la fiesta? ¿Qué le había hecho esa chica para que pasara de mí? ¡De mí! Jugué brevemente con la idea de que su exnovia fuera alguna famosa. Por Dios santo, era lo bastante guapo como para romperle el corazón a alguna celebridad. Pensé en su fría despreocupación, en el aleteo que sentí cuando por fin me miró. ¿Alguna vez había tenido que trabajar tan duro para conseguir que un hombre me mirara? No. Y cuando te miraba, querías que parara. Te miraba como si ya te conociera: de forma directa, ligeramente aburrida, juzgándote. Te hacía

preguntarte lo que se sentiría al estar al otro lado de esa mirada, tener sus ojos sobre ti porque él quiere que estén allí.

Investigué por ahí un poco y traté de descubrir quién era y por dónde salía. Me consideraba una investigadora talentosa. Mi círculo social era amplio y con dos llamadas telefónicas ya sabía dónde encontrar a Caleb Drake. Con dos llamadas más, ya tenía a alguien que nos prepararía una cita a ciegas.

—Espera al menos un mes —le dije a mi prima—. Dale más tiempo para lamerse las heridas antes de que lo salve.

Un mes más tarde, me encontraba caminando en dirección a un restaurante de *sushi* llamado Tatu, con el calor aferrado a mis piernas desnudas y el corazón golpeando con fuerza mis costillas.

—No puede ser —dijo nada más verme.

Yo fingí sentirme sorprendida. Agaché un poco la cabeza y pregunté:

—¿Soltero y británico en busca de una pelirroja?

Él se rio con una risa profunda y me dio un abrazo.

Llevaba una camiseta de botones blanca arremangada hasta los codos y unos pantalones cortos de color caqui. Su piel era de un bronce dorado, como si hubiera estado tomando el sol todos los días desde la última vez que lo vi.

—¿De qué conoces a Sarah? —preguntó mientras sostenía la puerta para que entrara, y yo pasé junto a él.

—Es mi prima. —Le dirigí una sonrisita—. ¿De qué la conoces tú?

Por supuesto, ya conocía la respuesta. El novio de Sarah y Caleb eran hermanos de la misma fraternidad universitaria. La noche de la fiesta de Katine, él se había apuntado con ellos.

Lo escuché mientras me explicaba la conexión. Tenía un acento *sexy*. Mientras seguíamos al encargado hasta nuestra mesa, me colocó la mano en la parte inferior de la espalda. Era un gesto familiar y posesivo, y eso me gustaba. Me pregunté si lo habría hecho de ser la primera vez que nos veíamos.

—¿Sabes cómo me convenció Sarah para que viniera a esta cita a ciegas? —preguntó, y yo negué con la cabeza—. Me dijo que tenías buenas piernas.

Sonreí y me mordí el labio.

—¿Y bien?

Las extendí desde debajo de la mesa, con los tobillos juntos. Mi vestido era peligrosamente corto. Por supuesto, ya sabía que le gustaban un buen par

de piernas. Había acosado a preguntas al estúpido novio de Sarah para descubrir todo lo que pudiera sobre él.

Caleb sonrió y me miró a los ojos al contestar.

—No están mal.

Sentí que el cosquilleo descendía por mi cuerpo hasta llegar a los dedos de mis pies. Esa era la expresión que estaba buscando.

A la mañana siguiente, desperté en su cama. Mientras me estiraba, miré a mi alrededor, a su habitación. Mis músculos estaban maravillosamente resentidos. No me había doblado de tantas formas desde que hacía gimnasia artística en el instituto.

Oí la ducha en el baño contiguo y me di la vuelta para comprobar si podía verlo a través de la puerta abierta. Podía.

La noche anterior nos habíamos tomado tres bebidas y la cena sin una pausa en la conversación. Era como hablar con alguien que conociera desde hacía años. Me sentía muy cómoda con él, y suponía que él lo estaba conmigo, porque respondía sin dudar a cualquier pregunta que le hiciera. Cuando nos marchamos del restaurante, no había ninguna duda sobre si me iría o no a su casa. Me metí en su descapotable e hicimos un corto viaje de quince minutos hasta el rascacielos donde vivía. Nuestro rastro de ropa comenzó en la puerta principal y terminó a los pies de su cama, donde tiramos a un lado de forma juguetona lo último que me quedaba puesto. Habría estado bien culpar al alcohol de mi temeridad, pero, a decir verdad, los dos habíamos dejado de beber antes de comer. Todo lo que ocurrió... sucedió sin la influencia del licor.

Cuando Caleb salió de la ducha, yo seguía apoyada sobre el codo. No puse ninguna excusa para estar mirándolo. Él se pasó la toalla por el pelo, lo que hizo que se le pusiera de punta. Le dirigí una amplia sonrisa y di unos golpecitos en la cama, y entonces él soltó la toalla y se subió junto a mí.

—¿Todavía estás triste? —le pregunté mientras apoyaba la barbilla sobre su pecho.

Él me regaló una media sonrisa y me pellizcó la nariz.

—Me siento un poquito más contento.

—Oooh..., un poquito más contento —dije parodiando su acento y comencé a salir de la cama. Él me atrapó por los tobillos y volvió a dejarme donde estaba.

—Mucho más contento —se corrigió.

—¿Quieres que vayamos a por otra ronda y después a comer? —sugerí

mientras recorría su pecho con un dedo.

—Depende —contestó, y me tomó la mano. Esperé a que continuara sin preguntar el correspondiente «¿de qué?»—. No busco nada serio, Leah. Todavía tengo la cabeza tocada por...

—¿La última chica? —Le dirigí una sonrisita y me elevé para besarlo—. Pues vale —dije contra su boca—. ¿Te parezco una chica de las que buscan compromiso?

—Pareces una chica de las que dan problemas —dijo con una sonrisa—. De joven, mi madre me decía que jamás confiara en una pelirroja.

Fruncí el ceño.

—Tan solo hay dos razones por las que diría algo así.

Caleb levantó las cejas.

—¿Y cuáles son?

—O bien tu padre se acostó con una pelirroja, o bien ella lo es.

Sentí que zumbaba bajo su sonrisa torcida. En esa ocasión, se extendió hasta llegar a sus ojos.

—Me gustas —dijo.

—Eso es estupendo, *boy scout*. Estupendo de verdad.

Capítulo cinco El presente

Dos días después de que Caleb se marche para su viaje de trabajo, mi madre prepara su equipaje y me informa de que ella también se va.

—No puedes hablar en serio —le digo mientras la observo cerrar su maleta—. Me dijiste que querías quedarte para ayudar.

—Hace demasiado calor —se queja, y se toca ligeramente el pelo—. Ya sabes que odio los veranos de aquí.

—¡Tenemos aire acondicionado, madre! Necesito tu ayuda.

—Estarás bien.

Me doy cuenta del ligero temblor en su voz: está cayendo en una de sus depresiones. Courtney era quien sabía cómo ocuparse ella cuando se ponía de ese modo y yo siempre parezco empeorarlo. Pero Courtney no está aquí, sino yo. Lo que convierte a mi madre querida en mi responsabilidad.

Me encojo de hombros.

—Vale, pues vámonos para el aeropuerto. Caleb llegará a medianoche, de todos modos.

Que se escape a su casa, a la McMansión de Míchigan, y se consuma metiéndose pastillas en la boca como si fueran caramelitos.

Durante el camino de vuelta del aeropuerto, enciendo la radio y me siento como un pájaro que sale del nido por primera vez. Estella comienza a gritar desde su asiento cinco minutos después de que comience mi felicidad. ¿Qué significa ese llanto? ¿Tendrá hambre? ¿Estará mareada por el coche? ¿Mojada?

Casi me había olvidado de que estaba ahí..., aquí..., en este planeta..., en mi vida. Hago unos ejercicios de contracción en los músculos pélvicos y pienso con amargura en Caleb... Caleb, libre de bebés, que se estará tostando con el sol de las Bahamas, bebiendo tragos de su maldito Bruichladdich y comiendo pastelitos de cangrejo. No es justo. Necesito una niñera, ¿por qué no se da cuenta? Caleb es muy insistente con lo que está bien y lo que está mal. Con todos sus valores anticuados, tendría que haber imaginado que insistiría en que me quedara en casa para criar yo misma a la niña. Está hecho todo un *boy scout*. ¿Quién sigue criando a sus propios hijos? La gente corriente, solo ellos, porque no pueden permitirse la ayuda.

Me muerdo el labio y subo el volumen de la radio para ahogar los lloriqueos. Ahora mismo la niña suena como una alarma pequeña y estridente, pero ¿qué pasará dentro de unos meses, cuando sus pulmones estén más fuertes? ¿Cómo voy a tolerar ese sonido?

Estoy tratando de averiguar cómo conseguir que pare de llorar cuando algo amarillo me llama la atención. Para aclarar las cosas, el amarillo es un color horrible. Nada bueno puede venir de un color que representa las yemas de huevo, la cera del oído y la mostaza. Es el color equivalente a la enfermedad, a las heridas infectadas y los granos con pus, a los dientes manchados de nicotina. Nada nada nada debería ser amarillo, y esa es precisamente la razón por la que giro la cabeza para mirar. De inmediato, viro para pasarme al carril de la derecha del todo y hago girar el volante como si estuviera montada en las tazas de Disney World. Un coro de bocinas de coche suena mientras cruzo dos carriles de tráfico para llegar hasta el centro comercial. Pongo los ojos en blanco. Hipócritas.

Conducir en Florida me recuerda a recorrer un supermercado abarrotado: o bien te quedas atrapada tras un vejestorio que va de un lado a otro a un kilómetro por hora, o bien algún imbécil te empuja contra el estante de los cereales. Yo soy buena conductora, así que pueden darles por el culo.

Sigo la señal amarilla hasta el centro comercial y echo un vistazo a los escaparates vacíos mientras mi coche recorre el aparcamiento. Hay carteles torcidos de lugares vacantes en la mayoría de las ventanas. Los viejos nombres de las tiendas que todavía quedan sobre las puertas son un deprimente recordatorio de que una crisis está recorriendo de puntillas el país. Señalo el lugar donde se encontraba un salón de manicura colocando la mano como si se tratara de una pistola y aprieto el gatillo imaginario. ¿Cuánto sueños habrán mordido el polvo en este centro comercial de mierda? En la esquina de la derecha del todo, junto a un contenedor gigantesco, se encuentra la Guardería Yema Amarilla. Aparco el coche bajo el cutre cartel de la yema de huevo y tamborileo con los dedos sobre el volante. ¿Debería hacerlo o no? Ya que estoy, voy a echar un vistazo.

Salgo por la puerta, me dirijo hacia la entrada y entonces recuerdo que hay un bebé en el coche. Me cago en su puta madre. Deshago mis pasos, asegurándome de que nadie se haya percatado de mi metedura de pata, y voy hacia la parte trasera para sacar a Estella del asiento del coche. Afortunadamente, está en silencio mientras la llevo por las puertas de la Guardería Yema Amarilla. Lo primero que noto al entrar es que cualquiera

podría entrar en este sitio de mierda y robar a un niño. ¿Dónde están las puertas cerradas con tarjetas magnéticas? Echo un vistazo a la recepcionista. Se trata de una desaliñada chica de veintipico años con sombra de ojos azul sobre unos ojos corrientes de color marrón. Quiere encontrar novio; se le nota por el uso exagerado de perfume y escote. Lleva lápiz de ojos en el párpado inferior, y todo el mundo sabe que no se utiliza lápiz de ojos en el párpado inferior.

—Holaaa —gorjeo alegremente. Ella me sonríe y levanta las cejas—. Necesito hablar con el encargado —digo en voz alta, por si acaso es tan lenta como parece.

—¿Sobre qué?

¿Por qué la gente siempre contrata a estúpidos como recepcionistas?

—Pues porque tengo un bebé —le suelto—, y esto es una guardería.

Crispa la nariz, y esa es la única indicación de que la he cabreado de verdad. Tamborileo con el pie sobre el linóleo mientras ella avisa a la encargada de la guardería. Echo un vistazo a mi alrededor mientras espero a que llegue. Paredes de un amarillo pálido con brillantes soles anaranjados pintados sobre ellos, una alfombra azul regada con los cereales Cheerios de aquella mañana. La encargada aparece unos minutos más tarde. Es una rubia en plena crisis de mediana edad con una camiseta de Elmo, unas zapatillas Keds de color rosa y con arañazos y dos implantes de pecho del tamaño de melones. La observo con desagrado y me obligo a sonreír.

Antes de que pueda pronunciar palabra, la mujer dice:

—Uy, es muy pequeña.

—Es prematura —miento—. Es mayor de lo que parece.

—Me llamo Dieter —se presenta, y me tiende la mano. Yo se la doy para saludarla—. ¿Te gustaría que te lleve de visita guiada por la Yema Amarilla?

Quiero decir que ni de coña, pero asiento con la cabeza de forma educada y Dieter me conduce por unas puertas dobles que abre con una llave tarjeta.

El lugar es sórdido, e incluso Dieter tiene que darse cuenta de ello. Cada habitación tiene un olor a pis único, incluida (ay, Dios mío) una sutil combinación entre aroma a pino y pis. O bien Dieter se ha vuelto inmune al olor, o bien ha elegido ignorarlo, pero yo apenas soy capaz de contener las arcadas. Ella hace énfasis en el ratio de estudiantes y cuidadoras, que es de seis a uno, y señala alegremente un aula de niños de cuatro años cantando,

todos con mocos goteando de sus narices.

Compartir es vivir.

—El equipamiento del parque infantil es totalmente bueno, pero, por supuesto, tu pequeñina no lo necesitará durante un tiempo.

Abre una puerta con un cartel de «Pequeñines» y entra en su interior.

De inmediato me dan la bienvenida múltiples voces infantiles, todas rebuznando como pequeñas crías de burro. Me están poniendo muy nerviosa y casi al instante Estella se despierta y se une al coro de burros. La balanceo de atrás hacia delante y, para mi sorpresa, su llanto va disminuyendo, hasta que vuelve a quedarse en silencio. El lugar está limpio, eso tengo que concedérselo a Dieter. Hay seis cunas contra las paredes y cada una de ellas tiene a un teleñeco de ganchillo colgado sobre ella.

—Acabamos de decir adiós a uno de nuestros bebés —me cuenta Dieter—. Así que tenemos hueco para la pequeña...

—Estella —contesto con una sonrisa.

—Esta es la señorita Misty —dice, y me presenta a la cuidadora. Le sonrío a otra chica regordeta y estrecho otra mano con pintura de uñas descascarillada.

Al final, decido dejar allí a Estella para un periodo de prueba, por sugerencia de Dieter.

—Tan solo unas pocas horas, para ver cómo lo llevas —me dice.

Me pregunto si eso es normal..., dejar a tu bebé con unos desconocidos para «ver cómo lo llevas». Podría rajarme entera con un cuchillo y no sentiría absolutamente nada. Asiento con la cabeza.

—Nunca la he dejado con nadie —contesto. Es la verdad..., más o menos.

Dieter asiente con la cabeza, comprensiva.

—Nosotros cuidaremos muy bien de ella. Tan solo hace falta que rellenes unos cuantos papeles en la recepción.

Entrego Estella a la señorita Misty y hago el paripé de darle un beso en la frente. A continuación, voy corriendo al coche para recoger el bolso cambiador que una buena madre se habría llevado con ella.

Treinta minutos más tarde, soy libre al fin: libre de la barriga insufrible, libre del bebé ruidoso..., libre, libre, libre. Justo entonces, me suena el teléfono. Lo tomo del asiento del copiloto, donde lo había dejado tirado antes, y veo que Caleb me está llamando. Sonrío sin poder evitarlo. Hasta este día, todavía siento mariposas en el estómago cuando Caleb me llama. Estoy a

punto de responder cuando me doy cuenta de que lo más probable es que esté llamando para preguntar por Estella, así que me muerdo el labio y dejo que salte el buzón de voz. Ni siquiera puedo contarle lo que acabo de hacer: lo más probable es que busque el primer vuelo disponible e irrumpa como una tormenta en Miami con los papeles de divorcio en la mano. Tal vez incluso le pida a esa maldita chica que se los prepare. Sé que no estoy siendo razonable y que no he hablado con ella desde que mi juicio terminó hace más de un año y medio, pero los pensamientos de esa bruja de pelo negro me atormentan todos los días. Aparto hasta el fondo de mi mente los pensamientos de mi juicio y mi abogada para retomarlos más tarde.

Estoy decidida a disfrutar de mi tiempo libre de bebés. Me paso por casa para quitarme los vaqueros y ponerme algo más chic. Escojo unos pantalones blancos de lino y una blusa de Gucci de mis últimas compras y después me pongo unos zapatos de tacón con punta afilada. Cuando ya estoy en el coche a mitad de camino del restaurante, me doy cuenta de que me he olvidado el móvil en la encimera de la cocina.

Quedo con Katine y unas cuantas amigas más para comer *sushi* y tomar sake. Cuando entro en el restaurante, todas gritan a mi alrededor, como si hubiera estado fuera un año. Doy un beso en el aire a cada una de ellas y después nos sentamos para pedir. O bien Katine les ha advertido de que no mencionen al bebé, o bien les da igual, porque ninguna de ellas dice ni una palabra sobre la niña. Una parte de mí se siente aliviada, porque, si me hubieran pedido que relatara mis sentimientos como madre primeriza, habría roto a llorar..., sin embargo, también siento una ligera molestia. Aunque Estella era un tema que no quería tocar, al menos podrían haberme preguntado cómo me siento.

Lo dejo pasar. Me bebo cuatro de esos pequeños vasitos de sake y después pido vino.

Katine levanta su copa en mi dirección.

—¡Por tu vuelta! —exclama, y todas tomamos un trago.

Me siento de maravilla. He vuelto oficialmente, aunque ha sido una década dura. En medio de la neblina provocada por el sake, juro convertir mi treintena en los mejores años de mi vida. A las tres de la tarde, la comida ha terminado y estamos todas borrachas, pero aún no tenemos ganas de volver a casa.

—Y bueno —me susurra Katine cuando al fin salimos del restaurante—. ¿Dónde está la niña?

—En la guardería.

Suelto una risita y me tapo la boca con la mano. Mi amiga me guiña un ojo en un gesto conspiratorio; después de todo, fue idea suya.

—¿Caleb lo sabe?

La miro como la rubia estúpida que es.

—¿De verdad, Katine? ¿Crees que seguiría llevando esto si Caleb supiera que su pequeño tesoro está al cuidado de un extraño?

Meneo mi alianza de bodas hacia ella, que ensancha los ojos y frunce los labios como si no me creyera.

—Venga ya. Caleb jamás te dejaría. O sea, tuvo su oportunidad con esa chica, la tal Olivia, y...

Se lleva la mano a la boca de golpe y me mira como si hubiera dicho demasiado. Yo me detengo en seco, a punto de darle un bofetón. Será zorra. ¡¿Cómo se atreve a mencionarla?!

Cuando hablo, estoy sin aliento y llena de sake y furia.

—Caleb no se planteó nunca la idea de dejarme, jamás. Esa chica no era nada. No vayas por ahí contándole esas mentiras a la gente, Katine.

Sé que tengo la cara roja. Puedo sentir cómo arde por debajo de todo el resentimiento. Las cejas de mi amiga se mueven y descienden en su frente, y da la impresión de que se siente arrepentida de verdad.

—Lo... lo siento —tartamudea—. No quería decir nada malo. —Conozco a esta guapa diablilla rubia demasiado bien para tragarme sus disculpas dignas de un Emmy. Le lanzo una mirada desdeñosa y ella me sonrío con una dulzura azucarada—. Tan solo quería decir que te quiere. Ni siquiera esa buenorra con buen culo fue capaz de quitártelo.

Ahora sí que estoy tan furiosa que echo humo. Una cosa es mencionar el nombre de esa basura, pero dar crédito a su evidente belleza cruza la línea de la amistad y la lealtad.

—Leah, espera —me llama cuando me marchó corriendo. Ni siquiera espero a oír qué excusa pone; su favorita es que, al ser rusa, no siempre entiende la forma correcta de comunicarse, ya que no tenemos el mismo idioma nativo. Ya he oído todas sus excusas anteriormente, y conozco bien a mi amiga, escurridiza como una serpiente. Le gusta bañar de azúcar las críticas, las calumnias y los insultos mal disimulados. «Eres muy valiente al ponerte esa falda, yo tendría miedo de que se notara mi celulitis.» Katine es bulímica y no tiene un rastro de celulitis, así que es evidente que se refería a la mía.

Katine Reinlaskz es tan graciosa como un mono de feria, pero si la haces enfadar, te destroza hasta hacerte pedazos. Nuestra relación, que comenzó en el instituto, ha sido una feroz guerra para poseer mejores cosas que la otra. Mi primer coche costó sesenta mil dólares y el suyo, ochenta. La fiesta de mi decimosexto cumpleaños tuvo trescientos invitados y la suya, cuatrocientos. Pero yo gané con Caleb, y ella se ha divorciado dos veces. La primera vez fue una boda en Las Vegas, que duró como veinticuatro horas antes de que la anularan, y la segunda fue con un magnate del petróleo de cincuenta años que resultó ser un verdadero tacaño después de que se casaran. Katine rezuma celos en todo lo relativo a Caleb, que es guapo, *sexy* y todo un caballero. Es el sueño de cualquier chica, y es todo mío. Yo aprovecho cualquier oportunidad para alardear del mayor triunfo de mi vida, pero desde aquel problema con Olivia la envidia de Katine se vio reemplazada por una vanidosa satisfacción. Incluso tuvo una vez las agallas de decirme que admiraba el valor de Olivia.

Doy unos pasos cortos y torpes en dirección a mi coche, con cuidado de no caerme por culpa de los tacones, y me siento en el asiento del conductor. El reloj del salpicadero dice que son las seis en punto. No estoy en condiciones de conducir pero ni siquiera tengo el móvil a mano para llamar a alguien y pedirle que me recoja. Y, de todos modos, ¿a quién voy a llamar? Mis amigas están todas más o menos tan borrachas como yo y las que no han venido alzarían las cejas y se pondrían a cotillear si me encontraran así.

De pronto, me acuerdo de Estella.

—Mierda.

Golpeo el volante con la mano. Se suponía que debía recogerla a las cinco, pero no tengo forma alguna de llamar a la guardería, así que arranco el motor del coche y salgo de la plaza donde estaba aparcado dando marcha atrás. Oigo la bocina de otro vehículo y después el chirriante sonido del metal. Salgo desequilibrada del lado del conductor y me dirijo hacia la parte trasera del coche. Hay un viejo Ford doblado contra el parachoques de mi Range Rover. Casi resulta cómico y tengo que reprimir la necesidad de reír, pero entonces tengo que reprimir la necesidad de llorar, porque veo las parpadeantes luces de un coche de policía que se aproxima hacia nosotros. El conductor es un hombre mayor, y su mujer está en el asiento del copiloto y se sujeta el cuello. Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos delante del pecho, esperando oír la inevitable sirena de ambulancia asociada a los oportunistas amigos de las denuncias.

Me agacho para ver a la vieja bruja.

—¿En serio? —digo a través de la ventanilla—. ¿Te duele el cuello?

Tal como esperaba, una ambulancia sigue al coche patrulla hasta el aparcamiento. Los médicos salen de un salto y corren en dirección al Ford. No logro ver lo que ocurre a continuación porque un agente de aspecto antipático se está acercando a mí y sé que solo tengo unos segundos para recuperar la compostura y actuar como si estuviera sobria.

—Señorita —dice por encima de unas gafas oscuras—, ¿se da cuenta de que ha salido marcha atrás contra ellos sin mirar siquiera? Lo vi todo mientras pasaba.

¿En serio? Me sorprendía que pudiera ver nada a través de esas gafas de sol de aspirante a Blade. Sonrío con inocencia.

—Lo sé. Estaba en mitad de un ataque de pánico, porque tengo que recoger a mi bebé de la niñera —miento—, y voy a llegar tarde...

Me muerdo el labio, ya que por lo general suele excitar a los hombres cuando lo hago.

Él me observa durante un momento y rezo para que no pueda oler el licor en mi aliento. Observo sus ojos, que se dirigen hacia el asiento trasero, donde se encuentra el asiento de bebé de Estella.

—Voy a necesitar su carné de conducir y los papeles del coche —dice al fin.

Es el procedimiento estándar, así que hasta el momento todo bien. Continuamos con el proceso del accidente con el que estoy ya tan familiarizada. Veo cómo llevan a la mujer mayor hasta la ambulancia y la observo mientras se aleja con las luces parpadeando. Su marido, de forma insensible, se queda atrás para ocuparse de las cosas.

—Malditos aprovechados —susurro entre dientes.

El agente me dirige una media sonrisa, pero me basta para darme cuenta de que está de mi parte. Me acerco furtivamente y le pregunto cuándo podré irme para recoger a mi hija.

—Fue muy difícil dejarla allí —le explico—. Tenía una comida de negocios.

Él asiente con la cabeza, como si me comprendiera.

—Tengo que ponerte una multa, ya que el accidente ha sido culpa tuya —dice—. Después de eso, puedes marcharte cuando quieras.

Suelto un suspiro de alivio, y después llega la grúa para separar los vehículos. El daño a mi Range Rover es mínimo en comparación con el Ford,

que prácticamente está doblado por la mitad. Me cuentan que el seguro de los Bernhard contactará con el mío, y estoy bastante segura de que también contratarán a un abogado en los próximos días.

Salgo de mi plaza, aliviada de que el Rover siga funcionando igual de bien que cuando aparqué. De no ser por el parachoques abollado y algunos arañazos menores, mi caro coche ha salido ileso. Pero lo mejor de todo es que yo he quedado indemne. Podían haberme arrestado por conducir bajo la influencia del alcohol. Gracias a una estupenda actuación y a un poli embelesado, me voy a salir con la mía con costes mínimos.

Casi me siento sobria mientras conduzco con cuidado en dirección a la guardería Yema Amarilla. Cuando entro en el aparcamiento lo veo vacío. Miro con nerviosismo el reloj del salpicadero, que marca las siete y diez. Alguien debe de haberse quedado con la niña. Lo más probable es que esté enfadada, pero seguro que lo entenderá en cuanto explique lo que ha ocurrido con el móvil y el accidente. Aprieto el timbre de la puerta antes de darme cuenta de que el interior está completamente a oscuras. Escudriño a través del cristal mientras lo aprieto con las manos: está vacío. El lugar está cerrado, no hay nadie. Entro en pánico. Es la clase de pánico que sentí cuando descubrí que tal vez fuera a la cárcel por el fraude farmacéutico. El pánico que sentí mientras aguardaba de pie delante del juez, esperando oír el veredicto de «culpable» que me haría pasar veinte años en la prisión estatal. Es un pánico puramente egoísta. Un pánico en plan «aydiosmío, Caleb me va a pedir el divorcio por perder a su hija». No llevo todavía ni dos semanas como madre y ya he perdido a mi bebé. Esta es la clase de mierda que te hace salir en programas jurídicos como el de Nancy Grace. Odio a esa zorra rubia.

Recorro la acera de un lado a otro mientras me planteo mis opciones. Podría llamar a la policía. Pero, claro, ¿qué política se aplica con los padres que no recogen a sus hijos de la guardería? ¿Envían a los niños a los servicios sociales? ¿La dueña se los lleva a casa? Me esfuerzo por recordar el nombre de la encargada... Dieter. ¿Llegó a decirme cuál era su apellido? En cualquier caso, necesito conseguir un teléfono, y rápido.

Conduzco hasta casa como si estuviera en *Fast and Furious* y viro de golpe en el camino de entrada. Mi urgencia es audible mientras atravieso la puerta corriendo, sin molestarme en cerrarla, y me dirijo hacia la encimera de la cocina donde había dejado el teléfono. Pero no está ahí. La cabeza me da vueltas..., estaba completamente segura de que lo había dejado ahí. Mañana voy a tener un resacón de muerte. «¡Piensa!» Por primera vez, me arrepiento

de no tener un teléfono fijo. «¿Quién sigue usando los teléfonos fijos?», recuerdo decirle a Caleb justo antes de deshacernos del nuestro. Doy media vuelta para dirigirme hacia la escalera y el corazón me da un vuelco a causa de la sorpresa.

—¿Buscabas esto?

Caleb está apoyado contra el marco de la puerta y me observa con mi preciado iPhone en la mano. Examino su rostro. Parece calmado, lo cual significa que no sabe que Estella no está conmigo, o tal vez piense que está con mi madre. Todavía no le he dicho que la llevé al aeropuerto por la mañana.

—Has vuelto pronto —digo con genuina sorpresa.

No sonrío ni me saluda con su calidez habitual, sino que mantiene los ojos clavados en mi cara y en el teléfono sujeto entre los dedos, tendido en mi dirección. Doy unos pocos pasos cautelosos en su dirección, con cuidado de no mostrar los restos de mi agitación. Caleb siempre me lee como si fuera una novela facilona. Me pongo de puntillas para darle un besito rápido en la mejilla antes de tomar el teléfono de entre sus dedos. Ahora, si tan solo pudiera salir, tal vez fuera capaz de averiguar algo, de llamar a alguien..., ¡DE ENCONTRAR AL BEBÉ!

Retrocedo unos pocos pasos.

—Tienes una llamada perdida. O más bien catorce, en realidad —dice Caleb con tranquilidad..., demasiada tranquilidad, como la calma anterior a una tormenta. El gruñido sordo y retumbante del lobo antes de desgarrarte la tráquea.

Trago saliva. Siento que tengo arena en la garganta y me estoy ahogando..., asfixiando. Mis ojos recorren la habitación con rapidez. Dios..., ¿cuánto sabe? ¿Cómo voy a ser capaz de arreglarlo?

—Al parecer, se te olvidó recoger a Estella en la guardería...

Su voz se desvanece. Yo siento como si una mano invisible me abriera las mandíbulas y vertiera miedo por mi garganta. Me ahogo con él.

—Caleb... —comienzo.

Él levanta la mano para que me detenga, y eso es lo que hago, porque ni siquiera estoy segura de qué excusa puedo darle.

He dejado a nuestra hija en una guardería de mala muerte.

Joder.

No soy tan creativa. Mi mente recorre todas las excusas posibles.

—¿Está... está aquí? —susurro.

La parte más expresiva de Caleb es su mandíbula; siempre la uso para leer sus emociones. Es angulosa y masculina, suavizada solo por sus labios tan gruesos. Cuando esa mandíbula está contenta contigo, quieres recorrerla con la punta de los dedos, ponerte de puntillas para cubrirla de besos. Pero esa mandíbula está furiosa conmigo. Sus labios están blancos, apretados con fuerza por la furia. Tengo miedo.

Caleb no dice nada. Esta es su técnica de lucha: hace arder la habitación con su furia y después espera a que sueltes una confesión entre sudores. Nunca se ha comportado de forma violenta con una mujer, ni un día en toda su vida, pero me apostaría la vida a que esa niña sería capaz de hacerle hacer cosas que jamás se había planteado siquiera.

Cometo el error de mirar en dirección a la escalera, y eso lo pone furioso de verdad. Se aparta de la pared y camina hacia mí.

—Está bien —dice entre dientes—. Volví pronto porque estaba preocupado por ti, pero es evidente que no era de ti de quien debía preocuparme.

—Tan solo fueron un par de horas —me apresuro a decir—. Necesitaba pasar un tiempo a solas, y mi madre acababa de abandonarme...

Me examina durante unos cuantos latidos, pero no porque esté calibrando la verdad de mis palabras. Se está preguntando cómo ha podido casarse con alguien como yo. Puedo ver la decepción absoluta. Es como un arañazo contra la arrogancia que acuno contra mi pecho; me hace sentir como una fracasada. Pero, bueno, ¿qué esperaba? ¿Que iba a ser una buena madre? ¿Que se me iba a dar bien un papel que no comprendo?

No sé qué hacer. El alcohol todavía está rondando por mi cerebro, y lo único en lo que puedo pensar es en el hecho de que me va a dejar.

—Lo siento —susurro mientras miro al suelo. Actuar como si estuviera arrepentida es un truco muy barato, sobre todo porque lo que más siento es que me haya pillado, y no haberlo hecho en realidad.

—Lo que sientes es que te haya pillado.

Levanto la cabeza de golpe. ¡Me ha leído la puta mente!

¿Cómo se atreve a pensar lo peor de mí? ¡Soy su mujer! Para lo bueno y para lo malo, ¿no? ¿O es que lo de lo malo se refería a la situación y no a la persona?

—Has dejado a tu hija recién nacida con unas completas desconocidas. ¡Lleva horas sin comer!

—¡Había leche materna en el bolso cambiador! —me defiendo.

—¡No la suficiente para siete horas!

Miro las baldosas y frunzo el ceño.

—No me di cuenta —respondo, derrotada. ¿De verdad había estado fuera tanto tiempo?

Siento un arrebató de furia egoísta. ¿Era culpa mía que no me estuviera sumando a la felicidad parental como él? Abro la boca para decírselo, pero él me ataja.

—No, Leah —me advierte—. No hay excusas que valgan para esto. Si tuviera algo de sentido común, la agarraría y me marcharía.

Mis pensamientos se emborronan mientras la furia irrumpe como una tromba.

—¡Es mi hija!

Caleb se detiene. Es una parada abrupta, como si mis palabras le hubieran congelado las piernas. Cuando se vuelve a dar la vuelta, tiene la cara roja.

—Como vuelvas a hacer algo parecido, tendrás que gritar eso mismo en un tribunal.

Siento náuseas mientras su amenaza me rodea como un viento helado. Lo dice en serio. Caleb jamás me ha hablado con tanta frialdad; jamás me ha amenazado. Es el bebé: lo está cambiando, lo pone en mi contra. Se detiene justo antes de llegar a la escalera.

—Voy a contratar a una niñera.

Son las palabras que quería oír, pero ahora no parecen una victoria. Caleb está aceptando lo de la niñera porque ya no confía en mí..., en su mujer. De pronto, ya no quiero que la contrate.

—No —le respondo—. Yo puedo ocuparme de ella, no necesito ayuda. —Él me ignora y comienza a subir los peldaños de dos en dos. Yo lo sigo mientras trato de decidir si prefiero suplicarle o ponerme agresiva—. He cometido un error, pero no volverá a suceder —le digo, eligiendo ponerme suplicante—. Y no puedes tomar esa decisión tú solo..., también es hija mía.

Un toqucito de agresividad, solo por si acaso.

Llega hasta nuestra habitación y comienza a rebuscar en su mesita de noche. Saca su cuadernito negro, que ya he fisgoneado más de una vez. Lo sigo hasta su despacho, donde desconecta el teléfono móvil del cargador.

—¿A quién llamas? —le pregunto.

Señala hacia la puerta y me indica que salga. Yo permanezco firme, con los brazos alrededor de mi cuerpo como si fuera un abrazo, mientras la

preocupación gira en espiral dentro de mi estómago.

—Hola —dice cuando contestan.

Su voz suena íntima, insinuante. Es evidente que tiene muy buena relación con la persona que contesta al otro lado. Siento un helado escalofrío que me golpea la columna vertebral. Tan solo hay una persona que suavice tanto su voz, pero ¿por qué iba a llamarla a ella? Se ríe ante algo que dice la otra persona y se reclina en su asiento.

Oh, Dios..., oh, Dios. Siento ganas de vomitar.

—Sí, claro —dice en plan simpático—. ¿Me la puedes conseguir? —Hace una pausa mientras escucha—. Confío en quien sea que me mandes. No, no..., no me supone ningún problema. De acuerdo entonces, ¿mañana? Sí, ya te envió la dirección... Ah, ¿todavía te acuerdas? —Sonríe de forma irónica—. Pues ya hablamos entonces.

Me pongo en acción en cuanto cuelga.

—¿Quién era? ¿Era ella?

Hace una pausa mientras examina sus papeles para mirarme con confusión.

—¿Ella?

—Ya sabes de quién estoy hablando.

Ni siquiera hablamos sobre ese tema..., ella. Los músculos de su mandíbula se tensan. Siento la necesidad de arrastrarme bajo la mesa y esconder la cabeza entre mis piernas.

¿POR

QUÉ

HE

DICHO

ESO?

—No —contesta, y continúa con sus papeles—. Era una vieja amiga que tiene una agencia de niñeras en Boca. Mañana se pasará alguien por aquí para conocerla.

Me quedo boquiabierto: otra parte secreta de su vida de la que no tenía ni idea. ¿Cómo demonios está conectado con alguien que tiene una agencia de niñeras?

—Pues vaya mierda —contesto mientras doy un zapatazo en el suelo—. ¿Al menos vas a dejar que la conozca?

Caleb se encoge de hombros.

—A lo mejor, aunque supongo que vas a estar de resaca mañana...

Me quedo helada por dentro. Siempre lo sabe todo; siempre lo ve todo. Me pregunto si mi aliento me habrá delatado, o si de algún modo habrá visto el parachoques abollado de mi coche y lo habrá supuesto. No me molesto en preguntar. Salgo con rapidez de la habitación sin dar explicaciones y subo corriendo la escalera. Me quedo de pie frente a la puerta de nuestra habitación, mirando el pasillo. Siento una punzada de algo. ¿Debería ir a ver cómo está la niña? Prácticamente la he abandonado hoy; al menos debería asegurarme de que está bien. Me alegra que no sea lo bastante mayor para darse cuenta de lo que he hecho, porque los niños te guardan rencor por esas cosas.

Bajo por el pasillo en silencio, abro la puerta de su habitación con la punta del pie y echo un vistazo al interior. No sé por qué me siento tan culpable mirando a mi propio bebé, pero así es. Cruzo el espacio hasta su cuna mientras contengo el aliento. Está dormida. Caleb la ha bañado y la ha envuelto en su manta, aunque ella ha logrado sacar una de las manos y tiene el pulgar en la boca. Desde donde estoy puedo oler el jabón de lavanda que Caleb le compró mezclado con el aroma como de avena de los bebés recién nacidos. Bajo un dedo para tocarle el puño y después salgo a toda prisa de la habitación.

Capítulo seis El pasado

—¿Por qué tienes esto? —En la mano sostenía una tarrina de medio litro de helado que llevaba en su congelador desde que nos habíamos conocido. Era de cereza, de la marca Ben and Jerry's. Había abierto la tapa para fisgonear y comprobé que estaba a medio comer y que tenía mucha escarcha a causa del congelador—. No te gustan las cerezas. ¿Puedo tirarlo?

Caleb se levantó corriendo del sofá donde estaba viendo la tele y me quitó el envase de la mano. Yo pestañeé sorprendida; nunca había visto a un hombre moverse tan rápido por un helado.

—Déjalo ahí —dijo.

Vi cómo lo metía tras un par de filetes congelados y cerraba la puerta.

—Eso no ha sido rarito ni nada —comenté. Él pareció verdaderamente desorientado durante un momento antes de tomarme la mano y llevarme hasta el sofá. Comenzó a besarme el cuello, pero yo todavía tenía la mente en el helado—. ¿Por qué no nos vamos a vivir juntos? —pregunté como si nada.

Él detuvo lo que estaba haciendo y apoyó la frente en la curva de mi cuello.

—No —contestó.

—¿No? ¿Por qué no? Llevamos ya nueve meses saliendo. Paso aquí casi todas las noches.

Él se enderezó y se pasó los dedos por el pelo, lo que hizo que se le quedara de punta.

—¿No se suponía que lo nuestro no era nada serio?

Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

—Sí, cuando empezamos. ¿No te parece que esto sea serio? Ya llevamos cinco meses sin estar con nadie más.

Aquello no era cierto: yo no había estado con nadie desde el día en que lo conocí. Ni siquiera había mirado a otro chico desde la fiesta del yate. Caleb había admitido quedar con más chicas, pero al final siempre acababa volviendo a mi cama. ¿Qué podía decir? En el terreno sexual, yo era una fuerza que había que tener en cuenta. Aunque resultaba evidente que no era una fuerza suficiente.

—¿Por qué está ese helado en el congelador?

—Ahí es donde se guarda el helado —contestó de forma seca.

Caleb tenía una cicatriz junto al ojo. Había tratado de convencerlo para que fuera a ver a mi cirujano plástico para eliminarla, pero se había negado. Según él, las cicatrices debían quedarse donde el destino decidía ponerlas. Yo me reí al momento; era una de las cosas más ridículas que había oído jamás.

Pero en ese momento, mientras miraba al que era mi casi novio, supe que yo tenía razón: las cicatrices deben eliminarse, sobre todo las cicatrices en forma de helado. Levanté la mano y recorrí la cicatriz con un dedo. No sabía dónde se la había hecho; nunca se lo había preguntado. ¿Qué otras cosas no sabía de él?

—¿Era de ella?

Rara vez hablábamos sobre su exnovia, pero, cuando lo hacíamos, el humor de Caleb se volvía alicaído y distante. Por lo general, yo trataba de evitar el tema, pues no quería parecer la nueva novia celosa, pero si el tío no era capaz de tirar su helado...

—¿Caleb? —Me subí sobre su regazo a horcajadas—. ¿Era de ella?

No tenía forma de alejarse de mí, así que optó por mirarme directamente a los ojos. Eso siempre me ponía nerviosa. Caleb tenía unos ojos muy intensos; la clase de ojos que te desnudaban por completo hasta dejar a la vista todos tus pecados.

Soltó un suspiro.

—Sí.

Me sentí un tanto atónita por el hecho de que lo hubiera admitido de verdad. Me moví de forma incómoda sobre su regazo, no muy segura de si debía hacerle las inevitables preguntas siguientes.

—Vale —dije con la esperanza de que me diera alguna clase de explicación—. ¿Podemos hablar sobre esto?

—No hay nada de lo que hablar —respondió con tono tajante.

Sabía lo que quería decir con eso. Que no hubiera nada de lo que hablar significaba que no podía hablar sobre ello porque todavía dolía. Y también que no quería hablar de ello porque no lo había superado todavía. Pasé la pierna por un lado y me bajé de su regazo para quedarme en el sofá. Me sentía tan ligera como una hoja de papel. Era ya una profesional en el arte de los hombres y sabía por experiencia que nada puede competir con un recuerdo. Es poco característico de mí no ser ese recuerdo, así que no estaba muy segura de cómo actuar.

—¿No soy suficiente para ti? —le pregunté.

—Eres más que suficiente —contestó con seriedad—. Estaba completamente vacío por dentro hasta que tú llegaste.

Por lo general, algo así viniendo de un hombre sonaría cursi, un tópico trillado. He salido con poetas y músicos, y todos tenían las dotes verbales suficientes como para erizarme el vello, aunque ninguno lo había hecho jamás. Pero sentí que una calidez saturaba mi corazón cuando Caleb lo dijo.

—Pero ya te dije desde el principio que no estoy preparado. No puedes curarme, Leah.

Asimilé lo que acababa de decir, pero no me lo creía. Por supuesto que era capaz de curarlo; él mismo me acababa de decir que había llenado su vacío. En lo que no quería pensar era en quién habría creado ese vacío... y en lo grande que era el agujero que le había dejado.

—No estoy tratando de curarte —le aseguré—. Pero estoy desarrollando sentimientos fuertes hacia ti y, básicamente, me estás rechazando por una tarrina de helado de cereza.

Él se rio y volvió a colocarme sobre su regazo.

—No me voy a ir a vivir con nadie hasta que me case con ella —dijo.

No había oído a nadie decir eso desde que tenía quince años y mis padres me obligaron a ir a un campamento religioso.

—Qué bien —contesté—. Pues yo no voy a acostarme con nadie hasta que me case con él.

Caleb me lanzó su mejor mirada de «puedo tenerte siempre que quiera» y yo me quedé tan agitada que no sabía si besarlo o ruborizarme. Siempre consigue superar mis intentos de seducción. «Poder —pensé solo con cierto interés, ya que me estaba besando—. Tiene poder sobre mí.»

No volvimos a mencionar el helado, aunque cada vez que estaba cerca del frigorífico sentía unas ganas terribles de echar un vistazo. El maldito helado de cereza se convirtió en una parte más de mi cuerpo. Era como si dentro del congelador hubiera un dedo de esa chica en lugar del helado de mierda. Me imaginé que el dedo llevaba pintura de uñas negra y que deambulaba por la casa cuando no estábamos. Iba en busca de mi anillo, y yo lo sabía. Las exnovias siempre tienen una forma de echarle el guante a las cosas mucho después de que se hayan ido.

Al principio me preocupaba, pero Caleb estaba tan presente en nuestra relación «casual» que me olvidé del tema. Tenía asuntos más importantes que reclamaban mi atención, como mi trabajo en el banco, con el drama diario entre mis compañeros, y mis próximas vacaciones con Caleb para ir a esquiar

a Colorado. Había muchas cosas que necesitaban mi atención, así que estaba más que dispuesta a taparme los oídos y olvidarme del tema. Pasamos tres meses sin hablar del dedo. De lo que sí hablamos fue de nosotros: lo que queríamos, adónde queríamos ir, quiénes queríamos ser. Cuando hablamos de tener hijos, en lugar de salir corriendo de la habitación, me quedé sentada y lo escuché con una media sonrisa en la cara.

Llevábamos tres días de nuestro viaje de esquí cuando el compañero de habitación de la universidad de Caleb lo llamó para contarle que su mujer estaba de parto. Me miró nada más colgar el teléfono.

—Si nos marchamos ahora, podríamos estar allí mañana por la mañana.

—¿Te has vuelto loco? ¡Tenemos reservada la cabaña dos días más!

—Yo soy el padrino. Quiero ver al bebé.

—Sí, eres el padrino, pero no el padre. El bebé seguirá donde está dentro de dos días.

No volvió a mencionar el tema, pero me di cuenta de que estaba decepcionado. Cuando por fin llegamos al hospital, sonreía de oreja a oreja, con los brazos llenos de regalos ridículos.

Tuvo al maldito bebé en brazos durante media hora antes de tener que devolvérselo a su madre para que le diera de comer. Cuando trató de dármelo a mí, fingí que estaba resfriada.

—Me encantaría —le había dicho—. Pero en realidad no debería.

Lo cierto era que los bebés me ponían nerviosa. La gente siempre te los tiraba encima e intentaba que los cogieras y los arrullaras. Yo no quería tener que coger al bebé de nadie. ¿Quién sabe a quién podrías tener en brazos? El niño podría ser un futuro asesino en serie y tú jamás lo sabrías.

Caleb estaba loco por el bebé. No dejó de hablar de bebés durante todo el trayecto y al final, después de un rato, acabó contagiándome. Comencé a imaginar a pequeños Calebs de pelo arenoso corriendo por ahí. Después rebobiné un poco, hasta nuestra foto perfecta de boda, y después un poco más, hasta la romántica propuesta de matrimonio que había tenido lugar en la playa. Estaba planeando nuestras vidas, pero ese maldito dedo estaba todavía en el congelador. Si tan solo pudiera echarle un vistazo a la chica, tal vez lo comprendería.

Resultó que no tuve que esperar mucho tiempo.

Capítulo siete El presente

Me despierto con el sonido de una alarma. Es evidente que está rota, porque el pitido no es constante, sino más parecido a una sirena. Todo parece denso, como si mi cerebro estuviera empapado en miel. Llevo la mano a la alarma para apagarla y entonces abro los ojos de golpe. No se trata de ninguna alarma. Me levanto de un salto y miro a mi alrededor, a la habitación tenuemente iluminada, con la colcha deslizándose por mi cintura. Según mi teléfono móvil, son las tres de la mañana, y el lado de Caleb está intacto. Me pregunto si estará en la habitación de invitados y entonces lo oigo otra vez: el sonido de un bebé que llora. Voy dando tumbos hacia la habitación de la niña. ¿Dónde estará Caleb? Debe de estar con ella. Camino hasta la habitación y lo veo paseándose por ella con el bebé en brazos. Tiene el móvil entre el hombro y la oreja y está hablando con rapidez. La niña no solo está llorando, sino que grita como si sufriera alguna clase de dolor.

—¿Qué está...?

Me detengo cuando levanta un dedo para callarme. Después termina la conversación y tira el teléfono a un lado.

—Recoge tus cosas, tenemos que llevarla a urgencias.

Asiento con la cabeza, con la boca pastosa, y me pongo algo de ropa: unos pantalones de chándal y la camiseta de Pink Floyd de Caleb. Bajo la escalera corriendo y me encuentro con él en la puerta. Después coloca en su asiento del coche a la niña, que no ha dejado de llorar desde que la dejé en su cuarto.

—¿Qué le pasa? —pregunto—. ¿Está enferma?

Sonríe de forma sombría y sale por la puerta con ella. Yo sigo los pasos de Caleb y entro por el lado del copiloto.

Recuerdo algunas cosas que había leído sobre el sistema inmunológico de los bebés: que no había que dejarlos con otros niños ni en lugares extraños, que había que dejarlos en casa hasta que tuvieran tiempo para desarrollar anticuerpos contra los muchos virus que flotaban por ahí.

Mierda. Caleb va a odiarme todavía más.

—Tiene cuarenta de fiebre.

Entra por el asiento del conductor y pone el coche en marcha.

—Oh.

Me mira por el rabillo del ojo mientras salimos del camino de entrada. ¿Qué era eso? ¿Frustración? ¿Decepción?

Me retuerzo durante todo el trayecto de diez minutos y lanzo miradas al asiento trasero, donde está la niña. ¿Debería haberme sentado atrás con ella? ¿Cuál es el puto protocolo para ser madre? Cuando aparcamos, Caleb sale de un salto antes de que yo pueda abrir la puerta siquiera. Saca a la niña de su asiento y ya está a medio camino de la sala de urgencias antes de que yo pueda alisarme el pelo. Lo sigo hasta el interior. Cuando las puertas automáticas se abren para mí con un silbido, ya ha llegado a la ventanilla de la enfermera.

Esta le entrega un sujetapapeles y le dice que rellene los formularios. Estiro el brazo antes de que él pueda tomarlo del mostrador; no está en buen estado para rellenar papeleo. Me lo llevo todo a una silla y me pongo a trabajar.

Puedo ver la preocupación en su rostro mientras habla con una enfermera, y hago una pausa para mirarlo. Es una rareza verlo de este modo (vulnerable, preocupado), con las comisuras de su boca gruesa hacia abajo mientras asiente con la cabeza ante algo que le dicen y mira al bebé. Después me echa un vistazo y desaparece por las puertas de la sala de urgencias con la enfermera, sin molestarse en preguntarme si quiero ir. Yo no estoy segura de qué hacer, así que le pregunto a la enfermera del mostrador si puedo ir con ellos mientras le entrego los formularios. Ella me mira como si fuera idiota.

—¿No eres la madre?

«La madre», no «su madre» ni «la madre del bebé». Simplemente «la madre».

Miro su pelo encrespado y sus cejas, que necesitan una depilación urgente.

—Sí, yo soy el útero que llevaba a la niña —le suelto.

Atravieso las puertas de la sala sin esperar respuesta.

Tengo que echar un vistazo a varias divisiones con cortinas antes de encontrarlos. Caleb no reacciona ante mi presencia. Está observando cómo una enfermera conecta a Estella a una vía intravenosa mientras le explica los riesgos de la deshidratación.

—¿Dónde van a clavarle la aguja? —pregunto, porque está claro que sus manos son muy pequeñas.

La enfermera me lanza una mirada comprensiva antes de decirnos que

tendrán que ponerle la vía en una vena de la cabeza, y la cara de Caleb pierde todo el color. Sé que no va a ser capaz de observar esto, lo conozco. Enderezo la espalda con aires de importancia, al menos puedo ser de alguna utilidad. Puedo quedarme con ella mientras ellos hacen todo este procedimiento y Caleb espera en el exterior. No soy ni delicada ni propensa a las lágrimas, pero cuando lo sugiero él me mira con frialdad y dice:

—Solo porque me haga sentir incómodo no significa que vaya a dejarla aquí sola.

Cierro mis labios entreabiertos sin poder creer que haya dicho eso. Yo no la había dejado sola, estaba al cuidado de profesionales.

Me quedo enfurruñada en mi silla dura y triste mientras Estella llora en la sala de urgencias. Parece pequeña y lastimera bajo las máquinas que pitán y los cables que salen como serpientes de su cabecita.

Caleb tiene aspecto de estar a punto de llorar, pero la lleva en brazos con cuidado de no mover los cables. Una vez más, me impacta lo bien que se le da. Pensaba que sería igual conmigo, que en el momento en que pusiera los ojos en mi bebé sabría lo que hacer y sentiría una conexión instantánea. Me muerdo el labio y me pregunto si debería ofrecerme a cogerla en brazos.

En parte sí que es culpa mía que esté aquí. Antes de poder levantarme, el doctor corre la cortina que nos separa de la ajetreada sala de urgencias que hay al otro lado. Es de mediana edad y tiene una alopecia incipiente. Antes de saludarnos, consulta el portapapeles que lleva en la mano.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta mientras toca a Estella ligeramente en la cabeza. Caleb explica sus síntomas y él lo escucha mientras la examina. Cuando menciona que la llevé a la guardería, le lanzo una mirada envenenada.

—Su sistema inmunológico necesita tiempo para desarrollarse —explica el doctor mientras le quita el estetoscopio del pecho—. En mi opinión, es demasiado pequeña para una guardería. Por lo general, las mujeres se toman una corta baja por maternidad antes de dejar a sus hijos en una guardería a tiempo completo.

Caleb me lanza una mirada. Está furioso. Tan furioso que echa humo.

Yo me concentro en una caja de guantes de látex. Sé que me va a gritar, y odio cuando me grita. Puedo garantizar que mi piel ya ha explotado en un caos de manchas rojizas, una señal evidente de que me estoy cagando de miedo.

—Voy a tener que ingresarla para que podamos vigilarla durante

cuarenta y ocho horas. De otro modo, podría deshidratarse. Alguien debería quedarse aquí con ella para llevarla con los pediatras en unos minutos.

En cuanto el doctor se marcha de la habitación, Caleb se gira hacia mí.

—Vete a casa.

Me lo quedo mirando fijamente, con la boca abierta.

—Ni se te ocurra usar ese tono de superioridad conmigo —siseo—. Mientras tú viajabas por todo el país, yo tuve que quedarme en casa...

—Has llevado dentro a esta niña, Leah, dentro de tu cuerpo. —Hace un movimiento con las manos, como si estuviera sosteniendo una pelota invisible. Después, de forma igual de repentina, deja caer los brazos a los costados—. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—No..., no lo sé. —Frunzo el ceño. Nunca lo había pensado de ese modo—. Pensaba que sería un niño. Habría sido diferente si...

—Has recibido un regalo..., una vida. Eso es muchísimo más importante que irte de compras y beber con tus putas amigas.

Doy un brinco ante la palabra con «p». Prácticamente nunca dice tacos.

—Soy más que eso —respondo—. Sabes que lo soy.

Sus siguientes palabras me atraviesan el alma como una flecha y me provocan el dolor más profundo que he experimentado jamás.

—Creo que me había engañado a mí mismo para creer que lo eres.

Me pongo en pie de un salto, pero las rodillas me fallan y tengo que apoyarme contra la pared para equilibrarme. Nunca me había hablado de ese modo.

Tardo unos pocos segundos en obligarme a pronunciar las siguientes palabras.

—Me dijiste que jamás me harías daño.

Sus ojos son fríos como el hielo.

—Eso fue antes de que jodieras a mi hija.

Me marchó antes de explotar.

Cuarenta y ocho horas más tarde, Caleb regresa del hospital con el bebé. Lo vi dos veces mientras estuvo allí; las dos para dejar leche materna. Estoy sentada en la mesa de la cocina leyendo una revista y comiendo judías verdes sacadas directamente del congelador cuando entra cargando la sillita del coche de la niña. Tiene más vello facial del que le he visto nunca y sus ojos están sombríos y cansados. La lleva a su habitación sin decirme palabra. Espero que vuelva a bajar de inmediato para contarme todo lo que ha dicho el doctor, pero, como no lo hace, subo al piso de arriba a hurtadillas para ver

dónde está. Oigo que la ducha está en marcha, así que decido esperar en la cama.

Cuando sale del cuarto de baño, lleva una toalla sujeta alrededor de la cintura. Lo primero que pienso es lo perfecto que es. A pesar de lo que me dijo, quiero tirarme encima de él. Se ha dejado barba y no me disgusta. Lo observo mientras suelta la toalla y se pone los bóxers. Lo mejor de Caleb no es su cuerpo perfecto, ni sus medias sonrisas, ni su voz todavía más *sexy*..., son sus maneras. Cuando se pone provocativo, cuando se pasa la uña del pulgar por el labio inferior mientras piensa, cuando se muerde la lengua al ponerse cachondo. Su forma de obligarme a mirarlo cuando tengo un orgasmo. Es capaz de desvestirme de un vistazo, de hacerte sentir como si estuvieras desnuda frente a él. Sé por experiencia que es un placer estar desnuda frente a él. Pienso en todas las estrategias que podría emplear con él: una disculpa y sexo de reconciliación..., un bofetón y sexo de reconciliación. Soy extremadamente eficiente a la hora de seducirlo. Es probable que no se crea ninguna de las disculpas que pueda intentar darle, así que pruebo algo nuevo.

—Voy a esforzarme más.

Continúa vistiéndose sin mirarme: vaqueros, camiseta. No sé qué hacer y por primera vez se me ocurre que tal vez me haya pasado un poco de la raya esta vez. Siempre escondo mi verdadero yo muy bien de Caleb, trato de estar a la altura de sus expectativas, pero esta vez me ha pillado con las bragas bajadas.

—Creo que tengo depresión posparto —digo sin pensar. Él me mira y yo suelto un suspiro de alivio. La mejor forma de manipular a Caleb es mentir sobre tus enfermedades. Él ha sufrido estrés y amnesia provocada por un accidente. Si alguien puede sentirse identificado con una enfermedad incontrolable, debería ser él—. Iré... iré al médico para que me examinen. Seguro que pueden recetarme algo...

Me permito perder el hilo de mis palabras. Puedo ver su perfil en el espejo. Su nuez sube y baja mientras traga saliva y entonces coloca la frente sobre el pulgar.

—Tengo que entrevistar a la niñera —contesta—. Ya hablaremos de esto más tarde.

Sale a zancadas de la habitación, sin mirar atrás.

Me niego a esconderme mientras Caleb entrevista a la niñera potencial de Estella. Me visto con un traje de Chanel de color rosado y me instalo en el

salón formal para esperar. Sea quien sea a quien Caleb llamó la otra noche va a venir con la candidata a niñera, y quiero ver con quién hablaba con tanta familiaridad. Me pregunto si esa persona sería parte de su vida mientras estuvo amnésico. Todavía hay demasiadas cosas que no sé sobre esa etapa de su vida y constantemente me pregunto qué es lo que hizo sin mi supervisión.

En cuanto suena el timbre, me pongo en pie y me aliso la falda. Caleb me observa con ojos sospechosos mientras cruza el vestíbulo. Lo oigo saludarlos con calidez y unos segundos más tarde aparece a la vuelta de la esquina. Primero veo al hombre. Es fornido y más bajo que Caleb. Se parece de forma asombrosa al actor Dermot Mulroney; suponiendo que este tuviera perilla, el pelo desgreñado y vistiera de forma desaliñada. Echo un vistazo a sus vaqueros y a su camiseta de botones metida por dentro. Tiene uno de esos tatuajes de mal gusto en el antebrazo y se le asoma por los puños de la camisa. Me cae mal de inmediato y no pega nada como dueño de una agencia de niñeras. Al menos debería plancharse la ropa.

La chica que lo sigue obtiene mi malicioso sello de aprobación. Es rubia y pequeña, con una bonita cara ovalada. Tiene un aspecto bastante inocente, salvo porque tiene unos ojos provocativos y lleva mucho rímel. A diferencia de su desaliñado jefe, lleva el traje pantalón más nuevo de Dolce & Gabbana en color verde salvia, con el mismo par de zapatos Louboutin de piel de serpiente que yo tengo en mi armario. ¿Cómo puede permitirse una niñera comprar ropa tan cara? Y entonces me doy cuenta de que probablemente tenga un único traje bonito que emplee para las entrevistas, para impresionar a posibles jefes. No voy a permitirle llevar ese maquillaje cuando esté con Estella; no quiero que mis vecinos piensen que he sacado a mi niñera de un servicio de señoritas de compañía. Y, además, en mi casa la mujer más guapa soy yo. Tomo nota mentalmente para decirle que su uniforme estará compuesto por unos pantalones de color caqui y un polo blanco y después les sonrío de forma educada.

—Leah —dice Caleb con voz entrecortada—, esta es Cammie Chase. — La niñera sonrío; una de esas sonrisas engréidas de labios fruncidos en las que se hunde una comisura de la boca. Me desagrada de inmediato—. Y este es Sam Foster.

Él me tiende la mano.

—Encantado —dice con lentitud mientras mantiene conmigo un incómodo contacto visual. Me doy cuenta de que sus manos son ásperas y tienen callos, algo a lo que no estoy acostumbrada. Los hombres de mis

círculos cercanos tienen la piel suave de los hombres de negocios y su único trabajo es teclear con rapidez con sus ordenadores. Su mano permanece sobre la mía, así que tengo que apartarla primero.

Les ofrezco algo para beber. Sam se niega, pero Cammie me sonrío de forma atrevida y pide agua con gas Perrier. Miro a su jefe y luego a ella y me pregunto si la reprenderá por una petición tan maleducada, pero está hablando con Caleb y no se da cuenta. Decido hacerme la buena. De todos modos, no la voy a contratar, así que por qué no mandarla a casa con unos sorbos de Perrier.

Me excuso para ir a la cocina y regreso con una bandeja en la que llevo la botella verde de agua con gas, un vaso y dos cervezas heladas, una para Caleb y otra para Sam, a pesar de que el segundo había rechazado la bebida. Los tres me observan mientras dejo la bandeja sobre la mesa.

Apenas he tomado asiento, Cammie me mira con expectación y pregunta:

—¿Por casualidad tendrías una rodaja de lima?

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no quedarme boquiabierto. Estoy segura de que Sam le dirá algo esta vez, pero tan solo se limita a sonreírme de forma educada e ignora la excéntrica petición de esa bruja.

—Nos queda algo en el cajón del frigorífico —me dice Caleb.

Lo fulmino con la mirada por alentar esa clase de comportamiento por parte de nuestra ayuda potencial y me pongo en pie para ir a por ella. Cuando regreso con la rodaja de lima pulcramente cortada, Cammie la toma sin darme siquiera las gracias.

Me siento resoplando y ya ni me molesto en sonreír.

—Y bueno —empiezo mientras alejo mi cuerpo de Cammie y dirijo mi atención hacia Sam—, ¿de qué conoces a mi marido?

Él parece confuso. Une las cejas y su mirada se dirige hacia Caleb y después a mí.

—No lo conozco —dice—. Esta es la primera vez que nos vemos.

Pestaño confusa.

Caleb, que está reclinado tranquilamente en el sofá de dos plazas, como si los visitantes fueran viejos amigos, me sonrío como sabiendo algo que yo no sé. Conozco esa sonrisa: se está divirtiendo a mi costa.

Miro las caras de todo el mundo y poco a poco las piezas del puzle comienzan a encajar. La audacia de Cammie, la ropa cara... Intento no permitir que mi aturdimiento resulte visible cuando de pronto todo cobra

sentido: no estamos entrevistando a Cammie para el puesto de niñera de Estella..., ¿estamos entrevistando a Sam!

Puedo ver en sus caras que se han dado cuenta de mi error, lo cual es vergonzoso. Esa zorrita rubia, que veo bajo una nueva luz ahora que sé que tiene su propia empresa, sonrío y muestra los dientes por primera vez. Es evidente que está encantada con mi metedura de pata, mientras que Sam parece un tanto más avergonzado. Aparta la mirada de mí de forma educada y yo me aclaro la garganta.

—Vale, pues supongo que lo he entendido todo mal —digo con generosidad, aunque por dentro estoy echando humo.

Hay una risa colectiva (la más ruidosa proveniente de Cammie) y después Caleb se gira hacia Sam.

—Háblame sobre tu experiencia —le pide.

Sam comienza a relatar su experiencia con el cuidado de niños, y desde luego está a la altura del desafío. Tiene un máster en psicología infantil de la Universidad de Seattle. Hizo prácticas clínicas durante dos años antes de decidir que no le gustaba la política de ser consejero estudiantil, lo frío e impersonal que parecía. Decidió mudarse a algún lugar soleado, al sur de Florida, y sacarse un nuevo título en música que pretendía utilizar cuando abriera su propio centro de rehabilitación para niños que habían sufrido malos tratos.

—La música sana a la gente —asegura—. He visto lo que es capaz de hacer por un niño destrozado y quiero darle mucha importancia en el centro, pero primero necesito sacarme el título.

—Vaya —digo con más escepticismo del que pretendía—. ¿Te pasas siete años estudiando un máster y ahora quieres ser niño?

Caleb se aclara la garganta y quita los brazos de la parte trasera del sofá, donde los tenía apoyados.

—Lo que Leah quiere decir es... ¿por qué no haces prácticas a jornada partida mientras terminas con el título? ¿Por qué hacer de niño cuando los beneficios económicos no se acercan ni de lejos?

Levanto la nariz y espero su respuesta mientras me pregunto si será gay. Sam se ríe con nerviosismo y se frota el vello facial.

—En realidad, ser consejero estudiantil no es que te llene los bolsillos precisamente, no sé si me entendéis. No lo hice por razones económicas. Además, tampoco soy un cuidador de niños barato —añade con sinceridad—. Daos cuenta de que estoy sentado en vuestro salón, lo cual es un paso

importante en comparación con cualquier norteamericano de clase media.

Inspiro por la nariz ante su mención de nuestro dinero. Me enseñaron que era de mala educación señalar esas cosas verbalmente.

—También tengo una hija —añade—. Su madre y yo nos separamos hace dos años, por lo que se puede decir que estoy muy versado en el cuidado de los bebés.

—¿Dónde está tu hija? —le pregunto.

Caleb me lanza una mirada de advertencia, pero yo lo ignoro. No quiero tener a una niña salvaje corriendo por mi casa los días en que Sam esté con mi hija. Además, podría hacer que enfermara, aunque es algo que no puedo señalar debido a mi reciente escapada.

—Está en Puerto Rico, con su madre —explica. Me imagino a una hermosa y exótica mujer latina que compartía su casa, aunque no su apellido. Su hija probablemente tendría el pelo de su madre y los ojos claros de su padre—. Su madre regresó allí cuando nos separamos. Esa es parte de la razón por la que decidí venir a Florida para poder volar allí los fines de semana para verla.

Me pregunto qué clase de mujer se lleva a su hija tantos cientos de kilómetros lejos de su padre, sobre todo cuando puede utilizarlo como niñero los fines de semana.

—Sam es mi primo —dice al fin Cammie—. Le prometí mi mejor trabajo, y cuando Caleb llamó supe que encajaría a la perfección.

—¿Y tú de qué conoces a Caleb? —pregunto; he conseguido al fin la oportunidad de hacer la pregunta que ha estado rondando por mi mente.

Por primera vez, Cammie no parece saber muy bien qué contestar. Mira a Caleb, que me sonrío de forma indulgente.

—Fuimos juntos a la universidad —se limita a decir—. Y, sinceramente, Sam, si Cammie te recomienda, seas familiar suyo o no, estoy seguro de que eres el mejor.

Le guiña un ojo a Cammie, que levanta las cejas y sonrío.

Una alarma comienza a sonar en mi cabeza. Caleb era un famoso jugador de baloncesto en la universidad. Se acostó con todo el escuadrón de animadoras y después conoció a esa zorra de Olivia, especialista en destrozarse parejas. Miro a Cammie entrecerrando los ojos. ¿Conocería a Olivia? ¿Habrían competido por conseguir a mi marido? Mis preguntas se quedan sin respuesta, pues el dinero se convierte en el tema de conversación.

Escucho solo a medias mientras Caleb le ofrece a Sam un generoso

salario, que él acepta, y, antes de que pueda protestar porque preferiría a una niñera tradicional, una chica (preferiblemente una que tuviera el culo gordo y una verruga grande en la cara), Caleb ya se está levantando para darle la mano a Sam.

Está decidido. Sam se ocupará de Estella cinco días por semana y tendrá las tardes libres para ir a clase. Comenzará mañana, pues Caleb se marcha dentro de dos días por otro viaje de trabajo y quiere asegurarse de que Sam esté bien establecido antes de irse. Lo cual es una forma en clave de decir: «Mi mujer no tiene ni idea de lo que hace, así que tengo que enseñarte cómo obligarla a usar el extractor de leche».

Suelto un suspiro, derrotada, y me quedo sentada mientras Caleb los acompaña hasta la puerta.

Bueno, me he salido con la mía..., más o menos.

Capítulo ocho El pasado

Yo no era una chica en busca de compromiso. Hasta que Caleb me rechazó; entonces ya sí. Habíamos tenido la charla, esa en la que yo le había preguntado adónde íbamos, y él me había mirado como si fuera un alienígena del espacio.

—Ya lo sabías —había dicho—. Sabías cuando empezamos a pasar tiempo juntos que no quería ningún compromiso.

Yo contraataqué diciendo que yo tampoco iba en busca de nada. Que las cosas cambian cuando la gente conecta.

Pero Caleb había permanecido firme. No estaba preparado. No quería estar conmigo, sino con ella. No había dicho eso exactamente, pero lo sabía en el tuétano de los huesos. Lo sabía por cómo apartaba la mirada siempre que yo sacaba el tema de su ex. Ni siquiera quería decirme su nombre. Quienquiera que lo hubiera destrozado lo había destrozado todo para mí.

Me sentía como un trocito de piel de patata regurgitada. Lo único que quería era follarme. Estaba hecha un ovillo en mi propio sofá después de haberme marchado de su casa en un arrebato de furia. Quería hacer algo destructivo. Llamé a todas y cada una de las zorrillas y guarras de mis amigas y quedamos para tomar unas copas.

Después de una hora en el bar, ya tenía tres números. Normalmente yo no le daba ni la hora a ninguno de los gilipollas que se acercaban a mí, pero había un doctor con acento que me resultaba atractivo. Guardé su número en mi bolso y me tomé otra copa.

Para cuando salí del bar, ya estaba bastante borracha. Nada nuevo para mí. Me subí al coche después de dar las buenas noches a mis amigas y no había conducido ni cinco manzanas cuando choqué contra un deportivo aparcado. Me marché conduciendo a toda velocidad antes de que alguien me viera, pero estaba muy alterada.

Llamé a mi madre.

Su voz sonaba impaciente cuando respondió.

—Mamá, he tenido un accidente. ¿Puedes venir a recogerme?

—Estoy en la cama.

—Lo sé, lo siento. Estoy borracha. Te necesito, mamá.

Ella soltó un fuerte suspiro. Oí la voz de mi padre de fondo y la respuesta brusca de mi madre:

—Es Leah. Se ha metido en alguna clase de problema..., quiere que vaya a recogerla. —Intercambiaron unas palabras que no pude oír y después volvió a hablarme—. ¿Te ha visto alguien? —Le dije que no—. Bien —respondió ella.

Siguieron hablando un poco más. Mi padre sonaba enfadado. Esperé con paciencia mientras me masajaba la cabeza. Me la había golpeado contra el volante en el impacto y tenía el inicio de una migraña.

La voz de mi madre volvió a sonar al otro lado del teléfono.

—Papá va a mandar a Cliff. Él te traerá a la casa.

Cliff era el chófer de mi padre, que vivía en un pequeño apartamento en la propiedad de doce acres de mis padres. Le di las gracias tratando de esconder la decepción en mi voz y le di la dirección del lugar donde estaba.

¿Qué esperaba? ¿Que mi madre se metiera corriendo en su pequeño Mercedes rojo para venir a rescatarme? ¿Un abrazo? Me sequé las lágrimas de la cara y aparté a un lado los sentimientos heridos.

—Deja de comportarte como un puto bebé —me dije.

Cliff llegó diez minutos más tarde. Aparcó su camioneta en un plaza vacía y se instaló en el asiento del conductor de mi coche. Lo miré con agradecimiento.

—Gracias, Cliff.

Él asintió con la cabeza y puso el coche en marcha. Lo bueno de él era que no hablaba mucho. Cuando atravesamos la verja de la mansión, todas las luces estaban apagadas. Entré dando tumbos por la puerta principal, que me habían dejado abierta, y me dirigí tanteando hacia la habitación de invitados. No había ninguna madre esperando, ningún padre esperando.

Me lavé en el cuarto de baño, me puse una tirita en la frente y me tragué tres pastillas para el dolor de cabeza. Me arrastré hasta la cama y me perdí en el sueño pensando en Caleb.

Me desperté al oír el sonido de mi nombre. Era la voz de mi madre, impaciente. Me senté con rapidez y me encogí ante el dolor que me cruzó el cráneo. Estaba junto a mi cama, vestida por completo y con el pelo recogido en la parte superior de la cabeza en un moño perfecto. Sus labios eran de un rojo rubí y estaban muy tensos. Estaba enfadada conmigo. Volví a encogerme y me subí la sábana hasta la barbilla.

—Hola, mamá.

—Levántate.

—Vale...

—Tu padre está muy enfadado, Johanna. Esta es la tercera vez este año que has tenido un incidente con el coche. —Me moví en la cama, incómoda. Tenía razón—. Está tomando el desayuno. Quiere que bajes para hablar contigo.

Asentí con la cabeza. Por supuesto que había enviado a mi madre. Siempre era su mensajera; mi padre jamás me hablaba, salvo que enviara a mi madre para convocarme para una conversación. Incluso cuando era una niña, recuerdo que me llamaba así cuando había hecho algo malo.

Me vestí apresuradamente con la ropa de la noche anterior y la seguí mientras bajaba por la escalera en dirección al comedor. Él estaba sentado en su lugar habitual, presidiendo la mesa, y tenía el periódico abierto frente a él. Junto a su codo había una taza de café y una tortilla de queso de cabra y espinacas. No levantó la mirada cuando entré.

—Siéntate —dijo. Yo me apresuré a ocupar una silla y el ama de llaves me trajo un café y una pequeña pastilla blanca—. Johanna —continuó mientras cerraba el periódico de golpe y me observaba con sus duros ojos grises—. He decidido que lo mejor para tu interés es que vengas a trabajar para mí.

Me sobresalté. Yo ya tenía trabajo; era empleada de un banco local con un puesto en ventanilla. Mi padre no daba trabajo a la familia; decía que era un conflicto de intereses. Precisamente el año anterior, mi primo le había suplicado que lo contratara como contable y él se había negado.

—¿Por...? ¿Por qué? —Frunció el ceño. «¿Por qué?» no era una pregunta que a mi padre le gustara oír—. Quiero decir..., tú no crees en mezclar la familia con el trabajo —me apresuré a añadir. Me sudaban las palmas de las manos. Dios, ¿por qué había bebido tanto la noche anterior?

Mi padre era guapo. Tenía la piel olivácea y los ojos de un gris oscuro. Había pasado diez horas por semana en el gimnasio durante años y su físico era prueba de ello. Con mi llameante pelo rojo y mi piel pálida, no me parezco en nada a él.

Sus ojos se clavaron en los míos y, en ese momento, supe lo que estaba diciendo.

Un dolor apagado se abrió camino por mi pecho, como si fuera en busca de algo. Encontró mi corazón, lo desgarró hasta abrirlo y se introdujo en su interior. Recogí mis emociones del suelo y miré a mi padre a los ojos. Si

quería que dejara mi empleo y trabajara para él, dejaría mi empleo y trabajaría para él.

—Sí, papá.

—Comenzarás el lunes. Puedes usar el Lincoln mientras tu coche está en el taller, dale las llaves a Cliff.

Volvió a abrir el periódico y supe que me estaba echando. Me puse en pie con ganas de decir algo más, con ganas de que él dijera algo más.

—Adiós, papá.

Mi padre ni siquiera dio muestras de haberme escuchado.

Mi madre me estaba esperando en el pasillo, donde me entregó las llaves del Lincoln. Aquella era una operación muy bien engrasada.

Me metí en el coche y fui directa al banco para informarlos de que no volvería a trabajar allí. Después regresé a mi casa con toda la intención de beberme una botella de vino e irme a dormir. Pero, cuando llegué, Caleb estaba sentado en el escalón de la puerta. Me detuve en seco. Llevaba su ropa de trabajo: pantalones grises y una camisa blanca arremangada hasta los codos. Estaba sentado con las piernas separadas, los codos sobre las rodillas y miraba al suelo, al parecer, sumido en profundos pensamientos. Cuando oyó mis tacones sobre la acera, levantó la mirada... y sonrió. Era su sonrisa torcida. Alcanzaba por completo sus ojos y te hacía preguntarte si te estaría imaginando desnuda. Dios, estaba muy perdida con ese hombre. Pasé caminando junto a él e introduje la llave en la cerradura. Cuando abrí la puerta, Caleb se levantó y me siguió hasta el interior.

Después, pedimos comida tailandesa y nos sentamos en la cama mientras comíamos. Todavía me sentía un tanto dolida por la conversación con mi padre..., por no mencionar que acababa de acostarme con Caleb otra vez, después de que dijera que no quería estar conmigo.

—¿Por qué has venido aquí? No puedes venir para echar un polvo y después decirme que no valgo lo suficiente para ser tu novia.

Dejó el envase de comida en la mesita de noche y se giró para mirarme.

—Yo no dije eso.

—No hacía falta que lo hicieras, gilipollas. Los actos dicen mucho más que las palabras.

Asintió con la cabeza, y mis palillos quedaron inmóviles de camino hacia mi boca. Había esperado que al menos se enfrentara a mí..., que lo negara.

—Tienes razón. Lo siento.

Tomó mi envase de *curry* y mis palillos y los dejó junto a los suyos. Yo me limpié la boca con el dorso de la mano mientras él estaba distraído. Algo grande estaba pasando; podía sentirlo.

Me hizo subir sobre su regazo de modo que quedara a horcajadas sobre él.

—Tan solo voy a hablar una vez sobre esto. Ninguna pregunta, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza—. Estuve con ella durante tres años. La quería... y la sigo queriendo —se corrigió.

Los celos acudieron en ráfaga. Eso fue lo único que hicieron: recorrerme como una ráfaga, sin ningún lugar al que ir. Me sentía a punto de explotar por la presión, así que me mordí el interior de las mejillas.

—Nunca dejas de querer a alguien cuando es algo tan profundo. —Sus ojos se quedaron un tanto vidriosos en ese momento—. En cualquier caso, éramos muy jóvenes... y estúpidos. Yo no podía controlarla como quería; ella era demasiado fuerte para mí. Tomé una decisión muy mala una noche y ella me pilló.

—¿La engañaste con otra?

Hasta ese momento había mantenido la boca cerrada, demasiado temerosa de decir algo por si acaso rompía el raro momento hablador que estaba teniendo Caleb. Los músculos de su mandíbula se tensaron y sus fosas nasales se dilataron.

—Sí..., no. —Se frotó la frente—. Estaba...

Bajó una mano hasta mi cadera. Parecía tan torturado que yo levanté la mía para ponerle la palma contra la cara. Sabía un poco sobre el padre de Caleb; era un infame mujeriego. En esos momentos, estaba casado con una mujer más joven que yo, y era su cuarto matrimonio. Por lo que Caleb me había dado a entender, desaprobaba por completo el comportamiento de su padre, así que el hecho de engañarla con otra me resultaba una verdadera sorpresa.

—Yo no soy de los que ponen los cuernos, Leah. Pero, Dios mío, esa mujer no confía en nadie...

Respiré hondo y dejé que el aire saliera con lentitud entre mis labios. Él me observó con atención, tratando de adivinar mi respuesta.

—Pero ¿hiciste algo con ella?

—No, técnicamente... no.

No comprendía lo que estaba diciendo. ¿Es que pensaba que le había puesto los cuernos solo porque quería hacerlo? ¿Es que quería ponerle los

cuernos?

—Leah. —Me pasó el pelo por encima del hombro, rozó mi piel con los dedos y yo me estremecí. Estábamos teniendo una charla seria y yo solo podía pensar en...

Sacudí la cabeza, frustrada.

—O bien te la follaste o no lo hiciste.

Él suspiró.

—Jamás la engañé. No en el sentido tradicional de la palabra.

—Dios, ni siquiera sé lo que significa eso.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Es evidente que nuestras brújulas morales no señalan la misma dirección. —Yo me ruboricé, algo muy raro en mí—. Leah —continuó—, me gustas, más de lo que deberías gustarme ahora mismo. Pero sigo estando fatal. No puedo iniciar una relación si solo estoy en ella a medias. Todavía estoy enamorado de ella.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me estaba diciendo que ni siquiera podía tratar de quererme porque quería a otra persona.

—Joder. —Le quité las piernas de encima y me senté en mi lado de la cama. La sábana descendió hasta su cintura. Lo miré por el rabillo del ojo y vi que su cara carecía de toda expresión—. Entonces, ¿qué es lo que quieres decirme? Te recuerdo que eres tú quien ha aparecido en mi puerta, no al revés.

Él se rio, me hizo tumbarme boca arriba y se inclinó sobre mí.

—Me siento muy atraído hacia ti. —Me besó la nariz—. Me importas mucho. Cuando te marchaste la otra noche, estabas dolida.

—Sí, lo estaba.

—¿Y ahora?

Le dirigí una sonrisa.

—Ahora estoy dolida de una forma distinta.

Se rio. Tenía una risa magnífica, que comenzaba como un retumbo en su pecho y después se extendía como una oleada suave y áspera al mismo tiempo. Cada vez que lo hacía reír, me sentía triunfal.

De pronto me puse seria.

—Puedo hacer que la olvides.

Sus labios seguían curvados en esa media sonrisa, pero sus ojos se nublaron mientras bajaba la mirada hasta mi boca.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Vale, pelirroja —dijo, y rodeó cuidadosamente su dedo con un mechón de mi pelo.

Solté una risita, cosa que también era poco habitual en mí. «Pelirroja.»
Me gustaba.

Me besó con suavidad y se deslizó hasta colocarse encima de mí.

Hicimos el amor. Era la primera vez en mi vida que alguien me hacía el amor. Siempre había sido solo sexo.

Ese día me enamoré con fuerza.

Capítulo nueve El presente

Al día siguiente voy vestida con mis pantalones de chándal de Juicy Couture y una camiseta sin mangas y me estoy preparando un *smoothie* en la cocina cuando Sam llega a trabajar. Se supone que debería centrarme en vigilar a Estella (que está durmiendo en su cuna móvil) mientras Caleb se da una ducha, pero para cuando dejo pasar a Sam por la puerta principal ya he olvidado dónde la he dejado.

—¿Cómo estás? —me saluda Sam con calidez, y veo que lleva una bolsa de lona al hombro. Me pregunto si está planeando pasar la noche aquí; solo de pensar en ello me da mal rollo—. Y, bueno, ¿dónde está la muñequita? —pregunta con una sonrisa mientras se frota las manos.

Por un momento pienso que se refiere a una muñeca de verdad, cosa que no entiendo, porque no tuvo tiempo de ver ninguna el día que lo contratamos, pero entonces me doy cuenta de que está hablando sobre el bebé. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no poner los putos ojos en blanco.

El hambre insaciable del bebé me rescata, pues comienza a gimotear desde algún lugar a mis espaldas. Es entonces cuando recuerdo haberla llevado rodando hasta el comedor. Echo un vistazo a su cuna, molesta.

—Voy a por ella —dice Sam tomando el control mientras camina junto a mí.

Me encojo de hombros con indiferencia y me dirijo hacia mi portátil. Él vuelve a entrar en la habitación y la acuna entre sus brazos justo cuando Caleb baja con rapidez por la escalera principal con el pelo todavía húmedo de la ducha. Siento un arrebató de lujuria solo con mirarlo, pero él me ignora y se dirige hacia Sam para darle una palmada en la espalda, como si fueran viejos amigos. No me ha hablado desde nuestra visita de madrugada al hospital salvo para hacerme alguna pregunta sobre el bebé o darme instrucciones de lo que debo hacer. Aparto la mirada con el ceño fruncido mientras ellos hablan de cosas que no me interesan. Estoy planeando hacer una visita al *spa* y decidiendo cuántos tratamientos podré hacerme en ocho horas cuando Caleb me llama por mi nombre. Desesperada por ser el centro de su atención, me olvido de la pantalla del ordenador y lo miro esperanzada.

—No llegaré a casa hasta tarde —me informa—. Tengo una cena de

negocios.

Asiento con la cabeza mientras recuerdo cuando solía acompañarlo a esas cenas de negocios. Abro la boca para decirle que me gustaría ir con él, pero ya le ha dado un beso al bebé y está a medio camino de la puerta. Un planeta vacío.

Dirijo mi atención hacia el niño.

—Así que eres pariente de tu jefa —digo en plan cutre, y después muerdo una manzana. Sam me mira y levanta una ceja, pero no responde. Mi mente vuelve a ese lugar en el que me pregunto si Caleb se habrá acostado con ella alguna vez—. ¿Y sueles... eh... sueles quedar mucho con ella?

Se encoge de hombros.

—Cammie tiene un montón de amigas. Lo de tomar martinis con las chicas no es lo mío, la verdad.

—Pero ¿no quieres conocer a alguien? —le pregunto, desviando el hilo de la conversación. Es bastante guapo, si es que te gustan los que parecen músicos de estilo *grunge*. ¿Hola? Pero si el *grunge* murió con Kurt Cobain.

—¿Eso es lo que harías tú si fueras soltera?

Me mira directamente cuando habla. Es una pregunta simple, pero la expresión de sus ojos me hace sentir como si me estuviera interrogando.

—No estoy soltera —contesto de forma brusca.

—Aquí está la prueba —dice, eleva al bebé y yo aparto la mirada.

—¿Has conocido a alguna de sus amigas?

Tengo la esperanza de que se refiera de algún modo a Olivia. Estaría bien saber si ella está metida en esto de una manera u otra. Pero Sam se hace el tonto y no soy capaz de decir si sabe algo o no.

—Eh, pues a un par de ellas o así —responde mientras le limpia la boca a Estella con un babero—. ¿Estás segura de que no quieres hacer esto? —Asiento con la cabeza en dirección al bebé—. No quiero quitarte tiempo con ella.

Cuando baja la vista para mirarla, pongo los ojos en blanco.

—Tranquilo, no pasa nada —digo de forma agradable.

—No estás conectando con ella, ¿verdad? —pregunta sin mirarme.

Me alegra que no pueda verme la cara, porque debe reflejar mi incredulidad. Me obligo a dejar neutras mis facciones.

—¿Por qué dices eso? —Entrecierro los ojos—. ¿Cuánto tiempo hemos hablado? ¿Cinco minutos?

—No es nada de lo que avergonzarse —me asegura, ignorando mis

preguntas—. La mayoría de las mujeres experimentan alguna clase de depresión después de dar a luz.

—Vale, señor experto. ¡No estoy deprimida! —Me giro para irme y después vuelvo a darme la vuelta—. ¿Cómo te atreves a juzgarme...? ¿Te crees que estás cualificado para «diagnosticarme», psicologuillo? ¿Por qué no te fijas mejor en tus propias habilidades como padre? Tienes a una niña en Puerto Rico, colega..., sin ti.

Sam permanece impávido por mis palabras. En lugar de recular como esperaba que hiciera, me mira pensativo.

—Caleb es un tío bastante majo.

Me lo quedo mirando fijamente. ¿Qué tenía eso que ver? ¿Era alguna clase de truco psicológico? ¿Alguna clase de trampa que le confirme que sufro depresión posparto? Me lamo los labios y trato de ver las cosas desde su perspectiva.

—Pues sí. ¿Y qué?

Se toma su tiempo antes de responderme, deja el biberón sobre la encimera y se coloca a Estella sobre el hombro para otra ronda de eructos.

—¿Por qué se casó con una chica como tú?

Al principio pienso que lo he oído mal. Seguro que no... No puede haber dicho lo que pienso que ha dicho. Es él quien ha venido a ayudar, un simple niño. Pero, cuando me mira expectante, esperando una respuesta, uno de mis ojos comienza a crispase; una reacción vergonzosa. Siento una furia pesada sobre mí, como si pudiera levantarla de encima de mis hombros, donde ha aterrizado, para tirársela a Sam.

¡Qué maleducado! ¡Qué inapropiado!

Me planteo brevemente la posibilidad de despedirlo, pero entonces veo que sale leche de la boca de Estella y se derrama por la parte posterior de la camiseta de Sam. Arrugo la nariz; mejor él que yo. Me giro sobre los talones y subo la escalera a la carga, como si la maternidad en persona me estuviera persiguiendo.

Cuando cierro la puerta de mi habitación, lo primero en lo que pienso es en sexo. Tengo la necesidad de arrancarle la ropa a alguien, y ese alguien es Caleb, por supuesto. Cuando tenía diecisiete años, mi terapeuta me dijo que utilizo el sexo para validarme a mí misma. Me acosté con él poco después.

La segunda cosa que entra en mi mente es la caja de Virginia Slims que tengo guardada en el cajón de la lencería. Voy hacia allí y paso la mano por el panel de madera de la parte posterior. Todavía está allí, medio lleno. Saco

un mechero de un ramo de flores de seda y me dirijo al balcón al que da mi dormitorio. No me he fumado un cigarrillo desde el sexto mes de embarazo, cuando me hice con uno a escondidas después de una noche particularmente estresante en casa de mi familia política. Lo enciendo mientras vuelvo a reproducir en mi mente los comentarios ofensivos de Sam. Voy a tener que hablar con Caleb: es evidente que ese hombre no puede seguir trabajando para nosotros después de decirme esas cosas terribles y degradantes.

Me pregunto qué querría decir con lo de «una chica como tú». La gente ha usado esa frase conmigo muchas veces a lo largo de mi vida, pero por lo general era para hacerme algún cumplido o para hablar de mis perspectivas de un brillante futuro: «Una chica como tú puede llegar lejos en el mundo de las pasarelas», «Una chica como tú puede ser lo que quiera», «Una chica como tú puede tener al tío que se le antoje».

Sam lo había dicho de forma diferente. No era ningún cumplido, tan solo... «¿Por qué se casó con una chica como tú?».

Doy una calada a mi cigarrillo y me deleito con el placer que me produce. ¿Por qué dejé de fumármelos? Ah, sí..., porque quería tener un maldito bebé. Aplasto lo que queda del cigarrillo en el borde de piedra del balcón y lo tiro expertamente a unos arbustos del suelo. Caleb no soporta el olor del humo de los cigarrillos; de hecho, fue su primera y única queja sobre mí cuando estábamos saliendo. Me rogó, me suplicó e hizo una huelga sexual para conseguir que dejara de fumar, pero al final hizo falta que me quedara embarazada para que dejara el hábito. Voy a tener que darme una ducha si no quiero que me pille; ya estoy metida en suficientes problemas. Me quito la ropa hasta quedarme en sujetador y bragas y estoy a punto de dirigirme hacia el cuarto de baño cuando veo a Sam apareciendo en el jardín con Estella. La está paseando en su cochecito, una compra de tres mil dólares que todavía no he tocado siquiera. Lo observo con los ojos entrecerrados y lo sigo con la mirada mientras recorre el camino del jardín y me pregunto si me habrá visto fumar. Decido que da igual. Para cuando acabe el día, se habrá ido para siempre.

—Tus días están contados, colega —digo con sequedad, y después me encierro en el cuarto de baño.

Caleb regresa a casa después de que Sam se haya marchado, lo cual no solo ha frustrado mis planes, sino que me ha dejado a solas con el bebé. Estoy mordisqueando un trozo de apio cuando entra por la puerta con una bolsa de comida para llevar. La deja sobre la encimera y sube directamente al piso

superior para ver cómo está el bebé. Los ignoro y escarbo en la bolsa para ver qué me ha traído. Cuando regresa, veo que lleva a la niña en brazos.

—¿Por qué...? ¿Por qué la has despertado?

Esperaba pasar un rato con él sin tenerla por medio. Él suelta un suspiro y abre el frigorífico.

—Es una recién nacida. Tiene que comer cada tres horas, Leah. Ya estaba despierta.

Echo un vistazo al monitor de bebé y recuerdo que lo apagué para echarme una siesta; debí de olvidarme de encenderlo otra vez. Me pregunto cuánto tiempo llevará despierta.

—Ah —contesto. Lo observo mientras pone la leche fría en el calentador de biberones. Podría contar con los dedos de una mano las veces que yo le he dado de comer. Hasta el momento, han sido Caleb o Sam quienes la han alimentado—. Hoy cumple seis semanas —añado.

He estado contando los días hasta que pudiera acostarme con él otra vez. Casi no me contuve hasta la meta de las seis semanas cuando volvió de correr la semana pasada. Siempre es mucho mejor en la cama cuando está sudoroso.

La comida de la bolsa me está haciendo la boca agua, así que comienzo a comer sin él. Ha traído pollo *tikka masala* de mi restaurante hindú favorito. Comemos comida de allí tan a menudo que ya tengo las calorías bien controladas. Si me como una pechuga de pollo entera, cinco champiñones y le quito casi toda la salsa, serían solo unas doscientas calorías. Tengo que obligarme a dejar de comer. Quiero el último trozo de pollo, pero si estoy intentando perder la grasa del embarazo...

Caleb todavía no me ha mirado.

—Gracias por la cena —le digo—. Mi comida favorita. —Asiente con la cabeza—. ¿Es que no vas a volver a hablarme nunca más?

—No te he perdonado.

Suelto un suspiro.

—¿De verdad? No me había dado cuenta. —Veo que aprieta los labios. En un movimiento arriesgado, salto del taburete donde estaba sentada. Él levanta las cejas mientras tomo al bebé con cuidado de entre sus brazos y la tumbo sobre mi antebrazo, como le he visto hacer a Sam—. Así eructa más rápido —le explico mientras imito los movimientos de Sam.

El bebé se porta de maravilla y comienza a eructar sonoramente unos segundos después de que le dé las palmaditas. La recoloco en mi brazo y llevo la mano hasta el biberón para darle lo que queda. Caleb lo observa todo

sin pronunciar ni una palabra.

Le sonrío con dulzura.

«Venga ya, cabronazo. Perdóname.»

Le doy a la niña el resto del biberón y repito el truco de los eructos.

—¿Quieres llevarla tú a su cuna o lo hago yo?

Él la toma de entre mis brazos, pero en esta ocasión me sostiene la mirada durante uno..., dos..., tres segundos.

¡CONSEGUIDO!

Mientras él la lleva a dormir, yo subo corriendo para ponerme algo *sexy*. Me siento tan nerviosa cuando regreso a la cocina que abro una bolsa de brócoli congelado y me meto un puñado en la boca.

Me he puesto un camisón negro. No soy tan insolente, no quiero que Caleb sepa que estoy intentando tener sexo de reconciliación. Me paseo por la cocina esperando a que regrese y, cuando lo oigo bajando la escalera, hago el paripé de volver a lavar los biberones que Sam ya había lavado antes. Lo escucho detrás de mí. Se detiene en el umbral de la puerta y yo sonrío sabiendo que me está mirando.

Cuando se marcha al salón, lo sigo hasta allí. Y, cuando se sienta en el sofá, yo me siento junto a él.

—No volverá a pasar nunca más. He tenido problemas para conectar con ella, pero las cosas van mucho mejor. Necesito que me creas.

Asiente con la cabeza. Me doy cuenta de que no lo he convencido, pero acabará cediendo. Voy a hacer el papel de mami y pronto volverá a mirarme igual que lo hacía antes. Le beso el cuello.

—No, Leah.

Me aparto de golpe y entrecierro los ojos. ¿Quién está usando el sexo como arma ahora?

—Quería decir que lo siento.

Arrugo los labios, pero él tan solo parece enfadado.

—Entonces díselo a Estella.

Y después se levanta y se marcha. Me tumbo boca arriba y me quedo mirando al techo. Rechazo. ¿Cuándo me había pasado esto antes? No soy capaz de recordar ni una vez. Esto se me está yendo de las manos.

Quiero llamar a alguien; a alguna amiga..., a mi hermana. Necesito hablar de lo que acaba de pasar, tener un poco de perspectiva. Llevo la mano hasta mi móvil y recorro mi lista de contactos. Hago una pausa cuando llego a Katine. Solo escucharía a medias lo que tuviera que decir y en cinco

minutos estaríamos hablando sobre ella, así que sigo mirando. Llego hasta Court y mi corazón palpita con fuerza. ¡Court! Pulso el botón de llamar, pero cuelgo antes de que llegue a dar señal.

Capítulo diez El pasado

Recuerdo los veranos húmedos, con un aire tan denso que parecía que estuvieras respirando sopa por los pulmones. Mi hermana y yo siempre estábamos inquietas en casa, corriendo de un lado a otro por los pasillos, gritando y persiguiéndonos hasta que nos metíamos en problemas. Mi madre, exasperada, nos mandaba fuera con la niñera, Mattia, mientras ella descansaba. Mattia hacía visitas frecuentes a la tienda de todo a un dólar en busca de cosas que hacer fuera. A Courtney y a mí, que casi siempre que íbamos de compras era en *boutiques* estiradas, nos resultaba muy muy gracioso que pudieras ir a una tienda donde todo valiera un dólar. La niñera nos traía tiza para pintar en las aceras, cuerdas para saltar, *hula-hoops* y, por supuesto, nuestros juguetes favoritos: los botes para hacer burbujas.

Mattia siempre se los guardaba para el final. Fingía haberse olvidado de los botes en la tienda y entonces nosotras suspirábamos y hacíamos pucheros. En el último momento, los sacaba de detrás de su espalda y nosotras nos poníamos a saltar y a dar vítores como si fuera muy inteligente. Decíamos que las burbujas eran «planetas vacíos», y el juego era explotar tantos como pudiéramos antes de que lo hicieran ellos solos y sus escombros se precipitaran hacia la Tierra. Mattia se quedaba bajo la sombra de un árbol y soplaba las pompas. Nosotras teníamos las piernas siempre cubiertas de moratones por culpa del juego; habíamos pillado el hábito de hacernos la zancadilla mutuamente para llegar las primeras a los planetas. Corríamos tan rápido que Mattia decía que parecíamos borrones. Nos llamaba la pelirroja y la morena, por el color de pelo de cada una.

Cuando el juego terminaba, hacíamos el recuento de las burbujas que habíamos hecho explotar cada una. «Veintisiete para la pelirroja, veintidós para la morena», anunciaba ella. Después entrábamos en casa cojeando, frotándonos las espinillas amoratadas y pidiendo polos. Mi madre odiaba los moratones y nos hacía llevar medias para ocultarlos. Mi madre odiaba la mayoría de las cosas asociadas a mí: los nudos en mi pelo después de un baño, el color de mi pelo, mi forma de masticar, lo fuerte que me reía, cómo me pasaba las uñas por el pulgar cuando me metía en problemas. Si me preguntabas, entonces o ahora, si había algo que le gustara de verdad sobre

mí, no sería capaz de decir nada. Lo que sí podría decir era que mi infancia fueron las pompas de jabón reventando en mi piel. Court y yo riendo y respirando un aire espeso. Mattia dándome abrazos para compensar las duras palabras de una madre distante.

Mi madre quería a mi hermana; ella sí que era merecedora de amor. Recuerdo haber entrado una vez en el cuarto de baño mientras le cepillaba el pelo a Courtney después de bañarla. Mi madre le estaba contando una historia de cuando ella misma era pequeña. Mi hermana soltaba risitas y mi madre se estaba riendo con ella.

—Habríamos sido buenas amigas si hubiéramos crecido juntas. Eres igual que yo cuando tenía tu edad.

Me senté en el borde de la bañera para observarlas.

—¿Y qué pasa con Jo? —preguntó Courtney, y me lanzó una sonrisa a la que le faltaban los dos dientes delanteros—. ¿También habrías sido buena amiga suya?

Fue como si mi madre ni siquiera se hubiera dado cuenta de que yo estaba en la habitación hasta que Court pronunció mi nombre. Me miró pestañeando con lentitud y después le dirigió una sonrisa a su hija pequeña.

—Ah, ya sabes cómo es Johanna con sus libros. No hubiera tenido tiempo para jugar con nosotras de tanto que lee siempre.

Quería decirle que sería capaz de quemar cada libro que tenía a cambio de ser parte de esa especie de club de madre e hija que se habían montado. En lugar de eso, me limité a encogerme de hombros. Courtney se parecía mucho a mi madre; la única diferencia era que yo sí que le importaba de verdad.

Debería haber sentido celos de ella, pero no era así. Ella era la buena de la familia, la que se levantaba temprano el día de mi cumpleaños y llenaba un plato de pastelitos antes de entrar a hurtadillas en mi habitación cantando *Lake of Fire*, de Nirvana. Mi cumpleaños era el Cuatro de Julio, una gran carga para mis padres, que organizaban una fiesta para la empresa ese día. Pero Court siempre se aseguraba de que el día fuera especial. Cuando nadie hacía caso a mis notas, ella las pegaba en el frigorífico y rodeaba la media con un círculo de permanente rojo. Era el único cariño en una vida por lo demás carente de él..., la manta cálida en una casa que valoraba las temperaturas emocionales gélidas. Cuando todos los demás pasaban por encima de mí como si no existiera, ella se acercaba a mí. Había una conexión entre nosotras, y las conexiones son difíciles de encontrar.

Cuando llevé a Caleb a casa por primera vez, mi padre se fijó en mí. Era

como si por fin pudiera mirarme, ahora que había conseguido a un hombre de su calibre. No solo mi nuevo galán era adinerado, sino que era culto al hablar, respetable y ambicioso... y sabía un montón de chorradas deportivas curiosas.

Nos habían invitado a cenar y yo me quedé observándolos desde el sofá. Mi padre se reía por todo lo que decía Caleb y mi madre parecía estar zumbando de la emoción a su alrededor, como si fuera de sangre real. Mi hermana se había sentado junto a mí, tan cerca que nuestras piernas se tocaban. Cuando estábamos juntas, siempre permanecíamos igual de cerca: era una rebelión silenciosa contra nuestros padres. Aunque trataran de crear una división entre nosotras, nos resistíamos a ello. Mientras mis padres estaban distraídos con Caleb, Court me dio en las costillas con el codo y meneó las cejas. Rompí a reír.

—Me da a mí que has dado en el clavo con este —dijo—. ¿Es bueno en la cama?

Yo hice una mueca.

—¿Por qué iba a estar con alguien que no lo fuera?

Ella levantó las cejas.

—Yo qué sé, Lee, ¿recuerdas a ese tío del instituto? ¿El del hoyuelo en la barbilla?

Resoplé en mi copa de vino. Kirby, así es como se llamaba. El nombre en sí mismo me lo debería haber dicho todo: no puedes tomarte en serio a un hombre que se llama igual que un personaje de videojuegos. Sobre todo cuando tenía la cabeza entre tus piernas y comenzaba a tararear *Kiss*, de Prince, mientras hacía unos agresivos movimientos bruscos con la lengua.

—*Women, not girls, rule my world, I said they rule my world...*

Mi hermana se puso a cantar la letra de la canción, cerró los ojos y se mordió el labio como solía hacer Kirby. Rompimos a reír, con lo que nos ganamos una mirada de desaprobación de mi madre. De verdad que esa mujer seguía teniendo la habilidad de hacerme sentir como si tuviera quince años, pero la miré de forma desafiante y me reí todavía más fuerte. Tenía veintiocho putos años y ya no podía controlarme.

Pensaba que todo había ido espléndidamente hasta que llegamos al coche. Caleb me estaba sujetando la puerta cuando de pronto dijo:

—Tu padre es un machista.

Pestañeeé con sorpresa. No lo decía como una acusación, era más una observación. Y era una observación cierta, así que me encogí de hombros.

—Es un poco anticuado.

Caleb me dio un abrazo. Me miraba de forma extraña, con las cejas arrugadas y los labios apretados en una línea pensativa. Había llegado a reconocer esa cara como la de «te estoy psicoanalizando». Quería apartarme de él para que no pudiera mirar en mi interior, pero apartarte de Caleb era como encerrarte en un congelador. Si estaba iluminándote con su luz, lo que querías era quedarte bajo su calidez, empaparte de ella. Patético. Aunque también era hermoso. Nadie me había dado nunca tanta calidez. Me aferré a sus brazos y dejé que me psicoanalizara para que cumpliera el deseo de su corazón. Quería saber lo que estaba viendo cuando me miraba de una forma tan intensa. Pero entonces rompió el hechizo y sonrió de pronto.

—Entonces, ¿supongo que te quedarás en casa, descalza y embarazada?

Alcé las cejas. Cuando él lo decía, no sonaba tan mal.

—¿Eso será en tu casa? —pregunté, poniéndome coqueta. Él me besó la punta de la nariz.

—A lo mejor, cariño.

Separó sus brazos de mí demasiado pronto. Yo quería quedarme donde estábamos, hablar de quién era el bebé del que estaba embarazada, de si el suelo sobre el que se encontraban mis pies desnudos era de parqué o de baldosas. Si viviríamos en una casa de dos pisos o en un rancho. La cabeza me daba vueltas; aquello era tan bueno como una pedida de mano para mí. Aquel hombre era oro. Incluso había conseguido que mi padre me mirara como si fuera humana. Tan solo llevábamos juntos alrededor de ocho meses, pero, si jugaba bien mis cartas, podría tener el anillo para cuando llegara la primavera. Aquella fue una noche feliz para mí.

No tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que Caleb era mi planeta vacío.

Capítulo once El presente

Doy un salto cuando oigo el coche de Caleb en el camino de entrada. Llevamos juntos más de cinco años, pero todavía siento mariposas en el estómago cada vez que entra en la misma habitación que yo. Intento no parecer dependiente, pero, cuando la llave gira en el cerrojo y Caleb entra en casa, me abalanzo sobre él. Necesito que me perdone; he estado sumida en un crepúsculo perpetuo desde que dejó de sonreírme.

Lo pillo con la guardia baja y él se ríe cuando mi peso lo estampa contra la pared. Le rodeo la cintura con los brazos y aprieto la nariz contra la suya. Quiero enrollarme con él como solíamos hacer antes, pero lo primero que dice es:

—¿Dónde está Estella?

La sonrisa desaparece de mi cara de golpe. Odio que haga eso. ¿Cómo se supone que voy a saberlo? Suelto un suspiro y me deslizo de su cuerpo hasta el suelo, decepcionada.

—Seguramente estará con comosellame.

Caleb me mira con los ojos entrecerrados y con la boca apretada en una línea recta.

—¿Has pasado algo de tiempo con ella hoy?

—Sí —contesto con brusquedad—. Le di de comer por la mañana porque el niñero llegó tarde.

Los músculos de su mandíbula producen una especie de chasquido cuando aprieta los dientes. Chasquea. Me encojo.

Chasqueo..., me encojo. Chasqueo..., me encojo.

Estoy enfadada, y con razón. No es nada extraño que las madres dependan de niñeras para cuidar de sus bebés. En mi círculo social, es algo perfectamente normal. ¿Por qué siempre tiene que hacerme sentir inferior?

Frunzo el labio superior sobre los dientes.

—¿Crees que Olivia habría sido mejor madre que yo?

Durante un segundo, una furia claramente visible cruza su rostro. Caleb se da la vuelta, vuelve a girarse hacia mí y después vuelve a alejarse, como si no supiera si debería enfrentarse o no al hecho de que he pronunciado su nombre.

Quiero que nos metamos en una pelea. Cada vez que me mira como si fuera una enorme y terrible decepción, mi mente vuelve a Olivia. Es como si cambiara de marcha; los ojos de decepción de Caleb lo desencadenan. De pronto, me encuentro en ese lugar mágico donde suelto el freno, aprieto el acelerador y mi mente se dirige a toda velocidad hacia Olivia. Será. Puta. Zorra. ¿Qué clase de poder tiene sobre él? Quiero correr hacia Caleb, golpearle el pecho con los puños una y otra vez por estar siempre comparándome mentalmente con ella. ¿O es que soy yo quien se está comparando mentalmente con ella? Dios, la vida es un desastre.

En ese preciso momento, Sam entra en la habitación con el bebé. La furia del rostro de Caleb se desvanece y, de repente, tiene aspecto de estar a punto de llorar. Conozco esa expresión; está aliviado: aliviado de tener algo de lo que ocuparse que no sea yo.

Entonces me doy la vuelta y camino en dirección a la puerta.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Voy a salir un rato con Sam esta noche —respondo. Evito mirar la expresión del niño y tomo mi bolso—. Vámonos, Samuel —le digo de forma brusca.

Lo veo reprimir una sonrisa mientras agacha la cabeza, obediente, y camina hacia donde lo estoy esperando. Antes de que Caleb pueda decir nada, ya he salido por la puerta y estoy bajando la escalera. Los oigo intercambiar unas palabras detrás de mí, pero ya estoy a medio camino del coche de Sam y decido que detenerme para cotillear arruinaría mi credibilidad. Lo más probable es que Caleb le esté advirtiendo sobre mi tendencia a ponerme agresiva cuando estoy borracha. Un minuto después, Sam aparece trotando. Sin pronunciar palabra, me abre la puerta del copiloto y yo entro en el coche. Se trata de un *jeep* de los que no tienen ni techo ni ventanas. Me acomodo en mi asiento y miro fijamente hacia delante. Voy a destruir a Olivia. Voy a encontrarla y me la cargaré de una paliza por destrozarme la vida.

—¿Adónde vamos? —pregunta Sam mientras recorremos el camino de entrada.

—Llama a esa prima putilla tuya —le digo—. Vamos a ir adondequiera que ella esté.

Él me mira y levanta las cejas, pero no hace ningún movimiento en dirección a su móvil.

—Esta noche está en Madre Gothel —me explica—. ¿Alguna vez has

estado allí? —Niego con la cabeza—. Genial. Es tu clase de sitio.

Vira el *jeep* para meternos entre el tráfico y yo me agarro a la puerta para estabilizarme. Este va a ser un trayecto largo.

Madre Gothel no es mi clase de sitio, y lo anuncio en voz alta en cuanto atravesamos la puerta. Un gorila con media docena de *piercings* en la cara comprueba nuestros carnés de identidad. Me mira de una forma que me provoca escalofríos, así que me agarro al brazo de Sam.

—¿Qué demonios es este sitio? —susurro mientras entramos en una habitación iluminada por luces eléctricas azules.

—Un bar de cachimbas —responde, y levanta las cejas—. Un bar de cachimbas emo.

Arrugo la nariz.

—¿Por qué viene aquí tu prima?

Estaba pensando en todos esos bares con clase en la avenida Mizner, a tan solo un tiro de piedra de este deprimente nido de ratas.

—Normalmente va por fases —explica, y hace un gesto con la cabeza en dirección al camarero—. El mes pasado le dio por las teterías.

Pide un par de martinis y, mientras tomo el mío, me pregunto cómo sabrá que me gustan.

—¿No vas a darme la charla por beber mientras tengo que darle leche materna a la niña? —pregunto por encima del borde de mi copa.

Él suelta un quejido y trata de quitármela.

—Mierda, me olvidaba —dice—. Es difícil recordar que una arpía sin corazón como tú realmente es madre.

Suelto un gruñido y mantengo la copa fuera de su alcance. No le falta razón.

Nos dirigimos hacia una mesa donde hay un grupito de personas apiñadas. Veo la cabeza de Cammie moviéndose de un lado a otro animadamente mientras cuenta una historia. Cuando ve a Sam, su rostro se ilumina..., hasta que me ve a mí. Pestañea muy rápidamente, como si estuviera tratando de expulsarme de su campo de visión. Sonrío con dulzura y me dirijo hacia ella. Esa zorra tiene información sobre Olivia, lo presiento. Me agacho para darle un beso en la mejilla; me gusta saludar al estilo europeo.

—Sam —dice con voz tensa—, no sabía que ibas a traer a una... invitada. —Inclina la cabeza hacia un lado de una forma que solo he visto en las bellezas sureñas. Sitúo su acento en Texas—. ¿Es la primera noche fuera

desde que nació el bebé? —me pregunta.

Sam suelta un gruñido detrás de mí. Yo me doy la vuelta para lanzarle una mirada de advertencia y después vuelvo a girarme hacia Cammie.

—Exacto —contesto—. Sam ha tenido la amabilidad de dejarme venir. ¡Este bar mola!

Miro a mi alrededor con fingido interés. Cuando vuelvo a mirarla a ella, la veo terminando de poner los ojos en blanco. Después, hace un gesto en dirección a dos sillas libres. Yo ocupo la más cercana a ella y Sam se sienta a mi lado. Cammie se encarga de las presentaciones de todos los que estamos en la mesa. El grupo está compuesto por dos abogadas, un patinador profesional que no deja de mirar el escote expuesto de Cammie y varias lesbianas con *piercings* y tatuajes.

Durante la siguiente hora, los escucho mientras charlotean sobre los temas más simples del mundo, y yo me dedico a jugar con mi pelo y trato de no bostezar. Sam me observa divertido mientras contribuye a la conversación y en dos ocasiones me pilla con la guardia baja al preguntarme mi opinión sobre ciertos políticos.

—De verdad, Sam —digo al fin con brusquedad cuando no hay nadie escuchando—. ¿Podrías dejar de hacer eso?

Él sonríe.

—Tan solo trato de ser simpático.

¿Cómo es que alguien con tantos tatuajes sabe de política? ¿Estoy cayendo en estereotipos? Pues qué pena. Me acerco mucho a su oído para que solo pueda oírme él y Cammie frunce el ceño. Quiero gritarle que es gay o algo así, pero en cualquier caso yo no estoy con hombres tan desaliñados.

—Te doy cien pavos si puedes sacar a todo el mundo de aquí para que pueda hablar con la zorra de tu prima a solas.

Sam se pone en pie y da una palmada.

—Os invito a todos a un chupito, menos a Cammie.

Ella pone los ojos en blanco, pero permanece sentada. Todos los demás siguen a Sam hasta la barra mientras ríen y se dan palmaditas en la espalda. Me mira con expectación, como si ya estuviera metida en mi plan. Juraría que esta perra y yo hablamos el mismo idioma..., aunque con diferentes acentos.

—Olivia Kaspen —digo, y su rostro permanece inalterado—. ¿La conoces?

Sus labios se curvan en una sonrisa y entonces baja la cabeza una vez para reconocer que así es. Noto que un calor abrasador comienza a brotar en

mi pecho y se extiende hacia fuera. Unos fuegos artificiales emocionales, por decirlo de alguna manera. ¡Lo sabía! Me paso la lengua por los labios y me saco un cigarrillo del bolso.

—Así es como conoces a Caleb —añado, y ella vuelve a asentir con la cabeza, todavía con esa horrible sonrisa en los labios. Tomo aire y la observo con las pestañas bajas—. ¿Por qué la quiere?

Es la primera vez en la vida que he verbalizado esa pregunta, aunque he estado reflexionando sobre ella durante Dios sabe cuántos años. Olivia era atractiva, si te gustaban las zorras. Tenía demasiado pelo y los ojos muy separados, pero había pasado el suficiente tiempo con ella durante mi juicio para saber cómo respondían los hombres ante ella. Se comportaba de forma fría y distante, misteriosa. Putos hombres con sus putos misterios. Jamás la había visto sonreír, ni una sola vez. Resultaba difícil de creer que alguien tan vivo y cálido como Caleb pudiera tener sentimientos por una pasa emocional.

Cammie me está observando, trata de decidir lo lejos que quiere llegar con su respuesta, y me pregunto hasta qué punto conocerá a Olivia. No se me había ocurrido hasta este momento que tal vez fuera una buena amiga suya.

Finalmente, se aclara la garganta.

—Bueno, es una zorra, igual que tú. Caleb siempre se ha sentido atraído por las que son del tipo de Cruella de Vil. Pero supongo que si quieres una respuesta sincera... —Su voz se apaga. La banda ha subido al escenario, y el ruido invade la sala. Me inclino hacia delante, sedienta de su respuesta—. Saltan chispas entre ellos —continúa, y yo me aparto de golpe. ¿Qué coño quiere decir con eso?—. Cuando están juntos, es como meter un huracán y un tornado en la misma habitación: se puede sentir la tensión. Yo no creía en los tópicos de las almas gemelas hasta que los vi juntos.

Ya he oído suficiente; siento hasta ganas de vomitar. Miro a mi alrededor en busca de mi conductor, pero no lo veo por ninguna parte, y Cammie no ha terminado todavía.

—Sé que te quedaste embarazada a propósito —continúa, me quita el cigarrillo de entre los dedos y le da una calada. La miro y pestañea, demasiado intrigada para impedirsele. ¿Cómo es posible que lo sepa?—. En fin, ya tienes al chico... y al bebé. Ya has ganado. Así que, ¿por qué estás preguntando por Olivia?

Me planteo mentirle, decirle que me estoy asegurando de que se haya ido para siempre o alguna gilipollez por el estilo.

Ella me dirige una sonrisita de suficiencia.

—¿Quieres saber por qué la quiere, Leah? —Enfatiza más de lo necesario el «ah» de mi nombre, y yo me encojo. Menuda zorra. Niego con la cabeza, pero esa rubita es más lista de lo que parece. Apaga mi cigarrillo en el cenicero antes de continuar—. No vas a conseguir una respuesta a esa pregunta de nadie que no sea Caleb. Si yo fuera tú, lo dejaría correr. Vete a disfrutar de la vida que has robado para ti. Olivia no va a presentarse en la puerta de tu casa llorando, si eso es lo que te preocupa.

Siento que mi rostro se calienta mientras recuerdo la vez en que seguí a Caleb hasta el apartamento de Olivia. Esa era información privilegiada, así que esta putilla probablemente sea su mejor amiga.

—Caleb no me dejaría por ella, incluso aunque lo hiciera —contesto con más confianza de la que siento.

Cammie levanta las cejas y se encoge de hombros.

—Entonces, ¿por qué te importa?

Trago saliva con fuerza. ¿Por qué me importa? Tampoco es que creciera en una casa donde mis padres estuvieran locamente enamorados. Mi madre se casó con mi padre por su dinero, y ella misma me lo había dicho en numerosas ocasiones. He conseguido a mi hombre, así que... ¿por qué estoy rebañando los restos?

—No..., no lo sé.

—No es divertido ser el segundo plato, ¿verdad? —Se quita un fragmento de tabaco de la lengua y se lo sacude de la punta de los dedos—. Existe la posibilidad de que sientas que vales para algo más que para el matrimonio por lástima de Caleb y, si eso es cierto, entonces deberías saltar del barco ahora. Tan solo es cuestión de tiempo que la saga de Caleb y Olivia vuelva a comenzar otra vez.

Sus palabras escuecen, y me muevo incómoda en la silla mientras un dolor me atraviesa.

—Pero ¿no decías que Olivia había seguido adelante? —pregunto con un siseo.

—Sí, ¿y qué? —Cammie se encoge de hombros—. La historia de esos dos no va a terminar nunca. Ella también está casada, ¿sabes? Así que, técnicamente, tienes algo de tiempo para hacer que tu marido se enamore de ti.

No soy capaz de ocultar mi sorpresa. Con Turner no se había casado, eso seguro. No había dejado de llamarme al teléfono después de que ella rompiera con él para suplicarme que intercediera en su favor. Estúpido

Turner.

Tras todo el desastre de la amnesia, allané el apartamento de Olivia y encontré unas cartas de Caleb con fecha de sus días universitarios. No me costó mucho darme cuenta de que era su exnovia, que trataba de recuperarlo de forma rápida. La chantajeé para que se marchara de la ciudad y después contraté a un detective privado, que le siguió el rastro hasta Texas.

Un amigo iba a la misma facultad de Derecho que ella, así que hice una llamada, le ofrecí unas entradas para la Super Bowl y ¡BAM! Lo siguiente que supe fue que estaban prometidos. ¡Menuda suerte! Turner era un pringado, y yo no era capaz de imaginar siquiera cómo una mujer podía pasar de Caleb a ese idiota. En cualquier caso, pensaba que había salido de mi vida para siempre, hasta que mi marido la contrató para que fuera mi abogada..., y menos mal que lo hizo, porque ganó el caso y me salvó de diez años en la prisión estatal.

No le digo nada de esto a Cammie, cuyo acento sureño me incomoda de pronto. ¿Era ella la amiga con la que Olivia se había ido a vivir en Texas?

No decimos nada más, ya que Sam escoge ese preciso momento para reaparecer en la mesa. Me pongo en pie para marcharme. Cammie ya no me mira, sino que está besando al patinador, que le toca un pecho con una mano mientras sostiene la otra por encima de la cabeza y hace los cuernos de Black Sabbath con los dedos.

Me doy la vuelta, asqueada, y sigo a Sam hasta su coche.

—¿Has conseguido las respuestas que necesitabas? —pregunta cuando ya estamos en la carretera.

Miro hacia él, sorprendida.

—¿De qué estás hablando?

Una de las comisuras de su boca se hunde y entonces me mira por el rabillo de ojo.

—Cammie es mi prima, y es una bocazas. Me contó lo de esa tía.

Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—¿Sabías que era amiga de Olivia y no me lo contaste?

—Eso es lo que tú esperabas, ¿verdad? ¿Querías saber si la conocía?

Tiene razón, pero todavía estoy enfadada.

—Soy tu jefa —le digo—. Tendrías que habérmelo dicho. Y, de todos modos, ¿qué clase de gay eres tú? Se supone que tendrían que encantarte el cotilleo y los dramas.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. A pesar del montón de malas noticias

que dan vueltas alrededor de mi cabeza, sonrío. A lo mejor no es tan malo. Decido que voy a dejar de intentar que Caleb lo eche.

Cuando llego a casa, Caleb ya está en la cama, aunque no en la nuestra, sino en la individual de la habitación del bebé. Compruebo el suministro de leche del frigorífico y veo que por suerte hay bastante para un día o dos: tiempo suficiente para que los martinis terminen de salir de mi sistema. Pongo los ojos en blanco. Lo más probable es que Caleb compruebe mis niveles de alcohol en sangre antes de dejarme extraerme leche otra vez.

Me voy a la cama todavía con la ropa puesta y más triste de lo que me he sentido jamás.

Capítulo doce El pasado

Mi hermana era tan guapa que casi te dolían los ojos al mirarla. Y, madre mía, eso es lo único que hice durante esos primeros años. Era menor que yo, tan solo un año, pero lo era. Resultaba un tanto extraño idolatrar a tu hermana pequeña. Pero era difícil no hacerlo, porque, en cuanto entraba en una habitación, todos los ojos se clavaban en ella, como si tuviera alguna clase de etérea magia feérica que fluía desde sus poros. Durante mucho tiempo creí que en cuanto llegara a cierta edad obtendría parte de ese fluido mágico..., pero no tuve esa suerte. Mi aspecto era el de una putilla desnutrida y adicta al *crack* con aparatos en los dientes y deportivas de mil doscientos dólares.

Courtney hacía que me quisiera morir, sobre todo cuando salía con todos los chicos que me gustaban y después se deshacía de ellos. Pero nunca fui capaz de enfadarme con ella por eso. Éramos un equipo, Court y Jo, hasta que Jo decidió que quería ser Leah, y entonces fuimos Court y Lee. A pesar de nuestra cercanía, cuanto más crecíamos, menos podíamos negar el abismo que nos separaba. Nuestra amistad flaqueó durante un año, al comenzar la secundaria, cuando me abandonó por las animadoras. Yo la observaba haciendo nuevos amigos desde mi asiento en las gradas mientras me quitaba trocitos de pan de entre los dientes y me preguntaba por qué todavía no me habían crecido las tetas.

No me parezco en nada al resto de mi familia. Todos ellos, a excepción de mi madre, tienen el pelo negro como el ala de un cuervo. Si combinas eso con la piel olivácea y los ojos verdes característicos de los Smith, parecen un ejército de griegos hermosos. Yo nací roja: mi pelo, mi piel y mi ardiente actitud quisquillosa. Mi madre solía decirme que lloré durante una semana después de que me llevaran a casa. Me contó que perdí la voz y que lo único que se oía era el aire saliendo de mí mientras ponía cara de estar gritando.

Nuestra madre animaba a Courtney a hacer todas las cosas típicas de chica perfecta: entrar en el equipo de animadoras, ser modelo y robar los novios de las demás. A mí, por otro lado, me animaba a hacer dieta, sobre todo en la recta final del instituto, porque estaba algo regordeta. Comencé a comerme hasta mis propios sentimientos cuando descubrí a los chicos, el

rechazo y los pastelitos Little Debbie. Pasé de desnutrida a rolliza en cuestión de unos meses.

—Te vas a arrepentir mucho de esto —dijo mi madre al descubrir mi alijo. Había escondido una docena de cajas surtidas en una vieja y navideña lata de palomitas de la despensa—. Como si no fueras ya pelirroja, ¿encima quieres sumarte kilos de carne? —Para enfatizar sus palabras, agarró un puñado de grasa de mi cintura y lo apretó hasta que grité. Después negó con la cabeza—. Eres un desastre, Johanna.

Y entonces tiró todos mis pastelitos a la basura. Yo me mordí el labio para no llorar. Cuando me vio luchando contra las lágrimas, se suavizó un poco. A lo mejor ella también fue regordeta alguna vez, pensé con esperanza.

—Toma. —Abrió el congelador y me puso una bolsa de guisantes congelados contra el pecho—. Cuando sientas la necesidad de darte un atracón de mierda, cómete esto mejor. Tú piensa que es algún dulce frío, como el helado. —Al verme dubitativa, me sujetó la barbilla con la mano y me obligó a mirarla—. ¿Te gustan los chicos? —Yo asentí con la cabeza—. No vas a encontrar a ninguno si sigues comiéndote esos pastelitos, créeme. Nadie ha conseguido a un hombre con la cara llena de migas.

Yo me había llevado la bolsa de guisantes congelados a mi habitación y me había sentado con las piernas cruzadas en el suelo. Mirando fijamente mi póster de Jonathan Taylor Thomas, me comí la bolsa entera, guisante a guisante.

Era un poco empollona. Me gustaban los chicos, sí, pero también las matemáticas y la ciencia. Aunque las matemáticas y la ciencia no te proporcionaban atención, eran un amor seco y unilateral. Quería que la gente me mirara como hacían con Court. Me tumbé boca arriba mientras masticaba los guisantes. Tampoco estaban mal.

Al día siguiente, le pedí a Court que me presentara a sus amigas.

—Pero si te ríes de las animadoras —señaló.

—Ya no voy a hacerlo más. Quiero caerle bien a la gente.

Ella asintió con la cabeza.

—Les caerás bien, Lee. Como a mí.

Court consiguió que me invitaran a una fiesta de pijamas a la que iban todas sus amigas risueñas. Pero, a pesar de lo que me había asegurado, no les caí bien. Eran zorras de trece años fuertemente sedadas por las opiniones de sus madres. Terminaban casi todas sus frases con las palabras «cielo» o «impresionante». Yo no quería ser como esas chicas, no quería ser como mi

madre. Cuando una de ellas me preguntó por qué estaba siempre con los frikis de las matemáticas, no pude contenerme.

—Porque hablan de cosas más interesantes que vosotras.

La chica, Britney, me miró como si fuera algo detestable. Inclino la cabeza hacia un lado y me sonrió. Casi podía ver a su madre haciendo lo mismo y vestida con un cárdigan.

—Es lesbiana —anunció a la habitación.

Las demás chicas asintieron con la cabeza, como si fuera una explicación completamente aceptable para lo extraña que era. Courtney puso cara de alicaída, y parecía muy decepcionada conmigo.

—No soy lesbiana —les dije, pero mi voz sonó débil y poco convincente. Las chicas ya habían aceptado las palabras de Britney como hechos. Y hasta evitaban mirarme a los ojos.

Eché un vistazo a mi alrededor, a todas esas cabezas de la habitación llenas de laca y con los labios rosas, grité un sonoro «¡que os den por culo!» y salí corriendo de allí. Me sentía un tanto culpable por haber proyectado una sombra sobre el juego social de Court, pero se recuperaría. Era demasiado guapa para no hacerlo. Cuando regresó a casa, entró corriendo en mi habitación y cruzó los brazos por encima del pecho.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó—. Me pides que te ayude y después te comportas como una idiota delante de mis amigas.

Yo negué con la cabeza. ¿Estaba de coña o qué?

—Court, pero si fueron ellas. ¿De qué estás hablando?

—¡Me has hecho quedar fatal, Leah! Eres muy egoísta y ya estoy harta de tus dramas.

Dio media vuelta para marcharse, pero yo me levanté de un salto y le agarré el brazo sin poder creer que me estuviera diciendo eso. Era como si sus amigas estuvieran robándole lentamente pedazos del cerebro para reemplazarlos por otros menos funcionales.

—¡Eso no es justo! Eres mi hermana. ¿Cómo puedes ponerte de su parte? Britney os mintió a todas. Ya sabes que no soy lesbiana.

Courtney apartó el brazo de golpe.

—Eso no lo sé.

Yo abrí y cerré la boca, aturdida. Mi hermana, mi Courtney, jamás me había hablado de ese modo. Jamás se había puesto del lado de nadie por encima de mí. Me sentía como si algo ardiente me estuviera abriendo un agujero en el pecho, y dolía muchísimo.

—Me lo estás arruinando todo —dijo al fin—. Ellas son mis amigas y tú eres mi hermana. Me sienta mal que digan cosas sobre ti. Así que, por favor, déjalo estar y no vuelvas a pasarte con lo que dices. Me estás complicando mucho las cosas.

Me tragué mi respuesta y asentí con la cabeza. Podía hacer eso por ella.

Después de ese día, nunca volvimos a hablar sobre lo que había pasado, pero ella se comportó de forma extraña conmigo durante mucho tiempo. Sus amigas se aseguraban de soltar risitas cada vez que pasaban junto a mí por los pasillos de nuestro instituto privado. También extendieron rumores y le dijeron a la gente que me habían pillado masturbándome en la fiesta de pijamas. Y, a pesar de todo ello, Court nunca dijo ni una palabra en mi defensa. Comencé a preguntarme si tal vez las creía.

En unas pocas semanas, fui declarada lesbiana por todos los alumnos populares del séptimo y el octavo curso. Cuando los rumores acabaron llegando a mis padres, me enviaron a un campamento cristiano durante todo el verano. Me encantó. Allí conocí al hijo de un pastor y perdí la virginidad en los arbustos detrás del baño común. Regresé a casa con un gusto reafirmado por los hombres. Por supuesto, eso no detuvo los rumores de lesbianismo cuando volvieron a comenzar las clases. Britney se encargó personalmente de asegurarse de que todas las chicas de su curso y del mío supieran que no debían desnudarse delante de mí en el vestuario. Los chicos se daban codazos entre ellos por los pasillos y soltaban risitas y hacían comentarios mientras yo pasaba caminando. Era terrible. Doloroso. Courtney no los corregía, y eso era lo peor de todo. Nuestro vínculo se desgastó y se rompió, todo bajo los crueles dedos del Instituto Kings. En cierto modo, acabé acostumbrándome, al igual que me había acostumbrado al comportamiento desapegado de mis padres conmigo.

Mantuve la cabeza baja, salí con chicos del club de matemáticas que estaban a mi mismo nivel mental y nunca dejé de conspirar contra Britney y sus secuaces. Ese curso cambié, pero nadie se dio cuenta. Estaban demasiado ocupados condenándome al ostracismo para darse cuenta de que me habían salido unas tetas de copa C. Aprendí a usar el secador de pelo y el maquillaje. Perdí toda la grasa que me sobraba.

Ese mismo curso, mi hermana y Britney tuvieron una pelea por un chico llamado Paul, porque las dos querían estar con él. Para salvar su amistad, las dos habían jurado renunciar a él en un abrazo emocional, insistiendo en que nada, y menos un tío, podría interponerse en su amistad. Britney había

aguantado un mes antes de acostarse con él. Mi hermana se quedó destrozada. No me gustaba ver a Courtney llorando, y eso es lo único que hizo durante dos semanas. Un día incluso la pillé agarrando un frasco de pastillas para dormir del cuarto de baño.

—Por un chico no, Courtney —le dije yo y le quité el frasco de las manos—. En serio, ¿cuándo te has vuelto tan débil?

Ella lloraba con lágrimas silenciosas mientras me miraba con ojos doloridos. Fue entonces cuando me di cuenta de que probablemente siempre había sido débil. Daba la cara por mí con nuestros padres porque ellos la favorecían. No era ningún acto de coraje desafiar a tus padres cuando ellos ni siquiera te levantaban la voz. Tras eso, la acompañé a su habitación para meterla en la cama. Y después me metí dentro, junto a ella, para poder vigilarla.

Al día siguiente, acorralé a Britney frente a su taquilla. Ya era oficialmente la novia de Paul y, ahora que había cortado el lazo con mi hermana, yo ya no tenía que seguir callándome.

—Eres una puta que no vale para nada, ¿lo sabías?

Le di un golpecito con el dedo en la clavícula para enfatizar mis palabras. Paul la estaba esperando a unos metros de distancia y Britney me fulminó con la mirada mientras me apartaba la mano de un manotazo.

—¡Puaj! ¡No me toques, bollera! —escupió.

La ignoré y dirigí mi atención hacia Paul. Yo ya lo tenía todo planeado. El chico sonreía ligeramente, y pude ver las palabras «pelea de chicas» formándose en su diminuto cerebro poco desarrollado. Unas cuantas personas se estaban reuniendo a nuestro alrededor para ver lo que pasaba.

—Y tú —dije mientras lo miraba—, vas a necesitar esto... —Le lancé un condón, que rebotó en su pecho y cayó entre sus Nike. Él me miró y después bajó la vista hasta el cuadradito rojo que había a sus pies—. Que sepas que tiene herpes, gilipollas.

La expresión de su cara hizo que valiera la pena haber soportado todos los comentarios sobre lesbianismo que había hecho Britney durante los dos últimos años. Antes de marcharme de allí, la miré y vi que tenía la cara pálida. En teoría, yo no debía saber lo del herpes. Pero las paredes de mi casa eran finas, y se había quedado a dormir con mi hermana más de una vez.

Destruir la reputación de Britney como ella había destruido la mía fue precisamente el hacha que necesitaba para romper mis grilletes. Comencé con Britney, pero pronto me había acostado con los novios de todas. Me gustaba

que fuera tan fácil hacer que los chicos me siguieran el juego al ponerles el sexo en bandeja. Me gustaba que sus novias llegaran al instituto con los ojos rojos e hinchados de llorar después de descubrir que sus novios las habían engañado.

No me había unido a las filas de las populares como había hecho mi hermana, sino que las había sobrepasado. Estaba volando alto y no tenía intención de detenerme.

Capítulo trece El presente

—Llevamos mucho tiempo juntos, Caleb.

No levanta la mirada para contestar.

—Sí.

Por lo general, siempre me contesta con un «sí, pelirroja» o un «sí, mi amor», pero en esta ocasión tan solo obtengo un «sí». Es un «sí» que me hace sentir sola.

—¿Recuerdas esa vez que fuimos a Los Ángeles y comimos en todos los sitios de famosos donde pudimos entrar? —Él me lanza una mirada y continúa revolviendo el correo. Caleb es un nostálgico; le gusta hablar de viejos recuerdos—. No teníamos ninguna reserva —continúo—, pero tú hablabas hasta que conseguías colarnos en todos los restaurantes que queríamos probar. —Permanece en silencio mientras escucha—. No vimos a ningún famoso, pero yo me sentí como si lo fuera durante toda la semana..., solo por estar contigo.

Le quito el correo de entre las manos, lo dejo sobre la encimera y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Caleb, sé que soy un desastre. Tú sabes que soy un desastre. Pero me haces ser mejor. Tenemos mucha historia compartida..., mucho amor. Por favor, deja de ignorarme.

Su mandíbula se mueve.

—Yo no quería ir a esos restaurantes pretenciosos, Leah.

—¿Qué?

Niega con la cabeza. Pensaba que esto iba a funcionar, pero ni siquiera tenía un plan B por si este fallaba.

—Tan solo iba por ti. Me lo pasaba bien por ti, pero yo no soy así.

—No lo entiendo —respondo. Sus dedos están tratando de liberarse de los míos.

—He sido alguien diferente contigo. Alguien a quien no comprendo.

—Bueno, pues entonces puedes ser alguien nuevo. Me da igual. Cambiaremos juntos.

Caleb suspira.

—No creo que te guste la persona que soy.

—Ponme a prueba, Caleb. Voy a esforzarme con ganas para conocerte. Por favor. Seguro que podemos arreglar esto.

—No sé si podremos conseguirlo, pero podemos intentarlo.

Sonríó tensamente y lo abrazo. Tan solo siento un ligero atisbo de duda antes de que me lo devuelva. Respiro su olor. «Podemos intentarlo», me repito en silencio para mí misma. Son palabras que anhelo, pero tienen una fecha de caducidad. Podemos intentarlo... hasta que ya no podamos. Podemos intentarlo..., pero incluso esto parece condenado al fracaso.

Voy a tener que pensar en una forma de conseguir que esto sea más permanente.

Las siguientes semanas están llenas de paz. Saco todos los libros de cocina que me regalaron por la boda y comienzo a preparar comidas de verdad en lugar de pedir que nos la traigan a casa. Si mi hombre quiere una madre y esposa casera, eso es lo que va a tener. Puedo ser totalmente tradicional. Comemos en la mesa del comedor que jamás hemos utilizado. Incluso llevo la cuna móvil del bebé hasta allí para que pueda estar con nosotros. A Caleb le gusta lo que cocino, o al menos eso es lo que dice. Se lo come todo, y parece feliz de verdad por ver que lo estoy intentando. Voy de compras a por ropa de niña para el bebé y tiro toda la que tenemos de color amarillo y verde. Exhibo la nueva con orgullo sobre la cama para que Caleb la vea. Él toma cada prenda para observarla bien y asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—Esto no se lo vamos a poner —dice mientras sostiene una camisetita en la que pone «Sal conmigo».

—Es muy mona —le discuto, y trato de recuperarla. Antes de que pueda alcanzarla, él la sujeta por encima de su cabeza, hasta donde yo no llego.

Nos pasamos los siguientes cinco minutos persiguiéndonos por la habitación, tratando de reclamar la camiseta. Hace mucho tiempo que no jugamos de esta manera. Me siento bien haciéndolo, al igual que me pasaba cuando comenzó a haber un «nosotros».

Sam observa nuestra transformación marital con diversión.

Un día, durante el desayuno, le pregunto a Caleb dónde vamos a pasar las vacaciones de este año.

—Vamos a tener que veranear en algún sitio apto para niños —contesta, y le da un sorbo a su té—. Cosas tipo Disney World y *resorts* en la playa, me imagino.

Me encojo en mi silla, tiene que estar de broma. Sam se da cuenta de mi

expresión y se ve obligado a ahogar una risa.

Miro a Caleb, alarmada.

—Pero me quemo con el sol —digo abruptamente.

Él me dirige su sonrisa torcida.

—¿Qué pasa? ¿Pensabas que íbamos a ir a París o a la Toscana con una niña pequeña? —Asiento con la cabeza—. Ellos también tienen sus necesidades, Leah. Está bien que la exponamos al mundo, pero los pequeños necesitan cosas como Disney World y castillos de arena. ¿Es que tú no tienes recuerdos así de cuando eras pequeña?

No los tengo. El instituto nos llevó a Disney en el penúltimo año de secundaria. Yo me emborraché mucho con un par de tíos la noche anterior y estuve de resaca durante todo el día en el parque. Esta parte no se la cuento a Caleb.

—Supongo —respondo, sin comprometerme a nada. Todo esto de ser tradicional empieza a ser un verdadero coñazo—. ¿Qué pasa si le gusta París? —pregunto esperanzada—. ¿Entonces podríamos ir?

Él se levanta y me da un beso en la cabeza.

—Sí. Justo después de que le demos una infancia.

—Entonces, mientras aún sea pequeña, ¿podemos ir a algún lugar bueno? No creo que le importe mucho Minnie Mouse ahora.

—Probablemente no podamos ir de vacaciones este año. Todavía es demasiado pequeña para viajar o llevarla a ningún sitio.

Lo observo con incredulidad mientras toma su móvil. ¿Acaba de robarme las vacaciones?

—Esto es ridículo —anuncio, y después lamo mi cuchara hasta limpiarla de gachas—. Mucha gente tiene bebés y se va de vacaciones.

—Hay cosas a las que debes renunciar cuando tienes una familia, pelirroja. ¿Es que no te has enterado hasta ahora?

—Podemos renunciar a la carne roja..., a la música..., ¡a la electricidad! Pero no a las vacaciones.

A Sam se le cae la ropa que lleva entre los brazos. Puedo ver su espalda temblando a causa de la risa mientras se agacha para recogerla.

Caleb me ignora, concentrado en su teléfono.

Todos los hombres de mi vida me tratan como si fuera una broma.

—Yo voy a irme de vacaciones —les anuncio a ambos. Caleb levanta la mirada y alza una ceja.

—¿Qué estás diciendo, Leah?

Está tratando de provocarme. No sé por qué acabo mordiendo el anzuelo.
—Estoy diciendo que contigo o sin ti, yo me voy.

Salgo pisando fuerte de la habitación para no tener que ver la cara que pone. ¿Por qué me siento como una niña de diez años? No, a mí no me pasa nada. Es él. No me quiere tal como soy. Quiere que sea otra persona. Este es un juego al que Caleb y yo llevamos años jugando. Me da un estándar al que yo tengo que adherirme para vivir, y entonces fracaso.

Me sigue fuera de la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

Me sujeta por el brazo mientras trato de marcharme.

—Estás intentando controlarme.

—La idea de una Leah controlada me aburre, te lo aseguro. Pero ser parte de una familia significa tomar decisiones como una unidad.

—Oh, por favor —le escupo—. Vamos a dejar de fingir que tú no eres el único que toma las decisiones aquí. —Zafo el brazo de entre sus manos—. Estoy cansada de tener que montar siempre una pantomima por ti.

Estoy en la escalera cuando lo escucho decir:

—Bueno, pues ahí lo tienes.

No miro hacia atrás.

En el piso de arriba, saco el cuadro callejero que Courtney me había traído de su viaje a Europa. Lo tengo guardado en papel encerado dentro de una caja. Toco el paraguas rojo con la punta de los dedos. Courtney decía que yo era su paraguas rojo. Cuando estaba confundida o agitada, lo único que tenía que hacer era ponerse junto a mí y yo mantenía todo lo malo alejado de ella. Pero no era cierto. Le había fallado a Courtney, le había fallado a mi padre, y estaba en proceso de fallarle a Caleb.

Vuelvo a meter el cuadro en la caja y me seco las lágrimas que están descendiendo por mis mejillas. Entonces, oigo a Estella llorando al despertar de su siesta. Recompongo mis emociones, respiro hondo y voy a por ella.

Capítulo catorce El pasado

Nos habíamos peleado el día de su accidente. Es difícil de creer: tu novio casi muere, y unas horas antes vas y le dices que quieres romper con él. No se lo había dicho en serio. Era una amenaza, como diciéndole: «Haz lo que tienes que hacer o lárgate»; un intento cruel de intimidarlo para que aceptara el matrimonio. Lo que pasa es que no puedes darle un ultimátum a Caleb Drake. Podía ver su cara en mi mente mientras las palabras salían por mi boca: las cejas levantadas, las mandíbulas apretadas como un puño. El día antes de que se marchara para su viaje de trabajo a Scranton nos habíamos peleado por el mismo tema: quería un puto anillo. Y Caleb quería asegurarse de que mi dedo era el correcto antes de ponérmelo.

Entonces entró la llamada. Estaba trabajando cuando la voz refinada de Luca sonó al otro lado de la línea. Luca y yo teníamos una relación flotante: a veces las cosas iban genial entre nosotras y otras quería verter queroseno sobre su cabeza y encender una cerilla. Estaba diciendo palabras como «hospital» y «pérdida de memoria». No lo comprendí hasta que dijo:

—Leah, ¿me estás escuchando? ¡Caleb está en el hospital! ¡No sabe ni cómo se llama!

—¿El hospital? —repetí. Se suponía que tenía que estar de compras para buscarme un anillo.

—Ha tenido un accidente, Leah —repitió—. Nuestro avión sale por la mañana.

En cuanto terminó la llamada de Luca, comencé a buscar vuelos. Si me marchaba ya, llegaría allí antes de la medianoche. Ella iba a ir por la mañana con Steve, el padrastro de Caleb, pero yo quería ser la primera en llegar. Necesitaba mirarlo a los ojos y hacer que me recordara. Mi padre entró en mi despacho con un fajo de papeles en las manos y mi ratón se quedó flotando sobre el botón de comprar. Mi padre siempre me tenía firmando cosas.

—¿Qué estás haciendo?

Me miró por encima del borde de sus gafas.

—Caleb ha tenido un accidente —expliqué—. Tiene una contusión cerebral, y ni siquiera sabe quién es.

—No puedes marcharte —dijo como si tal cosa—. Estamos en mitad de

la puesta a prueba. Necesito que estés aquí.

Dejó los papeles sobre mi escritorio y fue hacia la puerta dando zancadas. Pestañeeé mientras miraba su espalda, no muy segura de que me hubiera oído.

—¿Papá? —Se detuvo en el umbral de la puerta, todavía de espaldas a mí. De ese modo era la mayor parte de nuestra relación: yo hablándole a su espalda, o a su cabeza inclinada, o a su periódico—. Caleb me necesita, así que me voy.

Hice clic en el botón de «comprar» del billete y me levanté para recoger mis cosas. No lo miré mientras caminaba hacia la puerta, donde, por supuesto, se había quedado como congelado en su sitio mientras me miraba con furia.

—Johanna...

—No me llames así. Me llamo Leah.

Pasé junto a él a la fuerza y mi cuerpo hizo que el suyo golpeará el marco de la puerta. Parecía más fuerte de lo que me sentía; era algo que se me daba bien. ¿Acababa de desafiar a mi padre..., el hombre cuyo cariño siempre estaba tratando de conseguir, de ganarme..., de merecer? Necesité toda la fuerza de voluntad que poseía para no darme la vuelta y reaccionar ante su furia. Sabía que si lo miraba, iba a volver corriendo, suplicando las migajas de su afecto como si fuera un perro. Estaba furioso..., hervía de furia. «Camina, camina, camina», me dije. Caleb me necesitaba. Él era lo único bueno que tenía, y no iba a permitir que me olvidara. ¿Qué me importaba ese trabajo? ¿Qué me importaba mi padre? Necesitaba a Caleb más que a cualquiera de los dos.

Volví en coche a casa y metí algunas cosas en un bolso de viaje. Cuando llegué al aeropuerto, estaba temblando. A partir de ahí, todo fue un borrón: pasar por el control de seguridad, encontrar mi puerta de acceso. Cuando llegué a la puerta, todavía faltaban treinta minutos para que empezara el embarque del vuelo. Me quedé de pie lo más cerca posible del mostrador. En la pantalla que había sobre él ponía «Scranton», pero bien podía haber puesto «Caleb». Cuando sonó el primer aviso de embarque, yo fui la primera en entregar mi billete a la mujer que había tras el mostrador. Una vez dentro, me derrumbé sobre mi asiento, me apreté los ojos con las puntas de los dedos y me distraje sacando el iPhone para buscar «amnesia» en Google. Estaba leyendo sobre los diferentes tipos cuando la azafata me dijo que tenía que apagar el móvil. Odiaba eso. Mi novio tenía amnesia, mi padre iba a

desheredarme en cuanto volviera a casa y esa zorra con sombra de ojos azul estaba preocupada porque mi teléfono fuera a derribar un avión. Apagué el teléfono y me pasé las uñas por la yema del pulgar, una por una, comencé por el meñique y después continuando a partir de ahí. Hice eso durante toda la duración del vuelo.

Cuando por fin llegó la hora de aterrizar, apenas era capaz de ponerme en pie y correr hacia la parte delantera del avión. No dejaba de pensar en todas las cosas que podían salir mal. Luca había mencionado por teléfono que la pérdida de memoria de Caleb estaba clasificada como amnesia retrógrada, lo que significaba que había perdido la habilidad de recordar cualquier cosa ocurrida antes del accidente. ¿Cómo podía alguien simplemente... olvidarlo todo sobre su vida? No me lo creía. Era imposible que pudiera olvidarme. Estábamos juntos todos los días..., me quería. Aquello era lo peor de todo en lo relativo al amor: daba igual lo mucho que lo intentaras, jamás podías olvidar a la persona que se había adueñado de tu corazón. Hasta que llegó Caleb, yo no sabía lo que significaba eso. Era la reina del salir y abandonar.

La fila comenzó a avanzar y salí trotando de la terminal y me dirigí hacia el puesto de alquiler de vehículos. Treinta minutos después, estaba conduciendo un Ford Focus a toda velocidad en dirección al hospital con la calefacción al máximo mientras me pasaba las uñas una vez, y otra, y otra por el pulgar de la mano derecha. Fuera estaba nevando y yo solo me había llevado una chaqueta ligera y un par de jerséis finos. Iba a congelarme.

El camino hasta su habitación del hospital fue el más largo que había hecho jamás. Me dolía el pecho mientras me preocupaba por si me recordaría o no. Su doctor, un hombre hindú de rostro amable, me recibió en el pasillo.

—Había algo de sangrado en su cerebro que logramos controlar. Está estable, pero muy confuso. No te preocupes si no sabe quién eres.

—Pero ¿qué es lo que lo ha provocado? Miles de personas sufren contusiones y no pierden la memoria —dije.

—Nunca hay una sola explicación causal para estas cosas. Lo único que puedes hacer es tener paciencia y darle el apoyo que necesita. Con su clase de pérdida de memoria, normalmente hace falta un tiempo, pero los recuerdos regresan.

Miro con miedo en dirección a la puerta. Aquello estaba pasando de verdad. Iba a tener que atravesar esa puerta, y el único hombre al que me había permitido amar no me iba a reconocer.

—¿Puedo verlo?

El doctor asintió con la cabeza.

—Pero dale espacio. Para él, esta será la primera vez que te vea. Si quieres darle un abrazo, pídele permiso primero.

Me tragué el nudo del tamaño de un puño que sentía en la garganta. Tras darle las gracias al doctor, di unos golpecitos en la puerta.

—Pasa —oí que contestaba Caleb.

Lo primero que vi cuando entré en la habitación fue la guapa enfermera que estaba comprobando su vía intravenosa. Estaba coqueteando con él. Mi respuesta inicial era caminar directamente hacia donde estaba y besarlo; reclamar mi territorio. En lugar de eso, me quedé junto a la puerta de forma furtiva y esperé a que se fijara en mí.

Por favor... por favor...

Levantó la mirada y yo sonreí.

—Hola, Caleb. —Me acerqué unos pasos más, pero no había nada en sus ojos. El corazón me temblaba con cada segundo de comprensión. No iba a haber ningún milagro cuando me viera la cara, mi precioso pelo rojo no iba a hacer que recuperara los recuerdos de pronto. Pero estaba hecha de acero, y podría soportarlo—. Soy Leah.

Él lanzó un vistazo a la enfermera, que fingía no haberse fijado en mí, y ella asintió con la cabeza y le tocó el brazo con suavidad antes de dirigirse hacia la puerta para salir.

—Hola, Leah —dijo Caleb.

—¿Me re...? —Me contuve antes de poder decir nada más. No iba a preguntarle si me conocía o no; no, eso seguramente me convertiría en una incertidumbre. Simplemente tenía que afirmar quién era para él y exigir que lo aceptara mentalmente—. Soy tu novia. Es extraño tener que explicarte esto.

Él sonrió; la vieja sonrisa de Caleb. Solté el aire que había estado conteniendo. Dios, necesitaba un cigarrillo.

Me acerqué al lateral de su cama y vi que estaba bastante maltrecho. Había cinco puntos sobre su ojo derecho y su cara parecía un cuadro de Kandinsky.

—Tenía mucho miedo —dije—. Vine en cuanto me enteré.

Él asintió con la cabeza y se miró las manos.

—Gracias.

Los músculos de su mandíbula se movieron cuando apretó los dientes. Lo miré pestañeando, sin saber muy bien qué decir a continuación. ¿Íbamos a

comenzar por la casilla de salida? ¿Tenía que hacerle un resumen de quiénes éramos, de en qué punto estábamos?

Mi corazón frenético no paraba quieto.

—¿Puedo...? ¿Puedo darte un abrazo?

Estaba temblando mientras esperaba su respuesta. Eran temblores de miedo, un cálculo de la pérdida que sentiría si me rechazaba.

Él levantó la mirada con el ceño fruncido y asintió con la cabeza. Era uno de esos grandes momentos de alivio que iba a recordar para siempre. Mis nudos internos se desenredaron mientras me lanzaba hacia él, le rodeaba el cuello con los brazos y sollozaba contra su pecho. Durante unos pocos segundos, tan solo yo lo abrazaba, pero entonces sentí que sus manos se apoyaban ligeramente sobre mi espalda. Lloré todavía más fuerte. Aquello era una mierda. Debería estar consolándolo, y ahí estaba yo, lloriqueando.

Si se hubiera muerto..., oh, Dios..., me habría quedado completamente sola. Su madre me había contado que el conductor de su coche había muerto. Lo había visto una o dos veces en actos laborales de Caleb.

Cuando me aparté de él, no era capaz de mirarlo a los ojos. Saqué un puñado de pañuelos del bolso y le di la espalda mientras me secaba los ojos.

Tenía que mantener la compostura. Pensar en positivo. Pronto, aquello habría terminado y quedaría enterrado en nuestro pasado. Por el momento, necesitaba estar ahí para él. Estábamos muy bien juntos. Incluso aunque no tuviera recuerdos de antes, tenía que ser capaz de verlo. Y yo tenía que hacer que lo viera. Sofoqué un sollozo. ¿Por qué tenía que ocurrir algo así? Justo cuando nuestra relación había comenzado por fin a avanzar.

—Leah. —Me quedé paralizada. Mi nombre sonaba extraño en su voz, como si lo estuviera pronunciando por primera vez, probando las sílabas con la lengua de forma cautelosa. Me sequé las últimas lágrimas y lo miré... con una sonrisa.

—¿Estás...? Dios... —Cerró las manos en puños cuando vio mis ojos húmedos—. Lo siento mucho.

Parecía estar a punto de llorar también, así que me senté en el borde de su cama, pues vi la oportunidad de ser de alguna utilidad.

—No te preocupes por mí —le dije—. Estaré bien mientras tú estés bien. Frunció el ceño.

—Yo no estoy bien.

—Entonces, yo tampoco, pero estamos juntos en esto.

Capítulo quince El presente

Estoy en el salón hojeando la *Vogue* mientras Caleb prepara la cena. El bebé está durmiendo en el piso de arriba, y la televisión está puesta en algún canal cutre de noticias, a un volumen suficiente para que Caleb pueda oírla. Estoy pensando en cambiar de canal para poner *America's Next Top Model* cuando oigo su nombre. Levanto la cabeza de golpe. Olivia Kaspen. Su foto está en la pantalla, y está rodeada de periodistas. Trato de alcanzar el mando, no para subir el volumen, sino para cambiar de canal antes de que Caleb pueda verlo.

—No. —Oigo detrás de mí.

Cierro los ojos con fuerza, me encojo de hombros y subo el volumen del televisor. La presentadora es una mujer. Una vez leí una estadística que decía que el sesenta por ciento de los hombres desconectan cuando las noticias las da una mujer, pero, por desgracia para mí, Caleb no es uno de ellos. Se acerca más al televisor, con el cuchillo todavía en la mano. Tiene los nudillos blancos. Mis ojos recorren su brazo y se detienen en su rostro. De la nariz hacia abajo, sus facciones son de mármol. Todo lo que hay por encima está registrando emociones a un nivel nuclear. Tiene las cejas arrugadas y sus ojos parecen una pistola cargada a punto de disparar en cualquier momento. Aparto la mirada de él para volver a dirigirla hacia el televisor, temerosa de comenzar a llorar si continúo mirándolo.

—El juicio de Dobson Scott Orchard comenzará la semana que viene. Su abogada, Olivia Kaspen, que hasta este momento no había dicho ni una palabra sobre su cliente, recientemente hizo una declaración en la que dijo que había aceptado el caso después de que el presunto secuestrador y violador en serie contactara directamente con ella para pedirle que lo representara. Existe la gran especulación de que Olivia, que se graduó en la misma universidad que una de las víctimas, alegue que el acusado no es culpable por causas de demencia.

El programa pasa a los anuncios y yo vuelvo a desplomarme en el sofá. La imagen que habían mostrado de Olivia tenía mucho grano. Lo único que realmente resultaba visible era su pelo, que llevaba mucho más largo de como lo había llevado durante mi juicio. Giro el cuello con lentitud hasta que puedo

ver la cara de Caleb. Está inmóvil detrás de mí, con los ojos ligeramente entrecerrados y pegados al anuncio de papel higiénico, como si tuviera sospechas sobre sus tres capas garantizadas.

—¿Caleb? —digo.

Pierdo la voz y me aclaro la garganta. Las lágrimas arden en mis ojos y tengo que emplear toda mi fuerza de voluntad para impedir que se derramen por mis mejillas. Él me mira, pero no me ve. ¿Tan frágil es nuestro matrimonio para que solo tenga que mirarla y yo deje de existir? Apago el televisor y me pongo en pie de golpe, con lo que hago caer al suelo lo que tengo en el regazo. Agarro el bolso y tanteo en su interior hasta encontrar el puñado de cigarrillos que guardé ahí la noche que fui a Madre Gothel con Sam. Los saco sin preocuparme de que los vea..., en realidad quiero que los vea.

—¿En serio?

Su voz está calmada, pero puedo ver en sus ojos la furia desenfrenada.

—No soy de tu propiedad —digo con tranquilidad, pero me tiembla la mano mientras levanto el mechero.

Menuda mentira. Durante los últimos cinco años, cada uno de mis pensamientos y acciones han sido propiedad de Caleb. ¿Por qué? ¿Siempre había sido tan vendida al amor? Pienso en mis relaciones pasadas mientras doy una calada al cigarrillo. No, en todas las relaciones anteriores a Caleb era yo quien tenía el poder. Suelto el humo en su dirección, pero ya se ha ido. Apago el cigarrillo. ¿Por qué he sentido la necesidad de hacer eso? Dios.

No me voy a la cama. Me quedo toda la noche sentada en el sofá, bebiendo ron directamente de la botella. La autorreflexión no es algo que se me dé de maravilla precisamente. Pienso en mí como si me hubieran pasado por el Photoshop. Si comenzara a quitar todas las capas que hay sobre lo que estoy reprimiendo, que he cubierto con una imagen bonita, las cosas comenzarían a parecer muy feas. No me gusta pensar en quién soy en realidad, pero la soledad y el alcohol están aflojando mis restricciones. Llamo a Sam para distraerme. Cuando contesta la llamada, puedo oír música de fondo.

—Espera —me dice. Vuelve a hablar unos segundos más tarde—. ¿Le pasa algo a Estella?

—No —respondo molesta, y puedo oír su suspiro de alivio—. No soy una buena madre —le anuncio—. Probablemente sea peor que mi propia madre egocéntrica, crítica y bebedora de *gin-tonic*.

—Leah, ¿estás bebiendo?

—No.

Dejo la botella de ron a un lado, pero no alcanza la mesa y se hace pedazos contra el suelo. Menos mal que ya estaba vacía. Me encojo.

—Más te vale haberte extraído leche antes de ponerte a beber —dice con brusquedad, y yo comienzo a llorar. Sí que lo había hecho. Todo el mundo está siempre juzgándome. Sam me oye sorber y suelta un suspiro—. Eres una madre muy mala, sí. Pero no tienes por qué serlo.

—Y, además, Caleb tiene sentimientos fuertes por Olivia.

—¿Podríamos no centrarnos en Caleb por una vez? Estás emocionada. Vamos a hablar de Estella...

Lo corto mientras habla.

—Creo que siempre lo he sabido, pero no estoy segura. Podría sacar docenas de recuerdos de un almacén privado de mi cerebro del que solo el alcohol tiene la llave para abrirlo. La mayoría de los recuerdos son de miradas..., las que le dirige a ella y no a mí.

Me muerdo la rótula y me balanceo de atrás hacia delante.

—Mira, tengo que irme —me dice—. Nos vemos mañana.

Cuelga el teléfono y yo tiro el mío a un lado. Que le den por culo.

Cuando Caleb la mira, sus ojos cambian. Es como si estuviera viendo lo único que importa. Me resulta enfermizamente familiar su forma de mirar a Olivia, porque así es como yo lo miro a él. Cuando me pongo en pie, la habitación se balancea a mi alrededor. Estoy tan borracha que apenas soy capaz de comprender mis propios pensamientos. Subo la escalera y entro en mi vestidor. Saco bolsas de viaje y maletas hasta que estoy rodeada de ellas y del intenso olor a cuero. Voy a dejarlo. No me merezco esto. Es justo lo que había dicho Cammie: tan solo me quiere a medias. Meto unos puñados de ropa en una bolsa y después me derrumbo en el suelo. ¿A quién estoy tratando de engañar? Jamás podría dejarlo. Si lo hiciera, ella ganaría.

Me despierto con la cara apretada contra el suelo. Suelto un gruñido y me pongo boca arriba, tratando de conseguir que encajen las piezas de la noche anterior. Me siento peor que el día en que di a luz. Me limpio la baba de la cara y miro el desastre que tengo a mi alrededor. Hay maletas y bolsas de lona desperdigadas por todas partes, como si hubieran salido disparadas de su sitio. ¿Trataba de encontrar algo cuando las saqué? Siento la violenta necesidad de vomitar, así que voy corriendo al cuarto de baño y llego justo a tiempo de vaciar mi estómago en la taza. Estoy jadeando en busca de aire

cuando Caleb entra, con olor a limpio y fresco. Va vestido con pantalones cortos y una camiseta, lo cual es extraño teniendo en cuenta que hoy trabaja. Me ignora mientras se pone el reloj y comprueba la hora.

—¿Por qué vas así vestido? —pregunto con voz áspera, como si me hubiera pasado la noche gritando.

—Me tomé el día libre en el trabajo.

No me mira, lo cual es una mala señal. Estoy tratando de recordar qué es lo que le hice y entonces me llega el olor de mi pelo. Humo. Gruño internamente mientras los recuerdos regresan a mí, como flotando a la deriva. Eso fue una estupidez.

—¿Por qué? —pregunto con cautela.

—Necesito pensar.

Sale del cuarto de baño, pero yo lo sigo hasta el piso de abajo. Sam está dando de comer al bebé. Alza las cejas al verme y yo me paso los dedos por el pelo, cohibida. Que le den. Esto es todo culpa suya. Desde el momento en que apareció, mi vida se ha puesto cada vez más patas arriba.

Caleb le da un beso en la cabeza al bebé y se dirige hacia la puerta, como si llegara tarde a algo. Yo voy tras él.

—¿En qué tienes que pensar? ¿En el divorcio?

Se detiene de golpe y yo me choco contra su espalda.

—¿El divorcio? —repite—. ¿Crees que debería divorciarme de ti?

Me trago el orgullo y el desafío que siento en la punta de la lengua. Tengo que ser lista. Últimamente, me he permitido dejarme llevar. Lo he presionado cuando tenía la oportunidad de arreglar las cosas.

—Deja que vaya contigo —digo con voz tranquila—. Podríamos pasar el día juntos..., hablar. —No parece muy seguro, y sus ojos se dirigen hacia la puerta de la habitación de la niña—. Estará bien con Sam —le aseguro—. Tampoco es que yo haga nada de todos modos...

Mi afirmación parece sellar el trato. Asiente una vez con la cabeza y me entran ganas de gritar de alivio.

—Tan solo tardaré cinco minutos —añado.

Él sale para esperarme en el coche. Yo subo los peldaños corriendo, de dos en dos, y atravieso la puerta de mi vestidor, y estoy a punto de caerme en el proceso. Me pongo unos vaqueros limpios y una camiseta. En el cuarto de baño, me echo agua en la cara, me limpio el maquillaje emborronado y doy un sorbo al enjuague bucal. No me molesto en volver a maquillarme.

Salgo corriendo por la puerta principal y me da un pequeño ataque al

corazón al no ver su coche. Me ha abandonado. Estoy a punto de derrumbarme en el camino de entrada y ponerme a llorar cuando su reluciente BMW dobla la esquina. Aliviada, entro en el vehículo y trato de recobrar la compostura.

—Pensabas que te había abandonado —dice Caleb.

Hay humor en su voz, y me siento tan aliviada de recibir algo que no sea frialdad que asiento con la cabeza. Él me echa un vistazo y veo que una expresión de sorpresa aparece en su rostro. Bajo la mirada hacia mi propio cuerpo, cohibida. Muy raramente permito que me vea sin maquillaje y nunca me pongo camisetas.

—¿Adónde vamos? —pregunto, tratando de distraer su atención de lo asquerosa que parezco.

—No puedes hacer preguntas —replica él—. Querías venir conmigo, así que aquí estamos.

Me conformaré con eso.

Caleb enciende la radio y comenzamos el trayecto con las ventanas bajadas. Normalmente me habría enfadado porque el viento me estropeará el pelo, pero estoy tan por encima de esas preocupaciones que casi disfruto de la sensación del viento contra mi cara. Nos dirigimos hacia el sur por la carretera. En esa dirección lo único que hay es el océano, así que no tengo la menor idea de adónde me lleva.

Entramos en un camino de gravilla aproximadamente una hora más tarde. Me siento más erguida en mi asiento y miro a mi alrededor. Hay mucho follaje. De pronto, los árboles se abren y veo agua de color turquesa. Caleb gira bruscamente a la izquierda y aparca el coche debajo de un árbol. Sale sin decir ni una palabra. Al ver que no hace su rutina habitual de rodear el vehículo para abrirme la puerta, salgo y lo sigo. Avanzamos en silencio, caminando junto al agua hasta que llegamos a un pequeño puerto. Hay cuatro barcos que se balancean con suavidad entre las olas. Dos son barcos de pesca de aspecto nuevo. Caleb los deja atrás y se dirige hacia un viejo Sea Cat que necesita una mano de pintura urgente.

—¿Esto es tuyo? —pregunto con incredulidad.

Él asiente con la cabeza y me siento momentáneamente ofendida por el hecho de que nunca me dijera que se había comprado un barco. Mantengo la boca cerrada y subo a bordo sin su ayuda. Los Sea Cats son una marca británica, pero no me sorprende: normalmente compra cosas europeas. Miro a mi alrededor con repulsión. Soy alérgica a las cosas que no son nuevas y

relucientes. Pero parece que Caleb ya ha empezado a trabajar en él. Noto el penetrante olor de la silicona selladora y veo la lata cerca de la escotilla.

Trato de hacer un comentario normal y neutral.

—¿Qué nombre vas a ponerle?

Parece gustarle mi pregunta, porque sonrío a medias mientras trastea con la cuerda que nos mantiene sujetos a la dársena.

—Grandes esperanzas.

Me gusta. Estaba preparada para que no fuera así, pero me gusta. *Grandes esperanzas* es el nombre del libro de donde sacó el nombre de Estella. Dado que yo di a luz a ese berreante montón de carne, todo esto me parece bastante bien. Mientras no tenga nada que ver con Olivia. «No pienses en ella», me reprendo a mí misma. Ella es la razón por la que estás metida en problemas para empezar.

—¿Y adónde vamos a ir?

Le he hecho la pregunta más obvia. La cabeza de Caleb sigue baja, pero levanta los ojos para mirarme mientras sus manos trabajan. Es una de esas cosas que solo hace él. Me resulta increíblemente *sexy* y noto mariposas en el estómago. Me siento en el único asiento disponible, que está rasgado, y observo los músculos de su espalda mientras enciende el motor y nos saca del puerto. Me siento tan locamente atraída hacia él, incluso después de nuestra pelea, que quiero arrancarle la ropa y subirme encima de él. En lugar de eso, me siento como una señorita y me limito a observar mientras avanzamos por el agua.

Permanecemos de ese modo durante mucho tiempo, él en el timón y yo esperando. Entonces apaga el motor. En la costa, a mi derecha, hay un desfile de dunas de arena y casas, mientras que a mi izquierda se encuentra el océano, oscuro y azul. Caleb camina hacia el timón y mira el agua. Me levanto de mi asiento y camino unos pocos pasos para unirme a él.

—Mañana me voy de viaje a Denver —dice.

—No voy a entrar en una crisis posparto y a matar a tu hija..., si eso es lo que te preocupa.

Él inclina ligeramente la cabeza y baja la mirada hacia mí.

—También es hija tuya.

—Sí. —Observamos las olas, que golpean el lateral del barco, pero ninguno de los dos dice lo que piensa—. ¿Por qué no me contaste lo del barco?

Me paso las uñas por la yema del pulgar.

—Te lo habría acabado contando. La compra fue una idea impulsiva del momento.

Supongo que no pasa nada porque lo haga. Yo me he comprado zapatos que probablemente igualen el precio de este trasto sin contárselo primero. Pero lo de la idea impulsiva significa que fue una compra emocional. De las que yo misma hago cuando estoy deprimida o preocupada por algo.

—¿Qué más no me estás contando?

—Probablemente la misma cantidad de cosas que tú no me estás contando a mí.

Me encojo avergonzada. Es dolorosamente cierto, y Caleb es capaz de ver a través de mis muros como nadie. Pero si realmente supiera lo que no le estoy contando, se marcharía al día siguiente..., y eso no puedo permitirlo.

Si de verdad esconde más cosas, estoy dispuesta a averiguarlo.

—Ya lo sabes todo sobre mí..., todos mis secretos y dramas familiares. ¿Qué más podría esconder? —le pregunto.

Él se gira para mirarme. Hay una nube oscura tras él, y parece un mal presagio. Me estremezco.

—Hay muchas cosas que no sé de ti —responde.

Mi mente se dirige de inmediato al monitor de fertilidad y al clomifeno que empleé para quedarme embarazada.

Su cerebro está trabajando a máxima potencia; puedo ver el ardor detrás de sus iris. Cuando Caleb piensa, sus ojos prácticamente brillan, y es algo que odio. La parte buena es que siempre sé cuando es sobre mí. Sus ojos se dirigen con rapidez a los míos, bajan hasta mi boca y después vuelven a subir. Los entrecierra e inclina la cabeza, como si estuviera leyendo mis pensamientos. ¿Se pueden leer los secretos en la cara de alguien? Joder, espero que no.

—Cuando te acercaste a mí esa noche..., en el hotel..., ¿estabas tratando de quedarte embarazada?

Aparto los ojos de los suyos y bajo la mirada hasta el agua. Mierda, sí que podía. Me están temblando las manos, así que las cierro en puños. Y después le doy un puñetazo de verdad.

—Sí.

No sé por qué le digo la verdad. Yo nunca digo la verdad. ¡Me cago en todo! Quiero volver a tragarme mis palabras antes de que lleguen a él, pero ya es demasiado tarde.

Caleb une las manos por detrás de la nuca. Sus cejas suben, suben, suben

y arrugan su frente con media docena de líneas. Tiene un cabreo de la hostia.

Pienso en esa noche en su hotel. Fui allí con decisión. Tenía un plan, y mi plan funcionó. Nunca pensé que fuera a pillarme, pero lo había hecho. Me paso las uñas por las yemas de los dedos.

Y otra vez.

Y otra.

Y otra.

Caleb se está mordiendo el interior de la mejilla. Parece que quiere salir corriendo; le gusta correr para pensar. Cuando habla, sus palabras salen de entre sus dientes.

—Vale —contesta—. Vale. —Levanta la mirada hacia el cielo, y el esfuerzo es evidente en su cara—. La quiero muchísimo... —Se le rompe la voz. Apoya el brazo en el lateral del barco y mira el agua conmigo—. La quiero muchísimo —vuelve a comenzar—. Me da igual cómo llegara a nacer. Tan solo me alegro de que lo hayas hecho.

Suelto un suspiro de alivio y lo miro por el rabillo de mi ojo temeroso.

Traga saliva una vez, otra más...

—Te quedaste embarazada a propósito. Y ahora no parece que la quieras.

Resulta difícil de escuchar..., ambas cosas. Es escalofriante, cierto y horrible.

—Pensaba que sería un niño.

Mi voz suena tan baja que compite con las olas, pero Caleb me escucha.

—¿Y si lo fuera? ¿Entonces sí que te gustaría ser madre?

Odio cuando me obliga a pensar. ¿Lo sería? ¿O es que se trataba de un papel en el que estaba condenada a fracasar, fuera niño o niña?

—No lo sé.

Levanta la cabeza para mirarme. Miro la barba incipiente de su cara y me entran ganas de tocarla.

—¿Tú la quieres?

¡No le digas la verdad!

—No..., no sé qué es lo que quiero. Te quiero a ti. Quiero hacerte feliz...

—Pero ¿a Estella no?

Su voz está alcanzando ese tono. Ese tono que normalmente indica que estoy metida en grandes problemas. Intento encontrar la forma de salir de ahí.

—Por supuesto que la quiero. Soy su madre...

Mi voz carece de convicción. Y yo que antes era una mentirosa experta...

—Lo que hiciste después..., ¿eso también estaba planeado?

Observo su pecho mientras toma y suelta aire. Está haciendo respiraciones rápidas y furiosas..., se está preparando para mi respuesta.

Tomo todo el aire que el cielo puede ofrecerme. Lo contengo hasta que me queman los pulmones; no quiero expulsarlo. Quiero contener ese aire y contener la confesión que él me está obligando a soltar. No tengo que decirle la verdad.

—Caleb...

—Por Dios, Leah, tan solo dime la verdad...

Se pasa la mano por el pelo y camina un par de pasos hacia la izquierda de modo que solo pueda verle la espalda.

—Estaba mal... Courtney...

Él corta mis palabras.

—¿Lo hiciste para hacerme volver?

Trago saliva. Joder. Si digo que no, va a seguir haciéndome preguntas hasta que me atrape.

—Sí.

Suelta un improperio y se pone en cuclillas, se aprieta la frente con las puntas de los dedos como si tratara de mantener sus pensamientos dentro.

—Creo que necesito tiempo para pensar.

—¡No, Caleb!

Niego con la cabeza de un lado a otro. Él mueve la suya de arriba abajo. Parecemos un par de esos muñecos con un muelle que les sujeta la cabeza.

Comienza el remolino y el pánico me absorbe hasta que gimoteo:

—No me dejes otra vez. No puedo ocuparme de ella sola.

Bajo la cabeza.

—No vas a tener que hacerlo, Leah. —Lo miro esperanzada—. Me la llevaré conmigo. Es mi hija; yo me ocuparé de ella.

Ay, Dios. ¿Qué he hecho ahora?

Se levanta, enciende el motor del Cat y nos dirigimos de nuevo hacia la orilla mientras los últimos restos de mi cordura se rompen en pedazos.

En cuanto Caleb ata el barco a la dársena, me bajo y corro hacia mi teléfono, que me había dejado en el coche. Quiero largarme de allí. Mis dedos se vuelven de mantequilla mientras me peleo con la pantalla y la toqueteo como una inútil. Llamo a un servicio de taxis y les digo dónde me

encuentro. Estoy temblando a pesar del calor. Dios mío, ¿en qué estaba pensando para decirle eso? Apenas puedo respirar mientras lo veo recorrer la dársena y dirigirse hacia donde yo estoy, apoyada contra el capó de su coche. Incluso a pesar de nuestra situación actual, el corazón me da un vuelco al verlo. Lo quiero tanto que el corazón me duele, pero él ni me mira. No sé lo que significa eso, pero pensar nunca es algo bueno. Pensar provoca una peligrosa vorágine de emociones. Y mis emociones casi me ahogaron una vez, así que no quiero volver ahí.

La gravilla se mueve bajo sus pies mientras camina hacia mí. Tengo los brazos alrededor de la cintura y trato de obligar a mi cordura a que vuelva a mí a través de mi torso. Caleb se detiene a un par de metros de mí. Ha venido para ver cómo estoy. Me odia en este momento, pero ha venido para ver cómo estoy.

—He pedido un taxi —le digo.

Él asiente con la cabeza y mira hacia el agua, que apenas resulta visible más allá del bosquecillo de árboles donde ha aparcado su coche.

—Me quedaré aquí —contesta—. Te llamaré cuando vuelva para recoger a Estella.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Recogerla?

Ah, sí, eso.

—Voy a llevármela para que se quede conmigo un tiempo en mi apartamento.

Respiro por la nariz, lucho contra mis emociones para tratar de recuperar el control de la situación.

—No puedes quitármela —digo con los dientes apretados.

—No trato de hacerlo. Tú no la quieres, Leah. Necesito tiempo para pensar, y es mejor que se quede conmigo.

Se frota la cabeza mientras yo entro en pánico con calma. Tengo ganas de gritar: «¡No pienses! ¡No pienses!».

—¿Qué pasa con el trabajo? No puedes cuidar de ella con tu horario laboral.

Intento ganar tiempo. La he cagado, pero puedo arreglarlo. Puedo ser una buena madre y una buena esposa...

—Ella es más importante que el trabajo, así que me tomaré un tiempo libre. Tengo un viaje la semana que viene, y después de eso vendré a por ella.

Mis pensamientos comienzan a arrastrarse. No se me ocurre ninguna

excusa por la que no pueda hacerme esto a mí. Puedo utilizar al bebé como ventaja, amenazarlo, pero eso me jodería a mí a largo plazo. Si quiere tomarse algo de tiempo, tal vez debería dárselo. Tal vez yo también necesite tiempo.

Asiento con la cabeza.

Aprieta los labios hasta que se le quedan blancos, como si estuvieran ardiendo. Durante los siguientes veinte minutos, ninguno de los dos dice nada más. Se queda esperando conmigo hasta que llega un taxi de aspecto sórdido que esparce gravilla contra nuestros tobillos hasta que se detiene. Me meto dentro y me niego a mirar a Caleb a los ojos. A lo mejor está esperando a que me dé la vuelta y le diga que era todo una mentira. Mantengo la mirada fija delante de mí.

El camino para volver desde Keys hasta Miami recorre estrechas franjas de tierra que se extienden junto a las profundas aguas azules. Me niego a pensar... durante todo el camino a casa. Simplemente no soy capaz de hacerlo. Me concentro en los coches junto a los que pasamos. Miro a través de sus ventanas y juzgo a sus pasajeros: familias quemadas por el sol que vuelven de vacaciones, trabajadores de expresión aburrida, una mujer que llora mientras canta con la radio. Aparto la mirada cuando la veo; no necesito que nadie me recuerde las lágrimas.

Cuando llego a casa, Sam ya ha acostado al bebé para dormir. Examina mi rostro y abre la boca, con las preguntas listas para derramarse.

—No digas una mierda —suelto con brusquedad.

Todavía tiene la boca abierta cuando subo la escalera corriendo y me encierro en mi habitación con un portazo. Oigo su *jeep* saliendo del camino de entrada unos minutos después y echo un vistazo entre las cortinas para asegurarme de que se ha ido. Me paseo por mi habitación mientras me paso las uñas por las manos y trato de decidir qué hacer con este desastre que ha provocado Olivia. Después, de forma casi abrupta, salgo corriendo al pasillo y entro en la habitación del bebé. Me dirijo de puntillas hasta su cuna y miro por encima del borde como si esperara encontrarme con una serpiente en lugar de con un bebé dormido.

Está tumbada boca arriba, con la cabeza hacia un lado. Ha conseguido liberar una mano de las mantas con las que la ha envuelto Sam y la ha cerrado en un puño que se ha metido parcialmente en la boca. Cada pocos segundos, comienza a chuparlo de forma tan intensa que pienso que va a despertarse. Retrocedo unos cuantos pasos, por si acaso me ve. Ni siquiera sé

si es capaz de verme todavía. Las madres normalmente llevan la cuenta de esas cosas: la primera sonrisa, el primer eructo, cualquier primera vez.

Inclino la cabeza hacia un lado y vuelvo a verla. Ha crecido, está un poco menos... desagradable. Me sorprende ser capaz de verme en su cara, en la curva de su nariz y en la barbilla afilada. Por lo general, los bebés tan solo parecen masas informes hasta que cumplen los cuatro años, pero esta tiene algo de carácter en la cara. Supongo que si algún bebé tiene que ser más mono que el resto, sería el mío. Me quedo así durante un momento antes de salir de la habitación. Cierro la puerta y después vuelvo a abrirla al recordar que esta noche estoy yo sola. Sin Caleb. Sin Sam. Ni siquiera tengo a mi madre alcohólica y egoísta. He observado a Sam y a Caleb lo suficiente cuando están con el bebé para saber lo básico. Les das de comer, ellos cagan la comida, tú limpias la mierda, los metes en la cuna..., bebés.

Ay, Dios. Me deslizo por la pared hasta que mi culo golpea las baldosas y coloco la cabeza entre las rodillas. No puedo evitar sentir lástima de mí misma. Yo no he pedido esta vida: que me quieran como segundo plato, verme obligada a tener un bebé. Yo quería... yo quería lo que Olivia tenía y tiró por la borda: alguien que me adorara, a pesar de que por dentro me enroscara y atacara como una serpiente venenosa. ¡No! Tengo que pensar. Yo no soy la serpiente venenosa; es Olivia. Todo lo que he tenido que hacer es culpa suya. Yo soy inocente. Me quedo dormida así, mientras sorbo los mocos y me limpio la nariz en la pernera del pantalón, y me reafirmo en mi propia inocencia y escucho la respiración de mi hija. Tal vez estaría mejor sin mí. Tal vez yo estaría mejor sin ella.

Me despierto con el sonido de una sirena. ¡Un incendio! Me levanto de un salto y mis músculos duelen en señal de protesta. Estoy desorientada y no sé muy bien dónde me encuentro. Está oscuro, aún es de noche. Coloco una mano contra la pared y olfateo en busca de humo. No era una sirena..., sino un bebé. En realidad no me siento aliviada; tal vez habría preferido el fuego. Me dirijo hacia la cocina y no dejo de tirar cosas en mi prisa por encontrar un biberón y la leche materna almacenada. Suelto un taco en voz alta. Sam debe de haber estado moviendo las cosas, porque no soy capaz de encontrar nada. Entonces veo la nota pegada al frigorífico: «No queda leche materna. Tienes que extraer».

Mierda. Miro el extractor de leche, que está sobre la encimera. Tardaré al menos quince minutos en extraer la cantidad que necesita la niña, y está gritando tan fuerte que me temo que alguien la oiga y acuda a investigar. Me

imagino a los Servicios Sociales apareciendo en mi casa y siento un escalofrío. No puedo permitirme más altercados con la ley.

Subo los peldaños de dos en dos, me detengo frente a la puerta de la habitación y respiro hondo antes de abrirla. Enciendo la luz y me encojo como respuesta. El cambio repentino parece ponerla más furiosa, así que apago el interruptor y enciendo la lamparita de la esquina. Recuerdo haberla comprado en la tienda de decoración Pottery Barn. Un oso marrón... para mi hijo. Me dirijo hacia la cuna de mi hija. Está empapada. El pañal se ha desbordado hasta mojar la ropa y la sábana. Dejo a la niña sobre el cambiador y le quito el pelele. En cuanto se lo he quitado y le he puesto un pañal limpio, la niña parece calmarse, pero sigue lloriqueando.

—Shhh —le digo—. Pareces un gato. —Me dirijo hacia la mecedora de cinco mil dólares que me compró mi madre y me siento en ella por primera vez—. Eres peor que un grano en el culo, ¿lo sabías?

La fulmino con la mirada mientras me levanto la camiseta y aparto la vista cuando la niña se aferra a mí. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no arrancármela de encima. Los siguientes treinta minutos son una auténtica tortura. Soy un biberón humano. Tengo las piernas cruzadas y balanceo el pie para mantener la cordura. Tengo los ojos cerrados y me los aprieto con las puntas de los dedos. Odio esto. La niña se queda dormida, todavía mamando. La llevo a mi hombro para que eructe, pero ella se me adelanta y me eructa en la cara. Me río un poco por lo asqueroso que es y la llevo hasta la cuna.

Al apartarme, noto una pequeña sensación de éxito. Puedo ocuparme de un bebé.

—A ver cómo haces esto tú, Olivia.

El constante ciclo de alimentación continúa hasta que el sol aparece a través de las palmeras como un puto foco con exceso de entusiasmo. Escondo la cabeza tras los brazos mientras brilla a través de las delgadas cortinas de la habitación y trazo una línea directamente sobre mis ojos. Me había instalado en la habitación unas horas antes, ovillada en la cama individual de la esquina. No había dormido nada, ni un poquito. Nada en absoluto. Giro hasta quedar tumbada de espaldas y me quedo mirando al techo. Huelo a leche agria. Estoy a punto de obligarme a ponerme en pie cuando el sonido como de maullidos de la niña vuelve a comenzar otra vez.

—Ay, Dios —digo mientras me arrastro hasta su cuna—. Por favor, me quiero morir.

Capítulo dieciséis El pasado

Caleb estaba con ella. Seguro que lo estaba. Fui a su apartamento y también llamé a sus padres. Nadie lo había visto ni había sabido nada de él desde hacía unos días. Le había dejado una docena de mensajes en el buzón de voz, pero él no me había devuelto ninguna llamada. Mi vida estaba empezando a parecer un tren fuera de control. Me dirigía hacia algo malo a una velocidad vertiginosa. Caleb se estaba alejando de mí. Mis dedos, que solían estar entrelazados con los suyos, ahora trataban de sujetar el aire. Necesitaba aferrarme a algo, volver a recuperar el control. Me planteé pedirle ayuda a mi madre, pero, después de que me dijera que siguiera a Caleb hasta el apartamento de esa zorra, me había sentido demasiado avergonzada para contarle nada más sobre esa situación.

¡Courtney!

Llamé a mi hermana y se lo conté todo.

—Uf, Leah. ¿Qué vas a hacer? —Courtney estaba en su primer curso como profesora. Había conseguido un trabajo enseñando matemáticas a los chicos del instituto de un centro de la ciudad—. En serio, tienes que encontrarlo y hablar con él. De todos modos, ¿quién es esa tía? Es evidente que sabe de ti y no le importa. Menuda zorra desalmada.

—No sé si me escucharía, Courtney. No es él ahora mismo.

Oí voces de fondo.

—Tengo que irme —dijo—. Estoy haciendo tutorías después de clase. Pero Caleb es el amor de tu vida; tienes que luchar por él.

—Vale —contesté—. ¿Cómo?

Permaneció en silencio durante unos pocos segundos.

—Tienes que averiguar quién es esa tía. Si tan solo es una aventura, déjalo correr, que él ya volverá a ti. Si es algo más, vas a tener que pararlo. ¿Me oyes?

—Te oigo.

Colgó el teléfono y yo me quedé sintiéndome rejuvenecida. Me pasé por el Jamba Juice y después fui directa con el coche al complejo de apartamentos al que había seguido a Caleb una semana antes. Su coche no estaba allí. Llamé a la puerta y oí un perro que ladraba. Volví a llamar, esa

vez con más fuerza. Si ese maldito animal no dejaba de montar ese escándalo, alguien iba a darse cuenta. A mis pies había una alfombra con la palabra «Bienvenidos» y una planta en una macetita a la izquierda, aunque no servía demasiado para alegrar el apagado pasillo gris. Miré a mi alrededor, me acuclillé junto a la planta y la levanté del suelo. Nada.

Huuuum...

Metí los dedos en la tierra y escarbé hasta que... encontré una bolsita de plástico con cierre. Le quité la tierra con los dedos y me incliné hacia ella para mirarla mejor. Había una llave dentro. Resoplé. Tras ponerme en pie, metí la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Mis tobillos sufrieron un ataque de inmediato. Conseguí esquivar a la fea criatura y cerrar la puerta del apartamento y eché la llave por dentro. Apreté la oreja contra la puerta y pude oír al animal gimoteando al otro lado y después el débil golpeteo de las uñas sobre la acera mientras se alejaba correteando. Bien.

Respiré hondo y me giré para mirar el apartamento. Estaba bien. Era decente. Esa tía se había esforzado en darle un aspecto hogareño. Caminé hacia el salón y olía tanto a canela que quería encontrar su fuente. Seguí el aroma hasta una de esas cosas que se enchufan a la pared y le di un golpecito con la punta del zapato. ¿Qué clase de mujer usaba eso? Yo ni siquiera me había planteado jamás comprarme uno.

A la mierda. Ya bastaba de hacer el imbécil.

Comencé por su habitación. Allí era donde las mujeres habían ocultado sus secretos desde el comienzo de..., bueno, de los secretos. Saqué los cajones de su cómoda uno por uno y pasé las manos por la parte trasera de la ropa. Cuando llegué al cajón de la ropa interior, hice una mueca. Por favor, Dios, que Caleb no haya visto su ropa interior. Utiliza prendas de encaje: negras, blancas y rosa. Sin patrones. Cerré el cajón con las manos vacías y miré en dirección a su armario. Hasta el momento parecía una chica aburrida, pero a Caleb no le van las aburridas. Bueno, al Caleb que conocía no le iban las aburridas. Negué con la cabeza. No tenía ni idea de quién era ese nuevo Caleb. Quería que regresara el antiguo.

Encendí la luz del armario, estaba tan bien organizado que resultaba espeluznante. Una caja de zapatos descansaba sobre un estante encima de la ropa. La bajé y le quité la tapa.

Me sentí como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Había una foto de un Caleb mucho más joven, y tenía el brazo alrededor de una chica de pelo negro azabache. La reconocí del día en que lo había seguido

hasta el apartamento. ¿Qué significaba eso? ¿Ya se conocían? ¿Caleb se había puesto en contacto con ella después de sufrir la amnesia? ¿Intentaba conectar con su pasado? Hojeé el resto de las fotos y me di cuenta de que eran algo más que amigos. Dios mío. Me detuve en una foto de ellos besándose y lancé la caja lejos de mí.

¿Qué estaba pasando? ¿Caleb sabía quién era ella o es que...?

No, tenía que ser ella. Había descubierto de algún modo que él había perdido la memoria y se había presentado en su vida para jugar con su cabeza. Ay, Dios mío. Caleb no tenía ni idea.

Dejé de balancearme y me arrastré para recuperar la caja. Dentro había cartas escritas a mano, con la letra inclinada de Caleb. Me ardían los ojos mientras las leía. Sus palabras... para esa chica de la que no sabía nada. Salvo que no se trataba solo de cualquier chica. Esa era la chica del helado de cereza. Estaba casi segura de ello.

Tenía que encontrarlo, contarle lo que estaba haciendo. Pero lo primero era lo primero.

Reuní lo que necesitaba en una pila y me lo guardé todo en el bolsillo. Y después fui en busca de unas tijeras.

Capítulo diecisiete El presente

No viene nadie. Hacia el mediodía, me doy cuenta de que he destruido mi matrimonio, y encima es el día libre de Sam. Saco el *whisky* escocés del mueble bar. Ni siquiera me gusta, pero por alguna razón me hace sentir que estoy conectada con Caleb.

La pequeña mocosa está durmiendo por fin. No me lo pienso dos veces antes de tomar dos dedos del mejor alcohol de Caleb. Estoy tan nerviosa que un poco de *whisky* de malta me viene bien. Capto un vistazo de mi reflejo en el espejo del pasillo mientras subo fatigosamente la escalera en dirección a la ducha. Parezco una de esas madres regordetas de pelo lacio que ocupan los bancos de los parques, con toda esperanza desaparecida de sus ojos. ¿Es en eso en lo que estoy destinada a convertirme? ¿Una madre soltera, vestida con vaqueros feos y repartiendo esas asquerosas galletitas saladas a la hora de la merienda?

No. Cuadro los hombros. Si voy a hacer esto, no pienso ir al maldito parque. Voy a ir a Francia, y le voy a dar caviar y paté. Puedo ser mejor que un estereotipo. Puedo ser una madre vestida de Chanel.

Cuando salgo de la ducha, me siento una mujer nueva. No me extraña que Caleb se beba esa cosa tan cara; prácticamente estoy flotando en el aire. Cuando el bebé se despierta, le doy de comer de la leche que he extraído antes. Está quisquillosa, como si el biberón fuera una inconveniencia en lugar de la comida. Grita y agita la cabeza de un lado a otro, hasta que se le queda la piel tan roja como la pelusilla que le está brotando en la cabeza.

Muevo el biberón en su boca hasta que por fin se aferra a él, y gruñe con los ojos cerrados.

—Has perdido la batalla, ¿eh? —le digo mientras vuelvo a reposar la cabeza sobre la mecedora y cierro los ojos—. Si te crees que voy a hacer esto todo el rato, te equivocas. Eres una mocosa pelirroja y consentida.

Me despierto en la mecedora, con la niña dormida sobre mi hombro. Puedo sentir su calor filtrándose a través de mi ropa y oigo su suave respiración en mi oído. La dejo en la cuna con tanto cuidado como soy capaz y compruebo el teléfono.

No tengo nada de Caleb, pero sí dos llamadas de Sam. Estoy a punto de

llamar al inútil de mi niño cuando recibo un mensaje de texto suyo: «Tengo gastroenteritis, necesito unos días libres».

Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, mi teléfono sale de mi mano y traza una espiral en dirección a mi puta escalera de precioso mármol. Cierro los ojos mientras lo oigo romperse en un montón de trozos. Toda mi vida se está haciendo pedazos.

El bebé comienza a llorar, y yo comienzo a llorar. Destrozo unas cuantas antigüedades de valor incalculable y me obligo a recobrar la compostura. Tengo un maldito bebé del que ocuparme. Cuando vuelvo a su habitación, mis sollozos se han convertido en un gímoteo y ya tengo una teta fuera.

Sam me encuentra en mi lugar habitual, en el suelo junto a la cuna. Me da unos golpecitos en las costillas con el pie y yo aparto su pierna de un empujón.

—¿Has dejado de ducharte?

Como no respondo, me obliga a ponerme en pie y lanza una mirada rápida hacia la cuna antes de llevarme hasta la puerta.

—No la he matado —balbuceo—, si es eso lo que estás pensando.

Él me ignora y me empuja hacia mi habitación.

—Solo porque seas madre no significa que no puedas ocuparte de ti misma.

Le lanzo una mirada desagradable; es evidente que no tiene ni idea de lo que es ocuparse de un bebé. Pero él me mete en el cuarto de baño y pone la ducha en marcha.

—Caleb me ha llamado para contarme que no va a volver —dice sin mirarme, y yo le aparto las manos de un manotazo.

—¿Qué más te ha dicho?

Sam no me responde. Esto es malo; esto es muy malo. Caleb no es de los que van por ahí aireando los trapos sucios. Si le ha dicho algo al maldito niño, tiene que ser porque ya ha tomado una decisión. Me meto en la ducha y dejo que el agua caiga sobre mi cara.

Dios..., ¿por qué no pensé en estas consecuencias tan desagradables antes de lanzarle esa bomba a Caleb? ¿De verdad pensaba que solo iba a hacerle daño a él? Básicamente me había jodido a mí misma, de aquí a la luna, y ahora esa pobre mocosa no va a tener padre.

A menos que...

Niego con la cabeza.

¿Cómo puedo pensar en eso siquiera?

Capítulo dieciocho El pasado

Caleb volvió a mí. Sabía que lo haría. No porque tuviéramos algo irremplazable, sino porque yo era incondicionalmente fiel. Luchaba por lo que quería y eché a su pasado de la ciudad. Y ya no iba a volver; de eso estaba totalmente segura. Esa chica era demasiado cobarde. Cuando encontré esas cartas y fotos, supe de algún modo que ella tenía unos profundos sentimientos hacia él. Una mujer no guardaba una caja de recuerdos a menos que la llama todavía siguiera ardiendo con fuerza. Usé eso en mi favor. Jugué con su culpa y, gracias a Dios, ella respondió. Algo me decía que yo habría perdido si ella hubiera luchado más duro.

Caleb se retrajo en sí mismo después de que ella se marchara. Yo tuve que observar cómo se partía su corazón... en silencio. Fue horrible. Estaba tan celosa que apenas podía respirar. Él no me contó lo que había sucedido entre ellos, y... ¿por qué iba a hacerlo? Estaba confuso y yo no tenía más opción que esperar. Entonces me di cuenta de que evidentemente le importaba mucho antes de la amnesia, tanto que todos los sentimientos seguían ahí aunque sus recuerdos ya no estuvieran. Habría sido un estudio psicológico muy interesante de no ser una situación tan increíblemente jodida. Caleb se quedaba mirando a la nada después de que yo pusiera fin a ese romance. Podría haberme quedado plantada delante de él durante esos días y él no me habría visto siquiera. Me pregunté lo que diría cuando regresaran sus recuerdos. ¿Me diría que era una chica de su pasado o fingiría que nunca había sucedido?

Y entonces regresaron al fin sus recuerdos. Sucedió de repente, un martes de abril. Yo estaba en el trabajo cuando me llamó para contármelo.

—Ay, Dios mío —dije mientras me ponía en pie. Estaba comiendo con un compañero en la sala de personal, pero quería ir con él de inmediato—. ¿Cómo te encuentras? —pregunté con cautela.

Salí al pasillo en busca de privacidad. ¿Mencionaría a Olivia? ¿Estaría enfadado?

—Estoy bien. —Hizo una pausa—. Me alivia que se haya terminado.

—Deberíamos celebrarlo. En cuanto termine en el trabajo, podríamos vernos.

Él dudó.

—Claro, Leah. Tengo que contarte muchas cosas.

El corazón me aleteó en el pecho. ¿Qué significaba eso? Ahora que había recordado quién era yo, tal vez quisiera seguir adelante conmigo. Aparté ese pensamiento de mi cabeza. No tenía sentido albergar esperanzas para nada.

—Vale, nos vemos después del trabajo. Y, Caleb... —Contuve el aliento—. Te quiero.

Hubo una breve pausa durante la cual mi corazón entró en batalla con mi estómago para ver cuál de los dos se sentía peor.

—Yo también te quiero, Leah.

Cortó la llamada y yo me apoyé contra la pared.

Recordaba que me quería. Llevaba meses esperando oír esas palabras. Comencé a llorar y después llamé a Katine y a Courtney. Mi amiga estaba eufórica, pero mi hermana no tanto.

—Pero ¿entonces lo ha recordado así..., de repente? —preguntó Courtney después de que se lo contara.

—Sí, estas cosas son así.

—Supongo que simplemente me resulta difícil de creer que puedas olvidarte de tu novia durante meses y después... ¡pam! De repente, regresan todos los recuerdos.

—¿No podrías alegrarte por mí y ya está? —pregunté con brusquedad—. Por fin podemos seguir avanzando en nuestra relación.

—¿Y qué pasa si él no quiere seguir avanzando? —replicó ella.

Mi corazón se desplomó en picado. Caleb me había dicho que quería hablar conmigo. ¿Acaso no eran esas las infames palabras de la ruptura?

—Courtney —siseé—. Me estás cabreando mucho.

—Tan solo estoy intentando cuidar de ti. Por Dios santo, que ese tío tenía una relación con otra mujer. Despierta ya, Leah. No es tan perfecto como tú te piensas.

Le colgué el teléfono. Courtney estaba amargada: había cortado con su novio recientemente y la estaba tomando con Caleb. Pero yo no iba a permitir que nada me bajara los ánimos. Había vuelto, y era mío.

Entré en su apartamento sin llamar a la puerta. Ahora que Caleb ya recordaba quién era, no tenía necesidad de seguir fingiendo. Estaba de pie en la cocina tomándose una cerveza y con el pelo todavía húmedo de la ducha.

Dejé el bolso y fui corriendo hacia él. Apenas tuvo tiempo de dejar la

botella sobre la encimera cuando me lancé a él de un salto. Me atrapó entre risas.

—Hola, pelirroja.

—Hola, Caleb. —Nos miramos el uno al otro durante al menos un minuto antes de que volviera a dejarme en el suelo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien..., genial. Es solo que... hay demasiadas cosas...

Le puse la mano sobre la boca.

—No tienes que decir nada. Solo me alegra que hayas vuelto.

Antes de que pudiera discutirme nada, me puse de puntillas y lo besé. Se quedó sorprendido al principio. Noté sus manos sobre mis brazos, trataba de apartarme de él, pero yo le rodeé el cuello con las manos. Estaba siendo territorial. Solo Dios sabía lo que había estado haciendo con esa mujer. Tenía que reclamarlo, conseguir que me besara tal como lo hacía antes del accidente. Pero no lo hizo. Cuando me aparté, él no me miraba.

—Caleb, ¿qué te pasa? Te acuerdas de todo, ¿verdad?

—Sí.

—Me siento como si siguieras tratándome como si no supieras quién soy. —Se alejó hasta la ventana y se quedó frente a ella, dándome la espalda. Me rodeé el cuerpo con los brazos y cerré los ojos con fuerza. ¿Por qué sentía tanto frío de pronto?—. Estás rompiendo conmigo, ¿verdad?

Mantuvo el cuerpo rígido, pero giró la cabeza para mirarme.

—¿Todavía estábamos juntos? Tal como yo lo recuerdo, rompiste conmigo la mañana del accidente.

Tragué saliva. Eso era cierto.

—El accidente me hizo ver las cosas con perspectiva —respondí con cuidado—. Estuve a punto de perderte.

—El accidente también me hizo ver las cosas con perspectiva a mí, Leah. Lo cambió todo; lo que quería..., lo que pensaba que podía tener...

Negué con la cabeza. No comprendía lo que estaba diciendo. ¿Es que se refería a ella?

Me metí en el espacio que había entre él y la ventana, de modo que se viera obligado a mirarme.

—Caleb, antes del accidente tú me querías. ¿Todavía me quieres?

Los dos minutos más largos de mi vida tuvieron lugar entonces. Comencé a alejarme, pero él me agarró el brazo.

Ya había empezado a llorar y no quería que me viera.

—Leah, mírame. —Lo hice—. He sido muy egoísta...

—No me importa —me apresuré a decir—, estabas confuso.

—Sabía lo que estaba haciendo.

Me lo quedé mirando fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Él soltó un taco y se pasó la mano por el pelo. Entonces, alguien llamó a la puerta.

—Mierda..., ¡mierda!

Se apretó los ojos con el dorso de las manos antes de alejarse con rapidez para responder. Eran Luca y Steve, así que tomé mi bolso y fui corriendo hacia el cuarto de baño para arreglarme la cara antes de que pudieran verme. Si mi madre me había enseñado algo en la vida, era a no dejar que me pillaran mostrando mis emociones.

—¡Leah! —exclamó la mujer cuando salí del cuarto de baño.

Se movió como un gato en mi dirección y yo tuve que resistir la necesidad de retroceder. La diferencia entre Luca y mi madre era una tremenda cantidad de sinceridad y amor maternal. Esa mujer quería a su hijo de formas que me resultaban completamente desconocidas. Era algo incondicional, que me hacía sentir envidia de él. Había algo en la necesidad de su madre de abrazarme siempre que me incomodaba. Me sentía atrapada cada vez que lo hacía, como si me estuviera poniendo a prueba para ver si era digna de su hijo. Se lo permití mientras miraba a Caleb por encima del hombro de su madre. Él nos observó con una expresión extraña en el rostro.

Cuando Luca se apartó, se quedó sujetándome los antebrazos mientras me miraba a los ojos.

—Caleb, esta chica... —Giró la cabeza para mirarlo y después me volvió a mirar a mí con lágrimas en los ojos—. Esta chica es una rareza. —Mi sorpresa debió de ser evidente en mi cara. Volvió a abrazarme—. Gracias, Leah. Has sido muy leal a mi hijo. Una madre no podría pedir nada mejor.

Yo no era la única que se había quedado aturdida. La expresión de Caleb iba desde el completo asombro hasta la confusión. Cuando mis ojos captaron su mirada, se encogió de hombros y sonrió.

Sus padres se quedaron durante la mayor parte de la noche, estuvimos hablando y bebiendo el champán que había llevado para celebrar. Me marché cuando ellos lo hicieron, pero Caleb me sujetó la muñeca en la puerta antes de que pudiera alejarme.

—Leah —dijo con voz ronca—. Mi madre tenía razón. A pesar de todo, te quedaste conmigo. Incluso cuando...

Negué con la cabeza.

—No quiero hablar sobre eso.

Sobre ella.

Él entrecerró los ojos y me sentí como si me estuviera viendo por primera vez en meses.

—No tenías por qué hacerlo. Me avergüenza que necesitara a mi madre para darme cuenta de ello.

—¿Qué estás diciendo, Caleb?

—He dado por sentado que estarías ahí siempre. Y también tu lealtad y tu confianza. Lo siento. —Me acercó a él y me rodeó con los brazos. No sabía lo que sus palabras significaban para nosotros, pero por narices que iba a quedarme por ahí para verlo—. Te acompañó hasta tu coche.

Asentí con la cabeza y me sequé las lágrimas con las puntas de los dedos.

Por favor, Dios, que no me haga sufrir.

Capítulo diecinueve El presente

Sam está de mi parte, o al menos eso es lo que creo. No me juzga, y eso me gusta. Sabe lo básico de lo que ha pasado entre Caleb y yo, pero hasta el momento no me ha hecho ninguna pregunta para tratar de averiguar más. Casi tengo ganas de que lo haga.

Me siento como si fuéramos un equipo. Me limpia la casa, me mantiene alimentada, hace la colada y me dice cuándo debo darle de comer al bebé.

Yo le doy de comer al bebé.

A veces lo observo cuando la baña y le paso la toalla.

La maternidad no es ni de lejos tan mala como pensaba. Salvo cuando sí que lo es.

Caleb no me llama.

Caleb no me llama.

—¿A qué viene tanto tatuaje? —le pregunto un día.

Lleva las mangas subidas hasta los codos y está enjuagando el champú con cuidado del pelo del bebé. Me mira por el rabillo del ojo. Recorro los dibujos con el dedo, algo que nunca he hecho antes..., con nadie. Es un caos de imágenes: un barco pirata, una flor de loto y una telaraña increíblemente hortera. Cuando llego hasta su hombro, levanta las cejas.

—¿Te gustaría que me quitara la camisa para que puedas continuar?

—¿Hay más?

Él pone una sonrisita y saca a la niña de la bañera.

—Si no supiera la verdad, pensaría que te sientes atraída por mí.

Suelto una risotada. En serio. Resulta un tanto vergonzoso.

—Eres gay, Sam. Y, no te ofendas, pero en realidad no me van los tíos en plan Kurt Cobain con tatuajes.

Sam lleva al bebé hasta su habitación y la deja sobre el cambiador.

—Espero que al menos te vayan los sonidos en plan Kurt Cobain.

Trago saliva. Dios. De repente me siento mareada.

Estoy negando con la cabeza antes de que las palabras puedan salir por mis labios.

—Lo escuchaba cuando era más joven. —Me mira con expresión interrogativa—. Voy a por algo de beber...

Salgo de la habitación antes de que pueda decir nada más, pero, en lugar de ir a la cocina, me dirijo hacia mi habitación. Cierro la puerta de la forma más silenciosa posible y me meto en la cama.

«Respira, Leah.»

Trato de pensar en cosas felices, en cosas en las que mi terapeuta me dijo que debía concentrarme, pero lo único que puedo oír son los versos de una canción de Nirvana reverberando con tanta fuerza en mi cabeza que quiero gritar.

Grito contra mi almohada. Lo odio. Soy un maldito desastre y no hay nada que pueda hacer al respecto. Cuando mi corazón deja de estar tan acelerado, bajo al piso de abajo y me sirvo un vaso de agua.

Unas cuantas horas más tarde estoy zapeando cuando oigo el nombre de Olivia, pero ya he cambiado de canal y tengo que volver atrás. Desde que Caleb se fue, estoy desesperada por oír cualquier noticia sobre ella. Sé que él debe de estar viéndolo. Me tiro de las pestañas y observo la pantalla mientras Nancy Grace me proporciona información actualizada sobre lo que está ocurriendo con los preparativos para el juicio de Dobson. Está en medio de una diatriba. Suelto una risita: ¿cuándo no está en una diatriba? Después deja a un lado a Dobson y tardo unos cuantos minutos en darme cuenta de que su fuerte acento sureño se dirige a Olivia. Subo el volumen y me inclino hacia delante. ¡Sí! ¡Está rajando de ella! Eso es exactamente lo que necesito para sentirme mejor conmigo misma.

Me arrellano en mi asiento para ver bien, con un vaso lleno de *whisky* escocés sudando en mi mano. En una esquina de la pantalla hay imágenes de las víctimas de Dobson. Son de distintas edades y apariencias, pero todas tienen la mirada atormentada. Cuando aparece un vídeo del violador en la pantalla, arrugo la nariz. Lleva un mono naranja y las manos esposadas. Unos policías vestidos de paisano lo rodean mientras recorre la corta distancia desde el vehículo hasta el juzgado. El hombre me provoca escalofríos. Es enorme, del tamaño de un defensa de fútbol. El policía que hay a su lado parece esmirriado en comparación. Me impresiona que ese bufón haya conseguido que alguna chica se acercara a menos de dos metros de él.

De repente, la pantalla pasa a Olivia. Quiero cambiar de canal, pero, como es habitual, no soy capaz de apartar los ojos de ella. Nancy agita su mano enjoyada en el aire. Su voz está subiendo en un *crescendo* y ya les ha dicho a tres personas del programa que son idiotas por defender el caso de Olivia. Estiro el brazo para agarrar un puñado de palomitas sin apartar los

ojos de la pantalla. Nancy tiene razón. Siento un repentino cariño hacia ella: es evidente que sabe cómo leer a la gente. Entonces oigo mi nombre. Escupo las palomitas y me inclino hacia delante.

—Estuvo involucrada en otro caso hace un año, defendiendo a una heredera de los cargos de un fraude clínico —le explica Nancy a un miembro del programa—. ¿Ganó ese caso, Dave?

Dave hace un resumen breve de mi caso y afirma que sí, que, efectivamente, Olivia ganó el caso.

Nancy está asqueada.

—Las evidencias contra esa chica eran abrumadoras —asegura mientras clava el dedo en su escritorio.

Cambio de canal.

Pero, a la noche siguiente, vuelvo a ponerlo y me trago los cincuenta y dos minutos de furia rubia. Para la tercera noche, he llamado al programa fingiendo ser una tal Lucy Knight, de Misuri, para expresar también mi desprecio hacia Olivia. Me aseguro de decirle a Nancy que aprecio lo que hace por las mujeres, que es una maldita heroína. Ella me da las gracias entre lágrimas por ser una admiradora.

Cuando terminan sus programas, por lo general suelo estar borracha. A veces Sam se queda para verlo conmigo.

—Es bastante guapa —dice sobre Olivia. Yo le escupo un cubito de hielo y él se ríe.

El bebé ya casi duerme del tirón durante toda la noche. De todos modos, todavía sigo durmiendo en su habitación, por si acaso se despierta. Sam cree que por fin estoy estableciendo vínculos con ella, pero tan solo lo hago para no tener que caminar en mitad de la noche. Se supone que Caleb tendría que volver de su viaje mañana, aunque tarde. Me mandó un mensaje diciendo que recogerá a Estella en cuanto llegue, así que planeo una visita al *spa* para por la mañana. Si todo sale tal como lo tengo planeado, no va a marcharse a ninguna parte.

—Entonces..., ¿estuvieron juntos en la universidad?

Miro hacia Sam, que está dando sorbitos a su refresco.

—¿Qué cojones?

—¿Qué pasa? —Se encoge de hombros—. Me siento como si estuviera viendo una telenovela sin saber todo lo que ha ocurrido antes.

Aspiro por la nariz.

—Sí, estuvieron juntos durante unos años en la universidad. Pero no era

tan serio, ni siquiera se acostaron.

Sam levanta las cejas.

—¿Caleb se quedó con una chica que no se acostaba con él?

Suelta un silbido bajo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Enrosco los pies bajo mi cuerpo y trato de no parecer demasiado interesada. La falta de sexo entre Caleb y Olivia siempre me ha confundido. Quería hacer preguntas en las pocas ocasiones en las que salía el tema, pero nunca quise ser la novia celosa. Además, Caleb protegía su pasado como si fueran las putas joyas de la corona.

Sam parece pensativo mientras mordisquea un trozo de cecina. Come tanto de esa cosa que he llegado a asociar el olor con él.

—Parece demasiado tiempo para pedirle a un tío de edad universitaria que espere. El único motivo por el que se me ocurre que alguien haga eso es que esté loco de amor..., un amor adictivo.

—¿Qué quieres decir con eso de «un amor adictivo»?

Caleb tiene la personalidad menos adictiva que he visto nunca. De hecho, es algo que me preocupa. Un año quiere ser un esquiador profesional y al siguiente, cuando hago una reserva para ir a esquiar, me dice que ya no le interesa. Ha pasado en incontables ocasiones durante nuestra relación: con restaurantes, con ropa..., incluso cambia de coche todos los años. Casi siempre se enamora de algo con intensidad y después se aburre de ello de forma gradual.

—No lo sé —responde Sam—. Supongo que suena como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por ella..., incluso aunque significara ir en contra de lo que solía ser.

—Te odio.

Me da un golpecito juguetón en la pierna y se pone en pie.

—Tan solo estoy intentando aclararte la cabeza un poco, mamá monstruo. Parece como si él fuera tu propia adicción, y no es una saludable.

Lo fulmino con la mirada mientras se dirige hacia la puerta. Menudo gilipollas pomposo está hecho.

—Nos vemos mañana —añade por encima del hombro—. Cuando regrese el señor Don Perfecto...

Pero al día siguiente Sam me llama para decir que tiene problemas con el coche, así que tengo que cancelar el *spa*. No he pasado un día entero a solas con el bebé desde que Sam estuvo enfermo. Me como una bolsa pequeña de

maíz congelado antes de ir a por ella. Durante la mayor parte del día, repito todo lo que le he visto hacer a Sam: juego a ponerla boca abajo en el salón para que fortalezca sus músculos, le limpio la cara cuando termina de comer e incluso tiro la casa por la ventana y la llevo a dar un corto paseo en el carrito que nunca antes había empleado.

Cuando descubro que se me han acabado los pañales, llamo a Sam con pánico. Él no responde, porque nunca hay nadie cerca a pesar de que saben perfectamente que los necesito, joder. ¿Cómo se supone que voy a llevarme al bebé a la tienda conmigo? Tiene que haber alguna clase de servicio que haga recados para las madres primerizas. Después de debatirme durante más de una hora, meto a la niña en el coche y me dirijo al supermercado más cercano. Tardo diez minutos en averiguar cómo fijar su asiento del coche dentro del carrito. Suelto una maldición entre dientes, hasta que una madre más experimentada acude en mi ayuda. Le doy las gracias sin mirarla a los ojos y llevo el carrito hasta la entrada justo a tiempo para que no nos pille la lluvia. En cuanto el frío del aire acondicionado sopla sobre la niña, esta empieza a lloriquear. Llevo el carrito de forma descuidada hasta el pasillo de los niños y meto dentro cinco paquetes de pañales. Mejor pasarme que quedarme corta.

Cuando llego corriendo a la caja, la gente me mira como si fuera una mala madre. Lo pongo todo sobre la cinta y saco a la niña de su asiento. La abrazo contra mi pecho y le doy unas palmadas torpes en la espalda. Estoy peleando con la cartera y tratando de mecer a la niña cuando el chico de la caja (un delincuente juvenil que no deja de hacer pompas de chicle) se dirige a mí.

—¿Eso es todo?

Miro los paquetes de pañales que ahora están metidos en bolsas dentro de mi carrito y después la cinta vacía. El cajero me mira con los ojos acuosos a causa de la marihuana y espera mi respuesta.

—Eh..., no, también quiero toda esta mierda invisible. —Agito la mano hacia él, que realmente es tan estúpido como para mirar—. Dios —digo mientras pasa mi tarjeta de crédito con furia por el lector—. Relájate un poco con la maría.

El bebé escoge ese preciso momento para sus movimientos intestinales. Antes de que me dé tiempo a guardar la tarjeta de crédito, el contenido de su pañal se derrama sobre mis manos y mi camiseta. Miro a mi alrededor, horrorizada, y salgo corriendo de la tienda.

Sin los pañales.

Mando a Sam a buscarlos más tarde cuando por fin me devuelve la llamada. Cuando aparece en la puerta delantera, todavía no me he cambiado la camiseta cagada y, además del cuadro marrón que me ha pintado mi hija, tengo ambos pechos secretando. El niño me mira mientras niega con la cabeza.

—Estás peor cada vez que te veo. —Rompo a llorar, y entonces Sam deja los pañales sobre la encimera para darme un abrazo—. Ve a darte una ducha mientras está dormida. Prepararé algo de comer para los dos.

Asiento con la cabeza y me dirijo al piso superior. Cuando vuelvo abajo, veo que ha hecho espaguetis.

—Siéntate. —Señala un taburete y yo obedezco y tomo el plato que desliza en mi dirección—. Estás perdiendo los papeles —añade.

Envuelve los espaguetis alrededor del tenedor sin mirarme. Yo uso un cuchillo para cortar los míos en trocitos pequeños para que quepan en mi tenedor.

—¿Cómo consigo que vuelva a casa?

—Búscate una nueva personalidad y aprende a cerrar la puta boca.

Le lanzo una mirada envenenada mientras me limpio los labios con la servilleta.

—¿Te sientes atraído por mí?

Hay una larga pausa.

—Soy gay, Leah.

—¿Qué? Nunca pensé que lo fueras de verdad.

—¡Si llevas todo el tiempo diciéndolo!

—Pero tienes una hija..., ¿cómo me habías dicho que se llamaba?

Se ríe.

—Kenley. Y supongo que no me di cuenta hasta más tarde en mi vida.

Pongo la cabeza sobre las manos. Esto es caer más bajo que nunca para mí: estoy tratando de seducir a un hombre gay. Respiro hondo y levanto la mirada.

—Caleb va a dejarme otra vez. Estoy segura.

Durante un segundo, Sam parece atónito, pero después me acompaña hasta el sofá y me pasa el brazo alrededor de los hombros.

—Seguramente —contesta. Giro la cabeza de golpe para mirarlo. ¿No se supone que los hombres gays tienen que ser sensibles? En el momento en que anunció que era gay, yo ya planeaba utilizarlo para reemplazar a Katine—.

Seguramente. No me puedo creer que se haya quedado contigo tanto tiempo.

Sonríe al ver mi expresión.

—¿De verdad acabas de decir eso?

Asiente con la cabeza.

—A lo mejor a ese tío le gusta una buena zorra..., pero estás caminando por la delgada línea que separa ser una zorra atractiva de una psicópata. La has liado con su hija, así que seguramente va a dejarte y a llevársela.

—Ni de coña. No voy a permitir que eso ocurra.

—¿El qué? ¿Lo del marido o lo del bebé?

Me muerdo el interior de la mejilla. Es evidente lo que quiero decir.

—No se lo creerá si comienzo a actuar en plan supermamá. Siempre es capaz de ver más allá de esas mierdas. —Sam levanta una ceja—. No va a dejarme. Piensa que me quedaré destrozada si lo hace.

—¿Así es como quieres conservarlo? ¿Manipulando sus emociones?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que intento no pensar mucho en ello.

—Sí, eso salta un poco a la vista. ¿Por qué no lo dejas marchar y ya está? Podrías encontrar a otro.

Siento la necesidad de darle un bofetón en toda la cara. En lugar de eso, me enciendo un cigarrillo Virginia Slims.

—No pienso dejarlo marchar jamás. Lo quiero demasiado.

Sam me dirige una sonrisita, me arranca el cigarrillo de entre los dedos y lo apaga contra el granito.

—¿Jamás?

—Jamás —repito—. Nunca jamás.

Sam me señala con el dedo.

—Eso no es amor.

Lo miro y pongo los ojos en blanco.

—¿Y tú que sabrás? Si eres gay.

Capítulo veinte El pasado

Mi padre decía que yo era su mano derecha. Debería haberlo considerado un honor, pero más bien parecía que me hubiera clavado una letra escarlata en el vestido. Todo el mundo sabía su rígida política sobre no meter a ningún familiar dentro de la empresa, así que mi repentina aparición fue como un nubarrón frío y lluvioso sobre los demás empleados. ¿Habría contratado mi padre a una espía? ¿Quería reducir el personal de la empresa y me utilizaba para informarlo de quién hacía su trabajo y quién no? Siempre se ponían a organizar sus papeles cuando yo pasaba junto a ellos y fingían estar más ocupados de lo que lo estaban en realidad. Algunos eran extremadamente agradables, con lo que esperaban ganarse mi amistad para asegurarse sus puestos de trabajo, mientras que otros eran abiertamente hostiles. La pregunta de «¿qué está haciendo aquí?» era como una campana siempre presente que me precedía por los pasillos. Era lo peor.

Y peor todavía era el tamaño de mi despacho. Aparte del de mi padre, mi despacho era el más codiciado de todo el edificio. Una pared estaba hecha por completo de cristal y ofrecía una vista del centro de Fort Lauderdale. Si me quedaba de pie en el lugar correcto, de cara al océano, podía ver el edificio de Caleb en la distancia. Su dueño anterior, que era muy querido por todos en la empresa, había sido despedido una semana antes de que yo llegara. Llevaba doce años trabajando allí y se había ganado a pulso el despacho que a mí me habían regalado. En la placa de mi puerta bien podría haber puesto «Niñata enchufada» con letras de molde rosas. Estaba ganando cinco veces más que en el banco. En la superficie, mi vida, ya de por sí privilegiada, acababa de aterrizar en la calle del Regaliz. Pero por dentro, bajo el reluciente despacho nuevo y el título, me estaba retorciendo.

Mi padre me daba un puesto de trabajo prestigioso en su empresa para demostrar la mala opinión que tenía de mí. Mi novio me dirigía sonrisas que no alcanzaban sus ojos. Mi madre me regalaba un cariño tan escaso que más bien parecía desdén recubierto de azúcar. Si alguien se hubiera preocupado por mí lo suficiente como para decir: «Leah, todo eso está en tu cabeza», lo único que habría tenido que hacer yo habría sido dirigirlo a las tres personas de mi vida que realmente no querían que estuviera allí.

Mi ayudante asomó la cabeza por la puerta.

—Señorita Smith, todo el mundo la está esperando en la sala de conferencias.

Mierda. Me había olvidado de eso. Tomé el MacBook y el Jamba Juice y salí corriendo por la puerta. Estaba tan ensimismada en mi propio festival de la miseria que se me había olvidado que llegaba diez minutos tarde a una reunión superimportante. Odiaba esas cosas. Entré en la sala con tranquilidad, esquivé la mirada de mi padre y me senté en mi asiento.

Levanté la vista esperando ver a Bruce Gowin, que normalmente se sentaba junto a mí, pero en su lugar me encontré con una rubia con los dientes de un blanco cegador. ¿Dónde estaba Bruce? Él era mi compañero de sarcasmos. Recorrí la mesa con los ojos, buscándolo, hasta que mi padre captó mi mirada.

—Leah, me complace mucho que hayas decidido unirme a nosotros por fin. Si estás buscando al señor Gowin, él ya no trabaja con nosotros. Cassandra Wickman lo ha sustituido.

—Puedes llamarme Cash —dijo ella mientras me tendía la mano.

Cash..., qué hollywoodiense. Tenía el pelo hasta la barbilla, provocador aunque con aspecto de esforzarse demasiado, y unos labios que se habían encontrado al menos cinco veces con la aguja del colágeno. Resultaba impresionante... y *sexy*. Me sentí amenazada de inmediato. Le dirigí la sonrisa más genuina de la que era capaz y volví a girarme hacia mi padre, que me observaba con atención. Cash era su nueva mascota; ya me había dado cuenta de ello. Me pregunté si habría despedido a Bruce solo para hacerle hueco en la empresa.

—Vamos a comenzar, ¿de acuerdo...?

Mi padre encendió el proyector y todas las cabezas se giraron hacia él, como si estuviéramos programados para hacerlo. Y así era. Charles Austin Smith reprendía verbalmente a cualquiera que se atreviera a hablar o a dar una cabezada durante sus reuniones. Reprendía verbalmente a mi madre por dar su opinión tan a menudo que ella ya no tenía ninguna. El rey Smith. Antes había sido Smitoukis, pero eso era parte de su vida pobre. Cuando el rey hablaba, sus súbditos se ataban la lengua y escuchaban.

La reunión era una forma de que todos los departamentos de OPI-Gem estuvieran en contacto. Dado que yo era la jefa de Asuntos Internos, era responsabilidad mía coordinar el nuevo puesto de Cash como química de formulación farmacéutica. Dado que la mayoría de los químicos de

formulación o bien habían aprendido por su cuenta o en esencia habían sido aprendices de investigadores experimentados, Cash era de inmediato una persona importante dentro de la empresa. Una estrella del *rock* farmacéutica, por así decirlo. Yo no sabía qué pensar de mi nueva responsabilidad. Quería que Bruce regresara.

Después de la reunión, me dirigí al despacho de mi padre para averiguar adónde había ido. Cerré la puerta detrás de mí y ocupé el único asiento disponible frente a su escritorio. Esperé a que levantara la mirada de su ordenador antes de hablar.

—¿Qué ha pasado con Bruce, papá?

Mi padre se quitó las gafas de lectura y las dejó sobre la mesa.

—El señor Gowin no rendía adecuadamente. Tengo grandes proyectos emergentes que van a ponernos en el mapa como empresa farmacéutica, así que necesitábamos a una mirada nueva. Confío en que mantendrás a la señorita Wickham bajo tus alas. —Asentí con la cabeza..., aunque de forma demasiado entusiasta. Mi padre frunció el ceño—. Trabajarás codo con codo junto a ella mientras formulamos y probamos un medicamento nuevo. Voy a ponerte a cargo de todo el proyecto.

Me quedé boquiabierta. Enseguida me recuperé y borré la sonrisita tonta de mi cara, y traté de comportarme como la vicepresidenta de Asuntos Internos.

Era algo gordo. Fueran cuales fueran los motivos de mi padre para meterme en la empresa, todos perdían importancia tras esa noticia. Estaba confiando en mí para el lanzamiento de un medicamento nuevo. ¡Era algo enorme!

—Gracias, papá. Me siento muy honrada.

Me hizo salir con un gesto de la mano y tuve que contenerme para no marcharme dando saltos. Lo primero que hice fue llamar a Caleb, que estaba sin aliento cuando contestó al teléfono. Supuse que acababa de volver de salir a correr.

—Vaya, pelirroja. Estoy muy orgulloso de ti. Esta noche iré a recogerte al trabajo para salir a celebrarlo.

Sus elogios me hicieron sentir resplandeciente. Acepté estar preparada a las siete y después colgué el teléfono y me alisé la falda. Iba a tener que bajar hasta el laboratorio, donde Cash estaría preparando su despacho. Dado que íbamos a trabajar juntas, mi mayor interés era conocerla un poco mejor. Pero, cuando me giré hacia la puerta, ella ya estaba allí.

—Leah —dijo—. ¿Puedo pasar? —Asentí con la cabeza e hice un gesto para que tomara asiento—. Había pensado que a lo mejor podríamos comer juntas y conocernos un poco.

Decidí no contarle que yo estaba a punto de hacer justo lo mismo. Era mejor dejar que pensara que ella estaba yendo detrás de mí. Yo era la jefa, así que tenía que mantener un aire profesional. Examiné sus facciones mientras se sentaba frente a mí. Teníamos más o menos la misma edad. Su piel estaba un tanto curtida, como si los últimos años su mejor amiga hubiera sido una cabina de bronceado. Y, aunque respeto un buen sujetador de copa C, meterte de lleno en una doble D es emular a Jessica Rabbit un poco más de la cuenta. Y sin duda Cash tenía una doble D.

—La verdad es que no sé moverme bien por la zona —dijo mientras cruzaba las piernas—. Acabo de mudarme aquí desde Washington D.C.

¿Qué contestaba una a algo como eso? La verdad es que no me importaba de dónde fuera. Sonreí.

—Te puedo recoger con el coche. ¿Mañana?

Asintió con la cabeza y se puso en pie. Tenía un tatuaje de un delfín en el tobillo; algo extraño para alguien de Washington.

—Genial, nos vemos mañana.

Se quedó durante un momento junto a la puerta. Pensaba que iba a decir algo más, pero en el último segundo se apresuró a marcharse y dobló la esquina como si estuviera huyendo de algo.

La observé mientras recorría el pasillo y apretaba el botón del ascensor. Había algo muy turbio en ella. Seguramente Caleb sería capaz de averiguar qué era lo que ocultaba; se le daban bien esas mierdas. Casi me sentía tentada a dejar que se conocieran, pero entonces recordé cómo reaccionaban las mujeres ante él y deseché la idea. Lo único que necesitaba era que esa rubia de bote se pusiera a flirtear con mi novio. Simplemente tendría que echarle un ojo yo solita, y con mucha atención.

Cuando llegaron las seis, fui al baño para prepararme para mi cita con Caleb. Por suerte, llevaba mi nuevo traje blanco de Chanel. Me quité las horquillas del pelo y dejé que cayera por mi espalda. El rojo resultaba muy llamativo contra el blanco. Era precioso. Lo sabía porque los hombres me lo decían todo el tiempo y la mayoría de las mujeres tenían celos de mí. Tantos celos que era casi imposible mantener amistades.

Caleb entró en mi despacho diez minutos antes oliendo a agujas de pino y con aspecto delicioso. Siempre llegaba temprano. Me hice la sorprendida,

como si no me hubiera pasado los últimos veinte minutos acicalándome en el baño. Me puse en pie para darle un beso y mi estómago dio un vuelco cuando su lengua se coló en el interior de mi boca.

—Me gusta esto —dijo mientras pasaba un dedo por el tejido de la parte superior de mi escote. Se refería a mi traje, pero con Caleb siempre había algún significado subyacente.

—¿Por qué no me lo quitas y ves si te gusta lo que hay debajo? —dije contra su boca.

Me gustaba la idea de bautizar mi nuevo despacho. Él se estaba planteando mi propuesta, pero entonces golpearon a la puerta. Me aparté de su pecho, molesta.

—Pasa.

Cash abrió la puerta y su rostro se ruborizó cuando nos vio.

—Dios mío, lo siento muchísimo —dijo mientras retrocedía—. Venía a preguntarte si sabías cómo llegar al Panera más cercano.

Sus ojos nos recorrieron y se detuvieron en la cara de Caleb. No me gustaba cómo lo estaba mirando. Presioné mi cuerpo más al suyo y envolví su cuello con los brazos como un perezoso posesivo.

Era mío.

Ella pareció comprender mi lenguaje corporal y las comisuras de su boca se elevaron ligeramente. Hubo una pausa incómoda durante la que me quedé esperando a que se largara. Caleb se aclaró la garganta. Tenía que hacer las presentaciones, claro.

—Cassandra Wickham, este es mi novio, Caleb —dije, haciendo la presentación obligatoria.

Caleb se apartó de mí para darle la mano. Yo no quería que la tocara, pero ella se aferró a su mano durante unos segundos más de la cuenta y sonrió con fingida modestia. ¿Es que no veía que yo estaba justo allí?

—¿Eres nueva en la zona? —preguntó Caleb mientras le soltaba la mano. Después se acercó a mí y yo me apreté contra su costado. Conocía mis debilidades, y una de ellas era la inseguridad. Siempre que captaba esas vibraciones emanando de mí, lo compensaba en exceso con sus atenciones. Perfecto. Era perfecto.

Cash asintió con la cabeza.

—Me mudé aquí hace una semana.

—Cassandra va a trabajar conmigo en un proyecto nuevo —dije con la voz tensa. Ya no me apetecía seguir llamándola Cash.

Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. Caleb era un caballero, y si alguien no conocía la zona y parecía tener hambre...

—Deberías venir con nosotros a cenar. Íbamos a salir para celebrarlo.

Me encogí. Ella no pareció darse cuenta, tal vez porque sus ojos parecían pegados con cola a mi novio.

—Odiaría molestar...

Sí, y una mierda.

—Pues claro que no molestas —dije con rapidez—. Nos encantaría que te apuntaras.

Sus ojos se dirigieron como un rayo a los míos y no tuve ninguna duda de que había entendido lo que estaba diciendo en realidad.

—De acuerdo entonces, iré a por mi bolso.

En cuanto salió de mi despacho, Caleb me dio un beso en la frente... y después en los labios. Se sentía atraído por la amabilidad, excitado incluso, y era justo por eso por lo que me sentía insegura. Yo no estaba precisamente en la lista de niños buenos de Santa Claus. Y él o bien no se había enterado de ello todavía o bien estaba demasiado distraído con mis tetas para que le importara. Hay que admitir que son bastante bonitas.

Nos encontramos con Cash en el vestíbulo y ella insistió en subir al coche con nosotros. Casi tuve que darle un codazo para que se apartara de mi camino y poder sentarme en la parte delantera. Caleb nos llevó a un Seasons 52. Pedimos vino y, una copa después, Cash había descubierto más sobre mi novio de lo que yo había descubierto en un año.

—Entonces, esta chica, tu exnovia... no quería acostarse contigo. Perdona que te diga esto, pero estás bueno de cojones. ¿Cómo es eso posible? ¿Es que era lesbiana?

Caleb le dirigió una sonrisa torcida y me pregunté qué secreto estaría ocultando tras esos labios sensuales. Se pasó la lengua por el labio inferior y le dirigió una mirada con sus ojos risueños.

—Alguien le había hecho daño emocionalmente. Por desgracia, yo también se lo hice.

—¿Por desgracia? —repitió ella, y sus ojos se dirigieron con rapidez hacia mí.

Sentí una punzada sin tener que verle la cara a Caleb. Sus emociones siempre se reflejaban en su mandíbula y podía imaginar que la estaba apretando con fuerza a esas alturas. Busqué su mano por debajo de la mesa y nuestros dedos se entrelazaron. Él pensaba que le estaba ofreciendo mi

apoyo, pero en realidad yo tan solo necesitaba saber que seguía siendo mío. Quería recordarle que era yo la que estaba sentada en esa mesa junto a él, no ella.

Se movió en su asiento. Cash le había hecho un tercer grado para averiguar cómo nos habíamos conocido. En cuanto supo que él no estaba muy dispuesto a esa cita a ciegas conmigo, había querido saber por qué.

—¿Y qué hay de ti, Cash? ¿Cuál es tu historia?

Cash pestañeó, como tratando de esquivar la pregunta. Me mordí el labio para contener una sonrisita y me preparé para pasar un buen rato: Caleb tenía un don para sonsacar información. Estaba bastante segura de que, para cuando terminara la cena, conoceríamos su historia al completo.

Ella levantó un dedo con la manicura hecha para pasarse el pelo por detrás de la oreja. Estaba ocultando algo. Sabía el aspecto que tenía una mujer con secretos; todos los días miraba a una en el espejo. Las mujeres llevan los secretos en los ojos y, si prestas atención, puedes captar destellos de emociones agudas que se derraman entre conversaciones corrientes. Caleb le preguntó si se había mudado a Florida sola y entonces capté una rápida mirada hacia abajo, antes de que respondiera alegremente:

—Sí.

En la universidad, hice una asignatura de Psicología en la que estudiábamos el lenguaje corporal. Una de las lecciones se llamaba «El arte de mentir». Además de leer el capítulo, se nos había pedido hacer un experimento en el que teníamos que hacer una serie de preguntas a una persona que no estuviera en la clase. Para mi gran deleite, había descubierto que una persona que está rememorando un recuerdo real levanta la mirada hacia la derecha, mientras que una persona que está utilizando la parte creativa de su cerebro para mentir mira hacia abajo y a la izquierda. Cash estaba bajando mucho la vista mientras hablaba. Qué. Sucia. Mentirosa.

—¿Dónde vive tu familia? —preguntó Caleb mientras jugueteaba con un mechón de mi pelo que tenía entre los dedos. Cash lo miraba con envidia.

—Ah, están aquí —dijo ella, como desechando la pregunta.

—¿Aquí? ¿En la ciudad?

—Mi padre vive aquí. Y mi madre vive en Nueva York.

—¿Lo ves a menudo?

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que no. —Otra familia jodida, sin duda alguna. Estuve a punto de asentir con la cabeza en señal de apoyo—. Me gustaría tener más

tiempo —se apresuró a añadir—, pero he estado muy liada con la mudanza. Estamos muy unidos.

Su boca estaba abierta para soltar otra mentira, pero entonces llegó el camarero con la comida. Una lástima, porque quería oírla. El resto de la cena estuvo acompañado de un charloteo irrelevante. ¿Así que estaba muy unida a su padre? Eso debía de estar bien.

Capítulo veintiuno El presente

Caleb me había ocultado lo del barco. ¿Qué más me estaría ocultando? La certeza de que podría haber algo más no deja de corroerme el cerebro. Es lo único en lo que puedo pensar, hasta que prácticamente me ahogo en mis sospechas. He fruncido tanto el ceño que voy a necesitar una dosis de bótox cuando todo esto acabe. Una cosa es segura: tengo que averiguar si hay algo más, incluso aunque eso signifique romper su código de privacidad.

Caleb odia que alguien entre en su despacho si él no está allí. Yo siempre le he dado su espacio, dado que todo el resto de la casa es mío, pero esta noche necesito husmear un poco. Dejo que Sam se vaya a su casa en cuanto pone a Estella a dormir. Por lo general le pido que se quede unas horas para ver la tele conmigo, pero, en cuanto dan las siete en punto, prácticamente lo saco a empujones por la puerta.

Abro la puerta de su despacho, todavía mordisqueando una ramita de apio, y enciendo las luces. Apenas entro en este lugar. Toda la habitación huele a él. Inhalo profundamente y siento ganas de llorar de inmediato. Antes podía acurrucarme junto a ese olor todas las noches, pero ahora...

Echo un vistazo en las pilas de libros que hay por todas partes. La verdad es que no sé cuándo encuentra el tiempo para leer. Cuando está en casa con nosotras, siempre está cocinando y relacionándose con nosotras. A pesar del hecho de que siempre hay algún libro rondando por la casa, en realidad nunca lo he visto leer. Una vez, había ordenado y llevado a su despacho los libros que había dejado desperdigados por la casa y se cayó el marcapáginas de una de las novelas que llevaba. Al agacharme para recogerlo del suelo, me encontré lo que parecía un penique o, al menos, lo que solía ser un penique. En ese momento había grabado en él un mensaje sobre un beso. También tenía una forma extraña, ligeramente doblado y alargado. Lo había vuelto a meter en el libro y, la siguiente vez que salí, le compré un marcapáginas de verdad. Era de cuero, importado de Italia. Le había pagado cincuenta dólares al vendedor pensando que Caleb iba a quedar muy impresionado por mi consideración. Cuando se lo había regalado esa noche durante la cena, él me había dirigido una sonrisa educada y me había dado las gracias, pero no había mostrado el entusiasmo que yo esperaba.

—Tan solo pensaba que necesitarías uno. Como siempre usas ese penique extraño que no deja de caerse...

Sus ojos se dirigieron de inmediato a mi rostro.

—¿Dónde está? No lo habrás tirado, ¿verdad?

Lo miré mientras pestañeaba, confusa.

—No, está en tu despacho.

No podía esconder el dolor en mi voz. Sus ojos se habían suavizado y él rodeó la mesa para darme un beso en la mejilla.

—Gracias, Leah. Ha sido una buena idea..., de verdad. Necesitaba algo mejor que pudiera usar para recordar dónde estoy.

—¿Dónde estás?

—En el libro.

Me había sonreído.

Yo no había vuelto a ver ese penique, pero tenía la sensación de que lo había guardado en algún sitio para mantenerlo a salvo. Caleb era extrañamente sentimental.

Aparto a un lado una pila de libros que hay en el suelo, me dirijo primero hacia sus cajones y comienzo a sacar papeles. Facturas, mierda del trabajo..., nada importante. Lo siguiente es el armario de los archivadores. Examino todas las carpetas y leo las etiquetas en voz alta.

—Universidad, Contratistas, Escrituras de las casas, Tarjeta de crédito...

Vuelvo a las escrituras de las casas. Tan solo teníamos una casa, además del apartamento de Caleb, que había insistido en conservar. Pero allí aparecían tres. La primera dirección era la de nuestra casa, la segunda, de su apartamento y la tercera...

Me siento mientras mis ojos recorren cada palabra..., cada nombre. Me siento como si estuviera tratando de escarbar en cristal roto. Mi cerebro está desconectado de mis ojos, pero me obligo a mí misma a leer. Para cuando termino, mis ojos ya no son capaces de centrarse en nada. Apoyo la cabeza en su escritorio, todavía aferrando los papeles entre las manos. Tengo problemas para respirar. Comienzo a llorar, pero no son lágrimas de autocompasión: son lágrimas de rabia. No puedo creer que me haya hecho esto. No puedo.

Me pongo en pie, totalmente llena de rabia. Estoy dispuesta a hacer algo imprudente. Tomo el teléfono para llamarle, para gritarle, pero lo cuelgo antes de marcar su número. Me doblo sobre mí misma, me agarro el estómago y un gemido sale de entre mis labios. ¿Cómo puede doler tanto esto? Me han hecho cosas peores. Siento dolor. Siento demasiado dolor.

Quiero que alguien me arranque el corazón solo para no tener que seguir sintiendo esto. Me prometió que nunca me haría daño. Me prometió que cuidaría de mí.

Sabía que nunca me amó como la amaba a ella, pero yo lo quería de todos modos. Sabía que su amor por mí no era incondicional, pero lo quería de todos modos. Sabía que yo era una segunda elección, pero lo quería de todos modos. Sin embargo, eso ya era demasiado. Salgo tambaleándome del despacho y voy al recibidor y miro a mi alrededor, a la mansión, a mi pequeño mundo. ¿He creado todo esto para cubrir el hedor de mi vida? Hay un huevo de filigrana en una mesa junto a la puerta. Es una antigüedad que Caleb me compró en un viaje que hicimos a Cabo Cod y que le costó cinco mil dólares. Lo tomo y lo lanzo al otro lado de la habitación, gritando mientras lo hago. Se hace añicos contra las baldosas y se desperdiga por todas partes, al igual que mi vida.

Camino hasta nuestra foto de bodas, que está colgada sobre el sofá. Me lo planteo durante un momento, mientras recuerdo ese día, supuestamente, el día más feliz de mi vida. Voy a por la escoba, que está apoyada contra una pared, y estampo el mango con todas mis fuerzas contra el marco de cristal. La foto cae de la pared, se destroza sobre los muebles y aterriza cara abajo sobre la mesita del café.

Estella comienza a llorar.

Me seco la cara llena de lágrimas con el dorso de la mano y me dirijo hacia la escalera. En parte me alegro de que se haya despertado. Necesito a alguien a quien abrazar.

Capítulo veintidós El pasado

El día de mi boda parece más una coronación que una boda. En cierto modo, para mí sí que fue una coronación: había ganado mi corona. Tenía el que posiblemente fuera el hombre más *sexy* y adorable que podía ofrecerme el mundo. Había vencido a esa malvada bruja de pelo negro para conseguirlo. Me sentía triunfal. Me sentía validada. Me sentía como si me hubiera costado muchísimo.

Pensé en todo aquello mientras permanecía frente al espejo, con mi vestido de color marfil. Estaba compuesto por un corpiño en forma de corazón y una falda de sirena. Llevaba el pelo recogido, rizado en lo que parecía una concha marina, con una impresionante flor blanca prendida a un lado. Yo quería llevar el pelo suelto, pero Caleb me había pedido que me lo recogiera. Y habría hecho cualquier cosa por él.

Eché un vistazo por la ventana, al enorme jardín de mis padres. Los invitados comenzaban a llegar y los acomodadores los estaban acompañando a sus asientos. El cielo se iba atenuando y las miles de luces que me había empeñado en hacer que colgaran de los árboles comenzaban por fin a aparecer.

Había una enorme carpa en el lado izquierdo, donde tendría lugar el banquete. A la derecha se encontraba la piscina de tamaño olímpico. Mis padres habían encargado un suelo de cristal para colocarlo sobre la piscina, donde Caleb y yo haríamos los votos. Caminaríamos sobre el agua, y me sentía atolondrada solo con pensarlo. Las sillas estaban colocadas de forma circular alrededor de la piscina, de modo que tendríamos a todo el público a nuestro alrededor. Caleb se había reído al verlo por primera vez el día antes. Odiaba que mi familia siempre tratara de exagerar las cosas.

—El amor es simple —había dicho—. Cuanta más pompa añadas a una boba, menos sincera es.

Odiaba eso. Las bodas eran el glaseado del resto de tu vida. Si el glaseado no era bueno, ¿quién querría comerse la tarta?

Nos habíamos quedado mirando ese suelo de cristal durante unos buenos quince minutos, antes de que yo dijera al fin:

—Es que quería ser la Sirenita.

Él se rio primero, pero entonces su cara se volvió seria. Tiró de uno de mis rizos.

—Va a ser precioso, Lee. Vas a ser la Sirenita. Lo siento, era el imbécil dentro de mí el que hablaba.

Mi madre entró afanosamente en la habitación diez minutos antes de la hora. Era la primera vez que la veía en todo el día. Se inclinó sobre mí mientras Courtney me aplicaba el pintalabios. Katine, que estaba al otro lado de la habitación dándose los últimos retoques al maquillaje, captó mi mirada a través del espejo. Estaba demasiado familiarizada con mi madre y sus ridiculeces. Traté de reprimir las náuseas mientras Courtney me daba unos toquecitos en los labios con un pañuelo.

—Hola, mamá —dije mientras me daba la vuelta para mirarla.

—¿Por qué has escogido ese tono, Leah? Pareces un vampiro.

Me eché un vistazo en el espejo. Courtney me había aplicado mi característico tono de rojo, pero a lo mejor sí que parecía más gótico de la cuenta para una boda. Tomé un pañuelo, me lo quité y señalé un tubo de color rosado.

—Vamos a probar con ese.

Mi madre nos observaba con satisfacción mientras Courtney me ponía el nuevo pintalabios.

—Ya ha llegado casi todo el mundo. Va a ser la boda más impresionante de todo el año, eso os lo garantizo.

Sonreí ampliamente.

—Y la novia más hermosa —dijo mi hermana mientras me ponía colorete en las mejillas.

—Y el novio más *sexy* —añadió Katine por encima del hombro.

Solté una risita, agradecida por el apoyo.

—Sí, bueno, esperemos que no se le escape esta vez —dijo mi madre. A Katine se le cayó el pincel del rímel.

—¡Madre! —le soltó Courtney—. Eso no es nada apropiado. ¿Podrías apagar el modo zorra?

Yo jamás me iría de rositas si dijera algo parecido. Mi madre miró a su hija favorita y frunció el ceño. Podía notar que se acercaba una discusión, así que puse la mano sobre el brazo de mi hermana. No quería que hubiera peleas ese día; quería que todo fuera perfecto. Me tragué el dolor y le sonreí a mi madre.

—Nos queremos el uno al otro —dije con confianza—. No es posible

que se me escape. Es mío.

Ella me miró, elevó sus cejas perfectas y apretó los labios.

—Siempre hay algo que quieran más —me aseguró—. Ya sea una mujer, un coche u...

Sus palabras se apagaron, pero yo las terminé en mi cabeza: «u otra hija».

Courtney, ignorante del favoritismo de nuestro padre, me puso más colorete en los pómulos.

—Qué morbosa madre. No todos los hombres son así.

Mi madre le dirigió una sonrisa indulgente a su hija pequeña y le pasó una mano por la mejilla.

—No, mi amor —le dijo—. Contigo no.

Me di cuenta de las implicaciones, pero Courtney no. Observé la mano sobre la mejilla de mi hermana y me dolió. A mí nunca me tocaba a menos que tuviera que hacerlo. Incluso cuando era pequeña, tenía suerte si recibía un abrazo el día de mi cumpleaños. Alejé la mirada de ellas, pensé en Caleb y me sentí mejor de inmediato. Ese día íbamos a comenzar nuestra propia familia. Yo nunca iba a tratar a mis hijos como me habían tratado a mí, jamás. Daba igual cuál fuera la situación. Caleb iba a ser el mejor padre posible. Yo podría mirar atrás con tristeza, a mi antigua vida, mientras brillaba entre la neblina rosada de la nueva. Caleb.

Lo tenía a él. Tal vez no tuviera a nadie más, pero él era suficiente para mí.

Cinco minutos antes de que la boda comenzara alguien golpeó en la puerta. Mi madre ya se había marchado y solo Katine y Courtney estaban ahí conmigo. Courtney corrió para ver quién era mientras Katine me ayudaba a ponerme los zapatos.

Regresó sonriendo a medias.

—Es Caleb. Quiere hablar contigo.

Katine negó con la cabeza.

—¡Ni de coña! No puede verla todavía. Yo estoy divorciada y, ¿sabéis qué?, dejé que ese gilipollas me viera antes de casarnos.

Lo dijo como de forma objetiva, como si esa fuera la única razón por la que su matrimonio se había hecho pedazos. Yo miré a la puerta y mi ritmo cardiaco se incrementó. No me importaba.

—Id bajando vosotras. Nos vemos en un minuto. —Katine se cruzó los brazos por encima del pecho, como si no estuviera dispuesta a irse a ningún

sitio—. Katine —añadí—, Brian te dejó porque te acostaste con su hermano, no porque te viera con el vestido de novia. Y ahora márchate.

Courtney le sujetó el brazo antes de que pudiera responder y la sacó de la habitación.

Me alisé el vestido y me eché un vistazo rápido en el espejo antes de dirigirme hacia la puerta. ¿De qué podría querer hablar conmigo? Sentí náuseas de repente. ¿Y si quería cancelar la ceremonia? ¿Había alguna vez una buena razón por la que un novio quisiera hablar con la novia antes de casarse con ella?

Abrí un poco la puerta.

—Se supone que no puedes verme —le dije.

Él se rio, lo cual me tranquilizó de inmediato. Un hombre que iba a romper con su prometida no se reía.

—Date la vuelta —me indicó—. Y entonces entraré de espaldas.

—De acuerdo.

Di la espalda a la puerta y me alejé unos cuantos pasos. Oí que Caleb entraba. Se acercó a mí y se quedó con la espalda contra la mía. Llevó las manos hasta las mías y nos quedamos así por lo menos un minuto antes de que hablara.

—Voy a darme la vuelta... —dijo.

—¡No!

Comenzó a reírse y supe que tan solo me estaba provocando. Le apreté las manos y él me devolvió el apretón.

—Leah.

Su voz decía mi nombre de una forma que me hacía cerrar los ojos. Todo lo que salía de su lengua sonaba bonito, pero especialmente mi nombre.

—¿Sí? —pregunté con suavidad.

—¿Me quieres a mí o a la idea de mí?

Me puse rígida y él acarició las puntas de mis dedos con los pulgares.

Traté de apartar mis manos de las suyas porque quería verle la cara, pero él las sostuvo con firmeza, sin permitirme soltarlas.

—Tan solo responde a la pregunta, mi amor.

—Te quiero —dije con certeza—. ¿Tú no...? ¿Tú no sientes lo mismo?

Ay, Dios. Iba a cancelar la ceremonia.

Sentí que mi garganta se cerraba. Bajé la cabeza y respiré hondo.

—Te quiero, Leah. No te habría pedido que te casaras conmigo si no fuera así.

«Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?»

—Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?

Había sonado más segura en mi cabeza, pero la voz me temblaba.

—El amor no siempre es suficiente. Tan solo quiero asegurarme...

Su voz se apagó. ¿Estaba hablando de Olivia? Me entraron ganas de gritar. Estaba allí, con nosotros, en el día de nuestra boda. ¡Quería decirle que se había largado! Que había seguido adelante. Que era... que era... una zorra inútil que no lo merecía.

¿Yo lo quería?

Levanté la barbilla. Sí, lo quería... más que ella, en cualquier caso. Si necesitaba que lo convenciera de ello, eso haría.

—Caleb —dije con voz suave—. Hay algo que nunca te he dicho. Tiene que ver con mi familia.

Tomé aire y permití que la verdad escapara de entre mis labios. Era entonces o nunca. Mis palabras estaban envenenadas de vergüenza y dolor. Caleb, que lo notó, me aferró con más fuerza.

—Soy adoptada.

Hizo ademán de darse la vuelta, pero lo sostuve donde estaba. No podía mirarlo todavía; tan solo necesitaba soltar esa bomba. En cualquier minuto iban a venir a buscarnos y tenía que terminar antes de que lo hicieran.

—No te des la vuelta, ¿vale? Tan solo... escucha.

—Vale —dijo.

—Después de que mis padres se casaran, pasaron tres años tratando de tener un bebé. Los doctores le dijeron a mi madre que no podría quedarse embarazada, así que decidieron adoptar a regañadientes. Mi padre es griego, Caleb. Necesitaba un hijo. Decidieron no esperar a una adopción aquí, algo que hubiera llevado años. Mi padre tenía conexiones en la Embajada rusa.

—Leah...

Mi corazón casi se desplomó ante el sonido de su voz.

—Tú cállate —le dije—. Esto es muy difícil, tan solo déjame decirlo. — Luché contra las lágrimas. No iba a sacrificar mi maquillaje por eso—. Mi verdadera madre tenía dieciséis años y trabajaba en un burdel. Yo no era el niño que querían, pero me llevaron con ellos de todos modos. Tenía seis semanas. Un mes más tarde, mi madre descubrió que estaba embarazada, aunque tuvo un aborto..., supongo que era un niño. Mi padre me culpó a mí del estrés del aborto. Al parecer, yo era muy difícil, tenía cólicos y esas cosas. Se quedó embarazada de Courtney unos cuantos meses después, pero mi

padre había perdido a su niño. Supongo que me ha odiado desde entonces. Pasé de ser el bebé que querían al bebé que mató al bebé que querían..., una inconveniencia..., el bebé de una prostituta.

Alguien golpeó repetidamente en la puerta.

—Unos minutos más —dije.

Me di la vuelta e hice que Caleb me mirara. Me tomó entre sus brazos con las cejas fruncidas y sentí que su calidez se filtraba en mi interior. Permaneció en silencio durante un largo rato.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Dios, Caleb. Es el secretito sucio de nuestra familia..., me daba vergüenza.

Tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Me hacía sentir pequeña y protegida.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Son ellos..., ni siquiera puedo imaginarlo. —Negó con la cabeza—. ¿Por eso tu padre no quiere acompañarte al altar hoy?

Entrecerró los ojos y yo me ruboricé. Le había dicho que estaba muy mal de la gota, pero ya no tenía sentido seguir con la mentira. Asentí con la cabeza. Mi padre me había dicho una semana antes que no iba a acompañarme hasta el altar, aunque la verdad era que yo no esperaba que lo hiciera. Caleb soltó una maldición. Rara vez lo hacía delante de mí y pude ver lo furioso que estaba.

—Por eso te dio el trabajo.

No era una pregunta, sino que estaba uniendo las piezas del puzle. Asentí con la cabeza. Parecía tan furioso que supe que mi plan estaba funcionando.

—Caleb..., no me dejes. —El labio me tembló—. Por favor..., te quiero.

Me sujetó de forma casi brusca y me atrajo a sus brazos. Yo me aferré a él, sin preocuparme por mi maquillaje o mi pelo. Esa era la forma de llegar a su corazón. Había apelado a su compasión y a su necesidad de proteger las cosas que estaban rotas y perdidas.

Los golpes en la puerta volvieron. Caleb me sostuvo a un brazo de distancia y me miró. Algo había cambiado en sus ojos. Me había convertido en algo diferente para él en el momento en que había compartido mi secreto con él. ¿Sabía de antemano que eso iba a suceder? ¿Había postergado intencionadamente lo de decirle la verdad por si acaso algo parecido ocurría?

Pasó un dedo con suavidad por el nacimiento de mi pelo, lo deslizó por

mi frente hasta llegar a mi nariz y recorrió mis labios antes de descender por mi cuello.

—Estás impresionante —me dijo—. ¿Puedo acompañarte yo hasta el altar?

Mi corazón dio un vuelco, patinó, salió volando..., hizo una puta danza de la felicidad. Iba a casarse conmigo.

—Sí, por favor.

—Leah...

—¿Sí?

—No voy a hacerte daño. Voy a cuidar de ti. ¿Me crees?

—Sí —le mentí.

Capítulo veintitrés El presente

Está igual que antes. El pelo negro le cae salvaje hasta la cintura. Casi tiene aspecto gitano, con sus pantalones de lino de un verde azulado y su camiseta de color crema que le cuelga casualmente de un hombro bien definido. Observo sus pendientes de oro con forma de aro, lo bastante grandes para que quepa mi mano entera. La hacen parecer exótica y ligeramente peligrosa. Siempre me ha hecho sentir simplona.

Sus ojos examinan el puñado de ocupantes del restaurante, buscan una cara que reconozca: un hombre mayor, una pareja que comparte el mismo lado de un reservado, dos camareros que envuelven cubiertos con servilletas... y yo.

Veo el aturdimiento que invade sus facciones: la separación de sus labios, la ligera extensión del blanco alrededor de sus iris. De pronto, se pone rígida. Sus ojos se dirigen hacia las cuatro esquinas de la habitación, y sé que lo está buscando. Niego con la cabeza para decirle que no está aquí. Después, tomo un sorbo de mi café y aguardo.

Se mueve con decisión en dirección a mi mesa. Cuando llega adonde estoy, no se sienta, sino que se queda mirándome fijamente, expectante.

—¿Una antigua clienta? —pregunta con sequedad.

—Bueno, eso es lo que soy, ¿verdad?

Le hago un gesto para que se siente. Envié un mensaje anónimo a su despacho en el que le decía ser una antigua clienta desesperada con problemas legales. Le había pedido que se encontrara conmigo en un restaurante llamado Tiffany's. No tenía ni idea de si vendría o no, pero era mejor que presentarme en su despacho.

Se sienta con cautela en el asiento frente a mí, sin quitar los ojos de mi cara ni por un momento.

—Bueno, ¿qué coño quieres ahora?

Me encojo un poco. Con Louboutins o sin ellos, sigue siendo el mismo trozo de mierda vulgar que era antes.

—Pensaba que a lo mejor podrías echar un vistazo a este documento por mí.

Metó la mano en mi bolso y saco los papeles que he robado del archivo

de Caleb. Los coloco sobre la mesa y los deslizo hacia ella.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras me mira con disgusto. ¿Cómo se atreve a mirarme de ese modo? Me ha arruinado la vida sin ayuda de nadie. Yo lo tendría todo de no ser por esas manos ladinas y demasiado largas.

Probablemente, también estaría en prisión de no ser por ella, pero aparto el pensamiento a un lado. Ahora no es momento de gratitud. Ahora es momento de respuestas. Clavo un dedo en el documento que tiene enfrente.

—Échale un vistazo. Míralo tú misma.

Sin mover la cabeza, mira los papeles y después otra vez a mí. Es una argucia de intimidación fluida, dura e impresionante. El arte de su lenguaje corporal es algo que admirar.

—¿Por qué querría hacer eso? —pregunta.

Me hace sentir escalofríos. A mi mente acude el recuerdo de estar de pie en el estrado del juzgado y mi ritmo cardiaco se incrementa. Practico para ver si yo también soy capaz de hacerlo.

—Es de Caleb —le explico, y solo muevo los labios.

No sé si es por la mención de su nombre o porque mi imitación de su lenguaje corporal está funcionando, pero se pone tensa. Un camarero se acerca a nuestra mesa y Olivia lleva la mano a los papeles.

—Ponle un café con dos tarrinas de leche —digo, y hago un gesto para que se vaya. Él se apresura a marcharse. Olivia, que está leyendo, levanta brevemente la mirada hacia mí. Me pasé casi todos los días con ella durante nueve meses, así que sé lo que le gusta. Me bebo mi café mientras lee y observo su rostro.

Su café llega. Sin levantar la mirada, quita las tapas de la leche y la vierte en su taza. Después se la lleva a los labios, pero a mitad de camino su mano se queda paralizada. El café se derrama sobre la mesa cuando baja la taza de golpe. Se pone en pie de forma abrupta.

—¿Dónde has conseguido esto? —Se aleja de la mesa mientras niega con la cabeza—. ¿Por qué está aquí mi nombre?

Me paso la lengua por los dientes.

—Esperaba que tú pudieras decírmelo.

Sale disparada hacia la puerta. Yo me pongo en pie, tiro un billete de veinte sobre la mesa y voy detrás de ella.

La sigo hasta el aparcamiento y la arrincono junto al quiosco de los periódicos.

—¡No te vas a ir de aquí sin explicarme por qué está tu nombre en esta

escritura, junto al de mi marido!

Su cara ha perdido el color. Niega con la cabeza.

—No lo sé, Leah. Nunca me ha... No lo sé.

Se cubre la cara con las manos y oigo que está sollozando. Eso solo me pone más furiosa. Doy un paso amenazador en su dirección.

—Te estás acostando con él, ¿verdad?

Ella aparta las manos y me fulmina con la mirada.

—No. ¡Pues claro que no! Estoy enamorada de mi marido.

Está claro que se siente insultada por que la haya acusado siquiera de algo así.

—¡Y yo estoy enamorada del mío! —Se me rompe la voz—. Entonces..., ¿por qué está él enamorado de ti?

Me mira con verdadera aversión.

—No lo está —dice simplemente—. Te eligió a ti.

Le duele tener que decirme esas palabras. Puedo ver la emoción que se derrama de su piel. Levanto la escritura y la agito en el aire.

—Te ha comprado una casa. ¿Por qué te ha comprado una puta casa?

Me arranca la escritura de entre los dedos y señala una fecha.

—¿Se te ha escapado este pequeño detalle? Fue mucho antes de ti, Leah.

—Estampa los papeles contra mi pecho—. Pero eso ya lo sabías. Así que, ¿por qué me has engañado realmente para que viniera aquí? —Trago saliva; una reacción nerviosa. Ella lo ve y sonrío con crueldad—. Debería haber dejado que te metieran en la cárcel, y lo sabes.

Se da la vuelta y camina hasta la puerta de su coche. Su declaración me pone furiosa. La sigo mientras clavo las uñas en mis palmas y respiro por la nariz.

—¿Para que pudieras tenerlo? —le espeto. La sangre palpita con fuerza en mis oídos. Me hago esa pregunta a mí misma a todas horas. La vuelvo a hacer—. ¿Deberías haber perdido el caso para que pudieras tenerlo?

Se queda paralizada y me mira por encima del hombro.

—Sí.

No esperaba la verdad, y eso me asusta. Abro la boca y me obligo a hablar.

—Pensaba que estabas enamorada de tu marido.

Ella suelta aire por la nariz. La acción me recuerda a un caballo agitado. Sus ojos se apartan de mis zapatos y caen con desprecio sobre mi rostro.

—También estoy enamorada del tuyo.

Capítulo veinticuatro El pasado

Antes de que Caleb y yo nos casáramos, rara vez permitía que mis padres estuvieran cerca de él por miedo de que se le pegaran las opiniones que ellos tenían de mí y comenzara a mirarme como lo hacían ellos. La mayoría de mis novios anteriores no habían captado sus insultos velados y su frialdad como padres. Pero Caleb era listo y los había calado bien; me había calado a mí, y había comenzado a hacer preguntas. Yo no quería que hiciera preguntas, ni tampoco la resignación que acabarían causando: Leah es una decepción. No es de verdad; tan solo una hija de segunda mano.

No quería que nadie supiera mis mierdas. Así que, durante los dos años de nuestro noviazgo, lo metía y sacaba de los eventos sociales junto a mi familia con meticulosa precisión. En general resultaba agotador: asegurarme de que nadie dijera demasiado, de que las conversaciones no profundizaran demasiado. Después de la boda, eso cambió. Tal vez me sentía más cómoda porque ya tenía el compromiso o tal vez fuera el hecho de que por fin le había contado la verdad sobre mi origen.

Nos invitaron a asistir a una cena en casa de mis padres una semana después de volver de nuestra luna de miel. Caleb todavía estaba enfadado por el hecho de que mi padre no hubiera querido acompañarme al altar.

—Yo no quiero ir, Leah. Lo que hizo fue una falta de respeto hacia ti; tiene suerte de que no se lo recriminara durante la boda. No voy a permitir que te trate de ese modo.

Eso me encantaba. Me sentí más valiosa en esos cinco segundos de lo que me había sentido en años.

—Por favor, Caleb. —Me puse de puntillas, me estiré y le di un beso en la barbilla—. Vamos a mantener la paz. Quiero mucho a mi hermana; no me gustaría causar un conflicto.

Él me sujetó los antebrazos y apretó con fuerza mientras entrecerraba los ojos.

—Si dice una sola palabra, Leah, una sola palabra que no me guste...

—Vas a pegarle un puñetazo en la cara —dije con firmeza.

Me dirigió una sonrisa torcida y me besó bruscamente en la boca, tal como me gustaba.

—Voy a pegarle un puñetazo en la cara como haya pato para cenar. Odio el pato.

Solté una risita contra sus labios.

—¿Y qué pasa si cuenta el chiste sobre el buceo?

—Eso también..., le voy a pegar por ese chiste.

Nos movíamos en dirección a la habitación, nuestros pies se arrastraban juntos y nuestros labios no se separaban. Entrelacé los dedos en su pelo, y los bordes de mis pensamientos se deshilaron hasta que se hicieron pedazos, y lo único en lo que pude pensar fue en su tacto y en su voz áspera en mi oído.

Más tarde, esa misma noche, llegamos a la puerta de casa de mis padres agarrados de la mano. Las dos semanas que habíamos pasado en las Maldivas nos habían dejado bronceados y relajados y todavía estábamos flotando en la calma de nuestras vacaciones, riéndonos, besándonos y tocándonos como si uno de los dos pudiera desaparecer. Caleb era mío por fin. Mientras mi mano buscaba el pomo de la puerta, mis pensamientos se dirigieron fugazmente a mi archienemiga. Mis labios se curvaron en una sonrisa tan llena de triunfo que Caleb inclinó la cabeza hacia un lado con expresión interrogativa.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Yo me encogí de hombros.

—Es solo que estoy feliz, nada más. Todo es perfecto.

Deseé poder decir: «Din, don, la bruja ha muerto». Pero la bruja no había muerto. Estaba en Texas..., lo cual era lo bastante bueno.

Mis padres y mi hermana estaban en el salón. Miraron a Caleb con expectación cuando entramos, casi como si estuvieran esperando a que anunciara que iba a dejarme. Hubo unos incómodos treinta segundos de silencio antes de que mi hermana se pusiera en pie para abrazarnos.

—¿Cómo ha ido? ¡Cuéntamelo todo!

Me tomó la mano y me condujo hacia el sofá. Eché un vistazo a Caleb, que estaba dándole la mano a mi padre. A mi padre le caía bien. Le caía tan bien que me pregunté lo que pensaría si se enterara de que Caleb lo odiaba. Sentí una enfermiza satisfacción al saber que había puesto a mi marido en su contra. Mi padre pensaba que podía ganarse a todo el mundo, y realmente quería la adoración de todos..., salvo la mía.

—Ha sido precioso —le aseguré a mi hermana—. Muy romántico.

Lancé una mirada rápida a Caleb. Mi hermana se inclinó más hacia mí.

—Llevan toda la mañana despotricando sobre cuánto les ha costado la

boda —dijo—. No saques el tema.

Sentí que mis mejillas se calentaban. Aquel era un comportamiento típico de mis padres. Por supuesto que pagarían la boda de su hija mayor. Por supuesto que sería extravagante y desmesurada para impresionar a sus amigos. Por supuesto que despotricarían después sobre cuánto dinero habían tenido que soltar por alguien que en realidad no era de su sangre. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Nadie sabía que yo no era suya en realidad. Hacer algo menos que eso proyectaría una sombra sobre su imagen perfecta de padres amorosos.

«Por favor, Dios, por favor, que no digan nada delante de Caleb.»

Mi hermana tenía una copa de vino tinto en la mano. Se la quité y bebí un sorbo.

Mi madre se estaba acercando a nosotras, y cada uno de sus pasos de pájaro llevaba un nuevo pensamiento temeroso a mi mente.

—Realmente deberías protegerte más del sol, Leah —me dijo mientras se sentaba delante de mí. Bajé la mirada hasta mi brazo bronceado. A pesar de que era de piel clara y pelirroja, me bronceaba como si fuera italiana—. Estás ridícula con ese color..., parece que te hayas hecho uno de esos bronceados de bote.

—Le queda bien, madre —le espetó mi hermana—. Solo porque tú tengas miedo del sol no significa que nosotras también debamos tenerlo.

Le lancé una mirada de agradecimiento a mi hermana y me puse tensa mientras esperaba el siguiente comentario insidioso.

—Caleb tiene buen aspecto —dijo mi madre mientras le echaba un vistazo; él seguía hablando con mi padre—. Es muy guapo. Siempre pensé que era un buen partido para ti, Courtney.

Sentí que me daba vueltas la cabeza y mi visión se emborronaba. Courtney emitió un sonido furioso desde el fondo de la garganta.

—Eso es demasiado inapropiado —siseó—. No solo la perfección no es mi tipo, sino que Leah y Caleb hacen mejor pareja juntos que cualquiera que conozco. Todo el mundo lo dice.

Mi madre levantó las cejas y yo encontré la lengua por fin.

—¿Por qué has dicho siquiera algo así? —le pregunté—. Después de todo lo que has hecho para ayudarme...

Ella inspiró por la nariz y tomó un sorbo de su copa de vino.

—Una mujer no tendría que luchar tan duro para estar con un hombre. Él debería querer estar con ella y ya está.

Mi hermana llevaba su mirada de la una a la otra.

—¿De qué estáis hablando?

Los ojos de mi madre se clavaron en los míos con una advertencia silenciosa.

—La cena ya debe estar lista —dijo—. ¿Por qué no vamos al comedor?

Mattia seguía preparando la mayoría de las comidas de mis padres. Había estado con mi familia desde que yo era una niña pequeña. Siempre estaba ansiosa por su cocina. Esa noche había hecho salmón con arroz hindú y glaseado de miel y mostaza. Me apretó el hombro mientras dejaba mi plato frente a mí.

—Felicidades —me susurró al oído, y yo le sonreí. Quería que asistiera a la boda, pero mis padres pensaron que sería inapropiado—. Tengo algo para ti —añadió—, tan solo un detallito. Te lo dejaré en la cocina.

Asentí con la cabeza y esperé que mi madre no lo hubiera oído. Siempre tiene un don para que los gestos hechos con el corazón parezcan estúpidos y cómicos.

Mattia salió del comedor después de colocar el último plato y yo dirigí mi atención a la conversación que mi padre tenía con Caleb. A pesar de sus actuales sentimientos hacia mis padres, Caleb se comportaba de forma sosegada y respetuosa con ellos, respondía a sus preguntas y les preguntaba él también en una secuencia perfecta.

Era un genio social. Yo lo atribuía al hecho de que siempre parecía ser capaz de llegar al interior de cualquier persona que conociera desde su primer encuentro, y de ese momento en adelante sabía automáticamente cómo manipular su estado de ánimo. Lo había visto hacerle una pregunta tras otra a un extraño, hasta que acababa rompiendo sus defensas. Al principio, el objeto de su interés parecía medianamente cauteloso y le daba respuestas censuradas. Caleb mezclaba sus preguntas inquisitivas con bromas y comentarios autocríticos que tranquilizaban a la otra persona. Nunca la juzgaba. Entrecerraba los ojos cuando era el turno de hablar de la otra persona; una encantadora forma de lenguaje corporal que decía: «Eres muy interesante, sigue hablando». Me encantaba verlo hablar con la gente. Me encantaba ver cómo se enamoraban de él. Para cuando terminaba una conversación con Caleb, la gente acababa tan conquistada por él que parecía decepcionada cuando terminaba la interacción. A él le importaba de verdad; esa era la diferencia entre Caleb y alguien que tan solo estuviera metiendo las narices. La gente captaba esas cosas con rapidez.

Caleb era mío. Por fin era todo mío. Le sonreí a mi salmón y mi hermana me dio una patada por debajo de la mesa. Formé con la boca las palabras «¿qué pasa?», pero ella tan solo negó con la cabeza y sonrió.

Después de la cena, volvimos a dirigirnos al salón. Mi padre era de la vieja escuela, así que sacó las copas y los puros en cuanto los demás nos sentamos. Caleb rechazó educadamente el puro, pero aceptó un dedo de *whisky* escocés.

Me senté junto a él mientras mi madre y mi hermana desaparecían en otra parte de la casa. Aquella era la hora de los hombres, pero no pensaba dejar al mío a solas con mi padre. No cuando estaba enfadado conmigo por todo el dinero que había tenido que desembolsar por la boda.

—¿Cuáles son vuestros planes? —preguntó mi padre, me ignoró intencionadamente y miró a mi marido. Sopló un trozo de tabaco de sus labios y yo aparté la mirada. Sus gestos comenzaban a fastidiarme.

Caleb se lamió los labios.

—Hemos hecho una oferta por una casa. Estamos esperando a que nos respondan.

—Espero que no tengas intención de dejar a Leah en casa. Necesito que vuelva a la oficina.

Caleb se puso rígido. Podía leer su lenguaje corporal como si fuera el mío. Quería oír lo que le iba a decir al gran, poderoso e intimidatorio señor Smith.

—No tengo intención de dejarla en ninguna parte —respondió—. Aparte de en mi cama, es libre de ir y venir como le plazca.

Me ahogué en mi propia saliva y me entraron ganas de reírme en la cara de mi padre. Era un hombre vulgar y lo había oído hacer toda clase de bromas, pero el comentario de Caleb lo había desarmado. Y él probablemente supiera que iba a ser así, siendo como era un brillante manipulador.

Mi padre se aclaró la garganta, tenía una leve sonrisa en los labios.

Caleb se giró hacia mí.

—¿Tenías pensado volver al trabajo, Leah?

Mi padre no estaba acostumbrado a eso. Quería lanzarle una mirada furtiva para ver cómo estaba llevando lo de que le pidieran su opinión a la que no era su hija.

—No lo sé —dije—. Podría pensármelo...

¿Por qué quería que regresara al trabajo? Tenía una horda entera de empleados para jugar a su juego corporativo. ¿A lo mejor es que lo estaba

intentando? ¿Estaba intentando, no sé..., ser mi padre? ¿Mi jefe? Me sorprendía que sugiriera siquiera que volviera al trabajo, ya que él creía que el lugar de una mujer después de casarse estaba en la casa.

Mi padre cambió de táctica en el último momento: giró su cuerpo hacia mí, se alejó de donde estaba Caleb y me convirtió en el único objeto de su atención.

Qué bonito.

—¿Qué dices, Leah? Has sido un activo muy valioso desde que llegaste. Te necesitamos para terminar el proyecto.

Por mucho que quisiera decirle que no, no era capaz de hacerlo. No sabía si la culpa era del alcohol o de mi persistente adicción a complacer al único hombre que no me quería, pero no podía darle la espalda cuando me estaba pidiendo que regresara. Sentía la necesidad de demostrarle que se había equivocado conmigo. Que no era la hija de una puta inútil, sino un activo valioso de su familia.

Asentí con la cabeza, aunque me sentí débil por doblegarme. Me estaba utilizando para algo, aunque todavía no había averiguado para qué. Me dolía la maldita alma. Caleb me estaba observando, así que le sonreí, pero sin duda mis ojos traicionaban mi intranquilidad. Podía verla descendiendo por mi garganta, hasta llegar al lugar donde latía mi corazón. Gracias a Dios, tenía la elegancia suficiente para no mencionarlo.

En el camino de vuelta a casa, Caleb me preguntó si de verdad quería regresar.

—Dijiste que estabas harta.

Miré con fastidio por la ventana y me puse a contar los faros de los coches que pasaban a nuestro lado.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué vas a volver? No le debes nada, Leah.

—Tú déjame hacerlo y ya está, no analices mis motivos.

Me echó un vistazo por el rabillo del ojo.

—De acuerdo. Tan solo prométeme una cosa. —Lo miré. En realidad, Caleb nunca pedía que le hicieran promesas—. Si hace algo parecido a lo que te hizo en la boda, márchate y no mires atrás.

—Vale —contesté.

Bajé la mirada hacia mi regazo, donde se encontraba el regalo de Mattia, envuelto en papel blanco perlado con unas campanitas decorativas. Deslicé la uña por debajo del celo y quité el envoltorio para revelar un juego de

azucarero y jarrita para la leche. Era barato, de esos que se compran en Marshalls, con cuerpos de cristal y mangos plateados, pero era de Mattia, y me encantaba.

Mattia era la única persona de mi casa que me daba abrazos. Siempre había podido contar con sus abrazos. Estaba a punto de bajar el volumen de la radio cuando Caleb lo subió.

Coldplay. Los escuchaba como si le susurraran verdades al oído. Nunca había comprendido su fascinación. Siempre trataban de disfrazar grandes conceptos con acordes de piano. Tamborileé con los dedos sobre el reposabrazos mientras esperaba a que la canción acabara. *Fix You...*, como si alguien pudiera arreglar a nadie. Si eso fuera cierto, a Caleb no le gustaría la música deprimente, sino que escucharía mierda feliz que representara nuestra relación. Cuando lo conocí, estaba ahogado en sus emociones por una mujer que le había roto el corazón. Me pasé años tratando de sacarlo de allí y al final solo conseguí una especie de alegría flotante que iba y venía según el día. A veces nos pasábamos semanas felices el uno con el otro, y entonces, de repente, el viento cambiaba de dirección y Caleb se convertía en la persona melancólica y sombría que había conocido aquel día en la fiesta del yate.

Pero entonces..., en ese momento..., en ese día..., era feliz. Miré a su cara mientras cantaba la letra de la canción y entrelacé nuestros dedos. Me había dicho que podía confiar en él.

Capítulo veinticinco El presente

Mientras conduzco de vuelta a casa después de mi encuentro con Olivia, me dedico a sollozar y a soltar improperios de forma intermitente. El mundo entero parece enfocarse y desenfocarse mientras sopeso las posibilidades de perder a mi marido. Las palabras de Olivia se entremezclan con mis pensamientos, hasta que casi me estampo contra un camión de la basura. En cuanto entro por la puerta principal de la casa, voy en línea recta hacia donde está Sam, con Estella envuelta en una manta. La tomo entre mis brazos y la abrazo contra mi pecho. Ella se retuerce y suelta un lloriqueo de protesta. Sam me la quita y ella deja de llorar, pero yo se la vuelvo a quitar.

—Tómate el día libre —le digo mientras examino el rostro arrugado de la niña—. Ya va siendo la puta hora de que aprenda a soportarme.

Sam levanta las cejas. Estoy a punto de decirle que no me gusta la expresión de su cara cuando se da la vuelta y se marcha. Puedo verlo a través de las puertas acristaladas. Toma las llaves de la encimera de la cocina y se marcha dando zancadas, sin echar una mirada atrás. Vuelvo a mirar a Estella.

—A lo mejor podríamos volver a intentarlo. Si conseguimos averiguar cómo soportarnos, tu papi tal vez se quede.

Ella agita los puños y me mira pestañeando. En realidad es bastante mona.

Estiro las piernas hacia fuera y la dejo sobre mis muslos. Le hablo durante los siguientes treinta minutos sobre la vida, hasta que comienza a gritarme. Entonces entramos en la casa otra vez para cenar. Después de meterla en la cama, me pongo el conjunto de lencería más *sexy* que tengo y espero. Cuarenta minutos más tarde, oigo la llave de Caleb en la cerradura.

Cuando llego corriendo al vestíbulo, lo veo cerrando la puerta de entrada tras él. Me quedo paralizada y, cuando levanta la mirada, no estoy segura de quién se siente más aturullado.

—Tan solo he venido para recoger algunas cosas.

No quiere mirarme. Doy unos cuantos pasos hacia él. Quiero tocarlo, decirle que lo siento.

—Caleb, por favor..., hálame.

Él clava los ojos en mí, pero no veo en ellos ni una pizca de la calidez

que solían tener. Me encojo. ¿Ha desaparecido todo lo que había entre nosotros?

—Volveré mañana a por ella. Tan solo he venido para recoger algunas cosas —repite. Pongo la mano sobre su pecho y él se queda inmóvil. Pero entonces me sujeta la muñeca—. Para. —Esta vez me mira a los ojos—. Usas el sexo como si fuera un arma, pero no me interesa.

—¿No pasa nada cuando Olivia lo usa, pero a mí me condenas?

Se me escapan las palabras antes de que pueda detenerlas.

—¿De qué estás hablando?

Pienso en mi conversación con Sam. Si quiero saber más sobre su relación con Olivia, probablemente ahora sea el momento de preguntarle, dado que ya está enfadado conmigo.

—¿Por qué no te acostaste nunca con ella?

Él reacciona de forma instantánea y me sujeta por los hombros para apartarme de su camino. Se dirige hacia la escalera, pero yo lo sigo.

—Venga ya, Caleb. Le permitiste utilizar el sexo, o la falta de él, como arma. ¿Por qué?

Me fulmina con la mirada.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Puede ser. Pero eso es porque nunca hablas sobre ella. Y quiero saber qué ocurrió exactamente entre vosotros dos.

—Me dejó —contesta—. Fin de la historia.

—¿Qué hay de la segunda vez? —lo desafío—. Durante tu amnesia.

—Me dejó otra vez.

Su confesión me provoca una herida muy profunda.

—¿Por qué nunca hablaste conmigo sobre lo que hizo? ¿Sobre cuando volvió y te mintió?

—¿Por qué tú no me lo preguntaste nunca? —contraataca.

—Porque no quería saber... —Comienza a darse la vuelta—. Pero ahora sí —añado.

—No.

—¿No? —Lo sigo por los primeros escalones—. Quiero saber por qué la contrataste como mi abogada..., por qué no estabas enfadado con ella por mentirme.

Se da la vuelta con tanta rapidez que casi me caigo.

—La contraté como tu abogada porque sabía que iba a ganar. Sí que estaba enfadado con ella..., y todavía lo estoy.

—¿Por qué? —grito tras él, pero ya se ha ido.

Capítulo veintiséis El pasado

Hay que saber una cosa sobre mí: soy de escarbar. Y si no encuentro lo que busco, escarbo aún más hondo, con más ahínco. Escarbo hasta encontrarlo. Lo único en lo que no era capaz de escarbar era en mi propia mente. No quería verlo.

Mi padre actuaba de forma extraña, incluso para ser él. Lo había pillado dos veces tomándose un puñado de pastillas. Las únicas pastillas que le había visto tomar alguna vez eran vitaminas, pero aquello no eran vitaminas. Encontré el bote en el cajón superior de su escritorio.

En la etiqueta ponía que era un vasodilatador, una medicación para la presión arterial alta. Pero en el mismo bote también había una pastilla que reconocía: Klonopin, un ansiolítico. Mi padre tenía ansiedad. Quería saber cuánto tiempo llevaba tomándolas y por qué las estaba tomando. Mi padre siempre había sido el hombre más sano que había conocido jamás. A sus sesenta años tenía abdominales. Eran unos abdominales de hombre mayor, pero los tenía. Se burlaba de la gente que sufría de cosas como depresión o ansiedad, lo cual resultaba irónico, ya que él les proporcionaba medicación.

Llamé a mi madre. Su voz gorjeó al otro lado de la línea cuando le pregunté por las pastillas.

—Está bien —afirmó—. Ya sabes cómo se ponen las cosas en la oficina. Está bajo mucho estrés con este nuevo medicamento que está probando.

Mantuve el teléfono pegado a mi oreja. Lo que dijera a continuación podía o bien acabar con la conversación o decirme exactamente lo que necesitaba saber. Abrí mi ejemplar de «Manipulación de madres básica».

Por lo que sabía, las pruebas de nuestro medicamento más reciente, Prenavene, estaban siendo exitosas. Todos los días tenía que firmar los papeles que Cash o mi padre enviaban a mi despacho. El medicamento llevaba más de cinco años en fase de pruebas. Nos encontrábamos en la etapa final antes de comercializarlo. ¿Por qué iba a tener ansiedad mi padre por un proyecto exitoso?

—Seguro que está fatal —dije, y empleé todas mis fuerzas para sonar comprensiva. Casi podía verla asintiendo con la cabeza al otro lado de la línea.

—Ojalá pudiera darle un bofetón a ese hombre horrible —susurró ella—, el que dijo que el Prenavene le provocó un infarto de miocardio. Tu padre contrató a un detective privado, ¿sabes? El hombre era un infarto andante. Había historial en su familia y pesa más de ciento treinta kilos.

Decía lo de «ciento treinta kilos» como si fuera un insulto. Tardé unos segundos en asimilar las palabras «infarto de miocardio».

Hostia puta.

¿Por qué no me había enterado yo de eso? ¡Un infarto de miocardio durante la fase de pruebas de un medicamento era algo gordo! Era suficiente para cancelar las pruebas hasta que se pudiera reformular el medicamento. No sabía qué decir después de ese anuncio. ¿Por qué? ¿Por qué iba a arriesgarlo todo mi padre? Sin querer que supiera que acababa de desvelarme algo de lo que yo evidentemente no estaba enterada, la escuché mientras seguía farfullando unos cuantos minutos más. Necesitaba utilizarla para conseguir más información. Me tragué la traición que sentía en la garganta y le dije que tenía otra llamada entrante.

¿Por qué me había ocultado mi padre algo así? ¿Por qué no había cancelado la experimentación? Pensé en llamar a Cash, pero era evidente que su lealtad estaba con mi padre si no me lo había contado todavía. Iba a tener que averiguarlo por mi cuenta, escarbando. Dinero. Esa tenía que ser la razón. En la última reunión de ventas, había mencionado que estas habían bajado. El Prenavene era una forma de hacer que resurgiera la empresa. ¿De verdad estábamos tan desesperados por un medicamento nuevo como para que hiciera algo así? ¿Para que lo arriesgara todo?

A la mañana siguiente, fui temprano al trabajo. Mi padre llegaba a las seis en punto todos los días, así que tenía una hora antes de que apareciera. Tenía llaves de repuesto de su despacho. Abrí la puerta y encendí mientras la luz. Caminé hasta su ordenador y lo encendí tamborileaba con los dedos sobre el escritorio. Su nivel de acceso al sistema era mayor que el mío, por lo que necesitaría sus contraseñas para acceder a sus archivos. Solté una maldición y escribí la fecha del aniversario de mis padres, pero en la pantalla apareció un mensaje de «Código incorrecto». Había sido un intento terrible por mi parte: él no era una persona precisamente sentimental.

Probé con fechas de cumpleaños, el de mi hermana y el mío. Nada. Finalmente, probé con las coordenadas de su cabaña de caza en Carolina del Norte. El sistema se abrió mágicamente y tuve toda la red de OPI-Gem frente a mí. Hice clic en el icono del Prenavene y me sumergí en su contenido.

Era cierto. Oh, Dios, todo era cierto. Para cuando cerré con llave la puerta de su despacho, tenía información suficiente como para cerrar la empresa de mi padre y meterlo en la cárcel durante el resto de su vida. Lo peor de todo era que quería hacerlo. No, en realidad no. Era mi padre..., bueno, más o menos. Era quien me había criado. O tal vez lo había hecho Mattia. Ya ni siquiera estaba segura de eso.

El corazón me palpitaba con fuerza mientras me dirigía hacia el ascensor. Iba a decir que estaba enferma. No podía mirar a toda esa gente a la cara sabiendo lo que sabía. Tenía que averiguar qué hacer. Tenía que encontrar la forma de saber exactamente quién estaba involucrado y a quién se lo estaban ocultando todo, al igual que a mí. Tenía la cabeza gacha mientras se abrían las puertas. Cuando levanté la mirada, me lo encontré frente a mí, con un periódico bajo el brazo. Mierda, ¿por qué no había pensado en utilizar las escaleras?

Cuadré los hombros y me obligué a sonreír.

—Buenos días, papá.

Él asintió con la cabeza mientras salía del ascensor. Después, de forma repentina, se detuvo.

—¿Por qué estás aquí tan temprano?

La mentira salió de mi boca con facilidad.

—No me encuentro muy bien hoy. Tan solo he venido a recoger algo de trabajo, voy a tomarme el día libre.

Entrecerró los ojos.

—No tienes mal aspecto. Vete a casa a cambiarte y vuelve a venir. Necesito que estés aquí hoy.

—Estoy enferma —dije, como si no me hubiera oído la primera vez.

—Esta es una empresa farmacéutica, Johanna. Ve a por unas muestras del almacén y automedícate.

Me quedé mirando el pasillo vacío durante un minuto entero después de que desapareciera en su despacho. ¿De verdad acababa de suceder eso? Pues claro que sí. Mi padre no se había tomado un día libre por enfermedad en veinte años de trabajo, ¿qué me hacía pensar que eso me serviría como excusa? Entré en el ascensor y las puertas se cerraron. Si me daba prisa, podría regresar en cuarenta minutos.

Capítulo veintisiete El presente

Caleb se lleva al bebé a su apartamento el día después de venir a recoger su ropa. Tiene el rostro sombrío y decidido mientras permanece en la puerta y me permite despedirme de la niña. Le doy un beso en la pelusa rojiza de su cabeza y sonrío con despreocupación. Estoy tratando toda esta situación como si se fueran al supermercado en vez de estar mudándose. «Debes tener paciencia y aguardar el momento. Que vea lo difícil que es ocuparse de un bebé él solo». Me siento muy satisfecha conmigo misma mientras se alejan por el camino de entrada. A veces, un poco de separación es bueno para el alma. Caleb es un hombre de familia. En unos cuantos días volverá y yo lo intentaré con más ahínco. Todo saldrá bien. Estella es mi seguro. Ella nos mantendrá juntos, sin importar lo mal que se pongan las cosas.

Cuando las luces de su coche desaparecen, abro el congelador y saco dos paquetes de verduras congeladas. Los llevo a la mesa, hago agujeros en el plástico con los dedos y comienzo a meterme guisantes en la boca. Hay cosas que podría hacer para mejorar la situación. Katine lleva a sus hijos a clases de «mamá y yo». Se sientan en círculo, cantan y aporrean unas putas panderetas.

Suena el timbre. Me meto un puñado de judías congeladas en la boca y me dirijo hacia la puerta. A lo mejor Caleb ya ha cambiado de idea.

Pero mi marido no es quien está en el umbral. Echo un vistazo al hombre que hay allí.

—¿Qué quieres?

—He venido a ver si estabas bien.

—¿Por qué no iba a estar bien? —le espeto. Hago ademán de cerrar la puerta, pero él pasa junto a mí y entra en el vestíbulo—. No deberías estar aquí.

Mis palabras bien podrían ser vapor. O bien no lo alcanzan o bien él tiene sus propias intenciones ocultas, tal como es habitual. Me mira por encima del hombro y su sonrisita de suficiencia me resulta tan familiar que siento vértigo.

—Pues claro que debería estar aquí. He venido a ver cómo está mi cuñada. Es lo que hace la familia, sobre todo ahora que mi hermano te ha dejado.

Cierro la puerta de golpe y los cuadros de la pared se tambalean.

—No me ha dejado, pedazo de imbécil.

Paso a zancadas junto a él y me siento a la mesa con mis guisantes. Él se acerca un momento después y comienza a examinar las fotos de la pared, como si nunca las hubiera visto. Me como los guisantes uno por uno mientras lo observo.

Finalmente, se sienta frente a mí y cruza las manos sobre el mantel.

—¿Qué has hecho esta vez?

Aparto la mirada de la expresión engreída de su rostro.

—No he hecho nada. Todo está bien. No me ha dejado.

—He oído que no te han dado el premio a la madre del año.

Me muerdo el interior de la mejilla y me niego a responder. Seth se levanta y se dirige al armario del alcohol para servirse un dedo del *whisky* escocés de Caleb.

—Si sigues así, mi hermano pequeño tal vez acabe rellenando los papeles esta vez. Un hombre solo puede soportar cierta cantidad de tus infinitos disparates.

Le lanzo una mirada envenenada.

—¿Y después qué, Seth? ¿Te mudas a nuestra casa y te adueñas de su vida?

Esta vez he logrado desequilibrarlo. Se lleva la copa a los labios sin romper el contacto visual conmigo. A diferencia de los de su hermano, los ojos de Seth son grises. En este momento, casi puedo ver el humo saliendo de ellos.

—¿He dado en la diana, hermano mayor? ¿Otra vez quieres lo mismo que tiene Caleb?

Me pongo en pie y hago ademán de pasar junto a él, pero me sujeta el antebrazo. Forcejeo para liberarme, pero él me lo aprieta hasta que me quedo inmóvil.

Su boca está muy cerca de mi oreja.

—Tal vez debería decirle que ya he tenido lo que es suyo.

Me libero de un tirón.

—Lárgate de mi casa.

Él deja la copa sobre la mesa, me guiña un ojo y se dirige hacia la puerta.

—Creo que iré a visitar a mi sobrinita hoy. Adiós, Leah.

La puerta se cierra.

—Hijo de puta —digo, y de forma literal.

Vuelvo a la cocina y agarro el teléfono. Necesito salir de ahí, hacer algo, pero... nada que sea destructivo. Dejo atrás el nombre de Katine y me detengo en el de Sam.

—¿Qué pasa, gay? —lo saludo.

—Eso es un poco ofensivo, Leah.

—Había pensado que podíamos ir de compras hoy. ¿Y tal vez a comer?

—Que sea gay no significa que vaya a ser tu ardiente secuaz.

—Anda, venga ya. ¡Te gusta el vino! Podríamos tomar un vino..., ir a Armani...

—Hoy estoy ocupado —dice—. Tengo que hacer unos recados.

—Pues voy contigo. Ven a recogerme.

Suelta un suspiro.

—Bueno, vale. Pero será mejor que estés preparada cuando toque la bocina.

—Tendrás que venir a la puerta, como un caballero —replico antes de colgar.

Subo al piso de arriba para cambiarme y vuelvo abajo justo a tiempo para oír el molesto ruido de la bocina de su *jeep*. Me siento en el sofá y me aliso el vestido. No voy a acudir a su llamada. Dejo pasar un minuto o dos mientras espero oír sus golpes en la puerta, pero, en lugar de eso, oigo el *jeep* bajando por el camino de entrada. Antes de que pueda marcharse, me levanto de un salto y salgo corriendo.

—Menudo gilipollas eres —le digo al sentarme en el asiento delantero. Él me hace una mueca para mostrar su desagrado.

—No voy a jugar a ningún juego contigo, Leah. ¿No te cansas de tratar siempre de ganar?

—No —respondo bruscamente—. Eso me convertiría en una perdedora.

Niega con la cabeza y sube el volumen de la música para ahogar cualquier cosa que pudiera querer decirle. Me quedo sentada en silencio, fumando. No sé adónde vamos, pero me alegra estar fuera de casa, pues está demasiado saturada de recuerdos. Quiero... no, necesito estar lejos de Caleb durante unas horas. Volver a mis raíces.

Bajo el volumen de la radio. Los Coldplay de los cojones. ¿Qué puto hechizo le han hecho a todo el mundo? No son más que unos pretenciosos. Cuando Caleb vuelva a casa, lo voy a obligar a tirar todos sus discos.

—Vayamos a hacer algo divertido.

Sam se pasa la mano por la cara.

—Como sigas, te voy a llevar de vuelta ahora mismo para que puedas sentarte en tu casa grande y vacía y rumiar sobre tu vida pequeña y vacía. ¿Me has entendido?

—Madre mía, eres un aguafiestas.

Me quito un trozo de tabaco de la lengua y lo tiro por la ventana del *jeep*. Sus palabras me hacen daño. Sam es de los que siempre van directos al grano, pero ahora mismo lo que necesito son mimos y que me digan que soy guapa.

Diez minutos después, entramos en el aparcamiento de un Wal-Mart. Bajo de inmediato los pies del salpicadero.

—Ah, ¡ni de coña! No pienso entrar ahí. —Él se encoge de hombros y sale del coche—. ¡Sam! —lo llamo—. Wal-Mart me da urticaria.

Después de unos segundos, salgo del coche y corro hacia él. Lo sigo hasta la parte trasera de la tienda, donde mete una docena de bombillas verdes en un carrito. Después lo lleva alocadamente hasta la sección de la comida.

—¿Para qué necesitas tantas botellas de Perrier?

Lo observo mientras mete una botella de agua tras otra dentro del carrito y las coloca en la parte baja para que no se rompan.

—Son para Cammie —me explica.

Se me salen los ojos de las órbitas.

—Pero... ¿vas a...? ¿Tienes que llevárselas?

—Sí, vamos a ir allí ahora.

Me deslizo tras él llena de pánico mientras se dirige hacia la caja.

—¿Puedes dejarme en casa primero?

Lo último que quiero ver es la cara de esa rubia arrogante. Menuda zorra.

—Vamos a ir allí después de esto. Va a dar una fiesta y se le olvidó comprar estas cosas.

—Qué buen primo que eres —murmuro entre dientes. ¿Por qué he dejado que me convenciera para que viniera? Debería haberme quedado en casa, tal como quería hacer.

Mientras las cosas avanzan en la cinta, añado un paquete de caramelos de menta. Cuando Sam me mira, yo me encojo de hombros.

Me quedo quieta y en una espiral de ansiedad durante todo el trayecto de quince minutos. Me como un caramelito de menta tras otro, hasta que el paquete se queda vacío y noto la lengua en carne viva. Sam me lo quita de

entre las manos con los ojos muy abiertos.

—¿Te has vuelto loca? ¿No ves que te pueden sentar mal si comes tantos?

Me siento sobre mis propias manos y miro por la ventana. Estamos en Boca. La casa de Cammie está en un barrio lujoso y con acceso privado. Sam se detiene frente a una casa con macetas en las ventanas y sale del coche. Yo me encojo en mi asiento, aunque el *jeep* descapotable no me ofrece demasiadas posibilidades para esconderme.

—Oye. —Le da una patada al lateral del coche en el que yo estoy—. Ayuda un poco.

Le lanzo una mirada de incredulidad. ¿De verdad espera que lo ayude a llevar las bolsas ahí dentro? Parece que sí. Ay, mierda.

Lleva las bolsas hasta el lateral de la casa y abre una verja que supongo que llevará al jardín trasero. Bueno, ir al jardín trasero me parece aceptable. Me bajo del coche y saco un par de bolsas del maletero. En cualquier caso, siento cierta curiosidad por el motivo de esta fiesta. En cuanto doblo la esquina que da al jardín, me encuentro cara a cara con Cammie.

Ella me dirige una mirada con los ojos muy abiertos y grita el nombre de Sam. Él viene corriendo con los brazos cargados de cajas.

—¿Qué es esto? —pregunta Cammie con voz aguda—. ¿Qué está haciendo aquí esta sucia pelirroja?

Le lanzo las bolsas. Sam suelta las cajas y le lanza una mirada envenenada.

—Caleb la ha dejado —le explica, mientras me pasa el brazo alrededor de los hombros—. Así que pórtate bien.

—No me ha dejado —le aseguro a Cammie.

Ella se pone las manos en las caderas.

—Me da igual quién dejara a quién. Pon ahí esas malditas botellas.

Señala en dirección a una mesa y yo las llevo hacia allí. Echo un vistazo a mi alrededor. El jardín es espacioso y tiene una piscina con forma de judía y un *jacuzzi*. Hay hombres colocando mesas alquiladas por el jardín y sacudiendo manteles de lino blanco.

—Hola.

Doy un respingo. Un hombre que lleva un enorme altavoz se acerca a mí. Lo deja sobre la mesa y me sonrío. Yo lo observo con incertidumbre. No sé si Cammie va a gritarme por hablar con él, porque está un poco mal de la cabeza. El hombre es atractivo. Todo en él es oscuro, a excepción de los ojos

azules. Me pregunto distraídamente si será parte del equipo de preparación de la fiesta.

Extiende la mano hacia mí y, sin pensármelo, yo se la tomo.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta al ver que no le digo mi nombre. Me está dirigiendo una sonrisita, como si pensara que soy graciosa.

—No es nadie —dice Cammie, que llega junto a nosotros y separa nuestras manos.

—¡Cammie! —se queja él. La mira con cariño y después vuelve a mirarme a mí. ¿Será su novio? No. Ella no es el tipo de este tío.

Cammie grita el nombre de Sam. Él dobla la esquina; viene trotando y comiéndose mientras una bolsa de patatas fritas.

—¡Llévatela a casa! —dice, y me lanza una mirada envenenada.

El hombre inclina la cabeza hacia un lado. Señala a Sam y parece estar haciendo alguna clase de conexión mental. Cuando sus ojos regresan a mi rostro, parece que ha atado cabos. Su cara entera se ilumina.

—Eres Leah —dice con asombro. Lleva gafas, y quiero quitárselas para poder verle mejor los ojos.

—¿Y tú eres...?

Vuelve a tenderme la mano. Antes de que yo pueda volver a tomársela, Cammie la aparta de un golpe.

—Tío —dice mientras lo señala—. Mejor no jugar a este juego.

Él la ignora.

—Soy Noah —me contesta.

Me siento abrumada por su amabilidad. Me siento abrumada por su..., ¡oh, Dios! ¡El marido de Olivia!

Recobro la compostura antes de soltar un gruñido. Esta fiesta es para Olivia. Estoy en casa de su mejor amiga mirando a su marido a la cara. Ay. Dios. Mío.

—Será mejor que me vaya —murmuro ante la delicada cara de Noah. Cammie asiente vigorosamente con la cabeza, pero Noah niega con la suya.

—No pareces ni la mitad de loca de lo que me imaginaba. —¿He oído bien? ¿De verdad acaba de decir eso?—. Olivia mencionó algo sobre una gárgola pelirroja con colmillos.

Lo miro y pestañeo. Así que le ha hablado sobre mí. Me pregunto si habrá mencionado el numerito de destrozarle el apartamento... o el numerito de mandarla lejos de la ciudad... ¿o el juicio? Por alguna extraña razón, no quiero que su marido piense que soy mala persona.

—Noah —dice Cammie mientras le sacude el brazo—. ¿Podrías no confraternizar con el enemigo? Tenemos cosas que hacer.

—Ella no es el enemigo —replica él sin apartar los ojos de los míos—. Tan solo pelea sucio.

Pues sí, lo sabe. Me siento como si estuviera en un trance. Si este tío me pidiera que saltara por un precipicio, probablemente lo haría. Joder. Pues claro que lo haría.

Olivia se ha casado con un Gandhi *sexy*. No me extraña que quiera a su marido. Me aclaro la garganta y miro a mi alrededor, al jardín.

—Entonces, ¿esta fiesta es para ella?

Cammie suelta un gritito desde algún lugar en el fondo y Noah asiente con la cabeza.

—Sí, es su cumpleaños. Es una sorpresa.

Qué bonito. A mí nadie me organiza fiestas de cumpleaños. Trago saliva con fuerza y me aparto de la mesa.

—Pues encantada de conocerte —le digo—. ¿Sam?

Él me toma del hombro en un segundo y me dirige hacia la puerta. Yo miro por encima del hombro en dirección al marido de Olivia, que trastea con el altavoz. Cammie agita las manos en el aire, sin duda expresando sus sentimientos sobre mí mientras él la ignora.

Joder. ¿Qué tiene esa mujer que yo no tenga? ¿Por qué se enamoran de ella los hombres como Noah y como mi marido?

Capítulo veintiocho El pasado

La presión en el trabajo cambió después de que descubriera los resultados manipulados del Prenavene. Era como si mi padre supiera que había descubierto su secreto y estuviera dispuesto a hacérmelo pagar. La atención que siempre había deseado de él había aparecido de pronto. Salvo porque no era el amor cálido y paternal que había esperado. Se volvió hostil y exigente y a menudo me insultaba delante de otras personas. En unas cuantas ocasiones, al levantar la mirada, me lo encontraba mirándome fijamente, con una expresión tan furiosa en la cara que me sentía hasta mareada. Echaba de menos el ceño fruncido en el que me había ocultado cuando no daba muestras de saber que existía. Estaba más segura fuera de su vista. La pregunta más importante era cómo lo había averiguado.

Era Cash. Tenía que haber sido ella. Le había hecho preguntas detalladas sobre el periodo de pruebas, y ella tenía que habérselo desembuchado a mi padre. Y lo peor de todo era la forma que tenía mi padre de tratarla a ella, como si fuera su puta hija, perdida hacía mucho.

El marrón llegó una semana antes de mi cumpleaños. Mi padre convocó una reunión familiar en casa. A Caleb le pareció extraño, pero yo ya sabía lo que iba a pasar. Pensé en avisarlo de antemano en el coche, durante el camino de ida, pero decidí que sería mejor que se enterara por Charles Austin, el fraude farmacéutico. De ese modo, yo podría hacerme la inocente y fingir que no sabía nada sobre sus chanchullos.

Cuando llegamos a casa, todos nos estaban esperando en el salón. Me senté en el sofá de dos plazas con Caleb, que inspeccionaba la reunión con creciente sospecha. Me miró para ver si sabía algo y yo me encogí de hombros. Mi hermana, que estaba sentada junto a mi madre, me miró con repentina comprensión en el rostro.

—Estás embarazada, ¿verdad? A eso viene todo esto.

Negué con la cabeza, aturdida por su falta de termostato emocional. Nada malo tocaba jamás a mi hermana. Sentí una punzada de celos que llegó a los veinte tonos distintos de verde.

—Johanna no va a tener un bebé —dijo mi padre—. Me temo que esto es algo más serio.

Durante un momento, me pregunté qué podría ser más serio que un bebé. ¿Dejaría siquiera que mi bebé lo llamara «abuelo»? Caleb se puso tenso junto a mí. Cuando mi padre mencionó lo del bebé, me tomó de la mano y me la apretó.

Mi padre miraba a Caleb mientras hablaba. Así es como eran las cosas con él. Si había un hombre en la habitación, era a él a quien miraría, incluso aunque estuviera a punto de informar a su mujer y a su hija sobre su inminente fallecimiento.

Yo lo escuché todo mientras aferraba la mano de mi marido, como si fuera lo único que me mantuviera anclada a la cordura. A pesar de la furia que sentía hacia mi padre, esperaba que no estuviera metido en demasiados problemas. Pero ¿acaso era eso posible cuando hacías algo parecido?

Nos habló sobre las pruebas del medicamento y, cuando admitió haber manipulado los resultados, sentí que Caleb se ponía rígido. Acabó su historia con un bonito puñetazo en mi estómago.

—Han levantado cargos contra mí. También van a investigar a Johanna. Caleb se levantó de un salto.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver Leah con todo esto?

—Su firma está en todos los documentos. No se podría haber hecho ninguna de las pruebas sin su firma. Lo mismo ocurre con los resultados.

Hice un ruido que sonaba como miedo estrangulado. Caleb bajó la mirada hacia mí, con los ojos encendidos como dos esferas de ámbar ardiente. Los entrecerró.

—¿Esto es cierto? ¿Sabías lo que estaba pasando?

Negué con la cabeza.

—Tan solo firmé lo que me dijo que firmara. Yo no sabía nada sobre los verdaderos resultados.

Él giró la cabeza de golpe hacia mi padre.

—Vas a decirles que...

Lo señaló con el dedo. Creo que nunca había visto a Caleb señalando a nadie con el dedo. Mi padre negó con la cabeza.

—No va a suponer ninguna diferencia, Caleb.

En ese momento sentí cuál era mi valía. Un penique. Era una moneda tirada a un lado de la acera, un mugriento trozo de metal atrapado en el fondo de un posavasos, bajo los cojines del sofá, en una cartera vieja y bajo el frigorífico, entre una uva pasa y un pelo sin identificar: así era yo. Mi padre no veía ningún valor en mí, salvo para utilizarme cuando se quedaba corto.

Joder. Joderjoderjoder.

La voz de Caleb era como roca dura rechinando contra la gravilla. No fui capaz de distinguir lo que decía hasta que ya era demasiado tarde. Oí las palabras «es tu hija» justo antes de que se abalanzara hacia él. Vi el temblor y la impresión en el rostro de mi padre mientras mi guapísimo novio de pelo cobrizo le lanzaba un puñetazo que haría asentir en señal de aprobación a Mike Tyson. Mi hermana y mi madre comenzaron a gritar y yo me cubrí las orejas. Cualquiera diría que nunca habían visto cómo ponían a un hombre en su lugar. Quería que Caleb le pegara otra vez, sobre todo por no quererme, pero también porque oficialmente estaba metida en el fondo de un barril lleno de problemas.

—¡Caleb! —Lo sujeté y tiré de él. Su cuerpo todavía se retorció en dirección a mi padre, como si quisiera volver a pegarle—. Déjalo. Quiero irme de aquí.

Su mandíbula daba miedo. Muchísimo. Prefería meterme en una habitación con un centenar de pumas hambrientos antes que estar en una habitación con esa mandíbula.

Caleb me tomó la mano. Mi padre, el gran Charles Austin Smith, había caído boca arriba sobre el diván, la sangre de la nariz se le colaba entre los dedos y tenía la cara del color del hígado crudo. Antes de salir de allí, me detuve. Mi respiración seguía el ritmo de mi corazón. Caleb me miró con expresión interrogativa y yo negué con la cabeza. Me giré hacia mi familia. Los tres estaban apiñados alrededor del rostro sangrante de mi padre. Los ojos de mi madre estaban aterrorizados mientras trataba de limpiar la sangre con una servilleta. Mi hermana repetía «papá» una y otra vez mientras lloraba. Me sentí repugnada y aterrorizada al observarlos. Por primera vez, no quería pertenecer a esa familia. No quería ser parte de ese trío sangrante de cobardes.

—¿Papá? —Él levantó la cabeza y sus ojos inyectados en sangre se encontraron con los míos. Mi madre y mi hermana dejaron de llorar para mirarme también—. Papá —repetí—. Nunca más voy a volver a llamarte así. Probablemente no te importe, y no pasa nada, porque a mí tampoco. Prefiero ser la hija bastarda de una prostituta que tener que compartir tu sangre.

Caleb me apretó la mano, y entonces salimos.

Dos días más tarde, mi padre murió.

Capítulo veintinueve El presente

Decido cotillearle el Facebook a Cammie. Lo juro: todo lo que hace esa rubia estúpida es subir fotos de su comida. Odio esas cosas. No pierdo la esperanza de ver algo de Caleb o de esa zorra, Olivia. Inicio sesión en mi cuenta, que apenas utilizo, y escribo el nombre de Cammie. Quiero ver si ha subido fotos del cumpleaños de Olivia. Quiero ver si Caleb ha estado ahí. «Eso es una estupidez», me digo a mí misma. Olivia está casada con un Gandhi *sexy*, así que ni de coña habrían invitado a Caleb. De todos modos, examino todas las fotografías y busco un trozo de sus manos, sus pies o su pelo. Lo único que veo son fotos de Olivia. Alguien le sacó una foto justo cuando llegó a la fiesta sorpresa. Tiene la boca abierta y, si alguien no supiera la verdad, pensaría que la estaban apuntando con una pistola en lugar de gritarle: «¡Feliz cumpleaños!». Lleva unos vaqueros y una camiseta ajustados. Inspiro por la nariz mientras miro las fotos. Olivia abrazando a Noah, Olivia riendo con Cammie, Olivia soplando las velas de una torre de *cupcakes*, Olivia disparando a alguien con una pistola de agua, Olivia siendo empujada a la piscina...

Entonces llego hasta una foto de Olivia abriendo un regalo. Está sentada en una silla y tiene una caja abierta sobre el regazo, pero la expresión de su rostro es de todo menos feliz. Tiene las cejas arrugadas y su boca está fruncida en una mueca que la caracteriza. Miro la caja y trato de descubrir lo que hay en su interior, pero lo único que puedo ver es su papel azul metálico. Cammie había acompañado la imagen de un texto: «¿¿No sabes de quién es?? Admítelo o no tendrás tarjeta de agradecimiento».

Miro el paquete con actitud sospechosa. ¿Qué podría haber en su interior que la horrorizara tanto? Paso a las siguientes fotos, pero Olivia no aparece en ninguna de ellas. Es como si hubiera desaparecido después de abrir ese paquete. Me meto un puñado de zanahorias apenas descongeladas en la boca. Echo la silla hacia atrás y voy en busca de Sam, a quien encuentro doblando ropa limpia en el cuarto de la niña. Estella está con Caleb, pero Sam ha estado viniendo de todos modos para ayudarme a sobrevivir.

—Estuviste en esa fiesta, ¿verdad?

—¿Qué fiesta?

Abre un cajón, deposita dentro una pila de peles y lo cierra sin mirarme.

—La fiesta de Olivia, Sam.

Sus ojos van desde mis brazos cruzados hasta mis pies, que tamborilean sobre el suelo.

—No voy a alimentar tus tendencias acosadoras.

—¿Qué había en esa caja azul que abrió Olivia?

Ahora sus ojos se dirigen a mi cara.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Estaba en..., eh..., Facebook.

Sam niega con la cabeza.

—No lo sé. No había ninguna tarjeta en la caja. Olivia echó un vistazo dentro de ella y se metió en la casa corriendo. Después de eso, ya no la vi. Creo que Noah se la llevó a su casa.

—¿Qué pasó con la caja?

¿Y por qué estoy tan interesada en eso?

—Creo que Cammie la tiene.

Le agarro el brazo.

—Pregúntale. —Él se zafa de mí con el ceño fruncido en tres líneas profundas. Señalo a su frente—. Deberías plantearte usar bótox para eso.

—No voy a escarbar en la caja de la obsesión por Olivia por ti.

—No estoy obsesionada con ella —replico—. Tan solo quiero disfrutar de lo que le ha molestado.

—¿Es que Nancy y tú no criticáis ya lo suficiente a Olivia?

Arrugo la nariz. ¿Es posible criticar lo suficiente a Olivia? Esa mujer debería llevar un cartel en la espalda en el que pusiera «Basura robadora de novios».

—Tú di lo que quieras, Sam, pero a ti no trató de destrozarte la vida.

Estoy caminando en dirección al salón cuando su voz llega hasta mí.

—Por lo que he oído, a ti te salvó la tuya.

Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada. No puedo creer que acabe de decir eso. Es completamente falso. Estoy harta harta harta de que me obliguen a sentirme agradecida con esa zorra astuta por algo que cualquiera podría haber hecho. Yo podría haber contratado al abogado que hubiera querido, pero me vi obligada a contratar a Olivia.

—¿Eso es lo que te ha contado Cammie?

Coloca el último biberón limpio en el interior del armarito y se gira hacia

mí.

—¿No es eso lo que sucedió? ¿No se encargó de tu caso y lo ganó?

—¡Por el amor de Dios! Ese era su trabajo.

—¿Por qué se encargó de tu caso?

Ya soy pálida por lo general, pero cuando alguien me hace esa pregunta (por ejemplo, mi madre, mi hermana, mis amigos...) siempre puedo sentir cómo se desvanece el color en mi piel. ¿Por qué se encargó ella del caso? Porque Caleb se lo pidió. ¿Por qué se lo pidió Caleb? Al principio pensaba que era porque ella le había mentado. Estaba cobrándose su deuda con su culpa, la hacía pagar por su engaño defendiendo a su mujer. Pero entonces intercepté una mirada. Una mirada. ¿Cómo de larga puede ser realmente una mirada? Una mirada puede durar un segundo, un maldito e inofensivo segundo, y contar historias largas y complicadas. Puedes ver tres años en una mirada de un segundo. Y también puedes ver anhelo. Yo no sabía eso hasta que lo vi con mis propios ojos, pero desearía no haberlo visto. Desearía no volver a ver ninguna otra mirada entre dos personas con historia entre ellas.

—A mí me parece que entregas tu lealtad siempre a la gente equivocada —dice él.

—¿De qué estás hablando? —le espeto.

—Ah, no lo sé. Casi te comes el marrón de ese padre tuyo, cuando es evidente que te trataba como la mierda, y después echas a tu bebé a un lado cuando se convierte en un inconveniente para ti.

Retrocedo.

—Puedes tomarte el resto del día libre.

Sam levanta las cejas.

—Nos vemos el lunes, entonces.

No hago ningún gesto cuando se marcha. Subo al piso de arriba para ver cómo está Estella y entonces me doy cuenta de que ya no está. Últimamente me ha pasado más de una vez, cuando entro en una habitación espero oírla o verla. A diferencia de hace unos meses, no siento alivio porque ya no esté aquí. Siento...

¿Qué es lo que siento? Odio estas cosas. Desde luego, no quiero pensar en mis sentimientos.

Voy al congelador y saco las judías. Sopeso el paquete en mi mano durante unos segundos y después lo lanzo dentro de repente, como si lanzara la pelota en un partido.

Descuelgo las llaves del coche del gancho en la cocina y me dirijo hacia

el garaje. Mi coche rápido está en el garaje: mi descapotable rojo cereza de antes del bebé que tanta diversión me proporcionaba. Doy unas palmadas en el capó antes de entrar. Después, paso zumbando junto a mi mamamóvil, dejo atrás los buzones y bajo por la calle.

Me siento perdida. Me siento perdida e increíblemente furiosa. Me detengo en seco en el aparcamiento del supermercado. Entro y no pierdo el tiempo en buscar una cesta y dirigirme hacia el pasillo de las golosinas. Vacío el estante de pasas cubiertas de chocolate y me hago con un puñado de regalices. Cuando lo dejo todo sobre la cinta de la caja, el chico que hay tras ella me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es...?

—Eso es todo —le grito—. Salvo que quieras darme una nueva vida.

Aún me mira boquiabierto cuando recojo mi compra y salgo corriendo hacia el coche.

Lo primero que hago al llegar a casa es vaciar mi congelador de verduras. Abro los paquetes uno por uno y tiro todos los trocitos coloridos a la basura. Tarareo mientras trabajo. Después doy un trago de vodka directamente de la botella, me quito los tacones y abro la primera caja de pasas cubiertas de chocolate. Desde ese momento, todo va cuesta abajo. Me como todas las cajas, hasta que me duele el estómago. Llamo a Caleb a las dos de la mañana. Su voz suena pastosa cuando contesta.

No ha tenido que darle de comer a las dos de la mañana, pienso. Qué suerte.

—¿Qué pasa, Leah? —me pregunta.

—Quiero recuperar a mi bebé.

Mordisqueo un regaliz mientras espero. Él permanece en silencio durante unos diez segundos.

—¿Por qué?

Inspiro por la nariz.

—Porque quiero que sepa que no pasa nada por comer golosinas.

—¿Qué? —pregunta con voz entrecortada.

—No me vengas con «qués». Tráeme a mi bebé de vuelta. Mañana a primera hora.

Le cuelgo el teléfono.

Quiero a mi maldito bebé. Necesito a mi maldito bebé.

Capítulo treinta El pasado

El juicio fue la experiencia más surrealista de toda mi vida. Y no solo porque la exnovia de mi marido fuera mi abogada, sino también porque nunca antes me habían culpado de nada. Estaba metida en verdaderos problemas por primera vez en mi vida.

Yo no quería que Olivia fuera mi abogada. Me peleé con Caleb por ello, hasta que se me puso justo delante de la cara y me dijo:

—¿Quieres ganar o no?

—¿Por qué estás tan convencido de que puede ganar este caso? ¿Y por qué piensas que iba a querer hacerlo? ¿Es que te has olvidado de que fingió no conocerte cuando perdiste la memoria? Lo que quiere es recuperarte..., seguramente acabará perdiendo a propósito.

—La conozco bien —me aseguró—. Lucharé duro..., sobre todo si soy yo quien se lo pide.

Y eso fue todo. Caso cerrado. Salvo porque el mío todavía seguía abierto y se balanceaba como un adorno navideño de cristal de la punta de los dedos de mi archienemiga. Tenía que confiar en él a través de ella; no había ninguna otra opción. Por lo general era mi padre quien me sacaba de los problemas, pero en esa ocasión había sido él quien me había metido en problemas justo antes de morir de un ataque al corazón.

Yo no confiaba en ella. Y ella se comportaba de forma muy irritable conmigo. Se supone que los abogados tienen que hacerte sentir bien..., incluso aunque estén mintiendo sobre tus posibilidades de ganar un caso. Pero Olivia convirtió en su misión personal en la vida hacerme creer que me iba a hundir. Tampoco se me escapó el hecho de que, siempre que mi marido estaba cerca de nosotras, ella actuaba de forma agria y tensa. Ella tampoco lo miraba, incluso cuando él le dirigía una pregunta, sino que fingía estar haciendo otra cosa mientras le respondía. Odiaba a esa tía. La odié durante cada día durante todo el año que tardó en librarme de todos los cargos. Tan solo hubo un único día durante todo aquel asunto en el que no la odié.

El día que me hizo comparecer en el estrado fue el peor día de toda mi vida. Nadie quería que lo hiciera; todos pensaban que eso arruinaría el caso. El consenso en su bufete era que nos acogiéramos a la quinta enmienda y me

negara a declarar. Sin embargo, Olivia había ido en contra de todos los consejos recibidos mientras me preparaba para declarar. Vi las miradas que se intercambiaban a mi costa. Incluso cuando Bernie, la abogada jefa, trató de convencerla, ella se negó en rotundo.

—¡Joder, Bernie! Puede arreglárselas sola —había dicho—. Este es mi caso y voy a hacerla declarar.

Estaba aterrorizada. Mi destino estaba en manos de una mujer malvada y confabuladora. No era capaz de decidir si se trataba de algo bueno o de algo malo. La mayor parte de mí estaba convencida de que trataba de perder el caso a propósito. Le conté a Caleb mi teoría mientras él examinaba el correo en la cocina. Apenas levantó la mirada siquiera para mirarme.

—Tú haz lo que te dice y ya está.

«Pero ¿qué?»

—¿Cómo que haga lo que me dice? Ni siquiera me estás escuchando.

Él dejó el correo sobre la mesa y caminó hasta el frigorífico.

—Ya te he oído, Leah.

—No confío en ella.

Tenía una cerveza en la mano cuando se giró hacia mí, pero estaba mirando al suelo.

—Yo sí.

Y eso fue todo. Mi única aliada era la mujer que más podía ganar si me metían en la cárcel. Me preparó para comparecer atosigándome con las preguntas que me haría la acusación, además de con las suyas propias, gritándome cuando no me comportaba de forma lo suficientemente tranquila, soltando tacos cuando titubeaba en mis respuestas. Era dura y brusca, y una parte de mí apreciaba eso. Era una parte muy muy pequeña, porque odiaba a esa zorra y quería que muriera. Pero confiaba en Caleb. Y Caleb confiaba en Olivia. O bien iba a caer por el precipicio envuelta en llamas o bien iba a salir del juzgado como una mujer libre.

El día que salí a declarar, estaba hecha un cuadro. Me puse lo que me había llevado Olivia, un vestido con melocotones y lilas de colores suaves, el pelo recogido en una coleta baja y unos pendientes en forma de perlas. Mientras me los ponía en las orejas, me pregunté si serían suyos. Eran perlas falsas, así que lo más seguro era que sí. Me temblaban las manos mientras me alisaba el vestido y me echaba un vistazo en el espejo. Tenía un aspecto vulnerable. Y me sentía vulnerable. Tal vez ese fuera su plan. Caleb me había dicho que confiara en ella.

Busqué sus ojos mientras tomaba asiento en el banco y sentí las rodillas débiles bajo mis manos unidas. En las semanas de preparación, había aprendido a leer su mirada. Había aprendido que, si tenía los ojos bien abiertos y las cejas ligeramente alzadas, era porque yo lo estaba haciendo bien. Si me miraba fijamente a los ojos era porque me estaba poniendo a parir mentalmente, así que tenía que cambiar el rumbo con rapidez. Odiaba conocerla tan bien. Lo odiaba, pero también estaba agradecida por ello. A menudo me preguntaba a mí misma si Caleb sabría leer su mirada como yo lo hacía. Lo más seguro es que fuera así. No sabía qué era peor: si ser capaz de leer tan bien a Olivia o sentirme verdaderamente orgullosa de poder hacerlo.

Se quedó en pie delante de mí en lugar de pasearse de un lado a otro como hacían en las películas. Parecía relajada con su traje de color tostado. Llevaba un llamativo collar de azul cobalto que hacía que le brillaran los ojos.

Tomé aliento y respondí a su primera pregunta.

—Trabajé en OPI-Gem durante tres años.

—¿Y cuál era el puesto que desempeñaba?

Miré a su collar y después a sus ojos, al collar y después a sus ojos...

No era cobalto en realidad. ¿Qué tono era?

—Era vicepresidenta de Asuntos Internos...

La cosa continuó de ese modo durante cuarenta minutos. Hacia el final, comenzó a hacerme preguntas que hicieron que todas las glándulas sudoríparas de mi cuerpo entraran en funcionamiento. Preguntas acerca de mi padre. Mi madre estaba sentada junto a Caleb y me observaba con atención con las manos unidas bajo la barbilla en lo que parecía una plegaria silenciosa. Yo sabía que realmente se trataba de una advertencia silenciosa.

«No vayas a humillar a tu familia, Leah. No les cuentes de dónde vienes.» Estaba implorando a los dioses de las hijas malcriadas, ilegítimas y jodidas.

Olivia no quería que estuviera ella allí por temor a que me intimidara para que no contara la verdad. Sin embargo, ella había insistido en acudir.

—¿Cuál era su relación con su padre fuera del trabajo, señorita Smith?

Mi madre se quedó tan boquiabierta que pareció que se le cayera la barbilla al pecho. Mi hermana se colocó el pelo por detrás de las orejas y le lanzó una mirada de reojo a mi madre. Caleb apretó los labios y miró al suelo. Los dioses de las hijas ilegítimas y jodidas rugieron en las alturas.

Me puse erguida y luché contra las lágrimas; esas odiosas lágrimas que

delataban mi debilidad. Recordé lo que Olivia me había dicho cuando estábamos discutiendo sobre algunas de sus preguntas tan solo una semana antes. Le dije que no iba a manchar el nombre de mi padre en el tribunal. A ella se le había puesto la cara gris y sus manos pequeñas se cerraron en puños.

—¿Dónde está ahora, Leah? ¡Te echó toda la mierda encima y después la palmó! O dices la verdad o irás a la cárcel. —Después se situó más cerca de mí, para que nadie pudiera oírla, y añadió—: Utiliza tu furia. ¿Recuerdas cómo te sentiste al destrozar todas mis cosas cuando yo estaba tratando de robarte algo a ti? Si pierdes este caso, tal vez podría robártelo otra vez.

Eso era lo que había resuelto el problema. Me había puesto tan furiosa que había respondido a todas sus preguntas, incluidas las más difíciles. Ella se había quedado con una expresión arrogante en el rostro durante el resto del día. Ahora solo tenía que canalizar parte de esa furia. Me la imaginé con Caleb. Eso era lo único que necesitaba.

Repitió su pregunta.

—¿Cómo era su relación con su padre fuera del trabajo, Leah?

—Era inexistente. Solo interactuaba conmigo en el trabajo. En casa tan solo me consideraba una especie de inconveniente.

Desde ahí, todo salió rodando.

—Su padre tenía reputación de no contratar jamás a miembros de su familia, ¿es eso correcto?

—Sí —contesté—. Yo fui la primera.

Me arriesgué a echar un vistazo a mi madre. No me estaba mirando.

El argumento inicial de Olivia había incluido esa información. Se había plantado frente al jurado con las manos detrás de la espalda y les había advertido de que la acusación iba a tacharme de astuta y manipuladora, pero que en realidad no era más que un peón en el desesperado plan de mi padre para salvar a su empresa de entrar en bancarrota.

—Utilizó y manipuló a su propia hija para obtener beneficios financieros —había asegurado.

Esas palabras habían roto mi exterior controlado. Comencé a llorar de inmediato.

Ella se aclaró la garganta, lo que me hizo volver de nuevo al presente.

—¿Alguna vez su padre le pidió que firmara documentos sin leerlos?

—Sí.

—¿Qué le dijo para impedir que leyera los documentos? —Hubo una

protesta por parte de la acusación, de modo que Olivia reformuló su pregunta —. ¿Cuál era el procedimiento habitual que empleaba su padre para obtener su firma?

—Normalmente me decía que necesitaba las firmas enseguida y entonces esperaba en la habitación hasta que lo firmaba todo.

—¿Alguna vez le mencionó a su padre que se sentía incómoda firmando los documentos sin haberlos leído? —Otra protesta. Decían que estaba influyendo en la declaración. Olivia parecía cabreada, pero el juez permitió la pregunta. Ella la repitió con una ceja arqueada. Se trataba de una pregunta que yo no quería responder, porque me hacía parecer irresponsable y estúpida. «Más vale quedar como una estúpida que quedar presa», me había espetado Olivia el día anterior, cuando yo le expresé mi preocupación. Me tragué mi orgullo.

—No.

Me moví en mi asiento y lancé un vistazo a Caleb para ver cuál era su reacción. Me estaba mirando fijamente, con expresión estoica.

—Entonces, ¿tan solo se limitaba a firmar los documentos? ¿Unos documentos con el potencial de lanzar al mercado un medicamento letal que mató a tres personas?

Abrí y cerré la boca. Esa parte no la habíamos ensayado y yo estaba al borde de las lágrimas.

—Sí —respondí—. Quería complacerlo —añadí en voz baja.

—Lo siento, señorita Smith, ¿podría hablar más alto para que el jurado pueda oírla?

Sus ojos brillaban como su maldito collar.

—Quería complacerlo —repetí, esa vez más alto.

Olivia se giró hacia el jurado para que pudieran ver la expresión de «mirad, eso es importante de cojones» en su rostro.

Cuando Olivia volvió a tomar asiento, mi madre tenía la boca cubierta con la mano y estaba llorando. Probablemente nunca volvería a hablar conmigo, pero al menos tenía a mi hermana. Ella siempre había sido una niña de papá, pero no era ciega y había visto la relación tensa que había entre mi padre y yo. Mientras bajaba del estrado, busqué los ojos de mi abogada. Ya no brillaban, tan solo parecían cansados. Me di cuenta de lo difícil que tenía que haberle resultado hacer lo que acababa de hacer; especialmente cuando quería tenerme tras los barrotes para poder robarme a mi marido.

Feroz. Era demasiado feroz. Probablemente fuera el hecho de ser basura

de clase baja lo que la había convertido en una luchadora tan buena. La miré fijamente, con seriedad, para ver si tenía su aprobación. Así era. Hubo un segundo..., no, una fracción de segundo, en el que me entraron ganas de darle un abrazo. Pero entonces desapareció y volvió el deseo de que muriera y se pudriera bajo tierra.

Quería regodearme después de ganar el juicio. Quería que supiera que Caleb era mío y que siempre lo sería. Tenía que saberlo. Celebramos la victoria en un restaurante. Olivia llegó tarde y, sinceramente, ni siquiera sé por qué vino. Ya había pagado cualquier clase de deuda que pensara que le debía a Caleb. Me había conseguido la libertad, y yo habría separado nuestros caminos felizmente, contenta de no volver a verla jamás. Pero ahí estaba, en mi celebración, entrando en mi hogar feliz con su vestido corto y sus tacones altos.

Caminé hacia ella, decidida a expresar mi desagrado ante su presencia allí. Eché un vistazo a Caleb, que estaba ocupado al otro lado de la habitación. No quería que me viera hablando con ella. Quería que se marchara antes de que él viera que estaba ahí.

Cuando me vio acercarme, la sonrisa desapareció de su rostro. Tenía que concedérselo: esa zorra era exótica. Elevó una ceja oscura mientras yo me acercaba, con champán en la mano. Frunció la boca y me miró por encima de la nariz. Me había acostumbrado a que hiciera eso durante el proceso judicial, pero esa noche me puso furiosa. Esa noche era mía... y de Caleb.

No habíamos intercambiado más que unas cuantas frases cuando me miró y dijo:

—Leah, vete con tu marido. Antes de que se dé cuenta de que sigue enamorado de mí.

Joder.

Por.

Qué.

Pensaría.

Algo.

Así.

No era cierto. Esa tía estaba colgada por él. Claro que ¿quién podría culparla? Miré a Caleb. Era todo lo que quería que fuera. Me protegía. Me apoyaba. Era el único hombre que me había dicho que jamás me haría daño.

Caleb se rio de algo que había dicho alguien de su grupo y mi corazón se hinchó al verlo. Olivia estaba diciendo chorradas, porque era mío. Miré a mi

Caleb, tan segura en ese momento de nuestra fuerza como pareja. Entonces fue como si pudiera sentir mis ojos en él. Sentí el aleteo de unas mariposas en el estómago justo cuando levantó la cabeza. Sonreí. Habíamos compartido miradas íntimas como esa en el juzgado. Cuando tenía miedo, lo miraba y entonces él me devolvía la mirada y yo me sentía mejor de inmediato. Pero en esa ocasión fue diferente. Sentí una oleada de confusión. La habitación se tambaleó. El aleteo se detuvo. Ya no me estaba mirando.

Tan repentinamente como levantó la mirada, la sonrisa desapareció de su rostro. Podía ver su pecho subiendo y bajando por debajo de su traje, como si estuviera respirando hondo varias veces. En esos cinco segundos, vi cada parte de la mente de Caleb extendida por su rostro, como si alguien le hubiera hecho un millar de cortes pequeños y todo estuviera saliendo al mismo tiempo: angustia, amor, convicción. Me giré para ver adónde estaba mirando. Sabía que no debía hacerlo. Pero ¿cómo podía contenerme? La respuesta era demasiado cegadora para mí. Hizo que me entrara el impulso de protegerme los ojos y retroceder hasta el abrigo de la oscuridad. Olivia era el objetivo de sus ojos. Me sentí como si Caleb me hubiera tirado desde el edificio más alto. Destrozada. Cada parte de mi ser. Era un mentiroso. Era un ladrón. Quería derrumbarme en el suelo, ahí mismo, admitir mi derrota. Morir y morir otra vez. Morir y llevarme a Olivia conmigo. Morir.

Abrí la boca para gritarle a esa mujer. Para dedicarle cada insulto y calificativo que había coleccionado a lo largo de mis veintinueve años. Estaban todos en la punta de mi lengua, listos para abalanzarse sobre ella. Iba a tirarle el champán a la cara y a arañarle los ojos hasta que sangraran. Hasta que Caleb pensara que era tan fea y deforme que jamás volviera a mirarla de ese modo.

Entonces, Olivia hizo algo que me dejó sin palabras. Dejó la copa sobre una mesa, con la muñeca temblando como si no fuera capaz de soportar el peso del delicado cristal. Después bajó la barbilla hasta el pecho y se marchó.

Tomé aliento, un aliento profundo y satisfactorio, y volví junto a Caleb.

Mío. Era mío. Y eso era todo.

Capítulo treinta y uno El presente

Me balanceo de atrás hacia delante después de colgarle el teléfono a Caleb. ¿Qué demonios me pasa? ¿Cómo podía besar el suelo que pisaba mi padre después de tantos años de rechazo? Era patético. Me odio por ello y, aun así, sé que volvería a hacerlo otra vez. Y este bebé... Ella es la única familia de sangre que tengo y lo estoy haciendo todo por mantenerme alejada de ella. Pero la niña no ha hecho nada malo. ¿Qué clase de persona soy para separarme de mi propia hija?

¿Cómo pueden darme tanta claridad las pasas recubiertas de chocolate? No, no son las pasas cubiertas de chocolate. Eso lo sé. Es lo que me ha dicho Sam sobre entregar mi lealtad a la gente equivocada. La única persona que realmente se lo merece es la niña que creció dentro de mi cuerpo. Y, aun así, soy incapaz de reunir los sentimientos necesarios hacia ella. Abro mi portátil y busco las palabras «depresión posparto». Leo todos los síntomas y voy asintiendo con la cabeza. Sí, tiene que ser eso. Es imposible que sea tan mala persona. Debería tomar medicación; hay algo que está muy mal dentro de mí.

Por la mañana, Caleb me trae de nuevo a mi bebé. La aferro contra mi pecho y huelo su cabeza. Tiene la mata de pelo rojo atada con un lacito de color rosa. Observo su vestido de cuadros y le lanzo una mirada envenenada a Caleb.

—¿Por qué la vistes como si fuera Mary Poppins? —pregunto con aspereza. Él deja la bolsa de los pañales y el asiento para el coche junto a la puerta y hace un ademán de marcharse—. ¡Caleb! —lo llamo—. No te vayas. Quédate a comer con nosotras.

—Tengo que ir a un sitio, Leah. —Ve la decepción en mi rostro y entonces añade en voz mucho más suave—: A lo mejor otro día, ¿sí?

Me siento como si alguien hubiera extendido un brazo para darme un bofetón. No es por su rechazo a mi oferta de comer juntos, sino por ese simple «¿sí?» al final de su frase. Ese «¿sí?» es un recuerdo ácido que atraviesa mi hipocampo ardiendo de forma dolorosa. Pienso en Courtney y su verano en Europa. En cómo regresó hablando exactamente con esa misma muletilla.

«Podríamos ir al centro comercial mañana, ¿sí?»

«Tienes esa camiseta que me pediste prestada, ¿sí?»

«Eres la peor hermana del mundo, ¿sí?»

Soy la peor hermana del mundo. Courtney, que siempre daba la cara por mí, que siempre les recordaba a mis padres que estaba viva..., ¿dónde está mi lealtad hacia Courtney? No he ido a visitarla desde que...

Cierro la puerta de una patada y llevo a Estella a su habitación. Le quito el vestido de Mary Poppins y ella suelta un gorjeo y agita las piernas como si se alegrara de librarse de él.

—Eso —canturreo—. Como papá te vista en el colegio, no vas a tener ningún amigo.

Sonríe y yo comienzo a gritar el nombre de Sam. Oigo sus fuertes pisadas mientras sube corriendo la escalera.

—¿Qué...? —dice sin aliento—. ¿Está respirando?

—¡Ha sonreído!

Doy una palmada y él mira por encima de mi hombro.

—Ya lo hacía antes.

—Conmigo no —replico.

Entonces, Sam me mira como si me hubiera brotado otra cabeza.

—Vaya —dice—. Vaya. Te ha salido corazón, y tan solo has necesitado siete cajas de pasas cubiertas de chocolate.

Me ruborizo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Bueno, pues, para empezar, fui yo quien sacó la basura esta mañana. Y, además, he encontrado pasas por todo el suelo.

Me quedo en silencio durante un largo rato, mientras visto a Estella con algo más moderno. Es como tratar de vestir a un pulpo, porque no deja de mover todos los miembros al mismo tiempo. Me planteo decirle a Sam que son sus palabras lo que me han dejado un tanto agitada, pero decido no hacerlo. En lugar de eso, decido hablarle de Courtney.

—Sam, tengo una hermana.

Él levanta una ceja.

—Genial. Yo también tengo una...

—¡Que este es un momento serio, Sam! —Hace un gesto con la mano para que continúe. Yo le cepillo el pelo a Estella—. No la veo desde hace muchísimo tiempo. Ni siquiera ha conocido a Estella todavía. ¿Crees que eso podría tener algo que ver con la... depresión posparto?

Pruebo a pronunciar las palabras y le echo un vistazo de reojo para ver

su reacción.

—Yo no soy médico.

—Todavía —digo.

—Todavía —asiente, y entonces sonrío—. Pero cualquier cosa es posible. Desde luego, eres un ser humano bastante vil. —Lo ignoro y sigo cepillando el pelo de la niña—. Pues entonces ve con Estella a verla —dice al fin.

—Sí —contesto—. ¿Quieres venir conmigo?

—No veo por qué...

—Vale, genial. Ve a por tus cosas. También necesito que me pidas una cita con el ginecólogo. Necesito medicación.

—No soy tu secretaria. Ya hemos tenido esta discusión antes.

—Mira a ver si puedes conseguirme algo para el martes.

Salgo de la habitación.

—Leah —me llama él—. La niña...

—Ah, sí. —Regreso a por Estella y la tomo en brazos. Está muy mona—. Vamos a ver a tu tita —le digo.

Pero al final no vamos a ver a Courtney, porque Cash me llama por teléfono. Por lo general no contesto a sus llamadas. Ni a sus correos electrónicos... ni a sus mensajes por Facebook. Pero, dado que estoy reformando mi vida, contesto en cuanto su nombre aparece en mi pantalla.

—¿Qué quieres ahora, Cash?

—Ah, ¡has contestado!

—¿Habrías preferido que no lo hiciera?

No responde de inmediato. Supongo que estará poniendo en orden sus palabras; Dios sabe que ha estado dos años guardándolas.

—Leah, lo siento mucho —dice. La oigo inspirar por la nariz y me pregunto si está llorando.

—No me digas —le espeto—. Eres una mentirosa.

—Tan solo estaba haciendo lo que él me pedía —me asegura.

—Courtney es mi hermana —replico con firmeza—. Y voy a hacer todo lo que pueda para protegerla.

—Por eso quería hablar contigo.

Me rodeo la cintura con el brazo libre. De repente, me siento muy vulnerable. ¿Por qué piensa esta mujer que puede hablar conmigo sobre mi hermana?

—He intentado verla. Pero no me dejan...

—Aléjate de Courtney —le digo—. No quiere verte.

Oigo a Cash sollozando y siento una punzada de lástima. A lo mejor he sido demasiado brusca. Me pregunto qué le diría Courtney.

—Necesito decirle que lo siento. Necesito...

La corto en mitad de la frase.

—Tengo que irme. No vuelvas a llamarme, Cash. Lo digo en serio.

Cuelgo el teléfono y voy al armario de inmediato para sacar el cuadro del paraguas que me regaló Courtney. Lo aferro contra mi pecho mientras me muerdo el labio inferior. ¿Cómo he podido estar alejada de ella durante tanto tiempo? ¿Qué demonios me pasa? Antes estábamos muy unidas.

Comienzo a reír, y al principio me cubro la boca para tratar de amortiguar los ruidos de hiena. Pero no puedo controlarlo. La risa se escapa de mí, cada vez más fuerte. Es lo más fácil que he hecho en todo el día. Cuando Sam aparece en el umbral de la puerta del vestidor, me detengo abruptamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

Me enderezo y guardo el cuadro antes de él que pueda verlo.

Capítulo treinta y dos El pasado

Me dejó después del juicio. Aunque no inmediatamente después. Hubo tres meses de silencio durante los cuales aprendí lo que era estar casada y al mismo tiempo completamente sola. Caleb volvió al trabajo al momento, de modo que me dejó sola en casa durante casi todo el día. Yo me dedicaba a deambular por ella y ver la televisión, deprimida. Esperaba que las cosas volvieran a la normalidad cuando terminara el juicio y jamás me planteé que me habría quedado sin trabajo y que mi caso tan sonado iba a manchar mi nombre, a pesar de que el veredicto me hubiera declarado inocente.

La empresa de mi padre fue desmantelada. Lo que quedó de ella se utilizó para pagar los acuerdos con las familias de los fallecidos y la tarifa de mi abogada. Caleb estaba distante. Ya no me miraba a la cara, pero pensé que sería el estrés del juicio. Le sugerí que nos fuéramos de vacaciones juntos, pero él dijo que ya se había tomado demasiado tiempo libre en el trabajo a causa del juicio. Le sugerí acudir a un consejero matrimonial, y él me sugirió pasar un tiempo separados.

Un nombre no dejaba de sonar en mi cabeza, una y otra vez: Olivia. Cada vez más y más y más alto. Había abierto una brecha entre nosotros. Otra vez. Era como una enfermedad que reaparecía cada pocos años y que contaminaba a todo el mundo a su paso.

Caleb perdió mucho peso durante el primer mes. Pensé que se había puesto enfermo. Lo obligué a ir al médico, pero su análisis de sangre dio un resultado normal. No le pasaba nada. Pero sí que había algo que estaba muy mal. Apenas sonreía, apenas hablaba. Cuando estaba en casa, se pasaba horas solo en su despacho, con la puerta cerrada. Cuando yo le preguntaba al respecto, siempre me daba largas.

—No siempre puedo ser perfecto, Leah. A veces, yo también tengo días malos.

¿Qué quería decir con eso? ¿Es que siempre había tenido días malos y simplemente no me lo había dicho nunca? Traté de pensar en la última vez que recordaba que Caleb hubiera tenido un mal día, pero no era capaz. Siempre estaba sonriendo, metiéndose conmigo en broma, animándome. ¿Significaba eso que nunca tenía días malos? ¿O tan solo que me los

ocultaba? No quería tener que pensar en ello. No quería tener que pensar.

—¿Por qué no comes? —le pregunté.

—No tengo apetito.

—Estás sometido a mucha presión. Deberíamos irnos unos cuantos días.

—No puedo —me dijo sin mirarme—. A lo mejor el mes que viene.

Volví a preguntarle al mes siguiente, pero me dijo que no. Estaba teniendo más que unos cuantos «días malos». Finalmente, decidí que ya no podrá seguir así. Fui a comer con su madre. Si alguien sabía cómo manejar a Caleb, esa era Luca.

O tal vez Olivia...

No, no iba a darle ese honor. Esa mujer tenía alguna clase de poder sobre él, sí, pero Caleb había sido mío durante cinco años. Era yo quien lo conocía. ¡Yo!

Luca llegó a nuestra comida con diez minutos de retraso. Iba por mi segunda copa de vino cuando se sentó grácilmente en el asiento que tenía enfrente. Era poco frecuente que ambas tuviéramos tiempo libre para juntarnos. Después de que pidiéramos y habláramos de nimiedades durante diez minutos, ella me miró directamente a los ojos, como si supiera que pasaba algo.

—Y, bueno, ¿qué es lo que pasa? Cuéntame...

Esquivé sus penetrantes ojos azules y me concentré en mis uñas mordisqueadas.

—Se trata de Caleb —le expliqué—. Desde que pasó el juicio, ha estado... diferente.

Dio un sorbo a su bebida.

—¿Diferente en qué sentido?

Capté el matiz afilado en su voz. Debía tener cuidado con lo que dijera acerca de él. Necesitaba su opinión sin que se me echara encima por criticar a su hijo.

—Distante. Es como si ya no quisiera seguir estando conmigo.

Ella tamborileó con las uñas sobre la mesa mientras me examinaba.

—¿Has hablado con tu madre acerca de esto?

Negué con la cabeza.

—Nuestra relación es muy tensa. Además, da unos consejos terribles.

Luca asintió con la cabeza. En realidad, nunca había tenido buena relación con mi madre. Caleb me dijo una vez que pensaba que era una mujer fría e inaccesible.

—¿Tú sabes algo, Luca? ¿A ti te ha contado algo?

Ella extendió el brazo para darme unas palmaditas en la mano.

—No, cariño, no me ha dicho nada. Pero ya estuvo así una vez antes, ¿te acuerdas? —Por supuesto que me acordaba: durante su amnesia. Asentí con la cabeza, no muy segura de qué era lo que estaba sugiriendo—. Tú conseguiste recuperarlo —añadió—. ¿Crees que podrías volver a hacerlo?

Sus ojos eran iguales que los de Caleb cuando se concentraban en ti: intensos y abrasadores.

Me entraron ganas de resoplar. Confiaba demasiado en mí. La última vez había tenido que echar a Olivia de la ciudad para conseguir recuperarlo. Pero nadie más sabía eso, a excepción de Olivia y yo. ¿Qué me haría falta esa vez?

—No sé cómo. Ya lo he intentado todo.

—¿Qué es lo que mi hijo valora más que cualquier otra cosa?

Me recliné hacia atrás mientras el camarero llegaba con nuestras ensaladas. Esperé a que se marchara antes de responder a la pregunta.

—La familia —dije mientras tomaba el tenedor.

—Exacto —asintió Luca—. Así que tienes que darle una.

Me atraganté. ¿De verdad estaba diciendo lo que pensaba que estaba diciendo?

—¿Hijos? ¿Crees que Caleb quiere tener un bebé?

No habíamos hablado de tener hijos desde antes de casarnos. Ni siquiera me había planteado esa posibilidad. Y ni siquiera estaba segura de que quisiera tenerlos. Caleb era suficiente para mí. Pero Caleb los quería, siempre los había querido.

—Los hijos son una forma de unir a la gente —respondió ella con una sonrisa—. Sobre todo cuando se ha distanciado. —Comimos en silencio durante unos cuantos minutos antes de que volviera a hablar—. No deberías haber permitido que contratara a esa mujer.

Me atraganté con mi comida.

—¿Olivia? —le pregunté. Luca asintió con la cabeza.

—Sí, Olivia. Es problemática, y siempre lo ha sido. Hay que dejar lo pasado en el pasado, Leah. Tú haz lo que tengas que hacer. Yo te apoyo por completo.

Por primera vez, me pregunté cuánto sabría Luca sobre los meses de amnesia de Caleb. ¿Sabía algo sobre el tiempo que había pasado con Olivia? ¿Se lo habría contado él?

Me fui a casa preparada para hablar con Caleb sobre la posibilidad de

iniciar una familia. Pero, antes de que las palabras pudieran salir de mi boca, me dijo que iba a volver a mudarse a su apartamento.

—¿Me vas a abandonar? —pregunté con incredulidad—. Éramos felices... antes del juicio. Hemos dejado de esforzarnos en la relación, Caleb. Podemos pedir ayuda profesional.

—Tú eras feliz. Pero yo no estoy seguro de que lo fuera.

—Entonces, ¿me estabas mintiendo?

—Tú nunca me preguntaste, Leah. Siempre cierras los ojos ante las cosas que no quieres ver.

—¿Todo esto es por el Prenavene? ¿Por esa gente que murió?

Él se encogió.

—Es muy difícil para mí comprender las decisiones que tomas.

—¿Todo eso hizo que me miraras de forma diferente?

Se rio con frialdad.

—Cuando nos casamos ya sabía que había problemas. —Suspiró, y casi parecía triste—. Me hizo mirarme a mí mismo de forma diferente.

No lo comprendía. Mi padre me había manipulado. Tenía que haberse dado cuenta de eso. ¿A qué se refería exactamente con lo de que había problemas?

Veinticuatro horas más tarde, Caleb desapareció.

La depresión ni tan siquiera comienza a describir por lo que pasé. Había perdido a mi padre, mi carrera profesional y a mi marido, y todo en el transcurso de un año. Me aovillé en una bola y lloré durante días..., semanas. No acudió nadie. Traté de llamar a mi hermana, pero ella ya no cogía el teléfono casi nunca. Katine estaba saliendo con un tío nuevo, así que le daba igual todo. Y mi madre se mudó a nuestra casa de verano en Míchigan en cuanto leyeron el veredicto.

Llamé a Seth. No tendría que haberlo hecho.

Capítulo treinta y tres El presente

Me atormento después de la llamada telefónica de Cash. Como más pasas cubiertas de chocolate. Me pongo a ver a Nancy Grace en la tele. Busco en internet fotos de gatos con frases graciosas debajo. Nadie sabe que me gusta verlas; es un secreto. Pero Sam me pilla con las manos en la masa.

—¿Estás de coña?

Cierro el portátil.

—No se lo puedes decir a nadie.

—¿Y a quién quieres que se lo diga? ¿A tu club de lectura?

—Tengo amigos —insisto—. Pero ninguno de ellos lee.

Estoy bastante colocada de tanto azúcar, así que suelto una risita. Sam levanta una ceja.

—¿Y te sientes orgullosa de ello?

Aparto la mirada de él y me abrazo las rodillas contra el pecho. El niñoero convierte todo lo divertido en una crítica.

—No, Sam. —Suelto un suspiro. Y después, como respuesta tardía, añado—: Antes solía leer mucho..., en el instituto.

—¿La *Cosmopolitan*?

Está doblando la ropa limpia..., siempre está doblando ropa limpia.

—¿Es que nunca te cansas de hacer eso?

—Sip. Pero ese es mi trabajo.

Ah, claro.

—Leía novelas. Pero entonces empecé a estar demasiada ocupada. —Me meto unas cuantas golosinas más entre los labios y miro fijamente la pantalla silenciada del televisor. Quería decir: «Empecé a estar demasiado ocupada follando con chicos»—. ¿Sam?

—¿Hum?

—¿Qué había en esa caja que abrió Olivia en su cumpleaños?

Él sacude una manta y la dobla con pericia en un cuadrado pequeño.

—¿Por qué te importa?

—¿Y si era de Caleb? —pregunto en voz baja.

Él se niega a mirarme.

—Cammie dijo que sí —me explica—. Pero no sé qué había dentro, así

que no me lo preguntes.

Como muchas más pasas cubiertas de chocolate. Finjo morderme la lengua y grito un «¡ay!» para justificar las lágrimas que brotan en mis ojos.

—Leah —me dice—, no pasa nada si te duele. Deberías decirle que te afecta. Además, si te estás planteando dedicarte a la actuación..., no lo hagas.

—¿Por qué iba a comprarle un regalo de cumpleaños?

Como Sam no responde, comienzo a pensar otra vez en Cash. Es una cadena de pensamientos infinita y malsana: Cash..., Caleb..., Olivia..., Cash..., Caleb..., Olivia..., y vuelta a empezar.

La última vez que hablé con Cash fue justo después de mi juicio. Después de verla en la lista de acusados de la fiscalía, Olivia realizó un impresionante trabajo detectivesco y descubrió que Cash era en realidad la hija bastarda de Charles Smith. Para mi gran sorpresa, mi abogada no dio muestras de sentir ningún placer al decírmelo. Incluso me había dicho que lo sentía. Yo estuve tambaleándome durante un día, mientras hacía encajar todas las piezas en mi mente, hasta que tuvieron todo el sentido del mundo.

No le había contado a mi madre lo que sabía. Esperé a que Olivia revelara la paternidad de Cash mientras la interrogaba, y de ese modo desacreditara por completo su testimonio. Yo había mirado a mi madre a la cara mientras mi abogada soltaba la bomba. No había aparecido nada en ella. «Lo sabía —pensé—. Lo sabía y permaneció junto a él.» Los de la fiscalía estaban mortificados. Olivia ganó otra ronda y Courtney comenzó a sollozar de forma histérica en la sala del juzgado. Yo fulminé a Cash con la mirada desde mi asiento, me hervía la sangre por un montón de razones equivocadas. Me había traicionado a sabiendas. Por él. Debería haberme enfadado con él, pero toda mi furia iba dirigida a su pelo hortera y rubio y a su pintalabios rosado.

Después del desastre en la sala del juzgado, me llamó por teléfono y me suplicó que quedara con ella. Pero había permitido que mi padre la utilizara para destruir mi vida. Al ver que yo no respondía a sus súplicas, me envió por correo una carta escrita a mano de diez páginas, en la que detallaba su vida desde el momento en que nació hasta el día en que mi padre le pidió que fuera a trabajar para él. Me comí una bolsa entera de guisantes congelados y me fumé tres cigarrillos mientras leía la maldita carta.

Su madre había sido la secretaria de mi padre en 1981 y, según Cash, fue concebida en su escritorio. Cuando mi padre no fue capaz de convencer a su madre para que abortara, aceptó a regañadientes pagarle una cuota mensual

para hacer que ella y su bebé nonato se marcharan. Pero, a pesar de sus sentimientos iniciales, les había hecho visitas anuales para ver a Cash e incluso le había pagado la universidad.

Cuando era pequeña, le había hablado sobre Courtney y sobre mí. Había crecido sabiendo que su padre tenía otras dos hijas y que, cuando estaba lejos de ella, estaba con ellas. Cash había admitido haber desarrollado una fascinación hacia nosotras al principio. Solía soñar despierta con cómo sería tener hermanas. Mi padre incluso le había enseñado fotos nuestras, que ella había pegado con celo a la pared. Estaba más sorprendida por el hecho de que mi padre llevara fotos nuestras que por cualquier otra cosa. ¿Desde cuándo había desarrollado Charles Smith una afinidad por la paternidad? Después de leer la última palabra, quemé la carta. No podía permitir que Courtney la leyera. No estaba lidiando con las cosas tan bien como yo. Courtney era demasiado parecida a mi madre. Tenía una personalidad adictiva y se derrumbaba emocionalmente bajo el estrés.

—Leah... ¿Leah?

Vuelvo a él de golpe y me lo encuentro todavía doblando la maldita ropa limpia.

—¿Qué pasa? —siseo. Ojalá hiciera eso en otra habitación y dejara de estresarme.

—Tu teléfono está sonando —dice.

Bajo la mirada hasta mi móvil y veo el nombre de Caleb en la pantalla. Voy a por él tan rápido que se me cae el teléfono. Tras recuperarlo del suelo, respondo sin aliento:

—¿Hola?

—Hola —contesta—. Llamaba para ver cómo está Estella.

—Se está echando una siesta. ¡Y me ha sonreído!

Hay una pausa de diez segundos antes de que diga nada.

—Se parece a ti cuando sonrío. —Una calidez me invade todo el cuerpo al instante. Quiero saber si eso hace que le guste más—. La echo de menos —añade con un suspiro.

—Bueno, puedes venir a verla si quieres. Pero no vas a volver a llevártela hasta el fin de semana.

—Lo entiendo. Tiene cita con el pediatra la semana que viene..., esperaba llevarla yo. Quiero estar ahí cuando le pongan las inyecciones.

Suelto un suspiro.

—Vale, puedes llevarla tú. —Entonces, me lo pienso mejor—. Pero yo

también quiero estar. —Ahora es su turno de suspirar—. Estaba pensando en llevarla a ver a Courtney.

Caleb se aclara la garganta.

—Deberías. ¿Estás bien para ir tú sola?

—Voy a ir con Sam —me apresuro a decir—. Es solo que... ha pasado mucho tiempo.

—¿Todavía estás enfadada con ella? —me pregunta.

—No —respondo.

Pero, extrañamente, asiento con la cabeza por dentro.

Capítulo treinta y cuatro El pasado

Seth era el hermano mayor de Caleb por cuatro años y dos días. No se parecían en nada. Como Caín y Abel, por así decirlo. Me sentí aturdida cuando conocí al inspector de policía de pelo y ojos oscuros.

—¿Tú eres el hermano de Caleb? —solté abruptamente. Apenas había sonreído ante mi sorpresa.

—Sí, o al menos la última vez que lo comprobé. —Sostuvo mi mano algo más tiempo de la cuenta y clavó los ojos en los míos—. Supongo que en realidad no nos parecemos en nada, ¿eh?

Negué con la cabeza. Seth no compartía ninguna de las facciones de Caleb. Era algo así como un anti-Caleb, con su pequeña nariz de botón, sus labios finos y unos ojos tan oscuros que casi parecían negros.

«Qué raro», recuerdo que pensé. Era un solitario. Durante las reuniones familiares, siempre te encontrabas a Caleb en mitad de la acción, rodeado de gente que estaba pendiente de todas y cada una de sus palabras. Tenías suerte si encontrabas siquiera a Seth. No se presentaba a la mayoría de las barbacoas o de las cenas y, si lo hacía, se quedaba merodeando por el jardín o se iba a dar un paseo él solo. Pero, si lo pillabas a solas, resultaba sorprendentemente cautivador y oscuramente inteligente. Me recordaba a Holden Caulfield. Había leído *El guardián entre el centeno* en el instituto, y recuerdo que Holden me daba escalofríos. A veces, Seth me miraba de una forma completamente imprudente, con una sonrisita jugando en las comisuras de su boca, y me entraban escalofríos.

Una vez, antes de que Caleb y yo nos casáramos, estábamos en casa de su madre cuando Seth se giró hacia mí de repente y dijo:

—Me recuerdas a un *reality show* barato, Leah. Eres superficial y finges ser estúpida por Dios sabe qué razón.

Me lo quedé mirando fijamente, completamente mortificada, esperaba que nadie más lo hubiera oído. Moví la cabeza con rapidez por la habitación. Caleb estaba ocupado con un partido en la televisión y su madre estaba en la cocina, terminando la cena.

—¿Qué coño dices, Seth?

Él se había encogido de hombros.

—Sé que en realidad no eres tan estúpida como haces ver. Superficial, tal vez. Tienes la clase de ojos con garras ocultas.

Me lo quedé mirando durante un largo rato, me preguntaba si era así como me veían todos los demás. Me preguntaba si era así como me veía Caleb.

—Es *sexy* —añadió—. Pero no creo que mi hermano lo aprecie.

Yo me ruboricé antes de apartar la mirada. Aquella era la conversación más larga que habíamos mantenido hasta el momento. No estaba segura de si estaba ligando conmigo o insultándome. Entonces se me ocurrió que tal vez podían ser ambas cosas. Nunca lo había visto con ninguna mujer. Suponía que era uno de esos hombres asexuales, más preocupados por su carrera profesional que por encontrar a alguien que les caliente la cama.

—¿Por qué nunca sales con nadie?

—¿Quién dice que no lo haga?

—Nunca traes a nadie aquí... ni hablas de nadie.

Él resopló.

—¿Es que no has visto cómo es la bienvenida que da mi madre a las mujeres que traemos a casa?

Tampoco le faltaba razón. Había oído sobre la recepción que le había dado a Olivia por boca de la propia Luca. Ella odiaba a esa mujer casi tanto como yo. Pero Olivia era fácil de odiar, y Luca era muy maja cuando la conocías.

Le quité importancia a su comentario con un gesto de la mano.

—Conmigo siempre se porta muy bien.

Se rio.

—Eso es porque te pareces mucho a ella. Probablemente tenga un miedo saludable a una zorra como ella.

Me quedé boquiabierta.

—¿Por qué la gente de esta familia siempre dice exactamente lo que está pensando? Es de mala educación.

Se reclinó sobre el brazo del sofá y me guiñó un ojo, en actitud conspiradora.

—Deberías intentarlo. Aunque es un tanto fascinante quedarme sentado y ver cómo todos tus pensamientos hierven detrás de tus ojos, sin llegar nunca hasta tu boca. —Me quedé sin palabras. Seth vio la expresión en mi rostro y comenzó a reír—. No te preocupes, Leah. Tu secreto está a salvo conmigo. Nadie tiene que saber que hay un cerebro detrás de todo ese pelo

bonito.

Lo fulminé con la mirada mientras me aferraba con fuerza al brazo de mi silla. Estaba enfadada... y también increíblemente excitada. Caleb siempre decía justo lo suficiente para dejarte al mismo tiempo increíblemente maravillada y preguntándote qué era lo que quería decir exactamente. Pero Seth escupía la verdad como si le fuera la vida en ello: demasiada cantidad, demasiado rápido, demasiado duro. No me extrañaba que nadie hablara nunca con él.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

Él se encogió de hombros y volvió a girarse hacia el televisor.

—Eso me han dicho. Pero al menos te veo a ti. Mi hermano solo es capaz de ver tu pelo. —Me levanté, pero sus siguientes palabras hicieron que volviera a sentarme—. Estaba esperando a que lo recordaras —dijo.

—¿A que recordara qué?

Me miró de una forma tan directa que me encogí.

—Que tú y yo nos hemos acostado.

Si hubiera tenido una copa en la mano, se me habría caído. Mis ojos se dirigieron con rapidez hacia Caleb. Por suerte, no estaba pendiente de nuestra conversación.

—¿De qué estás hablando? —siseé.

—Tranquila —dijo con calma—. Fue hace mucho tiempo.

Busqué su cara entre mis recuerdos. ¿No lo habría reconocido al instante si nos hubiéramos acostado? Probablemente no. Había tenido muchísimo sexo con hombres que apenas conocía. Pero, si era verdad que lo habíamos hecho..., ¿por qué había esperado tanto tiempo para contármelo?

—Estás jugando conmigo —dije.

—Nop. —Negó con la cabeza con tanta tranquilidad que me pregunté si estábamos hablando de sexo o de lo que había tomado para comer—. Subiste a la habitación de mi hotel. Fue el fin de semana después del Cuatro de Julio, hace seis años. Nos conocimos en ese pequeño bar de Florida Keys.

Casi me desmayé. Efectivamente, seis años antes había ido de viaje a Florida Keys con mi hermana y algunas de mis amigas. Era una celebración combinada de cumpleaños y vacaciones.

—¿Cómo puedes recordar eso si yo no?

—Estabas bastante borracha, por lo que recuerdo.

Ay, Dios. Sí que recordaba haber conocido a un hombre en el bar. Había bailado conmigo, y después habíamos cruzado la calle hasta su hotel. ¿De

verdad había sido ese Seth? ¿Qué putas probabilidades había de que eso pasara?

—No...

—Se lo diga a mi hermano —terminó él—. Sí, suponía que no querías que lo supiera. Mis labios están sellados.

Fingió cerrarse los labios con una llave para después tirarla.

¿Cómo podía estar pasando eso? Si Caleb lo descubría...

Pero no iba a descubrirlo. Tanto Seth como yo teníamos algo que perder. Lo miré y asentí con la cabeza.

—Gracias.

Después de ese día, traté de rebajar al mínimo mis interacciones con Seth. Él siempre me buscaba cuando nos encontrábamos en el mismo evento. En parte me sentía mortificada y en parte halagada. Siempre me susurraba alguna ocurrencia que llevaba preparada sobre mis ojos con garras o mis pensamientos censurados. A veces, se dirigía a mí cuando estábamos en un grupo y decía: «¿Qué piensas tú sobre eso, Leah?», o bien: «Me gustaría saber qué es lo que opina Leah al respecto». Y entonces yo me veía obligada a responder. Siempre hacía comentarios inapropiados cuando nadie nos prestaba atención. A veces me ruborizaba de forma tan violenta ante las cosas que me decía que Caleb me miraba alarmado y me preguntaba qué pasaba. Solo Seth podía hacer que me ruborizara. Me hacía sentir como si hubiera una camaradería secreta entre nosotros. Me hacía preguntarme si tendría razón, si Caleb era capaz de verme de verdad..., si alguien más lo hacía.

Durante mi proceso judicial, Seth se presentó a casi todas las vistas. Y me complacía su apoyo inesperado casi tanto como me confundía. Era un apoyo silencioso, pero estaba ahí..., siempre en el lado izquierdo de la última fila. A Caleb lo hacía feliz que fuera. La relación entre ellos siempre había sido tensa. Me imaginaba que el abismo había sido forjado por el evidente favoritismo de Luca hacia su hijo pequeño.

—Debes caerle muy bien, pelirroja —dijo Caleb después de un día extenuante de escuchar los interrogatorios de la fiscalía—. Nadie es capaz de conseguir que vaya nunca a ningún sitio, pero por ti siempre viene aquí.

—Es inspector de la policía, Caleb. Estoy segura de que esta clase de cosas le interesan.

Me pregunté de verdad si estaba haciéndome su propio juicio, si trataba de decidir si yo era tan malvada como él siempre insinuaba que era. Era agotador tratar de esconderte de todo el mundo. Observarlos mientras ellos te

observan. Querer saber cuáles son exactamente los pensamientos de todo el mundo, y tener un miedo de muerte a que esos mismos pensamientos te estén condenando. Estaba demasiado enfadada con el hombre que había llamado mi padre durante toda mi vida. Constantemente me preguntaba a mí misma qué habría pasado si no hubiera muerto. ¿Habría sido capaz de reunir la decencia suficiente para protegerme de esto? ¿O me habría pedido que me tirara por el precipicio por él? Y, más importante todavía: ¿lo habría hecho yo?

Seth me hizo esa misma pregunta el día en que lo llamé, después de que Caleb me dejara. Se pasó por casa después del trabajo con una caja de pastelitos franceses en la mano. Sabía que me gustaban. Los acepté con una sonrisa y él me siguió hasta la cocina.

—¿Dónde se está quedando mi hermano? —me preguntó.

—En su apartamento.

Abrí la caja y saqué un cruasán de almendras. Seth me observó morderlo antes de hablar.

—Ese padre tuyo era un caso aparte. —En ese momento dejé de mordisquear el cruasán—. Según dice esa abogada buenorra tuya, te incriminó por completo. ¿Es verdad su teoría?

No estaba segura de si me ofendía más que hubiera llamado «buenorra» a Olivia o que cuestionara mi inocencia.

Me obligué a tragar lo que tenía en la boca y lo fulminé con la mirada.

—No lo ha hecho a propósito —dije—. No creo que se propusiera morir precisamente.

—Entonces, si no hubiera tenido un ataque al corazón para dejarte convenientemente con todo este lío, ¿crees que él habría asumido las consecuencias de todo esto?

—Sí, lo creo.

Era mentira.

—Según Caleb, su firma no estaba en ninguno de los documentos que firmaste tú.

—¿A qué viene todo esto, Seth? —le espeté—. ¿Has venido aquí para provocarme?

Él apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, Leah. He venido para ver si estás bien. De verdad.

—Estoy bien.

Cerré de golpe la tapa de la caja de pastelitos y caminé hacia el

frigorífico. Pude sentirlo detrás de mí antes de darme la vuelta. El movimiento repentino de mi giro hizo que me chocara contra él. Pero él no se apartó, sino que me besó. Justo en la boca.

—¡Seth! —Lo aparté de un empujón. Él retrocedió un paso—. ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

—Me has llamado —dijo—. Pensaba que...

—¿Qué es lo que pensabas? ¿Que quería que me besaras? ¡Te llamé porque Caleb me ha dejado y no sé qué hacer ahora! No tenías que venir aquí para aprovecharte de mí.

Me besó otra vez, y en esa ocasión con más fuerza. Respondí un poco antes de volver a empujarlo.

—Sal de aquí —le ordené, mientras señalaba la puerta.

Lloré después de que se marchara. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Caleb me había dejado? Traté de recordarlo. ¿Había sido antes de que comenzara el juicio? Pensé en todos esos meses de preparación, incapaz de recordar ni un solo momento en el que me besara. ¿Cómo se me había escapado algo así? ¿Cómo era que el beso repentino de Seth me había hecho recordarlo?

Capítulo treinta y cinco El presente

Unos cuantos días después de la llamada telefónica de Cash, llegamos a un edificio de estuco de color tostado a eso de la una. Sam sale del coche primero y ya ha sacado a Estella antes de que pueda comprobar siquiera mi maquillaje. Me tiemblan las manos mientras abro la puerta. Nos encontramos delante del coche.

—¿Estás bien? —me pregunta Sam.

Asiento con la cabeza sin mirarlo. No puedo quitarle los ojos de encima al edificio. Ojalá no me hubiera puesto los zapatos de tacón. A veces me hacen sentir confiada, pero hoy me hacen sentir pretenciosa. Caminamos en silencio, o al menos en tanto silencio como me permiten los tacones.

Doy mi nombre en el mostrador delantero: Johanna Smith. Veo que Sam arquea una ceja, pero no lo miro. Dios, cómo odio ese nombre. Tan solo le había contado que íbamos a ver a mi hermana, pero no dónde está. Nos conducen por un largo pasillo que huele a antiséptico. Echo un vistazo al bebé y me pregunto si el olor la molestará. Pero está dormida. Qué bien duerme. Sonrío.

Nos llevan hasta la última habitación de todas. Me detengo en el umbral de la puerta y Sam coloca una mano sobre mi hombro. De pronto, tengo muchas ganas de vomitar, pero él me da un empujoncito. Joder, cómo le gusta presionar.

Entro en la habitación y la veo sentada en la silla de ruedas, de cara a la ventana. La brillante luz del sol se derrama sobre su cara. Parece insensible a ella, pues mira directamente hacia delante sin ver nada en realidad. Camino con lentitud hacia donde está y me agacho delante de ella.

—Court. —Le tomo las manos, que están flojas y frías—. Court, soy yo.

Ella mira fijamente más allá de mí. Miro a mi alrededor, a la habitación: una cama, una tele, dos sillas. No hay ningún toque personal, ni flores ni cuadros en las paredes como sí había en las habitaciones junto a las que hemos pasado de camino hacia aquí. Vuelvo a mirar a Courtney.

—Siento no haber venido hasta ahora —le digo—. He traído a Estella para que te conozca.

Sam, que ya la ha sacado del carrito, me la da. La niña tiene el cuello

rígido mientras la tomo y sus grandes ojos miran a su alrededor con inocente curiosidad. La dejo sobre el regazo de Courtney y la sostengo ahí. Mi hermana no se mueve, no pestañea y no da señales de haberse dado cuenta de la pequeña presencia que hay contra su cuerpo. Estella se queja tras unos segundos, así que vuelvo a tomarla entre mis brazos.

Mi hermana tiene el pelo grasiento y lacio. Lo lleva demasiado corto para recogerse, así que le cae sobre la cara. Levanto la mano para colocárselo tras las orejas. Odio esto. Odio este lugar y odio que mi hermana esté aquí. Me odio a mí misma por no haber venido a verla antes. No debería estar aquí. Tomo la decisión aquí mismo, en este instante.

—Sam —digo mientras me levanto—. Quiero llevármela a casa..., a mi casa. Podría contratar a alguien que viniera para ayudar.

—Vale —contesta él—. ¿Y quieres que te dé mi opinión o...?

Niega con la cabeza y me entran ganas de darle un bofetón por décima vez en lo que va de día.

—Tan solo te lo estoy diciendo, idiota. —Él sonrío—. Courtney, voy a llevarte conmigo a casa. Tan solo dame unos días, ¿vale...? Para poder prepararlo todo.

Le toco ligeramente la cara. La preciosa y vibrante Courtney..., puedo verla en las facciones de esta persona, en la frente alta y la nariz aguileña. Pero sus ojos carecen de vida. Llevo la mano hasta la parte trasera de su cabeza y presiono su frente con los labios. Puedo sentir la cicatriz bajo las puntas de mis dedos, gruesa y dura. Me trago un sollozo y me pongo erguida. Estella se aferra a mi camiseta y sus puñitos sujetan el tejido con fuerza. Salgo de allí sin mirar atrás, taconeando con un nuevo propósito.

Sam espera con Estella mientras yo hablo con el director de la instalación. Cuando nos marchamos, tengo un puñado de panfletos sobre el cuidado en casa.

Estamos ya en el coche cuando habla por primera vez desde que salimos de la habitación de Courtney.

—Así que... ¿Johanna?

—Cállate, Sam.

—Es una pregunta válida, su majestad. Si no me dices por qué lo odias, voy a llamarte Johanna de ahora en adelante.

Suelto un suspiro. ¿Cuánto debería contarle? Caleb era el único que lo sabía. Pero qué carajo, ¿verdad? Ni siquiera sabía ya por qué era un secreto tan grande. Mi padre estaba muerto, su imperio había caído y mi madre era

una borracha. ¿Por qué... no decírselo al niño?

—Soy adoptada. Pero nadie lo sabe, es un gran secreto. —Niego con la cabeza y tuerzo la boca a un lado como si no fuera nada. Sam suelta un silbido bajo—. En fin, la cosa es que nací en Kiev. Mi madre biológica trabajaba en un burdel, blablablá...

—Blablablá —repite Sam—. Parece mucho más que «blablablá».

Le lanzo una mirada severa antes de continuar.

—Mi madre biológica era reticente a entregarme. Era joven; tenía dieciséis años. Cuando era pequeña, su madre solía leerle un libro norteamericano: *Cuentos de Johanna*. Aceptó entregarme, pero solo si mis padres me ponían de nombre Johanna. Tenían tantas ganas de tener un bebé que lo hicieron.

—Pero eso es genial, ¿no? —pregunta Sam—. Es como si te hubiera dado una parte de ella.

Suelto un resoplido.

—Sí, bueno..., mis padres no me contaron que era adoptada hasta que tenía ocho años. Ya te puedes imaginar mi impresión. Me sentaron en el comedor de las cenas formales..., tan solo ellos y la pequeña yo..., en esa habitación tan imponente. Tenía tanto miedo de haberme metido en problemas que temblé todo el tiempo. En cuanto descubrí cuál era el origen de mi nombre, ya no lo quería.

Sam estiró el brazo para apretarme el hombro.

—Uf, y yo que pensaba que mis padres eran un asco.

Hago una mueca.

—En fin, y por eso utilizo mi segundo nombre. Fin de la historia.

—¿Courtney es su hija biológica? —Asiento con la cabeza—. ¿Qué le pasó?

—Cuando mi padre murió, enfermó.

Me interrumpe.

—¿Enfermó?

—De la cabeza —le explico—. Siempre ha sido así. Le diagnosticaron un trastorno bipolar. A veces caía en depresiones y nadie sabía nada de ella durante meses. Pero esa vez no le dijo nada a nadie. Estábamos tan ocupados con nuestras propias vidas que nadie se preocupó por ver cómo estaba. Supongo que la muerte de mi padre y todo lo que pasó en la época de mi juicio acabó llevándola al límite.

—Entonces, ¿intentó...?

Freno con más fuerza de la cuenta ante un semáforo en rojo y Sam da una sacudida hacia delante.

—Se pegó un tiro. La bala le rozó el cerebro, pero los doctores consiguieron salvarla a tiempo. Aunque le provocó demasiados daños.

—Dios mío —dice él—. Y esta es la primera vez que vienes a verla desde que...

—Desde el hospital, después de que sucediera. —Tiene los ojos muy abiertos—. No me juzgues —le advierto—. Estaba embarazada. Me habían mandado reposo.

—Fuiste una zorra egoísta y egocéntrica.

Lo fulmino con la mirada.

—Tenía miedo.

—¿De qué, Leah? Es tu hermana. Dios, no puedo creer que trabaje para ti. Me dan náuseas.

Le echo un vistazo y veo que parece muy asqueado.

—Lo estoy arreglando —digo. Después, sigo conduciendo en silencio durante los siguientes minutos—. ¡Oooh! Un Jamba Juice. ¿Quieres uno? — Me meto en el aparcamiento y, para mi satisfacción, la cabeza de Sam golpea la ventana del copiloto con un golpecito sordo—. Lo siento —añado con una sonrisa. Él se frota la cabeza, y parece que ha olvidado la pregunta—. Voy a pedirle a Caleb que venga a casa —digo cuando entro en una plaza.

Echo un vistazo a su cara para ver su reacción.

—No quiero tomarme un zumo —responde.

—¡Venga ya, Sam!

Él niega con la cabeza.

—Es una mala idea. Vas a acabar herida.

—¿Por qué?

Sam suspira.

—No creo que esté preparado. Caleb es la clase de hombre que tiene sus propias motivaciones.

—¿Qué quieres decir con eso? —Sam se rasca la cabeza, como si se sintiera incómodo—. ¿Qué es lo que sabes?

Lo miro entrecerrando los ojos.

—Soy un tío; simplemente lo sé.

—Pero ¡si eres gay! No tienes ningún conocimiento especial de la mente de los hombres heteros.

Él niega con la cabeza.

—Eres la mujer más ofensiva de todas las que he conocido jamás, ¿lo sabías? Y, además, no soy gay.

Me quedo boquiabierta.

—¿De qué estás hablando?

Él se encoge de hombros, avergonzado.

—Tan solo te dije que lo era para que no me tiraras los tejos.

Lo miro y pestañeo. No puede estar hablando en serio.

—¿Por qué pensabas que querría tirarte los tejos? ¡Puaj, Sam! ¡No me lo puedo creer!

Suelta un suspiro.

—¿Vamos a tomar un zumo o no?

Salgo del coche a toda prisa.

—No voy a invitarte a nada. Quédate aquí con la niña.

Estoy tan enfadada que dejo atrás el local de Jamba Juice y tengo que retroceder. Los hombres son unos mentirosos inútiles. Debería haberme dado cuenta de que no era gay. Siempre lleva demasiado poliéster para ser gay. Y ni una sola vez lo he visto echándole un ojo a Caleb. Y Caleb está estupendo.

A mitad del camino de vuelta hacia el coche, mientras sorbo mi zumo, comienzo a reír.

Una vez que llegamos a casa, llamo a Caleb tres veces antes de que me conteste al teléfono al fin.

—Cuando vengas a por Estella esta noche, me gustaría que pudieras quedarte un rato para que pudiéramos hablar.

Hay una larga pausa antes de que conteste:

—Sí, yo también necesito hablar contigo.

Siento una explosión de esperanza.

—De acuerdo, pues decidido entonces. Le diré a Sam que se quede un poco más de lo habitual.

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Vale, Leah. Nos vemos esta noche.

Cuelga el teléfono. No pienso siquiera en el hecho de que jamás cuelga sin decir adiós hasta unos cuantos minutos más tarde.

El pasado

Cuatro meses después de que absolvieran a Leah, le pedí el divorcio.

«Olivia.»

Ese fue mi primer pensamiento.

«Turner.»

Ese fue mi segundo pensamiento.

«Cabronazo.»

Ese fue mi tercer pensamiento. Después los uní todos en una misma frase: «¡Ese cabronazo de Turner va a casarse con Olivia!».

¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Me querría todavía? ¿Sería capaz de perdonarme? Si era capaz de alejarla de ese puto imbécil, ¿realmente podríamos construir algo juntos sobre los escombros que habíamos creado? Pensar en ello me ponía al límite..., me enfurecía. Los dos habíamos dicho demasiadas mentiras, habíamos pecado el uno contra el otro..., contra cualquiera que se interpusiera en nuestro camino. Había tratado de decírselo una vez. Fue durante el juicio. Había acudido al juzgado temprano para tratar de encontrarla sola. Iba vestida con mi tono favorito de azul; el azul de aeropuerto. Era el día de su cumpleaños.

—Feliz cumpleaños.

Ella levantó la mirada. Mi corazón latía a toda velocidad a causa de mis sentimientos, tal como hacía cada vez que Olivia me miraba.

—Me sorprende que lo hayas recordado.

—¿Y eso por qué?

—Ah, pues porque has olvidado un montón de cosas el último par de años.

Le dirigí una media sonrisa tras su pulla.

—Nunca te olvidé a ti...

Sentí una ráfaga de adrenalina. Estaba decidido..., iba a sincerarme con ella. Pero entonces entró el fiscal. La verdad se quedó en espera.

Me fui de la casa que compartía con Leah y volví a mi apartamento. Me paseé por los pasillos bebiendo *whisky* escocés. Esperé.

¿Esperé a qué? ¿A que Olivia viniera a mí? ¿A que yo fuera a ella?

Caminé hasta el cajón de los calcetines, el infame protector de los anillos de compromiso y otros recuerdos, y recorrí la parte inferior con los dedos. En cuanto mis dedos lo encontraron, sentí un ramalazo de algo. Froté la almohadilla del pulgar contra la superficie ligeramente verdosa de la moneda de los besos. La miré durante un minuto entero, evocando imágenes de las

muchas veces que la había cambiado por besos. Era una nadería, un truco barato que había funcionado una vez, pero había evolucionado para ser mucho más que eso.

Me puse el chándal y salí a correr. Correr me ayudaba a pensar. Le di vueltas a todo dentro de mi cabeza mientras giraba en dirección a la playa y esquivaba a una niña pequeña y a su madre, que caminaban juntas de la mano. Sonreí. La niña tenía el pelo largo y negro y unos llamativos ojos azules..., se parecía a Olivia. ¿Era ese el aspecto que habría tenido nuestra hija? Dejé de correr y me incliné con las manos sobre las rodillas. No tenía por qué ser una situación imaginaria. Todavía podíamos tener a nuestra hija. Me metí la mano en el bolsillo y saqué el penique de los besos. Comencé a correr en dirección a mi coche.

No había ningún momento mejor que el presente. Si Turner se interponía en mi camino, tan solo tenía que lanzarlo por el balcón.

Estaba a menos de dos kilómetros del apartamento de Olivia cuando recibí la llamada. Se trataba de un número desconocido. Presioné el botón de contestar.

—¿Caleb Drake?

—¿Sí? —respondí con la voz entrecortada. Giré a la izquierda, a la calle Ocean, y pisé a fondo el acelerador.

—Ha habido un... incidente con su esposa.

—¿Mi esposa?

«Dios, ¿qué habrá hecho ahora?» Pensé en el conflicto que tenía en ese momento con los vecinos sobre su perro y me pregunté si habría hecho alguna estupidez.

—Soy el doctor Letche, y lo llamo desde el Centro Médico de West Boca. Señor Drake, su mujer fue ingresada hace unas horas.

Pisé el freno de golpe, giré el volante hasta que los neumáticos produjeron un sonido chirriante y dirigí el coche en la dirección contraria. Un deportivo viró a mi alrededor e hizo sonar el claxon.

—¿Se encuentra bien?

El doctor se aclaró la garganta.

—Se tragó una botella de pastillas para dormir. La mujer de la limpieza la encontró y llamó al número de emergencias. Ahora está estable, pero nos gustaría que usted viniera.

Me detuve frente a un semáforo y me pasé la mano por el pelo. Aquello era culpa mía. Sabía que se tomaría mal la separación, pero un intento de

suicidio... Ni siquiera parecía propio de ella.

—Por supuesto..., estoy de camino.

Colgué el teléfono. Colgué y le di un puñetazo al volante. Algunas cosas no estaban destinadas a ocurrir.

Cuando llegué al hospital, Leah estaba despierta y preguntaba por mí. Entré en su habitación y mi corazón se detuvo. Estaba tumbada, aunque ligeramente elevada sobre las almohadas, y su pelo parecía un nido de ratas. Tenía la piel tan pálida que casi parecía translúcida y tenía los ojos cerrados, así que tuve un momento para recomponer mi expresión antes de que me viera.

Abrió los ojos en cuanto di unos pocos pasos dentro de la habitación. Nada más verme, comenzó a llorar. Me senté junto a ella y la abracé durante un largo rato.

—Leah —dije al fin, mientras la apartaba de mi pecho y la dejaba otra vez sobre las almohadas—. ¿Por qué?

Tenía la cara viscosa y rojiza. Había unas medias lunas oscuras bajo sus ojos. Apartó la mirada.

—Me dejaste. —Dos palabras. Sentía tanta culpa que apenas era capaz de tragar saliva—. Caleb, por favor..., vuelve a casa. Estoy embarazada.

Cerré los ojos.

«¡No!»

«¡No!»

«¡No!...»

Capítulo treinta y seis El presente

Mando a Sam al piso de arriba con Estella y espero a Caleb.

«Dedo contra la uña.»

«Dedo contra la uña.»

«Dedo contra la uña.»

Las cosas tienen que salir a mi manera esta noche. Llamo a la puerta en lugar de utilizar la llave..., eso es una mala señal. Cuando abro la puerta, su expresión es sombría. No me mira.

—Hola, Caleb —le digo.

Él espera a que lo invite a entrar y después se dirige al piso de arriba para ver a Estella. Lo sigo hasta la habitación de la niña. Sam asiente con la cabeza mientras lo mira en señal de saludo y Caleb toma al bebé de entre sus brazos. Ella sonríe en cuanto lo ve y agita los puños. Me siento un tanto celosa de que él consiga sonrisas con tanta facilidad.

Caleb la besa en ambas mejillas y después por debajo de la barbilla, lo cual la hace soltar unas risitas. Él vuelve a repetirlo una y otra vez, hasta que la niña se ríe tan fuerte que tanto Sam como yo sonreímos.

—Deberíamos hablar —le digo, de pie en el umbral de la puerta. Me siento como una intrusa cuando él está dentro de la habitación, con Estella.

Asiente con la cabeza sin mirarme, la hace reír una vez más con sus besos y vuelve a entregársela a Sam. La niña comienza a llorar de inmediato. Oigo que Sam dice «traidora» cuando salimos de la habitación y nos dirigimos al piso de abajo. Caleb echa un vistazo por encima del hombro, como si se sintiera tentado a regresar.

—Puedes verla después... —le digo.

Había puesto la tetera en marcha antes de que llegara y comienza a silbar justo cuando entramos en la cocina. Me dispongo a prepararle un té mientras él se sienta en un taburete con las manos unidas por delante de su boca. No se me escapa el hecho de que su pierna se mueve de un lado para otro. Meto una bolsita de té dentro de la taza llena de agua caliente y evito su mirada. Estoy llevando la bolsita de té a la basura cuando dice:

—¿Fuiste a ver a Olivia?

Mi mano se queda paralizada y el té se derrama sobre las baldosas y mis

pantalones.

—Sí. —Ahora sé por qué le tiembla tanto la pierna—. Tú me obligaste a hacerlo.

Presiono el pedal que abre el cubo de basura y tiro la bolsita de té dentro. Puedo sentir los ojos de Caleb sobre mí. Él inclina la cabeza hacia un lado.

—De verdad te crees eso, ¿verdad?

No sé de qué está hablando. Jugueo con la uña del pulgar.

—¿Te llamó para contártelo?

«Esa zorra chivata —pienso con amargura. Y después, casi con pánico —: ¿Qué más le habrá contado?»

—No tenías ningún derecho, Leah.

—Tenía todo el derecho del mundo. ¡Le compraste una casa!

—Eso fue antes de ti —responde con calma.

—¿Y nunca se te ocurrió decírmelo? ¿De verdad? ¡Soy tu esposa! ¡Ella volvió a ti cuando tuviste amnesia y te mintió! ¿No podías contarme que le compraste una casa a esa mujer?

Él aparta la mirada.

—Es más complicado que eso —me asegura—. Estaba haciendo planes con ella.

¿Complicado? Desde luego, esa es una palabra que parece demasiado buena para Olivia. Y por supuesto que tampoco quiero saber cuáles son los planes que había hecho con ella. Necesita ver la verdad. Y yo necesito hacer que vea la verdad.

—Lo descubrí yo sola, Caleb. Cómo te mintió cuando tuviste la amnesia. —Me mira y arquea una ceja. A lo mejor, si le cuento la verdad, podrá ver por fin lo leal que soy yo, cuánto lo amo—. Le pagué para que se marchara de la ciudad. ¿Te contó eso durante el juicio? Estaba dispuesta a venderte por unos cientos de dólares.

Una vez vi la rotura de una presa natural en la televisión. Recuerdo haber visto la escena panorámica de un río rodeado de árboles. De golpe y porrazo, los árboles desaparecieron, tragados por el desbordamiento de las orillas del río. Una crecida de agua furiosa apareció como una avalancha y eliminó todo a su paso. Fue repentino y también violento.

Vi la presa rompiéndose en los ojos de Caleb.

Los ojos humanos son el lenguaje de signos del cerebro. Si los observas con atención, puedes ver la verdad apareciendo en ellos, descarnada y desprotegida. Cuando eres la hija bastarda de una prostituta y necesitas saber

en qué están pensando tus padres adoptivos, aprendes a leer los ojos. Puedes ver las mentiras empujando a la verdad, el dolor siendo barrido por un vacío craneal, la felicidad como una gran luz brillante. Puedes ver cómo queda aplastada un alma bajo una pérdida terrible. Lo que veo en los ojos de Caleb son los restos de un dolor; un dolor con moho creciendo en él. Un dolor tan profundo que la sangre, las lágrimas y el arrepentimiento no serían capaces de hacerle justicia.

¿Qué tiene ella que no tenga yo? Tiene la propiedad de esa casa y de su dolor. Me siento tan celosa del dolor de Caleb que echo la cabeza hacia atrás y abro la boca para gritar con furia. Pero él no me oye. No importa lo alto que grite su nombre, porque no va a oírme. Tan solo puede oírla a ella.

—Olivia no haría algo así —dice.

—Pues lo hizo. Es una impostora. No es lo que piensas.

—Fuiste tú quien le hizo eso a su apartamento —comprende. Sus ojos están muy abiertos y nublados.

Aparto la mirada, avergonzada. Pero no..., no estoy avergonzada. He luchado por lo que quería.

—¿Por qué ella, Caleb?

Me mira con el rostro inexpresivo. No espero que vaya a responderme. Cuando su voz rompe el aire tenso entre nosotros, dejo de respirar para escucharlo.

—Yo no la elegí —responde con la voz rota—. El amor es ilógico. Caes de lleno como si fuera un agujero y después simplemente te quedas atrapado. Mueres enamorado más de lo que vives enamorado.

No quiero tener que escuchar sus analogías poéticas. Quiero saber por qué la quiere. Meto un dedo en los pendientes de oro en forma de aro que llevo puestos. Los compré después de quedar con ella en el restaurante, pero en mí no tienen el mismo efecto. Mientras que a ella la hacen parecer exótica, a mí me dan aspecto de ir disfrazada. Me los arranco de las orejas y los tiro lejos de mí.

Pero yo puedo ser lo que Caleb necesita. Tan solo tiene que darme la oportunidad para demostrárselo.

—Tienes que volver a casa.

Él agacha la cabeza. Me entran ganas de gritarle: «¡MÍRAME!». Cuando lo hace, sus ojos parecen en carne viva.

—Ya he rellenado los papeles, Leah. Se acabó.

¿«Los papeles»?

Pronuncio las palabras. Salen de entre mis labios en forma de susurro, y los queman.

—¿Los papeles?

Mi matrimonio vale más que algo tan nimio e insustancial como unos papeles. No puedes terminar algo con esas palabras tan infames. Caleb es un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Pero no ahora. Voy a enfrentarme a él por esto.

—Podemos pedir ayuda profesional. Por Estella.

Caleb niega con la cabeza.

—Necesitas a alguien que sea capaz de amarte como mereces que te amen. Lo siento muchísimo... —Aprieta la mandíbula y me mira de forma casi suplicante, como si necesitara que lo comprendiera—. Yo no soy capaz de darte eso. Dios, ojalá fuera capaz de hacerlo, Leah. Lo he intentado.

Pienso en eso, claro que lo hago. Pienso en esa vez en que lo pillé mirando a Olivia como si fuera la única puta cosa que importara en todo el puto planeta, y en esa vez en que guardó su helado en el congelador durante dos años. ¿Qué clase de amor era ese? ¿Un amor obsesivo? ¿Qué había hecho esa mujer para conectar el cerebro de Caleb a su placa base? Estoy tan sin aliento cuando termino de pensar en estas cosas que doy media vuelta en dirección a las puertas dobles de la cocina y las abro de golpe. El aire en el exterior está espeso e inmóvil. Da la sensación de que es gelatina y me siento como si cada centímetro de mi corazón se estuviera rompiendo. Me paseo por el patio y, en cuestión de segundos, ya puedo sentir la camiseta pegándose a mi espalda. Por el rabillo del ojo, veo que Caleb me sigue al exterior. Tiene las manos metidas en los bolsillos y se muerde el labio superior.

Rebusco dentro de mi bolsa de trucos. Lo miro a la cara: dura, decidida, arrepentida. Pero no quiero su arrepentimiento. Quiero lo que tiene Olivia. Quiero ser suficiente para él.

La honestidad es algo pegajoso, y lo odio. Siempre tiene consecuencias que te joden la vida... Dios, preferiría vadear alrededor de la verdad hasta encontrar una mentira con la que pueda vivir. Eso es lo que yo llamo «compromiso». Saber que mi marido ama a otra mujer y vivir con ello..., esa es una verdad a la que no miras a los ojos, pero ahora me está obligando a hacerlo.

Dejo de pasearme por el patio y me planto delante de él, con las manos sobre las caderas.

—No voy a firmar los papeles. Voy a enfrentarme a ti.

Quiero darle un bofetón cuando entrecierra los ojos y niega con la cabeza.

—¿Por qué quieres hacerte eso, Leah?

Lo que quiero es la familia que he conseguido formar con sangre, sudor y trabajo duro. Quiero que todo eso signifique algo. He ganado con todas las de la ley. Esa zorra lo tuvo entre sus manos, pero yo lo recuperé. ¿Por qué mi puto premio es que trate de divorciarse de mí? Consigo recomponerme, reúno todos los pedazos furiosos y hechos jirones y los pego todos juntos para poder recuperar el control. Ponerme violenta no funciona con Caleb. Pero se puede razonar con él. Tiene el vigoroso honor de los británicos y el sentido práctico de los norteamericanos.

—Lo que quiero es lo que me juraste que me darías. ¡Me dijiste que nunca me harías daño! ¡Me dijiste que me amarías en las buenas y en las malas!

—Lo hice. No sabía que...

Se cubre la cara con las manos. No estoy segura de querer que continúe hablando. Su acento, su maldito acento.

—¿Que no sabías qué, Caleb? ¿Que todavía estabas colgado de tu primer amor? —Levanta la cabeza: he captado su atención—. Encontré el anillo de compromiso. Después de que tuvieras el accidente. ¿Por qué me compraste un anillo si todavía estabas enamorado de ella? —Tiene el rostro grisáceo, pero sigo hablando—. No es real. Esos sentimientos que todavía tienes son por alguien y por algo que ya no existe. Pero yo sí que soy real. Estella es real. Quédate con nosotras.

Sigue sin decir nada.

Me tomo un momento para sollozar. ¿De dónde viene eso de pensar que tiene la respuesta a la felicidad? Yo pensaba que tenía la respuesta, y mira dónde me ha llevado. Caleb me dijo una vez que el amor era un deseo y que el deseo era un vacío. Le recuerdo eso y él parece aturdido, como si no pudiera creer que yo fuera capaz de comprender siquiera esas palabras. A lo mejor me he hecho la estúpida con él demasiado tiempo.

—No es tan sencillo, Leah.

—Tienes que hacerlo lo mejor que puedas con lo que tienes. No puedes abandonarnos. Nosotras somos tu verdad.

Me golpeo la palma con el puño.

Él suelta un taco, se pone las manos por detrás del cuello y mira al cielo. No me siento mal por haber empleado el comodín de la culpabilidad. El

comodín de la culpabilidad es sólido. Siempre me lo puedo cobrar con intereses. Pero, cuando vuelve a mirarme, no tiene la cara arrepentida que esperaba.

—Tú y yo no sabemos cómo jugar al juego de la verdad.

Suelta aire a través de la nariz. Normalmente habría dejado pasar ese comentario, lo habría prorrogado, pero puedo sentir que hay un significado subyacente tras sus palabras, así que me siento obligada a seguir escarbando.

—¿De qué estás hablando?

Los ojos de Caleb se clavan en mi rostro y yo me retuerzo en mi sitio.

—¿Por qué hiciste todas esas cosas? ¿Lo de chantajear a Olivia... y destrozar su apartamento?

Ni siquiera lo dudo.

—Porque te quiero.

Asiente con la cabeza, parece que lo acepta. Me siento esperanzada. A lo mejor acaba viendo que lo que he hecho era una lucha por amor.

—Tú y yo no somos tan diferentes. —Frota la punta del zapato contra una baldosa y sonrío como si se acabara de tragar un bocado de pomelo. Sus ojos están claros y muy abiertos cuando levanta la mirada hacia mí: sirope de arce, pero sin la dulzura—. Leah...

Suelta un suspiro y cierra los ojos con fuerza. Trato de reunir fuerzas para lo que está a punto de decir, pero nada podría prepararme para las palabras que salen de su boca.

—El anillo era para ella, Leah. —Siento el aturdimiento recorriendo mi cuerpo igual que si fuera algo físico, como la sangre. Se abalanza a través de mí, tira de mí, me desgarrá. Y entonces Caleb pronuncia las palabras que lo cambian todo—. Fingí la amnesia.

Oigo cada palabra de forma separada. Tengo que aferrarme mentalmente a cada una de ellas y volver a unirlas para poder comprenderlas. Pero no lo comprendo. ¿Por qué haría algo así?

—¿Por qué? Tu familia..., yo... ¿Por qué nos hiciste eso?

—Olivia.

Es lo único que dice.

Es lo único que necesita decirme para que yo una todas las piezas. Decido que odio el color del sirope de arce. Preferiría ahogarme y morir al tragarme unas tortitas secas que volver a comer sirope de arce jamás.

—Que te jodan —le digo. Y después lo digo otra vez. Y otra. Y otra más. Lo digo hasta que quedo en posición fetal sobre el suelo y en lo único en

lo que puedo pensar es en tirar cada puta botella de sirope de arce de mi frigorífico para sacarlas de mi vida para siempre.

Me da vueltas la cabeza. Nunca en la vida he sentido nada tan doloroso. Mi corazón jadea y se contrae. Parece demasiado pesado, y después no parece estar ahí en absoluto..., es como si Caleb me hubiera metido la mano a través de la caja torácica y lo hubiera apretado hasta hacerlo reventar. Me siento como si tuviera un elefante de cien toneladas sentado sobre el pecho. Intento aferrarme a la cordura débilmente, pero es como si me la arrebataran de golpe. Algo se desenrosca dentro de mí. Con un tirón extraño de la cabeza, lo fulmino con la mirada con todo el odio que siento en mi interior.

Él permanece en pie de espaldas a mí hasta que dejo de llorar y, cuando me levanto, se da la vuelta para mirarme.

—Sé que limitarme a decir que lo siento sería un insulto. Decir que lo siento se queda muy corto para lo que he hecho. Me casé contigo cuando durante todo el tiempo yo ya pertenecía a otra. Le he estado mintiendo a todo el mundo. Ya ni siquiera me reconozco a mí mismo.

Me siento emocionalmente ebria. No sé si sería mejor hacer que me mirara mientras me corto las muñecas o cortarle a él las suyas para ponerle fin a mi miseria. Mi cara se ha convertido en un pantano de lágrimas, rímel y mocos. Quiero hacerle daño.

—¿Te crees que puedes abandonarnos y ser feliz? Se ha ido, Caleb — respondo mientras lo miro con desdén—. Está casada..., en la cama de otro.

Veo cómo se encoge, y eso hace que mi furia crezca todavía más.

Me lamo los labios y saboreo el vino. He tomado demasiado y mi lengua está lista para soltar cada secreto horrible que guardo y escupírselos todos a él, uno por uno, hasta que lo asfixie el peso increíble de todos ellos. Quiero dejarlo sin aire, aplastarle la tráquea y, con lo que sé, estoy segura de que puedo.

¿Por dónde podría empezar? Me planteo contarle que he conocido a Noah y es un puto Gandhi *sexy*..., que comprendo por qué Olivia ha sido capaz de seguir adelante. Pero niego con la cabeza, con las lágrimas ardiendo en mis ojos como si fueran zumo de limón. Necesito saberlo todo. Saber lo que hizo durante esas semanas en las que pensaba que Olivia se estaba aprovechando de él.

—¿Te acostaste con ella... durante tu puta amnesia fingida?

Hay una pausa incómodamente larga, que considero respuesta suficiente.

—Sí.

Su voz suena áspera de pronto.

—¿Alguna vez has estado enamorado de mí?

Agacha la cabeza mientras piensa.

—Te quiero —me asegura—, pero no del modo adecuado.

Se me desploma el corazón mientras lo comprendo por fin. Sí que me quiere..., pero nunca ha estado enamorado de verdad de mí.

—No me quieres del mismo modo que quieres a Olivia.

Se encoge como si lo hubiera golpeado. Durante un momento baja la guardia y veo tanto dolor en su rostro que me quedo atónita. Pero se apresura a esconderlo. Parece arrepentido; realmente lo parece..., o tal vez es solo que tengo la visión emborronada a causa de las lágrimas. Vuelvo a derrumbarme en el suelo y me llevo las rodillas al pecho.

Oigo que se agacha para colocarse junto a mí. Durante un largo rato, ninguno de los dos dice nada. Estoy reproduciendo en mi cabeza el año que se pasó fingiendo tener amnesia, reviso las conversaciones y las visitas al médico. No soy capaz de encontrar ni una sola fisura en su historia. Lucho a través de los recuerdos, trato de encontrar al menos un momento durante ese año en el que sintiera que no estaba siendo sincero, pero no hay nada. Me siento como una estúpida. Me ha utilizado. ¿Cómo podía haberme enamorado tanto de un hombre tan dispuesto a engañarme? Me siento como si fuera basura, desechable e indeseada. Sé que estoy hecha un desastre; mis lágrimas han empapado mechones de mi pelo y estos se han quedado pegados a mi cara. Una cara que siempre se hincha y enrojece cuando lloro. Nunca le he permitido verme de este modo, ni siquiera cuando mi padre murió.

Hay demasiadas preguntas, demasiadas cosas que necesito saber, pero mi lengua permanece tozudamente pegada a mi paladar. Caleb trató de recuperar a Olivia. No una vez, sino dos: primero cuando fingió la amnesia y después en una segunda ocasión, cuando la contrató como mi abogada. Si tanto quería estar con ella, ¿por qué no me dejó a mí cuando tuvo la oportunidad? Arrastrar los pies no está en su naturaleza.

Tiemblo ante su honestidad. La punzante verdad de cómo yo lo había presionado para que me propusiera matrimonio después de haber echado a Olivia de la ciudad reverbera dentro de mi cabeza. No. Esto no es culpa mía. No tenía que casarse conmigo. Puede que yo haya jugado con fiereza para conservarlo, pero pensaba que me quería, que quería pasar la vida conmigo. Nunca me había mostrado que fuera de otra forma. Pero entonces me doy cuenta de otra cosa: Caleb no es tan bueno como siempre había pensado que

era. Su integridad, su honestidad, su forma pura y desinteresada de ocuparse de la gente que quiere..., todo se evapora a la luz de este Caleb nuevo y engañoso. Dios mío..., hizo todo lo que tenía en su mano para llegar hasta ella, y yo hice todo lo que tenía en mi mano para mantenerla lejos de él.

¿Es que siempre había sabido dentro de mi cabeza que yo era un segundo plato? Mucha gente tiene primeros amores que realmente nunca llegan a superar, pero ¿cómo podría haber comprendido el grado de su obsesión por Olivia? ¿Qué clase de mujer soy si me casé a sabiendas con un hombre que no me amaba? Caleb es un ladrón. Me robó la vida, y también le robó la suya a Olivia. Joder, ¿por qué estoy pensando siquiera en su vida?

Mi primer pensamiento claro es que quiero hacer que Caleb me lo pague. Tengo un pensamiento irracional en el que me imagino atando a Olivia y tirándola a un pantano para que los caimanes la encuentren. Por supuesto, yo jamás haría algo así, sino que contrataría a alguien que lo hiciera por mí. Reviso todas las demás bombas emocionales que puedo lanzarle. He dicho tantas mentiras que tengo un arsenal completo de cosas malas de entre las que elegir. Al final saco la peor de todas y me froto la barbilla contra el hombro. Esto es algo que le hará daño, probablemente mucho más que cualquier cosa que pudiera hacer o decirle acerca de Olivia. Preparados..., listos...

—Estella no es hija tuya.

Epílogo

El odio es un sentimiento prodigioso. Es ardiente y opresivo, como el fuego. Comienza quemándote el regalo divino de la razón hasta que ya no queda nada salvo un montón de cenizas. Después avanza hasta tu humanidad y las llamas ardientes lamen las pocas hebras restantes de inocencia, hasta que se funden las unas con las otras y se transforman en algo horrible. Después, entre los escombros de lo que eras, el odio planta una semilla de amargura. La semilla crece hasta convertirse en una vid, y esta vid ahoga todo lo que toca. Ahí es donde estoy yo, con la vid envuelta con tanta fuerza alrededor de mi cuello que apenas puedo respirar. Una mano se encuentra sobre esa vid y la otra está apretada contra mi pecho para impedir que todo se caiga.

Me dijo que me quería. Se suponía que iba a protegerme del dolor, no que iba a infligírmelo de la forma más cruel de todas. Me ha traicionado. Me estoy muriendo. Estoy muerta. ¿Por qué sigo respirando todavía? Dios, ni siquiera sé qué puedo hacer para conseguir que el dolor pare.

Todavía tengo agallas. Estoy lisiada de otras formas, pero todavía tengo agallas. Sus brazos eran cálidos. Pero ahora la única calidez que siento es de la sangre que todavía bombea en mis venas. Así es como sé que estoy viva. He fingido orgasmos. He fingido sonrisas. He fingido felicidad. Caleb ha fingido amnesia y después fingió una relación completa. Le di un martillazo en las espinillas por ello. Si pensaba que Olivia podía hacerle daño, yo le haré todavía más. No voy a dejar de hacerle daño. Y si vuelve a ir tras ella, yo me levantaré y haré todo lo que esté en mi mano para mantenerlos separados. Algunas personas nunca cambian. Supongo que soy una de ellas.

Agradecimientos

Soy desafiante por naturaleza. Mi actitud desafiante originó *La oportunista*. Mi actitud desafiante presionó el botón de autopublicar en Amazon. Pero, sin importar lo valiente que crea que soy, necesité a un montón de personas para empujarme durante todo este proceso. Me gustaría dar las gracias a algunas de ellas.

A mi madre, por contarme mentiras piadosas y alimentar a la escritora que hay dentro de mí. Tus historias y tus indulgencias por ser hija única echaron gasolina a lo que soy hoy.

A mi padre, por pensar que soy lo mejor que existe. Es importante que tu padre piense que eres lo mejor que existe.

A Rhonda y Mark Reynolds, por creer en mí y sacrificarse por mi historia.

A Jeff Capshaw, por darme ese empujón inicial hacia la publicación y por el flujo constante de libros y sugerencias musicales que avivan mi creatividad (¡Rainer Maria Rilke mola!).

A Tosha Khoury, por ser posiblemente la mayor fan y defensora de *La oportunista*. Gracias por quererme y por compartir a Blancanieves.

A Melissa Brown, Kerry Ann Ramey, Calia Read y Rebecca Espinoza, por ser los primeros ojos en ver este libro. Gracias por vuestros pensamientos y apoyo. A Maria Gowin, por tus ojos agudos y tu disposición a ayudarme a limpiar mi texto.

¡A todos mis lectores! ¡Muchísimas gracias! Vuestro entusiasmo y vuestra furia ardiente me hacen seguir escribiendo.

A Luisa Hansen, porque uno de los mejores momentos de 2012 fue cuando descubrí que alguien había creado una página de fans para mí. ¡Una maldita página de fans! ¡Me encanta Pressed Penny! Y también las camisetas personalizadas.

A Sarah Hansen (que no es familiar de Luisa), gracias por tu preciosa portada. Eres muy entregada y talentosa. Me encantan tus cejas furiosas.

A Tricia Tulchin Boozer, porque estoy muy contenta de que seas la cara de mi villana. Eres preciosa, divertida y honesta.

A mi intensa y activa agente, Andrea Barzvi. Gracias por tu experiencia

y por tus preguntas sobre la historia, que la han hecho mejor. Me siento afortunada por estar en manos de alguien tan capaz como tú. Y, sobre todo, aprecio que estés tan dispuesta a amar a una villana.

A James, porque no ha pasado un solo día desde que te conocí en el que dudaras de que iba a vender libros. Gracias por hacerme salir por la puerta todas las noches para que pudiera ir a escribir. Gracias por creer que podía hacer esto más de lo que yo misma lo creía.

Y, finalmente, a Lori Sabin y Jonathan Rodriguez, mis dos amigos más cercanos. Los dos me permitís entrar en vuestros respectivos cerebros, donde me dedico a saquear y robar todas vuestras buenas ideas. Vuestra materia gris me convierte en mejor escritora y mejor persona. Gracias por salvar a mi historia y a mi cordura, y a todo lo demás que hay en medio. Os odio por vuestra pura brillantez artística. Os quiero por vuestro cariño. Mis reverencias.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

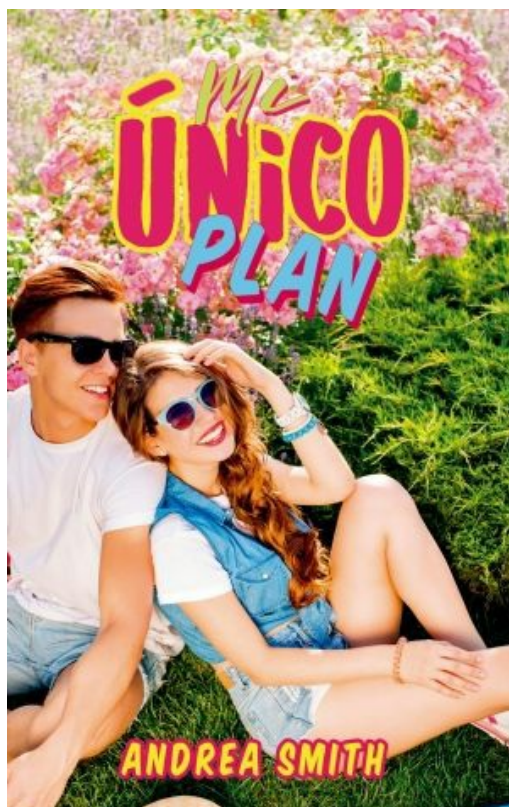
www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

@plataformaneo

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





Mi único plan

Smith, Andrea
9788417376673
400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Si había algo que recordaba sobre James Smith era que él nunca se daba por vencido. Si eso había cambiado, ¿qué más cosas serían diferentes en él?" Si hay algo que desespera a Kenzie Sullivan es no saber qué le deparará el futuro. Ha terminado los estudios y no sabe cómo encauzar su vida. Justo cuando cree que ya no puede sentirse más perdida, recibe una llamada de su amiga Mel que le dará un poco de esperanza. Un trabajo en Nueva York, un nuevo comienzo. ¿O quizá no? Si meter la pata el primer día no era suficiente, cuando su nuevo jefe la convoca a su despacho para hablar con ella, descubre que este no es otro que James Smith, su exnovio del instituto. La situación no podría empeorar. ¿O sí? ¿Y si descubre que sigue enamorada de él? Tras cuatro años separados, Kenzie y James se reencuentran e intentan retomar su amistad y, quién sabe, quizá también algo más. Tras el éxito de Mi

plan D, Andrea Smith vuelve a encandilarnos con esta divertidísima secuela.
Cómpralo y empieza a leer